Xavier Alcalá

En tiempos de plomo

En tiempos de plomo

1916 - 1939

Xavier Alcalá

Biblioteca Xavier Alcalá-14

1ª edición, Octubre de 2023

Diseño e ilustración de portada: Manel Cráneo

Composición: Ricardo Rozas

© 2023, Xavier Alcalá

Reservados todos los derechos.
La reproducción total o parcial de este trabajo no está permitida, ni su incorporación en un sistema informático, ni su transmisión de ninguna manera o por ningún medio (electrónica, mecánica, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y escrita de los titulares del copyright del trabajo. La infracción de estos derechos puede constituir una ofensa contra la propiedad intelectual.

Por un río de recuerdos

Mi nombre completo es Manuel Valeriano Liñares Couto. Nací en 1916 en un pueblo donde Galicia mira a Portugal, río por medio. Mis padres procedían de familias con los oficios más comunes en aquellas tierras, la agricultura y la emigración.

Muchas veces he pensado que lo normal de mi vida habría sido continuar por uno de esos dos caminos: el que lleva al surco tras los bueyes o que conduce a puerto y, desde allí, a las Américas. Pero a cada hombre lo llama Dios a existir en su momento, y en ese momento aparecen circunstancias que, tal vez, lo apartan de lo que pareciera un destino familiar.

Mi abuelo paterno, el señor Valeriano de Ponte Tea, fue labrador y enseñó a su primogénito, también Valeriano (y Valerio por lo breve, como siempre se le llamó), los saberes de la boyería. Este —mi padre— fue carretero de joven, muy empeñado en cosas del transporte, y curioso para la lectura y la escritura, que, como él decía, «hacen lucir las cabezas con el brillo que cada una tenga». Tales intereses determinaron su cambio de oficio pues, con la llegada del ferrocarril a nuestros pagos, pudo demostrar pluma en mano lo que sabía de letras y números.

Valerio Liñares fue guardagujas por examen, y se casó con Minia Couto, moza aseñoritada de familia con mucho campo y cuartos que venían «de Buenos Aires», como se decía. Su padre, el señor Xaquín da Capela (formalmente Joaquín Couto), había pasado veinte años en la ciudad de La Plata; guardaba un papel que le acreditaba haber trabajado en una «escribanía» y era muy práctico para labrar documentos, lo que le valió el sobrenombre de Notario.

Con la primera barba de muchacho, Joaquín embarcó para Buenos Aires. Ya hombre, volvió, se casó en el pueblo y retornó a la Argentina solo, por dificultades del embarazo que vino enseguida. Y así pasaría un buen número de años, con intermitencias, y mucho cariño para su casi viuda, a la que, visita tras visita, fue haciendo siete hijos.

Cuando la abuela Virtudes enfermó —al parecer de los huesos—, él decidió quedarse en nuestra tierra para siempre, a gobernar las propiedades que había ido adquiriendo, y a ejercer de tasador de ganados y escribano, con pericia y fama de justo. Para mirar por los intereses adquiridos en las riberas del Plata, allá mandaría dos herederos varones tan pronto como edades y juicios lo permitieron.

No conocí a esa cuitada abuela, y tardaría mucho en encontrarme con los tíos emigrados; pero, como se comprenderá por el relato, el abuelo fue para mí personaje providente, al que desde pequeño recuerdo como hombre gentil, esbelto, con una barbita cuidadísima en tiempos de cara rapada y bigotes a lo Kaiser.

Al señor Xaquín da Capela un ferroviario como Valerio de Ponte Tea tal vez le pintase poco para su Minia; pero a Minucha le debió de parecer bien el Valeriño, galán con trazas de guerreante, dispuesto a comerse el mundo.

Ambos eran robustos, y coincidentes en su ambición de progreso. Llevados de robusto afecto, se casaron. Ya había nacido yo y les resultaba poco lo que me podían ofrecer, cuando su suerte cambió —Dios siempre por medio— con el extravío de un bulto en el ferrocarril.

Era una banasta de sardinas, de las que salían del puerto de Vigo y se iban entregando a los consignatarios por las estaciones del recorrido tierra adentro. Esa no llegó en el tiempo ajustado y la administración ferroviaria se vio en la obligación de compensar con el valor de la mercancía. Teniendo el pescado la fea costumbre de pudrirse, en seguida se publicaban edictos ofreciéndolo en subasta. Papel y engrudo por todo el pueblo convocaron a negociantes y curiosos en el almacén de la estación.

Valerio atendió a la puja recolocándose la gorra, nervioso, convencido de que algo iba a sacar de aquel negocio. Las pescaderas de la plaza y los compañeros del ferrocarril —estos pensando en un atracón de sardinas con vino— iban subiendo la oferta y entonces mi padre, «por vergüenza de estar metido y no conseguir», gritó lo que podía perderlo:

—¡Diez reales! —uno más de lo que él ganaba al día.

Le entregaron la banasta. Sus compañeros se reían de él:

—Ay, Valeriño, que tu mujer te echa de casa…

Y a casa se llevó las sardinas, en un carro prestado. Contó el caso a su socia y ella tomó decisión:

—Hay que ahumarlas.

La banasta dio para «plato de la casa» de fonda improvisada, con una sola mesa, donde se juntaban trabajadores de la estación y feriantes de las aldeas. Sardinas y tortilla andaban bajo gobierno de Minia; el vino, bajo las artes de su marido. Parece ser que acertaron en los precios y corrió fama de satisfacción.

EMPECÉ YO A ENTENDER LA VIDA en esa fonda primitiva, a la vera del camino que se ensanchaba hasta un robledal donde se cobijaban cabalgaduras, carros, bueyes y acémilas. Allí debí de ser feliz. Nunca me faltó enredo con tanta gente, tantos animales y artefactos que circulaban hacia el ferial o la estación, y de retorno. Y gocé blanduras de mujeres, con muchos besos.

Me criaban mi madre y la Carmiña de los Cachenos, muchacha que hacía de mandadera, camarera y ayudanta. Me dejaban andar junto a ellas, por la cocina y la despensa. Me llevaban al regato de lavar, a horcajadas en la cadera.

Todo se componía bien en la fonda. Aumentaban los tamaños de cacerolas y sartenes, y el número de manteles de las mesas. A Carme de los Cachenos se le juntaban otras chicas, aunque mi amor se conservaba para ella, con celos pues la venía a visitar un soldado de los que hacían movimientos vistosos en la fortaleza que corona el pueblo y mira altivamente tierras de Portugal…

Hasta que Dios quiso poner la primera prueba en mi camino.

El caso fue que vi un huevo roto en el gallinero e inmediatamente pensé en el zorro, un goloso con hocico estrecho y orejas grandes que andaba siempre por los cuentos de la tierra de los Cachenos (también llamados Ourensáns y Montañeses). Corrí a dar aviso a mi aya, pregunté por ella en la cocina y me dijeron con malicia que la buscase entre los robles del otro lado del camino.

Disparé hacia allá, y paré al toparme con la Cachena arrimada a un árbol, levantando la boca para aquel ladrón de soldado que se empeñaba en devorar con sus ojos la molicie cálida del pecho que yo quería solo para mí.

A partir de ese momento no sé lo que ocurrió ciertamente. Solo

recuerdo un torbellino: gruñidos de perro, ladridos, polvareda, las botas burdas del soldado, su voz poderosa, más gruñidos, que se apagaban, un dolor caliente y líquido por mis piernas y, finalmente, el olor a jabón de los senos de Carmiña.

—¡*Ai, meu meniño da alma, ai meu meniño, ai meu corazón divino*! —me besaba ella con el mismo arrobo con que yo la quería besar.

Me sentí transportado en un regazo, y acostado mientras mi madre daba órdenes para que me lavasen «las heridas».

No tardaron en venir mi padre y don Abel el médico, con sus barbas blancas y un toque de anís en la solapa de la chaqueta.

—Hidrofobia —surgió el dictamen del facultativo.

—Condenado can… —mascullaba Valerio el de la estación—. Ya andaba por aquí desde hace días. Así me lleve el demonio por no haberlo liquidado a tiempo.

—Suerte que anduviera por medio el mozo de la Cachena —siguió don Abel—. Pueda que este chico se nos salve: el perro era muy pequeño y no le tocó en la cara…

Vestidos con ropas de domingo, viajamos mis padres y yo a Pontevedra, que era una villa más grande que la nuestra, con barcos veleros y un río muy ancho que llamaban «ría».

—Instituto Antirrábico Provincial —leyó papá, y entramos.

Fue la primera vez. Vendrían otras muchas, y la dieta. Sufrí privación de todas las golosinas que entretenían la vida de los pequeños; hice viajes con muchas observaciones de paisajes y cosas, y libritos ilustrados con que los mayores intentaban apartar de mi memoria el estremecimiento de la jeringa de más de una cuarta, de la aguja que me clavaban en la barriga y me hacía sentir el horror de lo extraño que lentamente entra en el propio cuerpo.

En esos tiempos mi madre me enseñó las oraciones. Rezábamos el rosario en los viajes. Creo que aprendí a hablar castellano rezando, y conversando con los señores de bata blanca del instituto.

Cosa a señalar es que, durante el tiempo de mi tratamiento antirrábico, a la señora Minia le salió una panza enorme. Todavía sometido yo a terroríficas inyecciones, vino al mundo mi hermano Alfredo; y por esas fechas oí que la Carmiña se iba a «juntar» a su palomo arrullador y uniformado. Finalizado el servicio del mozo al rey, pensaban emigrar a donde todo el mundo, a Buenos Aires, que debía de ser un pueblo grandísimo, mucho mayor que Pontevedra.

Algo que tanta gente hacía, en este caso dio para mucho comentario. Tal vez entonces escuché por primera vez los términos

«protestante» y «hereje», referidos al novio de la Cachena linda.

—Dicen que se van a casar en Buenos Aires —informó Minia a su marido—. Pero a los ojos de Dios, te digo yo que poco les va a valer ese matrimonio. Mira tú lo que hace la miseria de las familias, ¡dejar casarse a la Carmiña con un protestante!

—¿Qué miseria, mujer? Algo hará el cariño —supuso Valerio—. Algo hará que se quieran: ni a ella le importa que él sea hereje ni a él le preocuparía que ella fuera beata perdida.

ALFREDIÑO OCUPÓ LUGARES RESERVADOS A MÍ, como la tina o la cesta en la que iban al lavadero los lienzos de la fonda y las ropas de la casa; y mi padre empezó a darme cuadernos y lápices. En ese tiempo por la fonda se repetían palabras como «África», «desastre», «guerra», «librar», nombres de generales, que debían de ser sujetos poderosísimos, y acontecimientos en Madrid, que era la capital de España, siendo España lo que no era Portugal, aquello de la otra banda del río. Eran conversaciones sombrías pero yo, ya libre de la enfermedad y hábil para comer salados y dulces, andaba feliz como un pajarillo del monte, y veía alegría en los ojos afanosos de mis padres.

Entonces fue cuando comenzaron a hablar de empeñarse.

Un día, cuando salíamos de la visita a Ponte Tea, el abuelo Valeriano cogió a su hijo por el brazo. y aseguró:

—Estamos de acuerdo. Se hace la hipoteca —le aseguró en voz alta, y mis padres se pusieron muy contentos; tanto que aquella noche les escuché esos sones raros, entre risas y quejidos, con que a veces se mostraban cariño alegre en la alcoba, bien trancada la puerta.

Poco después apareció por la fonda el señor Xaquín da Capela para tratar con su hija de «formar sociedad», discutió con el matrimonio en buenos términos y se acabaron de poner las bases para levantar un hospedaje junto a la estación del tren.

—Mi parte te la dejo a ti en testamento —concluyó el Notario.

Pasaron meses de ilusiones, de opiniones y dibujos. Todavía me late el corazón de gozo al recordar un cuarto abierto al sol, todo blanco, las tablas del piso manchadas de cal fresca, la ventana sin cristales. A ella me acercó mi padre y dijo:

—Ahí vais a dormir tú y tu hermano.

Bloques de granito y vigas de madera dieron forma a la «Casa Valeriano» (como, en junta de socios, se decidió llamarle), para mí

tan sólida como las fortalezas de un lado y otro del Miño; y más encumbrada que ellas. CASA VALERIANO, COMIDAS Y ESTANCIAS surgió con humildes ínfulas de centro del mundo: entre la estación, el cuartel de la guardia civil, el de los carabineros y el casino; como punto de encuentro entre gremios y clases, de vecinos del pueblo y forasteros.

Alrededor de los edificios de la Compañía y dentro de ellos andaban los ferroviarios, tropa uniformada de azul. El ferrocarril era suyo, y lo defendían con celo (máximo el de los guardavías, que conocían al detalle raíles, traviesas y piedras del balasto). Daban ejemplo a sus hijos, que los sucederían en el oficio; y los inducían a jugar por los andenes con los carretones de los bultos, entre consigna y sala de espera. Hacían tribu, pero vivían abiertos a los demás.

Los guardias civiles, sin embargo, eran sujetos distantes, aislados con sus familias en el cuartel.

Mi padre actuaba como embajador de sus camaradas ante los miembros de la Benemérita Guardia, a quienes tenía conquistados con un arte en que se escondían advertencia y desafío. Cuando llegaba un guardia nuevo a destino, se venía a presentar en la fonda sabiendo que era de convite. Sus colegas ya le habían contado el portento y él, incrédulo por profesión, esperaba.

—A ver, Valeriano, vamos para allá —pedían los veteranos—. Venga, que este dice que es imposible.

Corría la voz y se juntaba gente a la puerta del cuartel. Valerio se preparaba retorciendo simétricamente las puntas de su bigote negro y abundante. Le traían dos fusiles larguísimos, con cada mano agarraba uno por el extremo del cañón y, de nuevo simétricamente, los elevaba hasta juntarlos por las culatas sobre su cabeza. Los chicos mirábamos con espanto. A los hijos de los guardias no les valía esgrimir graduaciones paternas delante de mí: yo estaba protegido por un hércules…

Los carabineros, de uniforme verde claro y gorra de plato, parecían andar de mejor genio que los del tricornio acharolado; y se sinceraban en materia de política. No era extraño escucharlos contar, entre risas, anécdotas de su continuo vigilar una frontera en la que el contrabando era oficio y los contrabandistas, personas venerables. Ni se cortaban en la crítica a «caciques y jerarcas», hasta a «don Alfonso y su camarilla de la Corte».

Completaban clase de asiduos a la fonda los señoritos del casino,

tantas veces en retirada de trasnoche cuando los obreros salían con el sol a sus trabajos. Los de sombrero y bastón andaban con más aire de hidalgos que dinero para cumplir compromisos. Y a ellos se arrimaban curas con sotana y botas, que durante largas horas abandonaban sus cabalgaduras a la argolla.

En la fonda corría mucha habladuría sobre tales relaciones.

—Anoche desplumaron al cura de Oleiros —se escuchaba, por ejemplo—. De favor le dejaron llevarse la yegua, pero tiene que entregarla mañana.

Para mis cavilaciones de chiquillo, el juego de naipes era como un licor ruin que arrastraba a los hombres para hacerlos caer en miserias y pecados. Por eso, recibiendo de la señora Minia las enseñanzas morales que recibía, en mi mente no cabían clérigos en timbas de cartas; como tampoco debían de caber en la suya pues la cara rubicunda se le encendía al escuchar noticia que comprometiera a los «sacerdotes», a quienes defendía atacando, escupiendo acusaciones de calumnia contra los informadores.

Pero Valerio sostenía lo oído por las mesas de café de la fonda.

—Calla, mujer, que tú no andas de noche haciendo guardias como los que llevamos uniforme. No hables —añadía—, que los curas son muy pillos, y nunca van a pasar por la fonda ni cuando van al casino ni cuando vuelven de él. Así no los ves tú ni los examina la parroquia.

En aquellos años 20, reinando Alfonso XIII, delgaducho y patisuelto como un monigote, España estaba muy lejos de la «democracia» de las tertulias de ferroviarios. Tan lejos como para que la mayoría del público considerase delincuentes a cuantos no comulgaban con la política y la religión de las autoridades. En las conversaciones al mostrador de nuestro negocio surgían relatos que impresionaban el espíritu de un niño:

—¿Sabéis qué hizo el Rabioso? —tomaba el hilo un recién llegado, y los otros callaban a la espera de la hazaña—: Pues le puso las esposas a Ubaldiño el anarquista y lo amarró a la cola del caballo y se lo llevó así hasta Tui.

Rodaban los comentarios, se atropellaban los comentadores y alguno todavía podía añadir:

—Pues el jueves pasado echó del mercado a empujones a un loco de esos que vienen de Vigo a vender biblias de herejes. ¡Este Rabioso…!

El apodo (que me producía terror por la desgracia hidrofóbica sufrida) correspondía al teniente de la Guardia Civil y se pronunciaba con tonos de admiración, quizá ponderando que el abusón hiciera lo mismo con un forajido que con un obrero anarquista; con un blasfemo que con un predicador de buenas maneras.

A pesar de ello, todavía se respetaban derechos que iban a desaparecer en el abismo al que poco a poco nos precipitábamos.

Mi padre, propietario de un negocio, ejercía al tiempo como delegado del sindicato de los ferroviarios; lo que nunca ocultó, ni siquiera en la época más dura del «dictador» Primo de Rivera (un caballero risueño, con bigote, algo calvo y barrigudo, que saludamos con banderolas cuando pasó por nuestra estación en vagón de dignatarios de la Compañía). El señor Valerio, con gorra de guardagujas, mandaba tranquilamente su primogénito a recaudar la contribución de los compañeros.

—Niño —me decía—, ve a cobrar lo del sindicato —y allá iba yo por las casas a que me diera cada cual su real, aparte de alguna golosina que me proporcionaban las señoras.

Pero de las casas de obreros podía yo ir enseguida a la de don Ramón Afonso, patrón bien recibido en nuestro hospedaje, donde, vino por medio, armaba tratos con muchas personas. Aquel señor, alto y delgado, flexible como un mimbre, viendo codicia de libros en mis ojos, me ofreció su biblioteca, *sancta sanctorum* con olor a barniz, papel y goma, donde las horas pasaban en un suspiro.

Don Ramón ejercía de cacique. Tal era su profesión. Había sido secretario del ayuntamiento y frente a los andenes de la estación montó una gran casa de herrajes y aperos. Era «muy de derechas», pero no mostraba escrúpulo para tratar con Valerio Liñares, socialista (y Liñares apenas mencionaba en secreto la historia de cierto anarquista «liquidado por orden superior» durante unas elecciones).

El señor Afonso tenía vara alta en la capital de la provincia y cultura suficiente como para leer *Hamlet* y, citando a Shakespeare, quejarse de los políticos porque «palabras sin pensamientos jamás han de llegar al cielo». Relaciones buenas y mejor inteligencia le dieron poderes para mandar en vida y, como se verá, para que nadie lo molestase después de su muerte…

Bien: decían los viejos que nunca habían corrido en España tantos cuartos como durante aquella dictadura.

Ciertamente, en la Casa Valeriano saltaba plata sobre el mostrador. Era un establecimiento de reclamo para quien se apease en la estación. Se amplió. El granito gris del edificio recibió añadidos de ladrillo, madera y cristal. Con ellos el hospedaje ganaba salón de banquetes y cuartos de huéspedes. Quedaron para la familia dos alcobas, la de los padres y la de los chicos, que tenía algo de cuartel. En esta nos fuimos juntando los cinco hermanos como Dios quiso que llegáramos al valle de lágrimas: todos varones, inclinados a disputarnos un juguete o la nata con azúcar de la merienda.

La casa-fonda tenía mucha luz, y la buena temperatura del lugar donde nunca faltan gente ni lumbre en la cocina. Todo era limpio, fuese de tejido o madera, o de loza de los aparatos higiénicos. En horas decentes se esparcía por el edificio un medido barullo de conversaciones, del mostrador y los comedores, acompañadas por ruidos de la estación que marcaban tiempos campanada a campanada, silbido tras silbido.

Tienda y despensa concentraban olores, a legumbres, azúcar, miel, especias, café, jabón con nombres propios (Heno de Pravia, Chimbo, Lagarto, Sevillano…), pastillas ovales y cuadradas, oscuras y blancas, las más pobres aún tocadas de perfume. Olía también al pan, unas hogazas que venían en esterones a lomo de burra. Daban su aroma salado las gruesas hojas de Noruega e Islandia compradas en *El Rey del Bacalao* de Vigo, que acabarían perdiendo la sal ingeniosamente: lavadas en los canales que bajaban al río, amarradas con un cordel a un palo hincado en el suelo blando de la pradera.

De cocina y horno surgían los aromas ricos de ese bacalao cotidiano, y de empanadas, guiso de carne, sardinas asadas, sardinas al humo; de la fabada, del caldo matricial, calentador de tripas; de los callos con su comino inconfundible.

Esas fragancias atraían a la gente, como la miel llama a las abejas. No había distingos, entre vecinos del pueblo y aldeanos, españoles o portugueses, trabajadores y señorío. Solo variaban la frecuencia de las visitas, los encargos y los montos a pagar.

A SONES Y OLORES DE LA CASA se añadían vestidos y modales, hablas y curiosidades de los huéspedes de paso; y de los fijos, entre los que debo señalar dos, el padre Domingos y el capitán Marcelino. Ambos tomaron postura en las turbulencias del siglo, y fueron tratados con diversa fortuna por los cronistas. El clérigo apareció en

mi infancia linda. El carabinero, en los prolegómenos de la guerra que me hizo viejo antes de tiempo.

Don Domingos impresionaba por su elegancia. Lo perfumaba una mezcla de incienso, agua de colonia y tabaco. Los niños porfiábamos para besarle la mano perfumada, él acariciaba nuestras cabezas y decía:

—*Ó meninos, ó meninos, tenham paciência*.

Era portugués, pero monárquico, cuando los portugueses eran republicanos, «como todos debíamos ser» según aviso de mi padre.

—Es manuelista, uno de los organizadores del golpe, muy significado —informó Valerio a un nuevo teniente de la Guardia Civil—. Consiguió sostener a la monarquía durante veintiocho días… Es de muy buena familia, con grandes rentas. Nunca me faltó al pago de nada.

El padre portugués ocupaba un cuarto orientado a su tierra amada e imposible. A veces dejaba la puerta abierta y los pequeños lo espiábamos: sin sotana, con camisa blanca y pantalón oscuro, miraba las frondosidades de la orilla portuguesa del Miño, fumaba y escuchaba la música de su gramófono con tortuosa bocina.

Al cura manuelista le gustaba comer, y beber de lo mejor. Mas, como en hora de rito, a las doce de la noche concluía las libaciones, como no fueran de agua.

—Eso es para tener limpio el cuerpo, para la misa de la mañana —aseguraba el abuelo Joaquín—. Misar es su única obligación. A tal señor no le corresponden más trabajos.

Y así debía de ser. Los otros curas andaban a carreras entre iglesias y cementerios, misas y responsos, para completar sus economías de décimos y oblatas. Se metían con el orden del país cuando pudiera hacer mella a sus intereses, mientras el portugués vagamente se quejaba de «*maus costumes do povo e superstições*», o advertía contra «*a ameaça do protestantismo*» para él representada por ciertos «*vendedores de bíblias, uns luteranos pagos com ricas libras esterlinas que nos invadem com os poderes do Banco da Inglaterra*».

Decía misa, paseaba, conversaba con vecinos y visitantes, atacaba a un tal Lutero y loaba a los reyes defensores de la religión. Hasta que, de súbito, desapareció. Sin llevarse pertenencias de bulto.

Ayudando yo en el servicio de mesas, escuché que don Domingos quizá anduviera ya por Brasil. Lo lamenté, porque él me había enseñado a ayudar al «santo sacrificio» y me había impuesto en el significado de las frases latinas. Le quedaba agradecido y no sabía a

donde escribirle.

Durante algún tiempo se mantuvo su cuarto según lo había abandonado, como se hace con el de un muerto querido. Después, la señora Minia mandó a las criadas recoger las cosas del padre para guardarlas en un baúl del desván y allá quedaron con su rico aroma junto al madurero, todas menos el gramófono, que mi padre instaló en nuestro comedor privado.

En él sonaría muchas veces la voz de Fleta en memoria del ausente, admirador suyo.

EL MIÑO QUE TAN INTENSAMENTE MIRABA el exiliado portugués fue agua de nuestros amores, y siempre espacio de observación.

A lo largo de él competían convoyes, sobre caminos de hierro paralelos. Maquinistas portugueses y españoles daban presión a las máquinas, pitando sin parar, mirándose cara a cara, intentando identificar a quien conducía el tren competidor, para después procurar el encuentro y la ronda de vasos o de *copos*, a este o al otro lado de la frontera.

Río a través, en las aguas comunes a los dos pueblos, se pescaba salmón con lancha y red.

—¡Aprieta! ¡Cede! ¡Recoge! ¡Suelta! —reverberaban las órdenes, y los pescadores sudaban hasta conseguir que los peces se fueran entregando.

—Van directos a las mesas de los magnates —proclamaba mi padre.

Capturados al atardecer, partían presos con patente del ferrocarril, cada uno a una tabla, viajaban de noche y deberían llegar húmedos a la propia cocina del rey de España, o a la del presidente portugués…

El escenario fluvial dio para mucho espectáculo cotidiano, pacífico y rutinario; y para algún espanto, como los incendios de las «fábricas de madera» de nuestra orilla que venían a sofocar los bomberos de Portugal, arriesgándose a vadear por los bajos empedrados con sus aparatos de socorro. Pero la mayor diversión de ese tiempo, que hizo paralizar los pueblos, fue la visita del hidroplano.

Estábamos en el aula cuando sentimos un retumbar de motores. Los chicos más próximos a las ventanas perdieron la atención que demandaba la temible aritmética de los quebrados. Don Paulino, el maestro, se dio cuenta y exigió atención. Levantó la vara. Mas al

poco sonaban las campanas de la capilla de San Benito, rodeada de olivos en un alto. Las lanzaban al vuelo, como si viniera el fin del mundo. El maestro salió a la puerta y los pequeños nos apelotonamos contra la ventana que dejaba ver el río.

Un aparato verde, con alas altas y bajas, juntas con una celosía de hierros y alambres, se precipitaba en el agua y en ella paraba sin hundirse.

—¡Venga, chicos! Venid, venid, vamos —nos llamó don Paulino. Nos formó y marcó el paso ligero hacia un riachuelo donde íbamos a pescar anguilas en tiempo de ellas.

Las campanas seguían tañendo y ya sonaban las de la ribera portuguesa. El pueblo se atropellaba hacia los prados de las márgenes. Un carnicero corría con delantal y hacha en la mano, ensangrentado. Bajaban a zancadas guardias civiles y carabineros.

Los rapaces de la escuela no fuimos los primeros en llegar, pero supimos avanzar entre los cañaverales hasta la primera línea y allí nos quedamos boquiabiertos: hombres vestidos de cuero de la cabeza a los pies anclaban las barcas sobre las que se sustentaba tamaña máquina voladora.

De ambas orillas se acercaban lanchas y botes. Los que remaban en ellas gritaban en castellano y portugués a los aviadores, que respondían en una lengua rara provocando conjeturas entre los curiosos.

—Hablan francés —decían unos mirantes—. Alemán —decían otros—. Inglés —afirmó el Yanqui, llamado así porque había sido prisionero de los americanos en la guerra de Cuba.

Cuando el hambre apretaba, mi hermano Alfredo desertó, y yo lo seguí de mala gana para que mamá no me riñera por haber dejado al pequeño solo.

Después de comer ya se había completado la noticia en Casa Valeriano: el aeroplano iba de Inglaterra a Brasil, el piloto había detectado una avería y fue capaz de posar la máquina delante de nosotros. A la mañana siguiente el maestro definió lo que habíamos visto:

—Un hidroplano. Hidroplano, con hache —y escribió la palabra en el encerado. Todos vivimos deseando que llegase el jueves, día de feria en el pueblo de enfrente, para ir en busca de los hombres vestidos de cuero, que por allí debían de andar según se decía.

Llegó el jueves y fue fácil encontrarlos. Altos y rubios, recorrían el ferial a carcajadas, revolviendo las cosas de los puestos. Asombraba

oírlos hablar de modo que solo ellos entendían. Sacaban fotos del pueblo y los seguimos. Entraron en una iglesia, y se quedaron contemplándola desde los últimos bancos. Los chicos les indicaron la pila de agua bendita; pero los extranjeros no hicieron caso. Ni la señal de la cruz, como nosotros hacíamos.

Toda la semana anduvo viniendo gente de Vigo y Pontevedra con cámaras fotográficas. El lunes siguiente se hizo imposible atender a las lecciones de don Paulino porque los motores de la máquina verde bramaban y su eco se repetía por la cuenca del Miño. Callaban y volvían a bramar, distrayéndonos con tal intermitencia.

Al amanecer del martes el estruendo haría a muchos precipitarse a la ribera todavía con sueño pegado a los ojos. Yo llegué a tiempo. El hidroplano había girado, ya no miraba río arriba, como estaba cuando lo anclaron; sino río abajo. Dos sogas, amarradas a los pilares de sus barcas y a sendos árboles en cada margen, aguantaban, tensas, la fuerza de las hélices.

A la par, en el mismo instante, dos hombres de la tripulación soltaron las sogas, que se recogieron como serpientes heridas; y, con rugido de dragón, la máquina alada ascendió en busca del sol.

El campo desde el que vi tal prodigio de la aeronáutica nos pertenecía a la casa de los Liñares y recibía el nombre de un regato lindero, mas pasó a ser «el del hidroplano», el de fantasear vuelos y acrobacias; el de un espectáculo apenas saboreado que llegaría a tener satisfacción completa en la siniestra circunstancia bélica de nuestras vidas.

PERO LA GUERRA QUE IBA A CAMBIAR TODO todavía quedaba lejos en el tiempo, para los chicos que seríamos soldados y para los mayores que habían de llorar tanta muerte provocada por las balas y las bombas de los aviones. Nadie la imaginaría. Aunque de vez en cuando llegara noticia de batallas en África, la gente vivía distraída con las modas de Europa y de los Estados Unidos, con los «gustos refinados de París» y los avances de la técnica.

Mandaban el *couplet* y el tango. El gramófono que nos había dejado en herencia el padre Domingos fue reproduciendo las canciones de Buenos Aires, de discos que enviaban desde allí los hijos de la villa al local de su *Sociedad de naturales*. Músicas sensuales, letras pillas, amenizaban bailes en los salones del casino y en la sala grande de nuestro hospedaje, bien iluminados.

Decían en la fonda que se había creado una empresa para fabricar

máquinas de vapor potentísimas, se discutían las posibilidades de ferrocarriles tan limpios como facilitaba la tracción eléctrica, semejantes a tranvías pero capaces de recorrer distancias que hasta entonces solo permitían carbón, agua y vapor. Los telegrafistas hablaban de un telégrafo sin los hilos compañeros de los carriles, el «radiotelégrafo» con que se comunicaban los barcos desde alta mar y se enlazaban países muy distantes.

Pero una cosa era leer periódicos y otra mirar alrededor.

—En la era de los dirigibles —decía don Ramón Afonso— nosotros todavía nos espantamos de los automóviles. A fin de cuentas, todo sigue igual.

—Principalmente en la política —se atrevía mi padre a lanzar la pulla.

Y algunas cosas debían de seguir como hacía siglos:

Contábamos los días de la semana por *feiras* y en la quinta —jueves— bajaban las aldeanas con cestas llenas de productos de huerta y gallinero. Venían hombres con el ganado de sus casas. Se armaban puestos de herramientas, aperos y necesidades domésticas. La gente andaba de ferial en ferial, cruzaba el río en barca, a comprar *frangos* allá y pollos aquí, como viniera el precio.

Donde se juntaba el pueblo aparecían personajes curiosos, cada uno con su empeño y su habilidad: gitanos con animales adiestrados, ciegos cantores con violín, gaiteros… Una de las criaturas raras, casi estrafalarias, que surgen de mis recuerdos es un hombre con un carterón lleno de libritos.

Fornido, llevaba barba pulcra y tenía algo que hacía mirarle la cara buena y grande, de pómulos altos y ojos claros, rasgados. Caminaba despacio y de cuando en cuando paraba, sacaba un librito del bolsillo de la chaqueta y se ponía a leer. Se llamaba Severo.

El señor Severo recalaba a veces en nuestra fonda y pedía el guiso más humilde. Yo, que andaba entre la tienda y el comedor, observaba su comportamiento y el de mis padres con respecto a él: extrañamente, la señora Minia, simpática para todos los que necesitaban «matar el hambre con vergüenza», que en la cocina mandaba llenarles bien los platos, no se esmeraba con aquel sujeto bonachón. Sin embargo, el señor Valerio no perdía oportunidad de sentarse a su mesa, y de charlar con él. Mi madre era áspera cuando hablaba con su marido respecto al viajante de libros. Se estiraba el pelo claro, recogido en un moño, con las manos. Se las ponía en las

caderas. Acusaba:

—Será un buen hombre, Valeriño, pero es un hereje, y anda por ahí soltando herejías.

Quizá esa aspereza y la voluntad de evitar discusiones fueran causa de que mi padre guardase el libro que le compró al señor Severo un día de calor, en que se nos presentó siendo horas ya de levantar manteles, cuando por la fonda solo quedaba un olor fuerte, rancio, del bacalao con garbanzos que se le habría servido a diez docenas de feriantes. Ayudando a las criadas a recoger los restos de las mesas, escuché como el vendedor decía:

—Los Evangelios a patacón; la Biblia, a una peseta.

—Déme el de a peseta —pidió Valerio, y pensé que tanto dispendio tendría causa mayor.

Fijé la vista en el libro que el viajante estaba sacando de la cartera con una mano mientras con el canto de la otra se limpiaba el sudor de la frente. El volumen era de buen tamaño, azul oscuro, con letras doradas. Mi padre se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta, colgada en el respaldo de la silla, y yo me puse a cavilar dónde acabaría el objeto de mi curiosidad, mientras intentaba ligar la escena con los poderes del Banco de Inglaterra que tanto preocupaban al padre Domingos misteriosamente desaparecido.

CAETANO TAMBIÉN ERA PORTUGUÉS como don Domingos, pero con nosotros se quedaría de por vida, cada día más conocido y popular. Era *alfaiate* en su manera de hablar: sastre, un tipo agradable, rubicundo, que evocaba una manzana de piel brillante. Había venido a esta banda del río por causa de amores y supo instalarse frente a la estación, bien a la vista de ella. Mi padre lo admiraba.

—A Caetano —decía— se le viene a la cabeza lo que se le olvidó al diablo.

Ciertamente, el maestro de la tijera era divertido, ingenioso. Siempre estaba bromeando, principalmente con los niños.

Cerca de su puerta había una fuente con dos caños, uno que apuntaba a la higuera de una casa vecina; otro, que se dirigía hacia la bodega de Cosme, establecimiento lóbrego, con el suelo de tierra empapada en vino. Por tener los caños aquellas direcciones, aseguraba el sastre, el agua de cada uno tenía sabor propio; y advertía a los pequeños contra beber del que miraba al lugar de Cosme, porque emborrachaba.

Valeriano y Caetano eran amigos de ley, que cruzaban bromas y

parrafadas sobre las vías cuando no se juntaban en la fonda a conversar, a veces hasta seriamente. De tal modo fue como les escuché hablar de los «colportores».

—Como ese del carterón, el Severo —explicaba mi padre—. Les llaman colportores a los de su gremio. Viven con mucho sacrificio: dicen que les dan una perra chica por venta. Y ya me dirás.

—¿Y solo venden libros de su religión?

—Solamente —aseguró, rotundo, Valerio.

—Ya quisiera yo ver a los curas viviendo en esa disciplina.

—Era buena historia, carajo…

—¿Colportores dijiste? —Caetano debió de quedarse con dudas sobe la denominación.

—Colportores, sí…

Yo guardé en mente el nombre. Después, en la feria de Ponteareas llegué a ver hombres de la profesión del tal Severo, también con carterotes de libros, que ofrecían en baja voz. Tenían vestir de pobres decentes y un gesto humilde en la cara. Alguno era dueño de bicicleta, pero andaban a pie mayormente. Parecían ser respetados por lo general. Aunque no todo el mundo los respetase.

En cierta ocasión, volvíamos de la feria mi padre y yo en coche abierto, él gobernando el caballo con mirar ausente, cuando me di cuenta de que unos mozos apedreaban a un vendedor de «biblias prohibidas» con bicicleta.

—¡*Fuxe, Satanás, fuxe*! —le gritaban los granujas, ya en años de ir a servir al rey.

Llamé la atención del negociante ensimismado, que paró el coche y los amenazó con la Guardia Civil. Ellos se retiraron al campo de donde habían cogido las piedras y el colportor aprovechó la tregua para montarse en la bici y perderse por la carretera a todo pedal.

Superado el episodio, pregunté a mi padre la razón para el apedreamiento, que me dio con su perfil agudo y firme contra el viento de la marcha.

—Vivimos en un país intransigente… Intransigencia —repitió tal vez para que se me quedase grabado el término—. Tú ya te habrás fijado en las ruinas que hay yendo a casa de tu abuelo Joaquín, ¿no? Pues aquello es de la Inquisición… Cuando mandaba la Inquisición, a los herejes los quemaban vivos. A los judíos los echaron de España, y también quemaban a los que se quedaron, a los conversos, por sospecha de que disimularan su religión verdadera. Tú mira, y hoy llega con tirarles piedras a los herejes,

aunque a veces les metan unas palizas terribles.

—Dígame una cosa, papá —no pude retener la pregunta—: Pero ¿por qué son herejes?

—Eso… —dudó, se pasó la mano libre de las riendas por las cejas y la nariz. Se tocó las puntas del bigote—. Eso es algo muy complicado, hijo mío. Yo te diría que todos somos herejes: los protestantes lo son para nosotros, y nosotros lo somos para ellos.

MI PADRE SUPO SEMBRAR EN TODOS SUS HIJOS inquietudes provechosas, y darles medios para llevarlas a fin.

—Tú dabas para negociante —me decía, atento a mis preguntas sobre cosas de tienda y hospedaje—. Habría que mirar si fueras capaz de vender algo.

Tal calibraría él cuando se supo que el teniente de la Guardia Civil se marchaba destinado para lejos y se deshacía por cinco duros de una bicicleta nueva, arrimada a la pared del cuartelillo, expuesta con sus cromados, las ruedas limpias, brillante la pintura negra de los tubos. Al pasar por delante de ella, la gente miraba y seguía, calculando la fortuna que supondría tan aparente objeto de sus deseos.

Hasta que un día cambió de sitio. Al volver de la escuela, la vimos en la trastienda de Casa Valeriano. Entonces mi hermano Alfredo reveló un secreto:

—Es para nosotros, que me lo dijo Suso.

Nuestro compañero Suso era hijo de guardia civil y podía, pues, saber de la adquisición con certeza. Pero yo no me atrevía a aceptar como propio algo tan soñado. Si cerraba los ojos, me veía pedaleando en la máquina espléndida, seguro de mi tamaño, de sobra para andar en bici de hombre, con barra. Pero no podía ser, y yo no iría a preguntar por el destino de aquel artefacto.

Así pasaron días, hasta que mi padre decidió hablarme, en una sobremesa de domingo, cuando ya los pequeños se iban levantando.

—Espera ahí, Manuel —sorbió un trago demorado de café, se limpió los bigotes y preguntó—: ¿Qué tal andas en bicicleta?

—Bien —respondí sin énfasis, dudoso.

—Entonces… —guiñó un ojo—. Entonces vamos a hacer negocio. Verás: ya viene la matanza y tenemos muchos pedidos de pimentón, dulce y picante. ¿Tú sabes cómo se distingue el bueno del malo? —negué y prosiguió—: Se coge papel de estraza. Se mete el pimentón en él, se aprieta y, si no se queda pegado, es del bueno. Si se queda,

es que tiene aceite.

Esa charla paterna fue el origen de mi iniciación al comercio, menester provechoso donde los haya, al que parecía yo destinado por Valerio el fondista. Papá me entregó la bici a condición de trabajar con ella; y de ir paseando a mis hermanos en el portabultos y en la barra, siempre con cuidado máximo. Me convertí en vendedor de pimentón, casa por casa, tienda por tienda, aldea tras aldea. Con sol o con lluvia, en el tiempo que la escuela me dejaba libre, comí leguas hacia las alturas que permiten contemplar el Miño en toda su magnificencia, azul entre los verdes.

Era un prodigio ir con carga y volver con dinero; y con la conciencia tranquila de haber probado que cuanto se vendía, rojo, no se agarraba al papel de prueba. Volvía también satisfecho de ver lugares. Uno de ellos, que me hacía pensar mucho, era el terreno donde se levantaban las ruinas del «palacio de la Inquisición», gran frontal de piedra dorada por los líquenes que hacía de pantalla al viento, con huecos de puertas y ventanas coronados por relieves: una intriga de sombreros, cordones y borlas que descendían rodeando los marcos, pregonando pertenencia a personajes que yo suponía «los inquisidores», de los que hablaban mi padre y sus compañeros.

La bicicleta de la pubertad, de los pantalones cortos y pelos sobre la piel marcada por los músculos de las piernas, me dio muchas ocasiones de silencio, de preguntas alma adentro sin respuesta en boca de nadie. De la soledad de los caminos recorridos entre bosques y campos me sobrevino la necesidad de creer en Algo Superior con independencia de lo imaginado a fuerza de recitar el catecismo.

Las ventas ambulantes marcaron en mi vida un trecho de bonanza que acabó por culpa de un libro casi olvidado en los rincones del magín.

Cualquier tarde le fui a contar al amigo sastre mis aventuras en el negocio y di con los ojos en un volumen de pastas oscuras, azules, con letras doradas, que me recordó a don Severo el colportor. Estaba en un anaquel. Lo miré fijamente hasta que el sastre observó mi fijación.

—Es una Biblia evangélica —explicó. Y ofreció—: Si te la quieres llevar, cógela.

Cogí el libro y le di las gracias.

—De nada, hijo, que es de tu padre —respondió, sin levantar la

vista del paño grueso que cortaba; y, según salía yo por la puerta de la sastrería, me advirtió—: Manueliño, no le digas a la gente que andas leyendo eso, que te puede traer muchas complicaciones.

En ese momento ni el ni yo podríamos imaginar cuántas. Ni su gravedad.

Entonces solo Dios las conocía.

Y Dios trabajaría por nosotros

Mi educación en el pueblo alcanzó a lo que un pueblo podía dar. En la escuela aprendí lo que don Paulino enseñaba y leí cuanto me ofreció la biblioteca del señor cacique.

Fue el propio don Ramón Afonso quien intervino en el asunto, con una recomendación a mi padre.

—Valeriano, a este rapaz había que *estudiarlo* —dijo en mi presencia, echándome una mano por la espalda—. Si usted dice que es entendido para cosas de comercio, entonces era bueno mandarlo al Mezquita.

Y así se inició una nueva etapa de mi vida, en la ciudad que yo había visitado muchas veces por necesidad de suministros a nuestra fonda. «Con mucho sacrificio para la familia» mis padres me enviaron al Colegio Mezquita de Vigo, ubicado en la avenida de García Barbón, llena de vida y bullicio. Corría el año 30.

Cuando supe que me marchaba, fui a dar una vuelta por los lugares que más nostalgia me iban a causar. Subí hasta el lugar de la Picada, me senté en una laja del monte y miré al Miño, que corría en su eterna tranquilidad; observé las barcas «de arriba y de abajo» cruzándolo, y los trenes que repintaban líneas paralelas de hollín y vapor en su competición entre españoles y portugueses. Dejé caer el sol hacia la desembocadura del río, vi cambiar colores y espesarse los penachos de humo de las casas y, en la paz del ocaso, volvieron a mi mente las necesidades de encontrarme con Dios a solas, de entenderlo por mi cuenta a través de las Escrituras en que se manifestaba, «Porque Dios amó al mundo de tal manera que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda,

mas tenga la vida eterna».

Del Evangelio según san Juan me había quedado en la memoria ese versículo entero, que me acompañó por las callejas altas del pueblo en mi retorno a casa. Cavilando en su significado, fui a topar con un compañero de escuela a la puerta de la carpintería de su padre, lugar de nuestros encuentros entre olores agradables y ruidos constructivos. Era Feliciano Dafonte, un chico de sentimientos muy delicados, a quien yo ya había sondeado en relación a las dudas sobre la religión que nos habían impuesto al nacer.

Me senté con él en un poyo y hablamos; lo primero, de mi marcha inminente y de los proyectos que abrigaba tras ella; después, de la preocupación compartida.

—Seguí preguntando a la gente mayor de la familia —me informó —. Tía Consuelo es la única que no sabe leer. De resto, todo el mundo lee la hoja parroquial, y algún periódico si les cuadra. Pero nadie vio jamás una Biblia, y dicen que es cosa de curas.

—¿Y qué opinan de don Severo?

—Mi abuelo dijo que había que quemarlo con el fuego de los libros que anda vendiendo, que son de herejes, amañados a su conveniencia… —callamos, yo recordando el apercibimiento del señor Caetano cuando me entregó las Escrituras de mi padre. Feliciano pareció coger respiro y prosiguió—: Mi abuelo fue sacristán de San Benito. Era el que entregaba el clavo bendito para que la gente hiciera lo de dar vueltas a la capilla y después clavarlo. Una vez mi padre le dijo que eso era superstición y que el cura se valía de ella para cobrar por los clavos benditos, y el abuelo le dijo que lo iba a desheredar por protestante.

—Don Domingos siempre andaba con lo de las supersticiones, y lo de los protestantes. Tenía manía —recordé, y nos quedamos prendidos a la memoria del cura portugués.

—Una cosa —Feliciano volvió al presente—: Fui hasta don Santiago y le dije lo que hablamos tú y yo sobre leer las Escrituras y comentarlas con él porque es nuestro párroco, y me dijo que eso era una locura y que, si tanto interés teníamos, las puertas del seminario estaban abiertas para todos los chicos con vocación.

En el colegio de Vigo me encontré un ambiente agradable, y compañeros con los que mantener una relación cordial, sin las intimidades de religión que compartía con Feliciano. Dentro de las aulas intentaba concentrarme en las enseñanzas del peritaje

comercial, repitiéndome que a ellas asistía en detrimento de las necesidades de mis otros cuatro hermanos; pero tenía frecuentes momentos de distracción, porque la busca de la Verdad se me hacía obsesiva.

Me distraía durante el día y me angustiaba de noche. A la hora de coger el sueño abría los ojos con miedo a morirme durmiendo y condenarme por no haber llegado a exprimir todas las posibilidades del conocimiento que conduce hasta Dios. Hasta que de nuevo san Juan me ofreció una línea de luz desde su Evangelio: «Porque Dios mandó a su hijo al mundo no para que condenara el mundo, sino para que el mundo fuera salvado por Él». Con pie en este versículo comencé a orar por mi cuenta, y cuando el miedo me atenazaba en la oscuridad silenciosa del cuarto de la pensión, le pedía a Cristo indulgencia, paciencia, ayuda, tiempo…

Pasaron semanas marcadas por la vida lectiva, y meses, y ya se hablaba de las vacaciones de Navidad. Entonces tuve que aceptar que mi rendimiento académico no era el mejor posible, como amablemente me advirtió el profesor Adrio, persona de extraordinaria bondad, muy inclinado a la astronomía y gran amante de Galicia, «a Nosa Terra» como él llamaba.

—Algo te tiene que pasar por dentro, Liñares —conjeturó, mientras mirábamos a los chicos jugar y pelear en el recreo—. Y es normal que te pase, porque eres un muchacho inteligente y todos los inteligentes son inquietos. Pero de buenas cabezas es también el encontrar soluciones… De cualquier manera, si algo precisas de mí, dímelo.

No me atreví a pedirle ayuda. Adrio sería un sabio, capaz de entender y explicar a ley de Bode para medir la distancia entre los astros del firmamento, pero el problema era mío, del alma. Solo yo lo podía resolver, quizá buscando ayuda de quien trataba cosas del Reino al que nos conduce la fe.

Algo oculto —la mano de Dios sin duda— guió entonces mis pasos: en las salidas de jueves y domingos observé lugares y movimientos de gente hasta identificar en la calle Pi i Margall la «iglesia protestante», un edificio de dos pisos, caleado, con piedra en los dinteles; en el bajo, dos puertas y un letrero que llamó mi atención: EBENEZER.

Después de mucho pensarlo, me decidí a entrar sin mirar para los lados.

Lo hice despacio, recelando, con la sensación de quien es intruso a

plena luz. Si fuera, en la calle, caía la noche, el interior de la iglesia era luminoso, albo, con columnas delgadas, redondas, albas también. Había un corredor entre bancos. Al final del corredor, un púlpito, y un gran libro sobre un atril.

Predicaba un señor de presencia noble, con una barbita blanca y acento extranjero, lo cual no restaba valor a su discurso. Narraba las plagas que Egipto sufrió por la soberbia y la falsedad del faraón, a quien Moisés y Aarón no conseguían convencer de que hablaban en nombre del Verdadero Dios, el que había escogido al pueblo de Israel para manifestarse al mundo.

Dios había dado poderes a Moisés, su vara se convertía en serpiente por voluntad del Todopoderoso y el mar se abriría para que, por fin, el pueblo escogido retornase a la Tierra de Promisión. Dios era el Supremo Poder, la Voluntad Irresistible, la Ley que se impone a todas las leyes de la Física, el principio y el fin del Universo, el Origen y el Destino de todos los seres. A Él había que entregarse, sin dudas, porque dudar de nada serviría. Debíamos vivir en la constante observación de los signos por los que el Altísimo manifestaba la voluntad que habíamos de obedecer. Y, abandonados a ella, recibiríamos lo que el Hacedor tuviera destinado a nosotros, a cada cual, en el cálculo que Él hacía para cada una de sus criaturas…

Me quedé prendido en aquellas frases redondas, perfectas, con la mente llena de las imágenes de Egipto que salían de figuraciones de los libros de Historia. Cuando caí en la cuenta, estaba en pie como los demás asistentes al acto. Pero yo callaba, mientras ellos entonaban un canto armonioso, que repetía una «promesa del Salvador», la de siempre estar a la vera de quien creyese en Él, siempre librando de temores a quien se le entregase de alma llena. Me sentía extraño a aquellas personas, ocupando un lugar que no me pertenecía. Y, al comprender que el cántico llegaba a sus estrofas finales, salí de mi banco rápidamente para precipitarme a la calle en una confusión de pensamientos.

AÚN CONFUSO, POR NAVIDAD VOLVÍ AL PUEBLO, en momento de mucha agitación política, cuando por Casa Valeriano todas las conversaciones venían a dar en «el fin de la dictadura».

—Nada hay tan siniestro como una dictadura dentro de una monarquía —denunciaban mi padre y sus compañeros, republicanos por convencimiento y obligación de socialistas. Pero no estaban

solos en la denuncia. Los acompañaba mucha gente contraria al sistema.

Una tarde hosca, de viento a lo largo del río, se acercó don Ramón Afonso al hospedaje «con intención de felicitar las Pascuas» y coincidió con los hombres del sindicato, que ya se echaban una sidra al cuerpo por cuenta de la casa. Se sentó con ellos y se armó una polémica sobre Primo de Rivera y Berenguer, el de la «dictablanda», en tono cordial como correspondía a las fechas. Salieron nombres de generales incompetentes, se recordó la guerra de África que había traído tanto luto a las familias, se criticó a Alfonso XIII, «un parásito mujeriego» que vivía del cuento rodeado de «militronchos y holgazanes de sangre azul». Algún empleado del ferrocarril evocó los desastres de Marruecos con una canción de injusticias:

A la guerra me lleva
mi necesidad.
Si tuviera dinero,
no iría, en verdad.

Nadie olvidaba las diferencias entre los reclutas de cuota, liberados de los horrores de la batalla por un dinero que incluía el uniforme, y los pobres, que se metían de polizones en los barcos para no ir a morir en tierras de infieles.

Don Ramón defendió «las buenas intenciones» de Primo de Rivera, recordó a todos los presentes que el general había conseguido dar fin a «la cuestión de Marruecos» e impulsado grandes proyectos industriales como el de la Maquinista Terrestre y Marítima. Mas —reconoció— había sido impotente ante «la crisis económica mundial».

—Y menos mal que aquí no nos suicidamos como los financieros de Nueva York —concluyó, con uno de sus gestos ondulantes como ramo de mimbre, y la polémica se disolvió en varios brindis, entre los que don Ramón pronunciaría una frase aceptada por todos los presentes—: No sé si nos pondremos de acuerdo en cómo hacerlo, pero sí estamos de acuerdo en que a esto hay que darle la vuelta…

En ese ambiente cargado de política transcurrieron las vacaciones. El día de la despedida, después del desayuno, fui a buscar a mi amigo Feliciano a la carpintería y salimos de paseo por la carretera paralela al Miño. El aire estaba quieto; la hierba, cubierta de helada; el monte, pardo por falta de hojas. El humo de las casas

ascendía en vertical y un silencio pesado aplastaba el mundo a nuestro alrededor. Fue entonces cuando le conté mi experiencia en la iglesia de los protestantes.

—Tenías que acompañarme hasta allí, Feli —finalicé la narración, callando mi necesidad de compañía para un paso que consideraba ineludible.

Entonces Feliciano juntó los ojos pequeños y oscuros y sugirió:

—Oye, podíamos pedirles a esos señores que viniesen a predicar aquí. Si la gente del pueblo viera que son como dices, se convencería de que no es pecado leer las Escrituras.

Rumiando yo tal atrevimiento, que consideraba imposible, a la vuelta del paseo coincidimos con Maruxa Gómez, una chica del pueblo adelantadísima en los estudios, hija de un practicante de medicina al que llamaban don Olegario «el masón». Venía con su madre, doña María, señora muy agradable que simpatizaba con nuestras «ideas contrarias».

Nos convidó a tomar un chocolate y hablar. Cuando me preguntó por mis andanzas viguesas, no dudé en incluir entre ellas la visita al templo de Pi i Margall, que ella siguió con atención.

—Muy bien, Maneliño. Muy bien que un rapaz como tú se atreva a visitar un templo protestante —apoyó actitud y acción—. Uno debe probar todo para satisfacer su curiosidad… Nuestra Maruxa va el año que viene a la escuela normal —acarició la melena negra y sedosa de su hija—. Si ella quiere, también puede ir a ver lo que predican los evangélicos. Y si descubre que las predicaciones de los protestantes no le interesan, como no le interesa lo que pregonan los católicos, pues… es libre de ser atea o agnóstica. Nosotros pensamos que con las conciencias de la gente no se debe jugar.

Esa superioridad de pensamiento me animó, y retorné a Vigo con la sensación de tener al menos tres personas que me acompañaban desde la distancia: doña María, su hija y Feliciano.

Eso hizo que me atreviese a volver a la iglesia de los evangélicos casi todas las semanas, a punto de considerar las visitas como mi misa privada. Nunca me defraudaron las predicaciones; y fui aprendiendo himnos que me acompañarían para siempre, especialmente a lo largo de ese túnel sin salida por el que penetraríamos un día de julio del 36.

El primero fue un musicado sobre un poema que Teresa de Jesús escribiera en las mazmorras de la Inquisición, y, por la circunstancia, marcó mi vida, como se comprenderá en el correr de

las páginas de esta historia:

Eleva el pensamiento,
al cielo sube.
Que nada a ti te aflija,
nada te turbe.
A Jesucristo sigue.
Ven, no desmayes.
Y, venga cuanto venga,
nada te espante…

Me indujo a cantarlo una señora morena, de amplias formas femeninas, a quien acompañaban dos hijos y una hija, también morena, de ojos atrayentes como soles negros en los que se hundiera la luz del universo. La señora me entregó una hoja con la letra y sonrió para mí, maternalmente, al darse cuenta de que yo también principiaba a cantar. Lamenté que su hija ni me mirase, y juré luchar por conquistar aquella mirada esquiva.

EN LOS MESES QUE SIGUIERON irían aumentando las tensiones dentro de la sociedad española. En las aulas del colegio, en sus corredores bien iluminados, en las zonas de recreo, los profesores se esforzaban por dar una impresión de sosiego. Pero nada pudo impedir que la realidad exterior se filtrase hasta aquella isla de estudios.

—Hombre, a tanto como una república gallega… —escuché al profesor Adrio hablar con un colega—. Tanto, tanto…

—Me dijo que se iban a declarar repúblicas en Cataluña y en Galicia y en el País Vasco —informaba el otro—. Que ese era el pacto. Y ya me dirás: eso es el fin de España.

—No, hombre, no —concluyó Adrio en un tono tranquilizador—. Ni pacto de San Sebastián ni Casares Quiroga, ni nada, por favor. Nosotros pretendemos la autonomía. Y la república, claro, que ya está bien de Borbones, que son el mayor cáncer de nuestra historia; y este follador enquencle, y la inglesa y todos esos hemofílicos y tarados…

Tengo un brumoso recuerdo de la figura del profesor que nos insistía en que «astronomía no es astrología»; en que «Galicia es un país y los gallegos un pueblo». No obstante traigo conmigo su voz viva; y una angustia imborrable, que renace en la sospecha de haber llegado a pisar su sangre en las madrugadas de fusilamientos del Castro vigués.

Pero no nos adelantemos. Estamos todavía en el 31, en la salida de Berenguer, que fue un general apagado (no vistoso y visible como Primo de Rivera), y ahí vienen las elecciones municipales.

Yo le pedí a Dios que ganasen los republicanos, que propugnaban algo defendido por mi padre con palabras de discurso en el sindicato:

—El estado laico, sí señor. Nada de que nos veamos obligados a mantener a los curas quitándonos el pan de la boca. Nada de que los impuestos vayan a parar a la Iglesia. Los católicos, que mantengan a sus pastores voluntariamente.

Los servicios religiosos habían de ser como los de los protestantes: realizados por quien recibía cariño y dinero de sus feligreses. Así lo hablamos Maruxa, Feliciano y yo el mismo día de la votación para los ayuntamientos, que escondía intenciones de mucha mayor transcendencia.

Yo había vuelto al pueblo para la ocasión, un domingo 12 de abril, y nos reunimos en la casa del masón, en la que no había ningún crucifijo, ninguna estampa ni imagen de santo. Los ojos grandes y verdosos de su hija se perdieron en un sueño mientras pronunciaba frases que sonaban a releídas:

—La república va a ser la liberación de todos los que piensan y sienten de manera diferente, de manera diferente a los que no piensan por su cuenta ni quieren hacer caso de sus sentimientos, por si no fueran correctos…

Efectivamente, la República pareció ser la liberación que llegaba en un clamor, con repiques de máquina telegráfica en las estaciones del ferrocarril. Se supo de ella con abrazos, brindis, caras de satisfacción, que duraron dos días.

—Niño, pon esta bandera en la galería —mandó mi padre, sin advertencias de las suyas («Ten cuidado, no te asomes de más. Mira que la bandera no se te caiga a la huerta…»). Mi viejo no cabía en sí de tanto gozo cuando, apresuradamente, me pasó la insignia de la nueva nación. Era temprano en la mañana del día 15 de abril de 1931 y la bruma se levantaba del río. Abrí la ventana y apoyé el hasta en las piezas de hierro tocadas de rocío. Desde el piso superior de Casa Valeriano se contemplaba el mundo como un teatro en el que se fuera a estrenar función, y sobre el paño brillante de la bandera que estrenábamos pensé en Altamiro, el hijo del factor de la estación del ferrocarril portugués. Ya tenía que saber lo que había ocurrido en España. Ya éramos todos republicanos: una diferencia

menos entre nosotros, los vecinos separados por el río.

Señoras que iban a la primera misa, con velo, misal y rosario, se toparon con unos obreros que todavía retornaban de celebrar el triunfo electoral. Ellos se arrodillaron en medio de la calle para no dejarlas pasar. Dándose sonoros golpes de pecho, les gritaban:

—¡Padre, écheme la absolución! ¡Échemela, padre, que soy una pecadora! —y reventaban en carcajadas.

No pude evitar una sonrisa, a la que siguió una mueca de seriedad. Censuraba yo mi ligereza porque las beatas, aunque esclavas de los curas, tenían derecho a que nada —salvo razonamientos— les impidiera andar a lo suyo.

Según avanzaba el curso escolar casi en vacío para mí, vino la vorágine. Los acontecimientos se sucedían y las primeras páginas de los periódicos se llenaban con titulares que, en el fondo, me parecían referidos a asuntos de religión. La religión y lo contrario a ella marcaban las mudanzas en España. En lo mejor de la primavera, por todo Vigo, desde las tabernas que olían a vinagrote hasta los cafés incensados con los mejores aromas de Colombia y Brasil, los clientes comentaban noticias. Mientras los trasatlánticos se llenaban de gente y baúles, de almas y cosas que iban a engullirse las Américas, los que se quedaban parecían expertos periodistas destacados en Madrid.

—El gobierno va a hacer la separación de Iglesia y Estado. Es lo mínimo, ¡que carajo! Y, si tienen que morirse de hambre los cabrones de los curas, que se mueran —era lo que podía escucharse entre tazas de vino.

—Monseñor Segura no sabe lo que dice. Esto no es Baviera, ni los republicanos somos comunistas todos —sería comentario en la barra de un bar elegante—. Muchos somos tan católicos como él, aunque le pese.

—La libertad de culto es parte de la libertad de pensamiento —declaraban en el tranvía—. Nunca en España hubo mayor desgracia que la expulsión de los judíos…

Yo recorría la ciudad de los buenos edificios de granito, de las calles en cuesta y las vistas a la ría amplia, generosa. Una necesidad de vagar y observar me apartaba de las obligaciones escolares. Fuera del colegio aprendía continuamente; y en un lugar poco común hallaba el bálsamo para mis heridas.

—Cristo —decía el pastor inglés de la calle Pi i Margall— advierte a los fariseos y a los escribas de su ruindad, de su fatuidad, basada

en un exceso de estima propia por considerarse próximos a Dios. Pero el Redentor señala al centurión que tenía a su hija enferma, porque, como dice ese romano, él, mandando soldados y criados, entiende que Jesús pueda mandar hasta sobre las leyes de la materia. El de Nazaret puede curar dolencias y hacer andar de nuevo a los corazones parados.

Fariseos y escribas en nuestro mundo eran los beatos, los curas y los frailes. Y los obispos con su oropel, miembros de un sanedrín que se atrevía a discutir propuestas de Alcalá Zamora y Azaña.

—Lo que temen es que los echen de los colegios —me dijo en un aparte el profesor Adrio—. Con eso perderían su influencia sobre los estudiantes, que después van a ser profesionales de muchas materias e influirán en la sociedad…

No tardaron en arder iglesias. Lo cual me inquietaba, aunque los incendios fuesen lejos de nuestra tierra. Y volví al pueblo desazonado, por eso y porque en Vigo no había cumplido con mis deberes escolares ni me había atrevido a hablar a las claras con los evangélicos. Y, más aun, no conseguía olvidar los ojos oscuros de la chica que no me quería mirar cuando su madre me sonreía entre himnos.

EL VERANO DEL 31 FUE DE ESPERANZAS y enfrentamientos para todos. En Madrid, hacia donde seguían saliendo los mejores salmones del Miño, discutían las Cortes Constituyentes. En el pueblo discutía cuanto ciudadano sabía hablar; Casa Valeriano era un foro. Quizá hubiera que cambiar todo, hasta lo que tenía más peso. «España —sostenía un periódico— no puede seguir manteniendo a 50.000 frailes y monjas, y sus bienes libres de cargas de Hacienda».

Eso decía el diario, pero las mujeres que hablaban con la señora Minia desde el otro lado del mostrador insistían en un peligro:

—El día que el gobierno no ayude a la Iglesia, poca religión ha de haber; y, sin religión, no hay quien le imponga respeto a nada. Sin temor de Dios no vamos a ninguna parte.

Oído lo cual, mi madre indicaba la solución:

—Rezar. Solo nos queda rezar, hijas…

Entonces sentí la necesidad morbosa de comprobar el estado de espíritu de los más amenazados por la revolución republicana en que andábamos y decidí ir a ver a don Santiago, recelando de su intransigencia pero confiando todavía en el trato cariñoso que dispensaba a los muchachos como yo, que habíamos ejercido de

acólitos sin paga, y hasta arrimando a la iglesia dádivas de nuestras familias.

Hallé excusa para una visita en las invectivas de Cristo contra los que ayunaban con muestras de su sacrificio. Entré a cavilar en la incongruencia del ayuno y las bulas y con estos argumentos en la cabeza fui a llamar a la puerta de la rectoral.

El señor abad me recibió bajo su parra con una generosa oferta de torta de maíz. Indagó la necesidad que me traía hasta él, le respondí que «asuntos de fe» y el infeliz debió de imaginarse que Dios me hubiera destinado a menesteres de más alcance que los del comercio familiar. Su cara redonda, azulada por la barba y brillosa por las artes del barbero, se iluminó con una esperanza: sin duda la de verme seminarista. Pero de inmediato se ensombrecería.

—Mire, don Santiago —teoricé—, yo estoy de acuerdo con quien dijo que lo que ensucia al hombre no es lo que entra por su boca, sino lo que sale por ella. Y quería saber lo que usted piensa de eso.

El cura no me respondió directamente. Concentró toda su inteligencia en descubrir qué «malas compañías» me andaban metiendo esas ideas en la cabeza.

—No hay ninguna compañía que me haga revolver en estos asuntos —aseguré—. Soy yo el que los discurre.

—Pues escucha, Manuel —concluyó—: solamente la Santa Madre Iglesia tiene autoridad para pronunciarse en materias contenidas en el Evangelio. Tú continúa haciendo ayuno cuando corresponda y deja que los sacerdotes que miren por tu salvación te digan el porqué de hacerlo.

Me callé. Feliciano me había advertido. Le di los buenos días al cura y salí sin que él se dignase a despedirme.

«Solamente la Santa Madre Iglesia…». La tal Santa Madre se me apareció como una gran señora cubierta de ricos ropajes, como los del papa, dama poderosa que llevase el gobierno de las vidas de sus hijos al modo de mi madre, que en todo se metía, que daba órdenes a familiares y empleados de la fonda sin aceptarles protesta.

Y no sería ese el único enfrentamiento entre el párroco y yo durante aquellas vacaciones.

Del siguiente tendría culpa una mocita costurera que apareció en Casa Valeriano para trabajar manteles y servilletas con bordado de iniciales. Se llamaba Dita —Benedicta— y tenía pelo trigueño y ojos castaños, grandes, rasgados, sobre pómulos altos, siempre tocados de rosa. A sus trece años, que más no tendría, ya se le habían hecho

sólidas las formas de mujer que arropaba con vestiditos ajustados y pretenciosos.

Enseguida me gustó, y no perdí ocasión de hablar con ella a la hora de la *merendiña*, que yo mismo le servía con generosidad de quien sabe como entrar en tiendas y trastiendas. No tardamos en comunicarnos a qué fiestas íbamos a ir, y en vernos bailando bajo la mirada comprensiva de una hermana suya, que tenía novio formal, trabajador del ferrocarril.

Este me lanzó una advertencia:

—Oye, a la *rapaciña* esa solo le vas a hacer lo que dejarías que le hicieran si fuera la hermana que no tienes.

Las semanas corrieron y ya no podía yo estar sin verla cuando pensaba que la debía ver; de manera que, si el trabajo de costurera la llevaba a pasar demasiadas horas fuera del hospedaje, penaba mi corazoncito fogoso.

Entonces discurrí una disculpa para encontrarnos a diario: enseñarle a escribir. Al fin de cada tarde los ojos mansos de Dita se posaban en las letras del cuaderno de caligrafía.

La chiquilla se sentaba conmigo en un rincón del comedor, antes de que empezasen a venir los huéspedes y los comensales de fuera para las cenas. En la soledad de la sala vacía le daba lecciones y recibía silenciosa respuesta a caricias secretas, de la mano que no trabajaba con la pluma. Después, en lo oscuro del camino a su casa, buscaría yo algún otro consentimiento.

Conocí el sabor de sus labios y eso me perturbó a punto de pensar en confesarlo, mas «¿Cómo es posible la confesión —había leído yo en una hoja de los creyentes de Vigo— si el Nuevo Testamento dice que solo Dios puede perdonar y Cristo es su único abogado?»

Era tiempo de esplendor en las vides y el rostro de mi amor siempre estaba húmedo. Yo imaginaba húmedo y caliente también todo su cuerpo y cada vez me sentía más inquieto, más inclinado a solicitar de ella lo que no quisiera que le pidiesen a una hermana. Entonces, vacilante, confuso, incomprensiblemente fui a hablar de nuevo con don Santiago. Esperé al fin de misa y me dirigí a la sacristía para ayudarlo a quitarse las ropas de oficiante. Al verme, despidió al monaguillo con una orden:

—Venga, ve a avisar en casa que preparen dos chocolates —y se volvió hacia mí—: Tú me dirás, Maneliño.

—Pues… Le venía a poner una cuestión de conciencia.

—Adelante —con un gesto indicó sillas próximas contra una pared.

—No entiendo por qué las mujeres nos atraen tanto, y nos provocan a hacer lo que no se debe sin que sea intención de ellas provocar.

La barba rapada del padre brilló, centellearon sus ojos, se cruzaron los dedos de sus manos.

—¿No estarás necesitado de confesión? —fue directo.

—No señor. Solo pido consejo. Para confesarme me llega con Jesús, que siempre escucha.

—¿Y no te vale Él también para los consejos? —me dejó desconcertado. Callé y el cura siguió, amonestando—: Manuel, vas por mal camino, hijo. Ya te lo dije… Un sacerdote es quien representa a Cristo para todo, para aconsejar y para escuchar las faltas de sus hijos en Dios. Mira —hizo un gesto forzado de comprensión—, estamos viviendo en época de turbulencia, en la que las peores ideas se propalan y llegan a todo el mundo, y hacen caer a la gente en aberraciones y abominaciones. Hoy es el protestantismo con todas sus falacias, mañana serán el comunismo y el anarquismo, que ya ves las atrocidades de que son capaces… No puedes seguir por ese camino, Manuel, aunque solo sea por los tuyos, por no hacer sufrir a tus padres, por no hacer sentir vergüenza de ti a tu familia.

Mientras el cura hablaba, yo me iba levantando de la silla y retrocedía hacia la puerta de la sacristía. Él no impidió que me fuera. Y se atrevió a pronosticar, con el rostro inyectado de sangre:

—Pagarás en vida la soberbia de la herejía.

DESPUÉS DE SAN MIGUEL, SANTO DE LAS UVAS, me despedí del pueblo y de su gente. A Dita le dejé bien clara mi dirección en Vigo; y ella me regaló un beso y una promesa: la de escribir.

El abuelo Valeriano de Ponte Tea me dio unas pesetas de plata. El abuelo Xoaquín da Capela, un consejo:

—Mejor era que te quedases por aquí, hijo, preparándote para ferroviario, o para policía de fronteras, que el hambre no se atreve a llamar a la puerta de quien tiene esos oficios.

Feliciano me acompañó a nuestra laja de las meditaciones en la Picada y allí, nuevamente mirando la grandeza del valle del Miño, me informó de sus ideas:

—Si lees bien todos los libros que no nos quieren dejar leer, verás que el cristianismo no es lo de los curas. Los cristianos eran como dicen que quieren ser los comunistas. Entregaban todo a la

comunidad… Por mucho que me digas, yo no tengo ocasión de ir a Vigo porque mi padre me necesita. Pero tú estás allí y debías decirles a los protestantes que vinieran. Mira —dirigió el índice a mis ojos—, ten en cuenta que hay gente muy harta de los párrocos. Dicen que los vecinos de Oleiros se pelearon con el cura y andan pensando en mandar recado a los protestantes de Marín.

Guardé silencio. En ese momento, la aldea de Oleiros solo me traía recuerdos de veladas de baile, fuegos de chimenea, luz de candil, mujeres con sus ruecas, arte de saliva y dedos ágiles para empalmar las fibras, cantigas de mozas con pandereta y alguna mirada cariñosa.

Sin embargo, Oleiros iba a cambiar los rumbos de nuestras vidas. Y ser una razón para la muerte atroz de Feliciano…

Bien. El primer trimestre del curso 31-32 pasó como una exhalación, como todo el tiempo que duró aquella república de bandera a tres colores, vendida por tantos judas de uniforme y de paisano.

Seguía yo pendiente de realidades ajenas a las aulas. Cuando podía, ponía oído a lo que conversaban el profesor Adrio y sus colegas. A veces, también hablaba con él. Así supe que en España iba a haber un régimen «laico y descentralizado», y que se aboliría la pena de muerte, brutalidad asquerosa de agarrotes y pelotones de fusilamiento, cuellos quebrados y pechos llenos de agujeros.

—Queda garantizada la libertad de culto —me anunció Adrio—. Con lo cual *tus* amigos de Pi i Margall van a poder salir a la calle tranquilamente… —evitaba mirarme, y eso me dio miedo; porque consideré que alguien me había descubierto. Me preguntaba yo cómo se habrían sabido mis visitas cuando él inició una explicación sobre los evangélicos—: Los protestantes aquí siempre se valieron del prestigio de los pastores ingleses. Míster Berkley, el que atiende ahora esa iglesia, es un aristócrata; y bien que lo reciben en las casas de los navieros, que a los hombres de negocios de Vigo nada les importa lo que diga el obispo de Tui. La Mala Real Inglesa es mucha empresa y los pastores son ciudadanos británicos, pero sus fieles ya no van a necesitar más protección extranjera.

No sé lo que había de crítica en las palabras del astrónomo por afición, pero lo que me dijo haría que de nuevo yo frenase mi impulso de tratar con los hombres principales de la comunidad evangélica de Vigo. Ellos me debían de haber delatado quizá sin intención de hacerlo. Tal vez indagasen quién era aquel rapaz que

se sentaba en los últimos bancos y se marchaba cuando los actos religiosos no estaban acabados. Sin mucha indagación (con cuatro preguntas a un señor amable como Adrio), habrían descubierto que era alumno del colegio Mezquita.

Me sentí mal. No volví a la iglesia.

Entonces recibí la única carta que me llegó durante los dos años que durarían mis estudios en Vigo. Conocí al remitente por la letra, que tenía mucho de mí, de esfuerzo y cariño. El sobre contenía un pedazo de hoja pautada, en el que el lápiz había trabajado cuidadosamente una gramática escasa: «me fui para Madri co mi ermana te quiere Benedita».

Madrid. La emigración malvada me dejaba sin una promesa de mujer. Ese golpe sacudió mi espíritu. Buenos Aires y Madrid resultaban estancias de un infierno especial para la gente de mi tierra…

Así, olvidado de las cosas religiosas y preocupado por los desastres sociales, me llegó el momento de volver de vacaciones al pueblo y tomé el tren. La bruma mandaba sobre los paisajes desnudos de invierno. Nuestra estación me pareció pequeñísima, casi disuelta en el vaho frío que exhalaba el Miño.

Sin precisar decidirlo, me encerré, en casa y en la biblioteca de don Ramón Afonso. De esa biblioteca elegí un libro escrito en portugués que me impresionó gravemente: *O crime do Padre Amaro*, historia de lujurias de clérigos, de la seducción de una muchacha por un cura joven. La Iglesia Romana, formada por solterones, tenía que estar llena de escándalos como los que narraba el novelista, copiados de la vida real según era costumbre de los literatos. De ahí otra ventaja del protestantismo: el matrimonio de los pastores. El abuelo Valeriano de Ponte Tea decía que los curas se debían casar, que así «no precisaban mirar tanto por las mujeres de la parroquia».

Añadiendo esos argumentos a otros, volví al empeño de hallar una religión acomodada a mis sentimientos. Mas, aun así, andaba esquivo para tal materia y, cuando me mandaban hacer recados, trataba de evitar encuentros con Feliciano y Maruxa…

En la fonda se seguían componiendo las tertulias que escudriñaban el futuro de España. Casa Valeriano parecía un escenario de comedia, con personajes que entraban y salían, a veces por lados diferentes. Las conversaciones giraban en torno a la Constitución, a la reforma del ejército y a las limitaciones de los poderes de la Iglesia. Los carabineros sospechaban de los guardias civiles, «a fin

de cuentas, militares», y los guardias delataban su malestar advirtiendo de que «no hay régimen que aguante sin orden». Don Ramón Afonso temía «las maniobras del clero».

—Los jesuitas no van a dejar que los expolien otra vez —aseguró el cacique que guardaba libros anticlericales—. Gil Robles va a dar mucha guerra con las propiedades de los curas.

—La verdad —definió mi padre— es que nos enfrentamos a una fuerza terrible, con el Vaticano por detrás.

—Y más habiendo sufragio universal —puntualizó don Ramón, caviloso, dando vueltas en la mano a un vasito de licor café.

Era ya 1932. En los fríos de enero se adensaban formas de algodón sobre el espejo del río. Yo las miraba, ingrávidas, y de nuevo la Santa Madre Iglesia afloraba en mi magín como dama de ilimitados poderes, madre de todos, y principalmente de las mujeres que no sabían leer.

—Don Ramón es de derechas, pero republicano y laico —le había aclarado mi padre a un compañero llegado a la estación recientemente—. Y dice lo del sufragio universal porque las mujeres van a votar lo que les manden desde los púlpitos y los confesionarios.

Mal asunto, entendí. Y me pregunté si no habría manera de evitar los avances de los curas por esos medios de persuasión. Volví a imaginar los torrentes de miseria que se volcaban en los confesionarios, y las correcciones interesadas que se hacían desde tan oscuros cubículos. El mundo andaba mal. La confesión era un asalto a las entrañas de las personas. Por eso se resistían. Por eso la Iglesia imponía el precepto: una vez al año, someterse a tal humillación.

En estas cavilaciones me vino a sorprender la visita de Feliciano.

—Andas escondido, Manuel —dijo, clavando sus ojillos de ratón en los míos—. Pero no te me vas a marchar para Vigo sin escuchar una cosa… Escucha: ya está, la gente de Oleiros quiere que les traigamos la predicación de los protestantes porque rompieron definitivamente con el cura por culpa de la oblata, y no pueden vivir sin religión.

FUE EN PRIMAVERA, YA CON TARDES LARGAS. Al final de los cánticos se dignó a mirar hacia mí la mocita de los ojos de azabache y los rizos negros.

Eso fue lo que me dio las fuerzas definitivas. Esperé, me quedé a

solas en el banco, meditando la frase que había dado sentido a las palabras del pastor previas al último himno: «Juzgad si es justo, delante de Dios, oíros a vosotros antes que a Dios». Así habían respondido Pedro y Juan, los apóstoles, al ser interrogados por el sanedrín sobre su condición de seguidores de Cristo. La sociedad de los judíos antiguos solo tenía un sanedrín, pero la de los españoles del momento soportaba dos, el de los cristianos obedientes al Vaticano y el de los ateos intransigentes. Entre fuegos cruzados intentaban defenderse los evangélicos.

Cuando se retiraba el orador, lo abordé:

—Buenas tardes. Mire, por favor, quisiera robarle un momento.

—Usted dirá —aceptó, abrazando un ejemplar del Nuevo Testamento con las dos manos contra el corazón.

—Verá, señor, yo soy de un pueblo que… —y le conté de nuestras inquietudes, de aquella necesidad de la Palabra que otros nos negaban.

Don Tomás Berkley me atendió con fineza y humildad propias de un caballero entregado a la causa de la Religión. Preguntó quiénes éramos los interesados, y el conocimiento que ya teníamos de las lecturas que la Iglesia de Roma intentaba reprimir. Hablé de Maruxa y Feliciano, de los vecinos de Oleiros; avancé que quizá quisieran formar iglesia.

—Desde hace años —concluí— llevo conmigo la Sagrada Biblia que le vendió a mi padre don Severo, el colportor.

En el rostro delgado de don Tomás, de ojos claros y penetrantes, se notaba la satisfacción de quien sabe cuánto rinden el trabajo y la paciencia…

Pasó otra semana. De esta vez me quedé también último en el banco de la iglesia, después de cruzar mirares con la morenita que me volvía loco. Cuando salíamos, vino hacia mí don Severo con su andar lento y su cara buena, y lo siguieron otros señores de la parroquia protestante. Me convidaron a la casa del pastor, amueblada en tonos oscuros, con un olor a maderas y limpieza de lejía. Don Tomás me ofreció asiento y me pidió que repitiera delante de los «ancianos» lo que le había expuesto a él.

Lo hice, levantándome para dar más énfasis a la declaración:

Yo llevaba tiempo creyendo como ellos y les pedía, en mi nombre y en el de los chicos amigos, que nos viniesen a anunciar el Evangelio. Más aun, la gente de Oleiros pedía ese mismo favor.

—Muy bien —míster Berkley hizo indicación para que me sentase

—. Ahora vamos a hablar entre nosotros y ya se le dirá a usted lo que decidimos.

Tuvimos a continuación una pequeña charla sobre mi pueblo, su feria y Casa Valeriano. Nos despedimos. Don Severo me acompañó hasta la puerta de la casa. Allí, con un gesto de cariño, concluyó:

—No va a ser un camino de rosas, hijo…

Los ancianos de la comunidad de Vigo fueron activos. Don Severo viajó al pueblo y acompañó a Feliciano y a Maruxa a la casa del señor Leandro de Oleiros, donde hubo junta de vecinos.

Lo supe después de que ocurriera. Fue el propio Feliciano quien me lo relató: para mi asombro y alegría, me esperaba bajo el letrero de EBENEZER en la calle Pi i Margall.

Nos abrazamos. Hablamos un momento y entramos en la iglesia, a compartir el culto con los hermanos que nos acogían de brazos abiertos. No atendí de todo a la lectura y al comentario del pastor. Solo quería orar, dirigirme a Jesús, darle las gracias por haber aceptado que el camino de salvación se iniciara para nosotros.

—He ahí que el sembrador salió a sembrar —recitaba el lector—. Y cuando sembraba, una parte de la simiente cayó al lado del camino y vinieron las aves y se la comieron; y otra cayó en pedregales… Y otra cayó entre espinos… Y otra cayó en buena tierra…

Escuchaba yo y mezclaba lo escuchado en la iglesia con cánticos que venían de lejos, del sitio que en Oleiros —me había dicho Feli — se disponía para las predicaciones: la era del señor Leandro, con su piso de piedra, donde se trillaba, donde se dejaban maíz y hierba a secar; donde se encontraban los vecinos en los ejercicios de amor a la vida propios de gente del campo…

A la salida de la iglesia supe que Feliciano se quedaba esa noche en Vigo; y que no solo se había decidido la predicación del pastor en Oleiros sino, también, la instrucción de mi amigo en asuntos bíblicos; y, si yo quería, la mía. Volví a callar, incapaz de aceptar que yo mereciese tamaños agasajos. Abstraído, caminaba en grupo acompañando a Feliciano y unos muchachos evangélicos. Hasta que me di cuenta, por su conversación, del privilegio del visitante: los chicos que lo llevaban a su casa eran hermanos de la moza de los ojos oscuros.

Se llamaba Carmiña.

El fiN de curso se precipitó para mí con un aviso telefónico de urgencia a la secretaría del colegio. El secretario me llamó a fuera

del aula y me comunicó con grave acento que debía volver al pueblo en el primer tren.

—Me cabe el triste deber —añadió— de anunciarte que ha muerto tu abuelo.

—¿Cuál de ellos? —pregunté con ansia.

El mensajero no sabía.

Me marché enseguida, viajé entre ruidos que habían marcado mi vida desde su origen: golpes de rueda en las cabezas de raíl, chirriar de acero en las curvas, resoplidos de vapor, pitidos que se agudizaban en las trincheras… Fui mirando paisajes pródigos de primavera, preguntándome cuál de aquellos dos abuelos tan distintos ya se habría enfrentado al Tribunal de la Verdad. Si el fallecido no era el Notario, hablaría con él, le pediría que intercediese ante mi padre: yo quería prepararme para factor del ferrocarril o para policía de fronteras mientras intentaba construir una comunidad de hermanos en las casas de Oleiros. Mi destino —Dios mediante— era hacer iglesia en tierra propia. A Vigo solo quería volver para encontrarme con las almas buenas de Pi i Margall.

Mi hermano pequeño, Seíño, que andaba por la estación sentado en un carro del almacén fue quien me sacó de dudas:

—Se ha muerto el abuelo de Ponte Tea.

Sentí pena y alivio al tiempo…

De la estación a la fonda me llovieron los pésames. En la bici llegué a tiempo de ver la caja abierta: allá iba tanta fortaleza de hombre, tanto peso en las sentencias, tamaña pericia en la prueba del vino («Para el verano, vinagre», o «Para el barril de por vida…»). Le dimos sepultura. Mi padre y sus hermanos parecían una falange de hombres recios con el ataúd al hombro. La abuela no fue al cementerio. Las comadres comentaban que poco iba a durar sin su Valeriano.

Esa noche me quedé leyendo en nuestra salita, mientras mis viejos roncaban y mis hermanos daban vueltas en la cama. Leí periódicos atrasados, que metían miedo. Y algún artículo que traía esperanzas: los galleguistas querían acabar con el atraso de Galicia, con el desprecio en que vivía nuestra tierra. Los chistes de Castelao, apenas líneas sin sombreado, daban siempre en la diana: los gallegos vivíamos en el abandono, sometidos al caciquismo.

Por detrás de las lecturas algo andaba en mi cabeza, la frase con que, a la mañana siguiente, me iba a dirigir al señor Valerio de la

fonda. Antes de rendirme al sueño, ya la tenía preparada:

—Mire, papá, los estudios de Comercio están muy bien pero cuesta mucho mantenerme en Vigo y pienso que era mejor quedarme aquí echando una mano en la fonda, y de meritorio en la estación.

Lo que yo quería era quedarme.

Y me quedé. Mi padre me puso trabajo de andar con bicicleta y carro, de promover ventas y recoger pedidos por las aldeas para después hacer repartos. Cantaban los pájaros y la gente que trabajaba en las fincas, y una ilusión grande llenaba mi alma porque cada día faltaba menos para la llegada de los predicadores. Por don Severo, el colportor, sabíamos de los preparativos, que yo anunciaba durante los repartos a domicilio en Oleiros, donde principalmente se concentraba mi clientela.

En un atardecer de julio, pasados los calores del día, recogí a Maruxa y a Feliciano en el carro y fuimos subiendo a Oleiros. Por el camino observé a la muchacha, que ya daba imagen de la maestra que pretendía ser: las carnes justas para parecer femenina con un vestido discreto de manga corta, y el mirar distante, miope, que le compensaban las gafas.

Feli y yo hablamos algo de los estatutos de autonomía; de lo que querían los catalanes y de lo que se podría alcanzar en Galicia.

—Nosotros tenemos más derecho que nadie —aseveró Feliciano—. Porque Galicia es como dicen los galleguistas: una vaca con la boca aquí y la ubre en Madrid.

Entonces nuestra compañera irrumpió en la charla:

—María, la madre de Cristo, no fue siempre virgen —enfatizó—. Los protestantes dicen que ese dogma es otro negocio más de Roma. Con eso se venden muchas imágenes, y estampitas, y escapularios… Ayer volví a leer los puntos de los Evangelios en que se mencionan a la madre y los hermanos de Jesús. No os estoy hablando de la virginidad después de dar a luz a un niño, ¿entendéis?, porque el himen no resistiría el parto —Maruxiña miró hacia nosotros y los ojos de Feli se juntaron como cuando sentía algún temor—. Concebiría por obra y gracia de Dios el primer hijo, pero después pudo tener otros de su marido, y ya no de manera virginal.

Callamos, un trecho demasiado largo. A ella no le gustó tanto silencio entre vides y pinos, monte arriba.

—¿Qué decís a esto? —preguntó.

—Que habría que hablar con la gente más instruida de los evangélicos —respondió Feli, frotándose los hombros delgados con

las manos como para matar un escalofrío.

—Hablar pero manteniendo ideas —Maruxa levantó un índice—. Nada de tragarse lo que nos digan, como hacíamos con los curas.

Llegábamos.

—¡Sooo! —le grité al caballo con fuerza de más, para que se oyera bien nuestra llegada.

Veníamos a inspeccionar el lugar del encuentro entre los necesitados de la Palabra y los que se la iban a traer. Un arco de granito hacía portada entre las paredes curvas de dos casas, muros de cantos y lajas con argamasa colorada, de la arcilla que da color a nuestro suelo miñoto. Más allá del arco se veían otros muros, de viviendas igualmente construidas. En medio de los edificios un resto de sol hacía brillar las losas de la era. Al fondo de ella había un carro con yugo para dos bueyes, nivelado con el apoyo de la lanza.

Entramos al teatro de las ilusiones. El señor Leandro salió de casa y vino hasta nosotros apuntando al carro.

—¿Os gusta el púlpito, rapaces? —preguntaba con una sonrisa de satisfacción.

Me costaba casar la figura delicada de don Tomás Berkley, imagen de santo de Murillo, con aquellas maderas brutas. Pero comprendí que era cuanto la aldea tenía para ofrecer y pensé en los cristianos primitivos, que todo compartían.

—Muy bien, muy bien —me adelanté a cualquier posible crítica de mis compañeros—. Era bueno prepararle un atril al predicador —sugerí.

Mi sugerencia fue tomada en cuenta.

ASÍ ESTABA EL CARRO en la tarde larga de verano en que vinimos a esperar la comitiva de Vigo. En la era del señor Leandro se habían juntado, expectantes, los vecinos: hombres, mujeres y chiquillos, con sus ropas de todos los días pues era sábado y no festivo. Hablaban los de Oleiros como si estuviesen en el atrio de la iglesia, varones a un lado, mujeres a otro. Y nosotros —los tres del pueblo — en medio, sin saber de qué hablar, mirando al carro y a la gente.

Hasta que un ruido de motor hizo a los chicos disparar hacia la carretera gritando como si volviera el hidroplano que había asustado a todas las parroquias del ayuntamiento al posarse en el río. Los seguimos. El ómnibus de Vigo venía lleno, dentro y en el pescante. El corazón me dio un salto cuando mis ojos se toparon con los ojos negros que tanto me ilusionaban.

Saludamos a la cabecera de la comitiva que se iba formando. Los creyentes vigueses se mezclaban por la era con los neófitos del lugar mientras el señor Leandro, bajo y robusto, barrigudo, conducía a la figura delgada del pastor hacia el púlpito con ruedas («Sancho Panza y don Quijote» según Maruxa). Don Tomás Berkley subió a la caja del carro, colocó el Libro Sagrado en las tablas clavadas a un palo que mal se mantenía, miró a los que aguardábamos y, con el más humilde de los tonos, inició discurso:

—Hermanos de Oleiros, hemos venido de Vigo aquí como iban los seguidores de los apóstoles de un lado a otro por las tierras que dominaban los romanos con su imperio. En aquel entonces, tan pronto la gente oía referencias a la Palabra de Cristo, quería escucharla de boca de los discípulos que habían tenido la dicha de vivir con el Salvador… No es que a alguno de nosotros nos llegase la luz del Evangelio porque el Altísimo hubiera fijado su mirar en sus virtudes especiales. Fue la bendita circunstancia de vivir en un determinado lugar y en un determinado momento lo que hizo que llegáramos a la lectura de la Santa Biblia antes que vosotros. Pero vosotros, que nos llamáis, sois tan merecedores de la Palabra como nosotros, o como los gentiles y los adoradores de ídolos que, en tiempos de los romanos, comprendieron que la Verdad estaba en la predicación del Hombre Santo de Nazaret. Dentro de poco vosotros aprenderéis a leer los Testamentos como nosotros, poniendo el juicio en lo leído, sin que nadie os obligue a interpretar lo que leais, que es el Verbo Divino…

En aquel primer encuentro seríamos cien personas oyendo a un pastor que predicaba de corazón a corazón, y solo los sordos de alma dejarían de comprender el mensaje final: que a la salvación se llega «por Cristo a través de la fe». Una semana después seríamos doscientos. De nuevo hubo lectura, o lecturas, al ser varios los varones virtuosos que leyeron en compañía de don Tomás. Y, tras las lecturas, comentarios, en los que cada cual exponía su interpretación de los libros sagrados.

A la siguiente semana se volvió a duplicar el número de los asistentes. Corría el verano. Llegó al pueblo la fama de lo que acontecía en la aldea de Oleiros. Feliciano y yo poco hablábamos del milagro que vivíamos. Pero Maruxa no se recataba.

Una mañana, estaba yo atendiendo al mostrador de la tienda cuando observé que una señoritanga de las habituales en la misa de madrugada hablaba con mi madre en términos ajenos a la compra

por la que se había acercado hasta Casa Valeriano. Mencionaba a Maruxa, a «Feli el del carpintero» y a mí, con mirar de soslayo.

Cuando se fue, la señora Minia, gobernadora general de la república familiar y comercial, se puso delante de su hijo mayor y disparó:

—No es que te vayas a condenar tú por hereje; es que nos vas a desgraciar la vida a todos, descastado —le temblaba el labio, se le descomponía la cara redonda, centelleaban sus ojos melosos—. Estás a tiempo de parar. Así que vas a parar; porque, si no… —bajó la voz para amenazar entre dientes—: Si no dejas de andar con esa gentuza, te echo de casa.

Pero su hijo ya estaba tocado por la fe y le respondió con palabras de epístola:

—Como dice san Pedro, «Vosotros, que en otro tiempo no érais pueblo pero ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado la misericordia, mas alcanzasteis la misericordia…». Y mire, mamá: todos tenemos derecho a entender la Palabra de Dios.

Mi madre debió de apreciar la serenidad con que yo le hablaba y giró sobre los talones. Cuando llegó al extremo del mostrador, agarró un pedazo de papel de envolver y lo arrugó en la mano con violencia…

Seguían con éxito las reuniones evangélicas. Un sábado de agosto llovió y la era del señor Leandro se cubrió de paraguas: formas de seta, negras, brillosas. Me resguardé bajo una de ellas, al lado de Carmiña. Los oradores desafiaron la lluvia en el carro, con ayudantes que los cubrían, y pareció que el cielo se compadeciese de nosotros por tan pías frases como se escucharon pues al fin del acto los paraguas estaban cerrados.

Don Tomás bajó del púlpito y fue parándose a hablar cómodamente con cuantos le quisieron preguntar a cerca de cualquier punto de la predicación. Con su buena estatura y su sombrero, míster Berkley destacaba sobre la gente; e impresionaba con su elegancia de *gentleman*. El pueblo se sentía atraído por aquella figura señorial, y por su discurso vibrante, deducido de la Biblia que conocía con pasión de estudioso. Tan noble porte nos fascinaba.

—Este pastor es lo más diferente que se pueda imaginar de un cura español —le comenté a Carmiña.

—Todos los pastores son muy formados —aseguró con un toque de

ufanía y, sin embargo, modosa—. Los hay con varias carreras, y hasta funcionarios, que dejan todo por la fe y vienen a vivir de limosna. Don Tomás es doctor en Historia y Literatura, además de teólogo. Y lo de la ropa… Tenías tú que ver también a su señora, ¡qué dama! Pero no pienses… —bajó la voz, acercó su cara a la mía —. Mira, ¿ves a ese señor con traje marrón? Es sastre, un sastre de lo mejorcito de Vigo. Ese es el que les arregla los trajes a los pastores de Vigo y de Marín, porque toda la ropa que tienen vino de Inglaterra ya usada. Y los trajes de las señoras, algunos por lo menos, ya pasaron por una costurera que tiene de mano mi jefa.

Esos detalles me dieron pie para una pregunta, fruto de la intriga que me producía la condición de hombres dedicados a la religión pero casados:

—¿Y sus señoras qué hacen?

—Pues ayudan en labores de oración, y en las lecturas. Y enseñan a la gente. Y hay una que es comadrona titulada, y dicen que trajo muchísimas criaturas al mundo.

—¡No me digas!

—Pues sí —aseguró Carmela con firmeza en su mirar penetrante.

Y yo callé, mientras mi mente loca me imaginaba convertido en predicador evangélico con una mujercita linda que me ayudase en los menesteres del cargo.

YA ME HABÍA INCORPORADO yo a un puesto de meritorio en el ferrocarril cuando se produjo el levantamiento que dirigía el general Sanjurjo, allá en Sevilla. Se supo que lo habían detenido cuando intentaba pasar la frontera de Portugal, y los compañeros socialistas discutieron la solución al caso:

—Hay que fusilarlo. Los militares tienen que aprender que se les acabaron las prebendas de la puta monarquía. Ahora mandamos nosotros.

—Pero mandamos en democracia, y con una constitución que prohíbe la pena de muerte.

—No para los militares: quien a hierro mata…

La «sanjurjada» ocurrió en tiempos de pobreza y mucho desempleo, de labradores agobiados por los *foros* del derecho gallego y los impuestos del Gobierno. Entonces aparecieron pidiendo unos que se decían parados, con buzo azul de obrero. Llamaban a las puertas y, cuando les abrían, metían un pie entre el marco y la hoja para evitar que se las cerrasen. De esa forma

violenta exigían limosna, amenazando:

—Dénos algo, señora, si quiere conservar la paja del cobertizo.

—Mire, patrón, que no le arda aquella tira de monte que tiene en el Regueiro. Déles algo a estos pobres.

—Por su alma, eche aquí una monedita, comadre, y nada le ha de faltar en ese hórreo tan lleno.

Las manos cuidadas indicaban una profesión de no haber tocado más que papel fino y finísimas obleas. Los falsos mendigos actuaban dispuestos a alimentar el fuego que ya no se apagaría: querían minar la República que les quitaba privilegios y daba posibilidades de vida digna a quien no comulgaba con las doctrinas papistas…

Esa República trajo miles de escuelas y de maestros, adelantó lo que nunca se había adelantado en la instrucción, fomentó las ansias de aprender cuanto había sido reprimido o prohibido; y de rebatir lo que no se quería admitir como principio indiscutible. En tal espíritu, que era reflejo del Espíritu de la Verdad, aumentaba la lectura de la Biblia en manos de una multitud de los que rechazaban el catecismo del Dios justiciero para abrazar la doctrina de un Dios del amor.

«Es necesario nacer de nuevo», repetían los evangélicos en memoria del encuentro de Cristo con Nicodemo, y no se referían a entrar de nuevo en el vientre materno. Era muy necesario renacer. Sentíamos la necesidad. Yo formaba parte del pueblo necesitado y asumí gozosamente la fe de los cristianos que nada querían del poder establecido, y sus consecuencias.

—Hacerse evangélico en nuestra tierra —le oí decir al sastre elegante de Vigo— no es ponerse una medalla al pecho sino echarse un vergajo a la espalda.

Tenía razón. La fe de los pocos ha de ser muy auténtica para resistir los embates de un mar violento, agitado por la creencia de la mayoría…

Bien. Repartía yo las horas entre el almacén de la estación y la oficina del telégrafo, cuando no vendía en la tienda o con la bici por los caminos. Quería ser factor y jugaba con la ventaja de saber desde pequeño como se preparaba una carta de porte, y como se interpretaban de oído los puntos y rayas que había inventado el genial Samuel Morse.

Esto último causaba envidia de mi abuelo Notario, quien me venía a visitar a la oficina muy ceremonioso, sosteniendo el sombrero con una mano mientras con la otra se repasaba la perilla hidalga,

preocupadamente, al hablar.

—Lo de la República no está resultando bien —sentenció en una visita—. Ni para los curas ni para la gente de orden. Ahora manda la falta de respeto por las cosas de siempre, y eso parece que pueda favorecer a los que andáis en cofradías raras, pero es solo apariencia… —lo desatendí un momento, para poner oído al repique del telégrafo. Él me miraba, miraba al receptor y, cuando pararon las señales eléctricas, exclamó—: ¡Que invención! —para seguir en voz baja—: Oye, tu madre se está volviendo loca contigo… Mira —sus ojos grises, redondos, se clavaron en los míos —, eso del protestantismo no es nuevo, ¿sabes?, y, como decía mi padre, que gloria haya, no merece la pena esforzarse por creer en lo de ellos cuando ya no creemos en la religión verdadera… Y no te fíes de las izquierdas.

Mi abuelo no era creyente, como tampoco su padre lo debía de haber sido. Oré por él, y le agradecí los avisos: los «disidentes de la Verdadera religión» solo contábamos con la simpatía de algunos revolucionarios. Otros estaban empeñados en no admitir prácticas religiosas, en apartar a la gente del «error» de creer en lo Superior e Inexplicable, en lo Aceptable solo por la Fe.

Aun así, advertido, seguí adelante con nuestra tarea de formar iglesia.

Maruxa se había ido a la escuela normal. Feli se había empleado en una de las fábricas madereras del pueblo, y trabajaba mucho, allí y fuera, porque también ejercía de carpintero. A mí, como queda dicho, no me faltaban labores. Y, con todo, él y yo nos quedábamos sin dormir porque hasta en aquel tiempo de libertades era necesario hacer propaganda a escondidas.

Comprábamos láminas de papel amarillo, bien llamativo, e intentábamos imitar las artes de Castelao, el dibujante, pintor y político galleguista. Feli trazaba la figura de Cristo con líneas sencillas y yo añadía caricaturas de curas y obispos con todo su ornamento. Eran imágenes contrapuestas, que nacían en el salón de banquetes de Casa Valeriano después del cierre.

Apenas seca la tinta, salíamos a la noche como ladrones con su botín y como tales entrábamos por una ventana mal cerrada de la plaza de abastos, que dejábamos llena de avisos: CULTO EVANGÉLICO (PROTESTANTE). OLEIROS. DOMINGO. 5 TARDE…

Para Navidad el señor Leandro nos hizo un regalo. Libró una casita que había tenido de almacén, le dio un arreglo al piso, que cubrió

de maderas, caleó las paredes y puso un atril barnizado. Allí se juntó la gente, tanta que no dejaba sentir el frío de diciembre. A la luz del candil, don Tomás leyó los Hechos de los Apóstoles:

—Eran uno el corazón y el alma de la muchedumbre de los que creían, y nadie decía que cosa alguna de lo que poseían era suya propia, sino que todas las cosas eran comunes. Y los apóstoles daban, con gran poder, testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y en todos había abundante gracia…

Así fue el estreno de nuestra capilla. Con la humildad de lo que nace sin protección, Oleiros se hacía comunidad de creyentes; y una alegría de hermanos llenaba a todos los que nos despedimos en la noche de la Natividad de 1932.

EL AÑO 33 vino con una mala noticia para los contrarios a las normas del poder perpetuado. Mi padre fue rotundo:

—Hemos perdido por culpa de las mujeres —y debía de pensar en la suya.

Gil Robles había ganado las elecciones. Su CEDA había triunfado. Las derechas habían conseguido doscientos diputados. Se había impuesto el poder de la iglesia aliada con los monárquicos. Muchos sindicalistas, socialistas, le echaban las culpas a la CNT:

—Esos cabrones jodieron todo con la abstención.

Pero el guardagujas Valerio insistía, furioso:

—Se les dio derecho a voto a las mujeres y votaron lo que les dijeron en el confesionario, las putas de ellas.

En esa altura visité Vigo por unas compras de bacalao, para hablar de nuestra formación evangélica, y porque me moría por ver el rostro de una *meniña*. En las paredes aun quedaban carteles con la faz del abogado de Madrid que estaba formando gobierno: ESTOS SON MIS PODERES. DADME LA MAYORÍA ABSOLUTA Y OS DARÉ UNA ESPAÑA GRANDE.

En Vigo se vivían miserias, sueldos de ocho y diez reales para un peón y de un duro para un especialista con antigüedad. Como en cualquier otra población obrera, surgía el rencor en los ojos de los necesitados cuando enfocaban a una persona bien vestida. No faltaban las ocasiones de que alguien gritase, descaradamente, «¡Señorito de la mierda!» a un transeúnte bien portado; y las mozas ricas cambiaban de acera al pasar por delante del local de alguna asociación de trabajadores, temerosas de que les arrancasen el sombrero.

Ese descaro popular contra los burgueses se extendía a la iglesia romana, su aliada política. Los que la odiaban tampoco se recataban de escarnecerla, y el odio había aumentado con la derrota electoral de las izquierdas. A los sacerdotes ensotanados les chillaban «¡Cruá, cruá!» o «¡*Corvo*!» cuando pasaban, y ellos bajaban la cabeza.

La iglesia de Pi i Margall me pareció una isla de paz en el mundo de las diarias confrontaciones. Nuevamente fui a oír en ella el bálsamo de la Palabra, ahora en boca de un predicador español que visitaba nuestra comunidad y sabía transmitir con fuerza el mensaje del Maestro: «Quien cree en mí tiene vida eterna y no condenación, mas pasó de la muerte a la Vida…».

Después del servicio religioso sacrifiqué unos minutos de charla con la criatura que se me convertía en continuo anhelo, pues debía llegarme hasta casa del pastor. Allí se me proporcionarían los documentos de preparación bíblica para el bautismo y un ejemplar del Libro Sagrado traducido al castellano por Casiodoro de Reina.

Acompañaban a don Tomás los ancianos de la iglesia. Mientras la conversación tuvo tonos de ceremonia, se mostró en ella la alegría de una iniciación; pero fue cayendo en lo que todos temíamos: con la derecha en el poder, la libertad de culto quedaba comprometida. En el viraje de la política había un mal agüero para «herejes, propagandistas de un credo ridículo e innecesario en España». Por eso me retiré a la pensión tarareando en voz baja uno de los himnos alentadores que me acompañaban como la Biblia, el *Castillo fuerte es nuestro Dios* de Lutero.

Al día siguiente cerré los tratos del bacalao según las indicaciones de la señora Minia. Almorcé con prisas, para nada porque me sobraba tiempo, y llegué demasiado temprano a la casa donde se juntaba el mocerío de los evangélicos. Fui el primero, pero tampoco tardó en venir la Carmiña de mis afanes.

Conversamos largamente, abiertamente, como pudiesen hacer jóvenes que, sin embargo, ya habían conocido muchos aspectos de la vida de adultos. Los dos éramos trabajadores: ella en una sombrerería, yo en mis varios asuntos. Me gustó que la distinguiesen llevándola a presentar modelos de sombrero. A ella le hizo gracia que yo me supiese buscar la vida de tantas maneras.

—¡Hasta vendiendo pimentón en bici! —exclamó con la sonrisa más bella que nadie jamás me había regalado.

Nos despedimos como nos saludamos, sin siquiera tocarnos las manos, y volví al pueblo recordando nuestra conversación,

momento a momento. Después la noche se me fue en blanco, escribiendo y rompiendo papeles. Quería redactar una nota muy sencilla pero odiaba la retórica de cada principio; hasta que, por fin, al alba, decidí meter en el sobre unas líneas propias de mi oficio, telegráficas: «Carmiña, llevo horas queriendo expresar algo. He roto un montón de hojas. Supongo que sabes lo que eso quiere decir. Si precisas que te lo diga en persona, avísame».

Cuatro días después llegaba a Casa Valeriano un sobre de señora, azul claro, con matasellos de Vigo. En su interior, una cuartilla del mismo color y suavísimo olor a jabón. En buena letra femenina venía la respuesta: «Manuel, nada me gustaría más que escucharte».

Guardé la nota en el bolsillo, junto al corazón, y me retiré hacia la Picada. Subiendo oí cantar al cuco, que se adelantaba a la primavera. En la cumbre saqué la carta y, con ella en la mano, levanté los brazos al cielo.

—¡Gracias, Señor! ¡Gracias! —grité con todas las fuerzas de mi pecho.

Le daba gracias por el regalo de la vida y del amor, ya sin duda correspondido.

SIGUIERON MESES DE MUCHO LABORAR, de construir en un ambiente de desórdenes que presagiaba destrucción. Yo progresaba como meritorio, ferroviario sin uniforme ni sueldo, en preparación y a la espera de examen; y ayudaba en el comercio. Feliciano se multiplicaba en la fábrica, en las carpinterías, en el sindicato socialista. Seguíamos haciendo propaganda y, ya a las claras, visitábamos familias que se interesaban por la lectura sin censura de los Libros Sagrados.

Cuando Maruxa estaba en el pueblo, nos acompañaba, siempre atenta a rebatir los dogmas de la fe papista.

—Hay que rebatirlos —decía— porque son la máxima demostración del oscurantismo de Roma, la muestra del vacío en que se sostiene el poder de la púrpura.

Esos términos ásperos sorprendían a la gente pero no impedían que «os protestantiños» fuéramos bien vistos. Nosotros siempre mostrábamos voluntad de convencer, no como otros chicos que también se hacían adultos a fuerza de discutir ideas: anarquistas, fascistas, comunistas y hasta algún socialista, inclinados a la violencia. Andado el año 34, que había entrado con escándalos políticos y amenazas de los sindicatos, pudimos comprobar la

consideración en que nos tenían personas con poder, como el teniente de la Guardia Civil o don Ramón Afonso.

—Mira, rapaz —aclaró el teniente—, si esa casucha de Oleiros es para vosotros una iglesia, la Constitución dice que merece tanto respeto como la catedral de Tui.

—En esta vida, Manueliño, lo que importa es conseguir las cosas —puntualizó el cacique—, y vosotros, por mucho que les pese a todos los curas, conseguís llenar vuestra capilla mientras a ellos los rehuye el personal.

Pero las fuerzas de los contrarios eran muchas.

En tiempo de vendimia, mi abuela dio el alma a Dios. Hecha una doblez, había vivido más de lo que le pronosticaron en el entierro del abuelo Valeriano.

Murió y allá fuimos «los de la estación» hasta la casa de Ponte Tea. En el velatorio rezaban las mujeres y los hombres fumaban. Observé que todas las miradas de las señoras venían contra mí, como si los demás varones presentes no existieran. Se desviaban de las cuentas del rosario. Se clavaban en mi cara.

En el momento de ir a llevar el ataúd a la iglesia, se destacó la mujer de uno de mis tíos y me echó las manos a las solapas, gritando fuera de sí:

—¡Tú no pasas a sagrado, hereje!

Me quedé atónito. Pedí ayuda a Jesús para salir del atropello, y de inmediato intervino mi tío bajándole las manos a su mujer mientras mascullaba una blasfemia.

—El rapaz entra en la iglesia porque la difunta es su abuela —añadió con voz fuerte—. Y, si el cura tiene cojones, que venga a echarlo él. Que no mande a una mujer de la familia a impedirle el paso.

Entré. Mis tíos me colocaron bien cerca del ataúd. Mi madre clavó en mí una mirada que no era de madre…

Y a los pocos días de iniciarse el luto familiar, toda España se vistió de negro. Vino la revolución de los mineros en Asturias y el gobierno de derechas hizo entrar a los moros en tierras donde se iniciara la Reconquista. Los acompañaban los legionarios. Se espantó la gente al saber de las batallas que hubo, y algunos entendimos que los ejércitos de Marruecos estaban sedientos de sangre, que no se saciarían con la derramada por los asturianos rebeldes de la «República Obrera y Campesina». Pobres de nosotros, en manos de Gil Robles: los protestantes recelamos de que se nos

considerase insurrectos por desobedientes a la jerarquía romana, y el desasosiego era aun mayor entre los que mirábamos a Galicia con amor de hijos de la *Terra Nai*, porque aquellos políticos represores de Madrid aprovecharon la ocasión de la revuelta sindical para suprimir el gobierno de Cataluña.

Yendo al templo de Pi i Margall, casualmente coincidí en la calle con el profesor Adrio, quien me pareció avejentado, decaido. Mostró interés por mis andanzas. Le expliqué todo, del trabajo y de la religión. Y le pregunté cómo veía el procedimiento para conseguir nuestro Estatuto de Autonomía.

—Con mucha preocupación, Liñares —me respondió—. Pero los galleguistas cada día somos más; y tenemos mucha gente animosa en nuestras Juventudes —sonrió con tristeza mientras me apretaba la mano, en una despedida que había de ser para siempre.

Al fin del culto de aquella jornada acompañé a mi novia hacia casa. Su madre nos seguía a cierta distancia con uno de los hermanos, indicando de tal guisa que nos daba licencia para hablar cosas de enamorados.

No charlamos de tales sencilleces, sin embargo. Conociendo de mi intranquilidad política, Carmiña se refirió a un muchacho creyente que trabajaba en el despacho de don Valentín Paz Andrade, el abogado que hacía las redacciones del Estatuto de Autonomía. Aquel mozo, con toda la discreción que correspondía, contaba que su patrón y los políticos galleguistas —Otero Pedrayo, Castelao y Bóveda, y otros de menor fama— vivían con el ánimo arrastrado como mi querido profesor de matemáticas.

Mi padre tampoco se tranquilizaba. Desde «lo de Asturias», a que aludía con reserva, andaba disintiendo de las ideas de sus compañeros del sindicato y del partido.

—El socialismo no es para eso —discurseaba—. ¡Que no! Una huelga general revolucionaria… ¡Manda nabo! Que la hicieran los de la FAI.

No parecía el mismo hombre; le faltaba su buen genio de siempre. Por entonces apareció un sargento nuevo en el cuartel de la Guardia Civil y no tardó en saber del «número del fusil» del fondista forzudo. Pero de esta vez hubo que porfiar con el señor Valerio, hasta que accedió a hacerlo dentro de casa. Entonces, con un ligerísimo temblor de brazos, levantó los mosquetones cogidos por las puntas, los bajó y expresó una determinación:

—Esta es la última vez que lo hago, que ya estoy viejo.

Después convidó al sargento a un trago en la barra, pero no le habló apenas. Porque sabía que ese sargento venía destinado a nuestro pueblo para alejarlo de donde se había hartado de tirar del gatillo: en Mieres, villa insurrecta de Asturias.

VIVÍAMOS EN UNA DESAZÓN que parecía demudar las personalidades, hasta la de don Tomás, a quien correspondía ser flemático por inglés y sereno por su condición de religioso.

A finales de ese año oscuro míster Berkley había cedido la obligación de predicar en Oleiros a don Ismael, anciano de la comunidad de Vigo con grandes aptitudes. El pastor inglés raras veces venía, por lo que sus visitas se convertían en fiesta.

Cierto domingo de brumas y helada lo trajo un taxista de la comunidad viguesa y, al saberlo la gente de la aldea, se formó una congregación que desbordaba la capilla y se atravesaba en el camino. Tuvimos una sesión memorable, de la que el pueblo saldría repitiendo in mente las frases que había oído pronunciar con un amable acento extranjero:

—Cuando tú trabajas, trabajas tú. Cuando tú oras, es Dios quien trabaja por ti.

Siendo ya de noche, encendidas linternas eléctricas y de candela, los creyentes hacían preguntas que don Tomás respondía, en apariencia con la tranquilidad de costumbre. Había en el camino un murmullo de hálitos congelados, que de repente quiso silenciar una voz fuerte, con tonos de irritación:

—¡Abrid paso, desgraciados, que le llevo la extremaunción a un cristiano verdadero!

Era el párroco de Oleiros, con roquete, iluminado por hachones.

La gente le cedió el paso, callada. Y, cuando llegó a la altura de míster Berkley, lo miró con ojos grandes y oscuros, cargados de bolsas. Se detuvo, en desafío. Los ojos acuosos de don Tomás reflejaron las luces que acompañaban al sacerdote de Roma. En el rostro del pastor se pintó una sonrisa sardónica y habló, hiriente:

—Corra, señor cura, que el moribundo todavía le puede dejar algo en testamento.

El párroco apretó los puños y las mandíbulas. Y siguió camino, bufando, dando zancadas, adelantando al sacristán y al monaguillo, cada uno con su hachón.

Se deshizo la congregación. Yo volví al pueblo calladamente, acompañado por mi amigo Feliciano.

Ni nuestro próximo bautismo, que se había anunciado esa misma tarde, nos invitaba a despegar los labios.

A fiNES DE 1934 ESPAÑA ERA NAVE A LA DERIVA, visión generalizada que se percibía más allá del Miño, donde los amigos portugueses interpretaban las cosas de aquende el río con el ceño arrugado. Acababa así el año para nuestra «patria madrastra», como le llamaban los galleguistas, mas para los evangélicos de mi tierra se abría un tiempo de esperanza.

Siendo yo creyente activo pero no bautizado, fui llamado a una junta en Marín, lo que me llenó de orgullo y ganas de luchar. En el viaje desde Vigo, uno de los ancianos que iba al concilio me contó la historia de la «catedral de los protestantes»:

Se había hecho una cuenta en libras esterlinas para construir en aquel pueblo marinero un templo humilde como todos los nuestros, cuando la crisis económica que siguió a la guerra de Cuba hizo bajar muchísimo la peseta frente a la moneda fuerte de Gran Bretaña. Por culpa de esa desgracia hubo dinero suficiente como para construir el edificio noble que daba impresión de seguridad a los que vivían con sentimiento de indefensión.

Cuando llegamos, la luminosidad de la mañana, con un nordeste que había limpiado los cielos y acariciaba el mar, hacía destacar la importancia del templo. En él esperaban ancianos venidos de toda Galicia, de León y Asturias. Eran pastores y colportores, todos tocados de un aire de distinción, propio de quien estudia las Escrituras y lleva cuanto ha leído a la práctica de su vida cotidiana.

Hablé para ellos sobre el fervor evangélico a orillas del Miño. Don Ismael corroboró lo dicho por mí. Por el informe que hicimos, Oleiros era digno de tener un pastor permanente. Y eso fue lo que se nos concedió: Celestino Puente, hermano muy formado, se trasladaría a la aldea para hacer iglesia a diario.

Aquella fue una jornada jubilosa. «Temo —le escribí a Carmiña— que tanto júbilo me ciegue, que el progreso de nuestra creencia no me deje ver las dificultades en que vivimos todos los españoles». Pero aún no había llegado el momento de máximo alborozo.

Vendría dos meses después, cuando nos sumergimos en el baptisterio de la iglesia de Vigo. Allá fuimos entrando en el agua los que ya habíamos nacido de nuevo por el convencimiento, con conciencia y voluntad, no como cuando se nos mojó la cabecita al poco de llegar al mundo. Rodeados por caras risueñas,

acompañados por los que nos acogían en la fe que íbamos a defender y difundir, cada cual recibió agua en el cuerpo y un aviso en forma de versículo.

El mío pertenecía a la segunda epístola de San Pablo a Timoteo, y, desde entonces, me iría a conceder serenidad en momentos próximos al fin de este tránsito por el mundo. «Procura con diligencia —decía— presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene nada de que avergonzarse, que maneja bien la palabra de la verdad».

Mojado y contento, comprendí: viajeros somos por el Valle de Lágrimas; liviano tiene que ser nuestro equipaje; digno, siempre, nuestro comportamiento; pronta, la entrega; fácil, la acogida en el Señor…

Así lo hablé con Carmela en la sobremesa del banquete familiar con que me acogieron los suyos. Porque los míos no me acompañaban.

Yo sé que la señora Minia de la fonda sufrió mucho por culpa de mi bautismo. A partir de ese momento ella pasaba a ser «la madre del renegado» para todos los clientes; como podría ser la del asesino convicto, o la de la ramera confesa, si por voluntad de Dios un hijo o una hija suyos hubieran caído en vilezas tamañas.

Minia no había asistido a mi bautismo por ser contraria a él. Valerio, por no tener más querellas con su mujer. Y los hijos de Valerio y Minia no acompañarían a su hermano en el acto más importante de su vida porque eran pequeños, no entendían casi nada y tenían recelo de casi todo. Solo dos personas tuvieron un gesto mínimo de caridad: despedirme cuando tomé el tren para Vigo con Feli y Maruxa. Una fue mi hermano Alfredo, que ya era un hombrecito; la otra, maese Caetano, el sastre.

Mi hermano fue claro en sus palabras:

—Yo iría, que eso ha de ser una fiesta como la de la confirmación, cuando vino el obispo. Pero mamá dijo que me mataba si iba.

El sastre portugués, siempre oportuno, me cogió de las manos y, con el rostro colorado, sonriendo, los ojillos claros y relucientes, pronunció una frase de Cristo:

—El campo es el mundo, la buena simiente son los hijos del Reino —me abrazó—. Dios te bendiga, Maneliño, y nunca Él te falte, *meu filho*, nunca Él te falte.

Ni Feliciano ni yo tuvimos acompañamiento de nuestras familias. En mi caso por lo ya dicho; en el suyo, por la indiferencia de su

padre, carpintero que solo quería saber de trabajo, y por la fatiga de su madre, harta de aguantar chiquillos.

Sí la tuvo Maruxa. Sus padres vinieron a la iglesia. Pero se excusaron del compromiso de compartir mesa con los creyentes, quizá por ser ateos o contrarios a cualquier religión, aunque consintieran, por demócratas, en la profesión de fe de la muchacha.

Ella no dio explicación de la aparente rareza de sus padres; y no sería porque estuviera callada durante el ágape en casa de Carmiña. Una vez más se iba a ocupar de la virginidad de María.

—Id a las parábolas del tesoro escondido, de la perla y de la red —dijo, colocándose las gafas—. Mirad como San Mateo cuenta que los paisanos de Jesús hablaban «de sus hermanos, Santiago y José, Simón y Judas»; y «de todos sus hermanos», «que están entre nosotros». No hay duda de que los curas quieren explotar el prodigio de la siempre virgen, y cobrar por los escapularios…

Esa jornada bienaventurada acabó a la puerta de mi novia. Me despidió ella a solas. Me dio un beso casto en la oscuridad. Me besó en la cara, con unas frases de consuelo:

—Anda, vete yendo, pero no pienses que te vas solo, ni tampoco que estás solo. Nosotros somos tu familia. Todos los míos te quieren. Y yo, ya sabes… —el habla se le cortó con un respiro hondo.

Yo entendí que, al levantar así su pecho joven, algo más querría que no se atrevía a pedir; y me marché hacia la pensión lleno de orgullo.

1935. Mi preparación para los exámenes de la Compañía avanzaba bien; el telégrafo era música fácil: cada día copiaba yo mejor sus notas. Y que nadie me preguntase a traición sobre formularios para administrar movimientos de bultos, porque saldría esquilado.

Mientras tanto el panorama político se afeaba con el escándalo del «estraperlo», palabra que desde entonces nos marcó la vida. Valió para que dimitiese Lerroux, político demagogo al servicio de lo peor de la derecha. En el caso aparecía implicado Sigfrido Blasco Ibáñez, hijo del novelista que tan buenas tardes me había hecho pasar en la biblioteca de nuestro cacique. Y lo sentí bien, porque el fraude ensuciaba el apellido del autor de *Cañas y barro*.

En ese ambiente de miseria moral llegó hasta nosotros el pastor que nos había destinado el consejo de ancianos. Era un hombre

joven, rodeado de aquella aura de bondad que parecía adquirirse con la conversión a la Palabra. Predicaba sin la fogosidad de su antecesor, don Ismael. Carecía de los recursos inagotables de míster Berkley, quien navegaba de memoria por los Textos Sagrados como el marino que parece conocer al mar por las formas de las olas. Pero sabía ganar el corazón de la gente con un derroche de bondades en el que participaba su esposa…

Según avanzaban los meses, las iglesias de los pastores se llenaban de hombres y mujeres, mientras en los templos de los sacerdotes de Roma iban faltando los varones. Yo, por curiosidad, observaba los de Vigo, donde mi presencia discreta no causaría alarma. En las misas se veían beatas enlutadas, algunas señoras de normal vestir burgués y poquísimas mujeres con aire de trabajadoras. En una ocasión (sería el Día de Difuntos, después de la visita a las tumbas de los abuelos en Ponte Tea) le comenté a mi padre lo observado.

—Los pastores tienen quien los escuche, papá —aseguré—. Pero a los curas, en Vigo, no les van nada más que cuatro mujeres. Cuesta ver a un hombre.

—Ay, hijo mío, los curas hicieron muchas y ahora las están pagando —me respondió mirando de reojo y retorciéndose las puntas del bigote—. En fin… Aquí en el pueblo los pocos hombres que van a misa es porque, si no, sus mujeres les arman la guerra. Pero no aparece ningún mozo por miedo a que los comunistas lo acusen de papahostias.

Mi padre, siendo socialista, por razones partidarias no dejaba de inquietarse con el avance de los que disuadían a los jóvenes de acercarse a las iglesias. Yo, como socialista (que así me consideraba por educación) y protestante, a los temores de la política añadía otros. Porque para los comunistas Rusia era el Cielo en la Tierra; el comunismo, la Única Religión; la inexistencia de Dios, Verdad Absoluta.

El señor Valerio de la fonda no confesaba en voz alta su miedo a los del partido competidor. No quería que ni esos ni los partidos de la derecha lo vieran rendirse; pero las arrugas de su frente eran cada vez más hondas.

—Son enfrentamientos continuos, Caetano —le oí decirle a su amigo mientras yo les llenaba los vasos sobre la chapa del mostrador—. Todos contra todos, Caetano; y con armas: un peligro para nuestros hijos.

De hecho, una tarde de sábado íbamos Alfredo y yo por Vigo,

bajando de García Barbón hacia el Banco de España, en el Areal, cuando vimos en una esquina dos grupos de mozos encarados a gritos. Unos llevaban ropa de trabajo, monos remangados con la pechera abierta, y gritaban «¡Viva Rusia, viva Rusia!». Los otros lucían camisas azules de Falange o vestían ropa fina, trajes con sombrero, y se enronquecían al unísono con vivas a España.

Mi hermano, curioso, avanzó en dirección al punto donde se iba a armar la reyerta, una más de las que se saldaban con heridos y, a veces, con muertos.

—Para, *neno* —lo agarré por la ropa y así logré detenerlo—. Vamos a dar media vuelta, que esto se pone feo.

Giramos sobre los talones pero ya era tarde. Al hacerlo, nos dimos de cara con unos aparentes mecánicos que venían a unirse al grupo de los comunistas.

—¡¡Viva Rusia!! —vocearon en el intento de avisar a sus compañeros de que se acercaban para reforzarlos. Nosotros nos quedamos quietos con expresión de sorpresa. Entonces los obreros nos cogieron por los brazos, conminándonos—: Venga, cagados, a gritar con nosotros ¡viva Rusia! —nos pusieron mirando a los bandos enfrentados y nos daban empujones y patadas—. Venga, *cagaliñas*, a gritar ¡viva Rusia!

Alfredo miraba para mí en agonía y comprendí que no quedaba más remedio que levantar el puño y gritar lo que mandaban nuestros captores, y lo más lejos posible de los contrarios. Así hice, con asco y vergüenza. Así hizo mi hermano.

Nos despidieron con sendas patadas en el trasero.

Antes de torcer la esquina más próxima, vimos a las bandas prontas para el asalto, brazos erguidos, puños contra manos abiertas. Al llegar nosotros a la línea de la playa, sonaron los primeros disparos. Alfrediño, mirando al mar, me dijo:

—Tienes que repasar los veintinueve puntos de José Antonio Primo de Rivera. El último habla de la separación de Iglesia y Estado —y, ante la perplejidad que aparenté, se despidió—: Hasta la noche. Me voy, que no quiero perder el tren. Tú te quedas para andar con tu gente, ¿no?

—Por eso me quedo, sí.

—Mira… —pareció dudar—. Mira, que sepas que papá habla conmigo; y que él te entiende, y yo también. Mamá sigue sin querer entender nada. Pero las mujeres son así. Parece que están casadas con los curas.

POR LOS ESPACIOS DE NUESTRO MUNDO pequeño y fronterizo, en el tumulto de las ferias, a una u otra banda del río, entre gallegos y portugueses empecé a reconocer a los que eran como yo, de «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios» según palabra ardiente del apóstol san Pedro. Éramos gente del común, tan sencilla que ofendía a los poderosos. Los que sentíamos la fe desprotegida, distinta de la que apoyaban ejércitos, solo nos distinguíamos por esa fe, en la Palabra que nos enseñaban los libros.

El Evangelio era todo el argumento de nuestros labios. Con el queríamos vencer a la fuerza bruta. Nada haría desesperar más a don Santiago que la respuesta de cualquier vendedora de la plaza de abastos hecha con la serenidad que confiere la frase evangélica bien recordada. En las partidas de cartas del casino, el cura de Oleiros declaró no poder contra una feligresía que había aprendido a leer, que leía a los apóstoles por su cuenta y discutía lo que él usaba de materia para las homilías.

—Desde que metieron a ese sujeto allí —le dijo a don Ramón Afonso—, toda la parroquia parece un seminario.

«Ese sujeto» era Celestino Puente, quien nos mandaba pedir al Redentor que nos hiciera diligentes. Y diligentes éramos, tanto más dedicados a atraer ciegos y sordos a la Obra de Cristo cuanto más conocimiento de ella teníamos.

Yo descubrí las necesidades del alma de un compañero de estación, guardagujas a las órdenes de mi padre. Lo invité a escuchar a Celestino y le regalé mi primera Biblia. Él leía y preguntaba. Me acompañaba a la Picada, nos sentábamos en nuestra laja a ver el Miño, conversábamos de los Textos Sagrados y de las cosas de la vida. Orábamos. También orábamos en la sala de espera de la estación, entre trenes. Cerrábamos las ventanas y nos arrodillábamos para hablar con Dios, para que Él trabajase por nosotros.

Estando en oración, se entregó al Señor: se convirtió.

Esa conversión, que elevó mi espíritu a las alturas mayores, sucedió pocos meses antes de que el vendaval de la guerra separase nuestras vidas para siempre. Mas durante lustros iría yo sabiendo del converso. Y, al saber de él, mi orgullo de creyente y predicador aumentaba; porque, con la energía de la Palabra, sin renunciar jamás a ella, mi compañero fue ascendiendo en la profesión, a guardafrenos, a jefe de tren y a cuantos puestos se sucedían en la

escala del ferrocarril. Predicó con el ejemplo y Dios quiso librarlo de penalidades que —alabado sea el Altísimo— otros llegaríamos a sufrir.

EL UMBRAL DE 1936 SE CRUZÓ CON UN SABOR AGRIDULCE en los labios. En el pueblo, con su trasiego de gente y bultos, había mucha distracción. Pasaban trenes por la vía, y barcas por el Miño, unas mercancías circulaban con patente legal y otras de inmencionable manera. En el fondo, todo andaba como siempre sobre los engranajes de los negocios locales. El contrabando seguía siendo una fuente de riqueza, y los encargados de reprimirlo, hombres comprensivos.

Entonces se reveló el espíritu jovial del capitán Marcelino, huésped de nuestra fonda.

Todavía era joven, de muy buena presencia, pelo oscuro, faz risueña, esbelto y recio. Sus subordinados carabineros lo obedecían ciegamente, pues los mandaba con suavidad y comprensión.

Contaban ellos que, siendo principal en esa altura el contrabando de harina, en una ronda por las vías del tren había observado el capitán manchas blancas, como de polvo, que mandó catar.

—Es yeso, mi capitán —lo informaron, y él no se incomodó por la mentira.

—Carajo —comentó apenas—, pues si ese yeso fragua, alguien va a tener trabajo en el retrete.

Una noche, arrimado a la barra de nuestro café, el jefe de los carabineros observaba mi discusión con un obrero cenetista, quien pretendía demostrar la imposibilidad de que la Biblia fuese «ni completa ni veraz», según un panfleto que esgrimía. Para dar más peso a los argumentos, leyó de él una frase rotunda: «Dios, Cielo e Infierno son solo invenciones mágicas de los que no se atreven a aceptar la muerte como el fin natural de los individuos». No respondí de inmediato, bebí gaseosa para discurrir el contraargumento y el capitán aprovechó el lapso para intervenir.

—Vosotros —dijo— estáis seguros de lo que decís, en contra de Dios y a favor. Tenéis esa suerte, pero yo no estoy seguro de nada —sonrió con un punto de tristeza—. Quién me diera que hubiese Cielo, y encontrarme allí con el uno y el otro, y con toda la gente que vive para defender sus ideas…

Curiosamente, las defendimos los tres; y ellos dos enseguida me precederían en el encuentro que todavía espero. «Te digo, Carmela

querida —le escribí esa misma noche—, que todos los hombres somos igualmente buenos a los ojos de Dios si somos consecuentes con nuestros credos. Por eso, aunque advierta a los creyentes contra los que gritan ¡UHP! y ¡Viva Rusia! y están convencidos de que el mundo soviético es el Paraíso donde reinan el Orden, el Trabajo y la Comida, no quiero condenarlos porque pueden estar errados pero *creen* y, si llegaran a morir creyendo, demostrarían que tienen la mejor calidad de los humanos». Así pensaba porque ya percibía que no iban a faltar las probaciones para todos los que porfiábamos, seguidores de doctrinas de izquierdas o de los puntos programáticos del hijo del dictador Primo de Rivera, o del discurso monárquico inspirado por un temible dragón de dos cabezas, con corona y mitra.

Y para carnavales pareció que el mundo basculase: ganó las elecciones el Frente Popular. Esa vez los cenetistas participaron en las urnas y nada valió el voto de las mujeres convencidas a través de la celosía del confesionario. Las masas se lanzaron a la calle a gritar que habían ganado y todo se iba a terminar. Iban a decapitar al dragón antes de que volviese a la vida. Caería todo lo viejo, todo lo que olía a la España de la intransigencia que nos había hecho víctimas de nosotros mismos.

—¡Se acabó! —era el grito popular.

—Se acabó —repitió, entusiasmado, Feliciano, mi hermano de fe.

—Se acabó, Feli —le repliqué—, pero no te fíes, rapaz, que en el Frente Popular hay de todo, y tenemos muchos enemigos entre los que andan metidos en él.

—Nunca tantos como los esbirros del papa.

—Pueda que sí… —me costaba reconocer.

Enseguida comenzaron los cambios. Volvió a funcionar el gobierno catalán, sufrieron reforma agraria los latifundios de las tierras del sur de España, donde la miseria superaba a la de nuestro país de terreno repartido. Cuando nos dimos cuenta, se había iniciado la represión de la derecha más violenta.

—Han metido en la cárcel a José Antonio Primo de Rivera —la noticia alarmó.

En la fonda se comentó mucho. El capitán Marcelino manifestó opinión:

—Eso es darles aire a los fascistas; como quemar iglesias es dárselo a los curas.

El teniente de la Guardia Civil no abrió la boca.

A esas alturas vino la campaña por nuestro estatuto de autonomía. Galicia era la vaca lechera con la boca en la canasta llena de hierba de la campesina y la ubre en manos del señorón con chistera. Teníamos un rico tiempo de mayo, metido a junio, cuando se votó. Aún había en todos nosotros un ansia de algo diferente. Y un resto de inocencia, porque andábamos mostrando pensamientos y sentimientos en el país de la inquisición, en el que miles de oídos atendían a nuestras palabras en público; en el que miles de almas duras esperaban una ocasión de venganza ya que no habían sabido imponer con su discurso la convicción que las movía. Tuvieron un mal perder.

Una tarde de paseo por Vigo, mi Carmiña y yo contemplábamos los movimientos de los pasajeros de un trasatlántico de la Mala Real. Carmiña miraba en silencio despedidas, adioses, momentos llegados de separación, por siempre jamás para la mayoría de los que se despedían. En sus ojos negros aumentó un brillo de agua que de inmediato y con disimulo un dedo deshacía.

—Es como las muertes —concluyó.

Y me callé, porque de unas semanas atrás hasta ese día venía yo cavilando en casarnos y marcharnos de misioneros a tierras americanas. Ya me veía con ella en cualquier lugar de un país respetuoso como el Uruguay, transmitiendo el Evangelio, enseñando. Tendríamos capilla y escuela. Ella y yo seríamos antorchas para almas y cerebros.

Pero no. Comprendí que Carmiña, tan unida a los suyos, no podía resistir la idea de que pusiésemos mar por medio. El proyecto de emigrar debería quedar en el desván de los pensamientos. Era necesario, antes, trabajar en nuestra tierra, crear comunidades, abrir iglesias por toda Galicia, llenarlas de fieles. Ya afirmada la Fe aquí, sería el momento de salir de misión.

PARA JULIO YO ME SENTÍA FELIZ como los pájaros del monte; porque todo estaba a punto para mi examen de ingreso oficial en la Compañía de los Ferrocarriles.

Pero, muy lejos de mí, y de nuestra iglesia de Oleiros, y del barrio obrero de Vigo donde vivía mi novia —en Sevilla, en Pamplona, en Madrid, en los cuarteles de Marruecos—, hombres con uniforme y sin él preparaban un fin de mundo.

Cualquier día supimos que habían matado a un teniente de guardias de asalto en Madrid. Esa noche mi padre tenía el ceño

arrugado.

—Hoy un teniente —comentó—. Mañana un teniente coronel…

El capitán Marcelino habló:

—Una provocación que no se debe contestar.

El teniente de la guardia civil no se calló:

—Hay que poner orden, señores. A cualquier costo.

Sería a la noche siguiente, o dos después, cuando los tres vecinos se miraban en silencio, sin ganas siquiera de mover los naipes sobre el verde del fieltro. Cada uno de ellos sentiría correr una tormenta por dentro. Tres tormentas diferentes. Pero todas con el mismo origen: la voz parlamentaria de los monárquicos, con sus acentos gallegos, había callado para siempre. Mataron a don José Calvo Sotelo. Una bala en la nuca le marcaba el silencio.

Yo oré por que la venganza no siguiese. Oré en mi cuarto, mirando el río que reflejaba una luna plácida.

Creo que nunca oré con tan poca esperanza.

Y Dios no quiso trabajar por mí.

Los poderes de Moisés

Nosotros, los creyentes, creemos que el pueblo de Israel fue el elegido por el Señor para recibir su Ley, según leemos en la Biblia. Aceptamos a Moisés como intermediario de Dios —el Dios sin rostro ni imagen— y lo vemos conduciendo a su pueblo, abriendo fuentes en las piedras, secando los mares con el poder delegado del Supremo Hacedor.

Por eso sería que tantas veces invocamos al receptor de los Mandamientos durante las tribulaciones que comenzaron el 18 de julio de 1936: los evangélicos ansiábamos tener un guía fuerte, salvador…

Nuestro pueblo, al parecer, fue el último de Galicia en entregarse a los revoltosos. Los vecinos republicanos de la plaza fuerte de frontera solo la rendimos porque el resto de los gallegos ya estaban vencidos a la barbarie uniformada, que así pudo concentrar hombres y armas contra nosotros.

La insurrección me sorprendió en el trabajo de meritorio. Por el telégrafo supe de ella, al principio como rumor, después como noticia cierta, comentada por los compañeros de la estación: los militares, casta apartada del pueblo, insatisfecha consigo misma, incapaz de ganar guerras que justificasen su propia razón de ser, venían del África de los infieles como en tiempos de la revolución asturiana, decididos a liberar a España de un yugo al que la mayoría de los españoles no querían renunciar, el impuesto por la libertad.

Al llegar a casa, con intención de comunicar lo que había oído,

pude observar una escena que se mantendría mientras duró el ánimo de resistencia: en la trastienda del hospedaje, en torno a un receptor de radio que prestó el alcalde, un grupo de hombres escuchaba con gesto de preocupación. El aparato, con apariencia de capilla gótica en miniatura, iba captando ondas que venían a confirmar el avance de los insurrectos. Ojos, oídos y manos se concentraban en la madera y en la tela, en los botones de sintonía y volumen del instrumento de información. Tabaco, café y licores mantenían las cabezas despiertas.

En cualquier momento estaban Valeriano, delegado del sindicato del ferrocarril, el alcalde Mariño y el capitán Marcelino; pero ya en la noche y en la madrugada de la angustia inicial se echaron en falta al teniente de la Guardia Civil, el comisario de la policía secreta y don Ramón Afonso.

El capitán de carabineros dio una explicación:

—Las otras fuerzas del orden están a la expectativa. La Guardia Civil, acuartelada; la policía, digamos que… despistada.

Escena próxima, en el bar y en los comedores del restaurante, era la llegada de los que se venían a ofrecer para defender la República, obreros y campesinos con pocas luces y mucho corazón, caras rústicas y ropas malas, sudadas, miembros de las organizaciones que habían apoyado al frente Popular y al Estatuto de Autonomía.

Entre ellos contrastaba Matías, jefe de los comunistas en el pueblo, tipo fino de facciones y bien vestido, vehemente en sus gestos y en el habla, siempre mencionando su partido, como si fuera el único comprometido en la tarea de salvar lo que estaba bajo amenaza.

—Camaradas… —así comenzaba sus disertaciones de converso, hijo de capitalistas arruinados por la mala cabeza del muchacho, socio del *Lion d'Or* en Vigo, amigo de las cupletistas tan poco decentes que allí actuaban; y de su mente saldría un pensamiento que pudo tener repercusiones en la historia de la guerra civil en que nos enzarzamos…

Marcelino nunca me había parecido tan alto, tan elegante, tan buena persona como en el aciago mediodía del 19 de julio. Fui yo mismo quien lo sirvió a la mesa, a pedido de mi madre, que se veía falta de camareros. Comían juntos el capitán, el alcalde, el jefe de la estación y mi padre.

En la sobremesa, aquellos hombres principales hicieron acuerdos sin lugar a dudas: el ayuntamiento defendería la Constitución y el orden político determinado por las urnas, con el respaldo del único

cuerpo armado dispuesto a mostrar su fidelidad al régimen. Marcelino contaba con dos docenas de hombres. Lo apoyaría un batallón de milicianos, formado por aquella tropa de comensales que habían invadido nuestra fonda.

Sobre ellos y sus necesidades, se pronunció el alcalde en tono de compromiso delante de testigos:

—Valeriano, atendedme aquí a toda esa gente, que el ayuntamiento va a emitir unos vales de comida. Cuando acabe este disparate de los fascistas, me presentáis los vales y el ayuntamiento paga los gastos…

Durante cinco días Casa Valeriano sería cuartel general de los resistentes y refectorio de la corporación y de unos quinientos voluntarios, mal armados con escopetas. La dueña del negocio trajinó en compañía de las empleadas y de cuantas vecinas se quisieron arrimar, por devolver favores debidos o a la espera de propina. Subía del río más vaho que frescor y andaban aquellas hijas del pueblo azaradas, coloradas, rostro y brazos húmedos de sudor; pero incansables, olvidándose de las necesidades del cuerpo. Flaca ayuda tuvieron: apenas la de mis hermanos pequeños, que de poco les serviría por falta de constancia en la tarea y porque se escapaban de casa a escuchar rumores o disparos. Sobre aquel grupo de mujeres cayó la responsabilidad de que no escasearan menús, ni pan ni vino y gaseosa para varones dispuestos a engullir cuanto se les pusiera delante; en los primeros días quizá porque la resistencia al golpe se tomaba como una fiesta de camaradas y en las jornadas finales porque comer y beber pone velos de torpor delante de lo que se teme. Se comió mucho. Se bebió más. La despensa bajaba y no había tiempo para reabastecerse de todo. La señora Minia tenía que calcular los platos para que no le faltaran ingredientes con que cocinarlos.

En la mañana del día 20, a la hora del desayuno, estando yo en la cocina entre las mujeres que ya preparaban el bacalao para tantas bocas, llegó la Ermelinda de Santiso y fue directa a la jefa de la fonda:

—Señora Minia, ¿sabe qué? —mi madre la miró mientras pelaba patatas, y ella se le acercó—: Pues que los del hotel le dijeron al alcalde que pagase él por adelantado con sus cuartos si quería que le atendieran a esos otros milicianos que les metió allí. Nada de mandar cuentas al ayuntamiento, nada.

A media mañana, después de conocerse que el comandante militar

de Vigo había declarado el estado de guerra, el alcalde Mariño apareció para contrastar pareceres y la dueña de la fonda evitó hablarle.

Ya se había oído la declaración por la radio, entre zumbidos de cambio de emisora; ya nos lo había confirmado Maruxa a mí y a Feliciano, porque el padre de ella había tenido «informes privados» al respecto. En el consejo que presidían el alcalde y el capitán de los carabineros se decidió cortar las comunicaciones con la ciudad sublevada, empezando por levantar el pavimento de las carreteras para hacer parapetos.

Se organizó el trabajo de defensa. La amplia frente del capitán Marcelino destilaba un sudor claro mientras daba las órdenes. Yo mal atendía, con el pensamiento en Vigo, en la imagen alba de la iglesia de Pi i Margall y en lo que les pudiese estar aconteciendo a los que me llamaban «Manueliño de Oleiros». Allí se juntarían los nuestros, en oración (allí, para mejor orar, se cerrarían párpados de largas pestañas negras sobre el negror de unos ojos enamorados que me pertenecían por dádiva del Señor).

Cuando se marcharon los voluntarios hacia la carretera principal, oí al alcalde hablando con mis padres:

—Ya mandé al secretario imprimir los vales, con fecha e indicación de comida —decía—. No os preocupéis, que son vales contra las arcas del ayuntamiento. Nosotros se los damos a la gente que ya vino a hacer gasto para que os entregue los usados; y también a la que venga de nuevo, y vosotros guardadlos para descontarlos.

Tan pronto salió Mariño, la señora Minia aclaró:

—En el hotel no fue así.

Y su marido pareció sorprenderse:

—¿Qué quieres decir con eso, eh?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada, Valeriano, nada. Aquí se hace lo que tú digas.

Miré a mis padres. En ese momento grave estaban en la flor de sus vidas, pletóricos, recogiendo el fruto de muchos trabajos pasados. Y comprendí la ansiedad que sus rostros mal ocultaban, pues el levantamiento de los militares podía traer una mengua fatal al negocio que había nacido por una banasta de sardinas extraviada. Los dos sabían de hacer caridades, apuntar deudas de una familia en la ruina y después arrancar las hojas de la libreta con esos

apuntes; pero no les gustaba fiar a quien tenía haberes. Callaron. Callamos. Yo bien entendía el porqué de tal silencio: el guardagujas Valeriano tenía comprometida con el ayuntamiento su palabra de demócrata.

Una necesidad del alma me hizo subir hasta mi cuarto, antes de seguir para la carretera a levantar adoquines. Desde la ventana miré el río y, con una gran melancolía a pleno sol, cavilé en los absurdos de la existencia, que solo Dios sabe entender: a unos pasos de nosotros, Miño por medio, la gente portuguesa vivía en paz. Mi amigo Altamiro andaría con sus acuarelas lindas, mojando pincel y papel.

No podía dejar de pensar en mis hermanos de credo. Temía por ellos. Y, con todos ellos en el corazón, entoné la estrofa más sentida de los coros evangélicos:

Pastoréame el Señor.
Nada aquí me ha de faltar;
Hacia Él caminaré,
En su brazo confiaré.
Nada de Él me ha de apartar…

Confortado, salí a la calle por la puerta del hospedaje, donde me estaría aguardando Feliciano. Pero él no estaba y, esperando hallarlo dentro de la fonda, por algún sitio, metí la cabeza por la puerta del restaurante. El comedor se iba llenando con un primer turno de milicianos, que discutían, vociferaban. De un grupo oí algo inquietante:

—Hijo de puta del cura, ¡y no nos lo dejaron matar!

Alarmado, busqué a Feliciano, preguntándome cuál sería el cura al que se referían aquellos hombres. Siguiendo en la busca, volví a la calle y pude confirmar la peor de las hipótesis: a empellones bajo un sol que aturdía, varios mozos llevaban a don Santiago, despeinado, con los ojos en el suelo, la sotana rasgada y las manos burdamente amarradas a la espalda. Recogidos en la sombra escasa de un edificio frente a la fonda, Feli y Maruxa contemplaban el espectáculo en silencio, el muchacho con una escopeta al hombro.

Me acerqué a ellos. Maruxa, con la mirada fija todavía en el preso, me adelantó la explicación:

—Le fueron a requisar las armas y él le metió un tiro a un hombre… Menos mal que fue en una nalga. Está curándolo mi padre.

—Querían fusilarlo allí mismo, a don Santiago —añadió Feli—.

Pero Mariño no dejó que lo matasen, y lo llevan a encerrar en el ayuntamiento.

Sin más palabra, Feliciano me siguió, mientras Maruxa se quedaba, por ser mujer y porque tenía cometido de retaguardia: escuchar las emisoras de radio y tomar notas de lo oído. Feli y yo marchábamos callados, impresionados por el gesto de derrota y odio de los ojos claros del padre. Íbamos hacia nuestro cometido de levantadores de pavimentos, cuando oímos un tumulto por la estación que nos hizo aproximar.

—¡Que no, no señor! —destacaba la voz de mi padre—. Si lo queréis volar, tenéis que pasar por encima de mí y de todo el sindicato.

—¡Os pediremos responsabilidades! —gritaba Matías, engallado.

—Nos las pediréis —respondía, firme, ronco, mi padre—, pero el puente no se vuela, ¿entendido?

—Ya lo veremos, porque la dinamita es nuestra.

—¡¿Cómo, carajo?! —Valeriano echó las manos a las solapas de la chaqueta de Matías, pero varios hombres hicieron fuerza para que la presa no fuera a más.

Visto que los habían separado, Feli y yo retomamos marcha. Llegamos a la carretera, nos protegimos del sol las cabezas y nos pusimos a la tarea de formar barricadas. Mientras, otros mozos, dirigidos y vigilados por los ferroviarios, levantaron los carriles de «su» vía. Los hombres de la Compañía no consintieron en más; no permitieron a Matías volar el puente, lo que interrumpiría durante mucho tiempo la línea a Monforte, y, de allí, a fuera de Galicia.

—De momento —mantenían— solo importa atrasar la entrada de los militares que vengan de Vigo. Si tiramos el puente, seguro que no pasan los cabrones; y les cortamos las comunicaciones con el resto de España. Pero quién carajo dice que no nos vaya a hacer falta a nosotros, para traer refuerzos de fuera contra ellos.

En el rostro de Feli surgía la duda cuando oía estos argumentos. Y yo también dudaba, mientras trabajaba. Solo estaba seguro de que los socialistas habían ganado una batalla a los comunistas. Mi viejo, forzudo, se había impuesto al maniquí del Macías…

En tal faena cayó la noche, cuando ya echábamos encima de los adoquines cuanta cosa de bulto pudiera disuadir a los conductores de vehículos y sirviera para que los milicianos se apostasen. Con la luz última los carabineros permanecían de guardia en el puente. Cansancio y calor vencieron los cuerpos. Los resistentes apañamos

un rincón para dormir, y dormidos aguantamos hasta rayar el día 21, que todavía fue de esperanza.

De madrugada se sintió el avance de una locomotora desde Vigo, y enseguida se comprobó que avanzaba al retroceso, el ténder por delante, usando de parapeto la carga de carbón y agua. Llevaba a bordo gente de uniforme caqui y arrastraba un vagón con más militares.

Apuntaron para ellos unas pocas escopetas, y menos carabinas.

No se disparó.

Los uniformados observaron la falta de carriles en la vía, se detuvieron y retornaron, silenciosos.

Después, temprano todavía esa mañana, llegó el alcalde a Casa Valeriano, en mangas de camisa, perfumado de loción de barba.

—Minia —dijo Mariño—, los comunistas andan empeñados en envenenar a don Santiago; así que me vas a hacer el favor de preparar de tu mano las comidas de él, y vigilada; y me vas a mandar un chico a llevárselas y a probarlas delante del cura.

Así se haría. El párroco estuvo encerrado en la secretaría del ayuntamiento hasta que se produjo la rendición, y yo le fui a servir desayuno, comida y cena. Dos guardias municipales vigilaban en la fonda la preparación de los alimentos que yo acercaría al ayuntamiento. En una cesta de aro, con dos tapas, llevaba fiambreras y platos, con cuchara y tenedor duplicados.

—Prueba de ahí —me decía el cura antes de empezar cada guiso, y yo probaba. Él esperaba a que yo masticase y tragase, y todavía aguardaba un poco más, para ver si me hacía efecto el veneno. Don Santiago no me mandaba catar de todo al principio de la comida sino que me retenía plato a plato y aprovechaba para hacer su sermón, para insistir en los errores que, a su vista, estábamos cometiendo los renegados de la obediencia al «Vicario de Cristo en la Tierra». La barba descuidada le daba una apariencia hosca, dura; y por su mente debían de fluir frases ofensivas que la soberbia mal le permitía suavizar.

—Las cosas en España han de volver a su ser natural —me dijo una vez— y, cuando vuelvan, vosotros vendréis a pedir que se os acoja en la Iglesia. Y más os vale.

EL DÍA 22 DE JULIO DE 1936 por lo oído en la radio entendimos que estábamos solos. Galicia toda había sucumbido. A pesar de las fortificaciones y las precauciones que habíamos tomado, falangistas,

militares y guardias civiles iban llegando por caminos menores para cercarnos. Veíamos sus caras, los uniformes, las armas.

Las escenas de la entrega se sucedieron atropelladamente mientras la radio repetía el bando del comandante militar de Vigo, don Felipe Sánchez: «Ordeno, mando y hago saber…».

Maruxa se presentó en la fonda con cara de no haber dormido.

—Hay que resistir, hay que resistir, hay que resistir… —decía mirando al suelo, los puños apretados, una greña descolgándosele, negra y lacia.

Mi madre la echó.

—Vete para casa, rapaza, vete —la empujaba por un hombro—. Vete y dile eso a tu padre y a los de su religión, si alguna tienen.

El teniente de la guardia civil atravesó la calle mirando para los lados, al acecho; entró en Casa Valeriano y preguntó por el patrón, que en ese momento se encontraba en los almacenes de la Compañía, en asamblea. Alfredo lo fue a buscar. Papá volvió y se encerró con el comandante de puesto en la trastienda de la fonda. Al poco el delegado sindical salía hacia la estación y enseguida retornaba a casa.

—Minia, dame todos los vales del ayuntamiento —ordenó—. Venga, mujer, que esto se acabó de momento. Hay que esconderlos. Venga.

Minia lo miró y refunfuñó:

—Va a ser divertido como también los falangistas nos paguen con *papeliños*.

Porque los vales de comida eran miles. Tantos que los fuimos juntando en tres sacas de azúcar, para meterlos en la cesta destinada a transportar la comida de don Santiago.

—Estamos en la ruina, Valerio, en la ruina —se lamentaba Minia la del Notario—. Nos va a costar un capital reponer la despensa, ¡un capital!

Acabada la operación de recogida de los recibos con el cuño del ayuntamiento y la firma del alcalde, recibí orden de llevar la cesta a la casa del abuelo Joaquín y pedir que la escondiesen bien escondida. Tal hice en bicicleta, escuchando los primeros disparos del día; y, mientras pedaleaba, una esperanza tierna me hizo imaginar que aquellos papeles se convirtiesen en dinero cuando las aguas volvieran a su cauce.

El abuelo de la Capela no hizo comentarios. Cogió la cesta y se alejó de mí tocándose la barbita, su gesto de preocupación.

Volví a casa. El rostro de mi padre denotaba abatimiento. Oía la radio sentado, las piernas descolocadas, reclinado sobre la mesita del receptor, la cabeza sostenida en la palma de la mano, el codo aguantando el peso de sus pensamientos. No cambió de postura mientras me daba una recomendación:

—*Neno*, ve a decirle a tu amigo Feliciano que esconda la espingarda antes de que lo cojan con ella.

Comprendí, y salí como una flecha hacia la carretera que habíamos descalzado.

Pero llegué tarde, porque ya unos falangistas con gorro de soldado hacían dar zancadas a Feli a golpes de punta de fusil junto con varios comunistas, todos en el mismo arreo, a traspiés todos.

Nos miramos, en una mirada intensa, de socorro. No nos dijimos nada. Sus ojillos negros y rehundidos me siguieron mirando mientras pude acompañar al grupo; hasta que un guardia civil me mandó para casa. Y a la fonda retorné, temblando de angustia, intentando orar, sobreponerme, sin que la oración llegase a prender; por lo que probé a cantar bajito y acabé murmurando unos versos, repetidamente:

A Jesucristo sigue.
Ven, no desmayes.
Y, venga lo que venga,
Nada te espante.
A Jesucristo sigue.
Ven, no desmayes…

A esas horas el pueblo se llenaba de hombres uniformados. Los guardias civiles del puesto se unieron a los colegas que venían de Vigo, y los carabineros desaparecieron. Sonaban tiros, agudos, penetrantes, distintos de los de escopeta. El río se llenaba de barcas y los disparos hacían eco en los cantiles de la ribera portuguesa. Los militares tomaron la estación del ferrocarril. Un teniente que echaba mano a la pistola con facilidad conminó al jefe a que aparecieran «de inmediato» los empleados de Vías y Obras.

Vi esa escena de lejos. Y, de cerca, como el teniente de la Guardia Civil le repetía la orden a mi padre.

—Que recoloquen los raíles del puente, Valeriano —le decía delante de la radio compañera de aquellas jornadas de ilusión y caída—. Hay que restablecer el paso de trenes.

Mi padre le comunicó algo en voz baja.

—Que se vaya a Portugal —aconsejó el responsable del puesto—.

Que se vaya, que allí todos ustedes tienen amigos…

Pasaban las horas y los disparos rareaban. Los raíles fueron colocados. Don Santiago, con barbas, greñudo, salió del ayuntamiento.

En mi alma reinaba la confusión. No quería pensar en mí y me moría por saber de mi Carmela, de nuestros hermanos de Vigo, y de los hermanos de Oleiros. Y de Feliciano. Las caras de todos los seres queridos, inmediatos en la creencia, se me representaban en imparable galería. Estaba seguro de que la iglesia de Pi i Margall estuviera bajo la mirada adversa de los sublevados; mas la preocupación inmediata era una casucha de aldea, que había sido almacén y se había arreglado para admitir gentes dispuestas a la oración.

Esa noche dormí a ratos. Me despertaba y me enfadaba con la placidez del sueño de mis hermanos, que no oían tiros a lo lejos; ni conversaciones cercanas. En la casa no había silencio total. Durante los ratos en que velé, me pareció escuchar las voces de mi padre, del abuelo Xaquín, del teniente de la Guardia civil… Eché en falta la del capitán Marcelino, y entre sueño y sueño me pregunté repetidas veces qué sería de él. Hasta que una obsesión me hizo abrir los ojos al alba lechosa del primer día bajo las órdenes de los insurrectos: tenía que asegurar la supervivencia de la comunidad de Oleiros. Nuestra iglesia debía continuar abierta al culto. Era lo principal.

Me aseé y bajé a la cocina, que conservaba calor en la gran plancha de hierro en que tomaban forma los guisos. Sentados alrededor de ella, en mangas de camisa, con ojos colorados y barbas de muchas horas, tomaban café el teniente de la Guardia Civil, mi padre, el cacique Afonso y mi abuelo.

Di los buenos días, que nadie respondió.

—Manuel, vete a casa del abuelo… —ordenó mi padre. Y, señalando a sus compañeros de mesa, aclaró—: Pensamos que es lo mejor.

El teniente asintió en silencio, moviendo la cabeza. Entonces comprendí que tal vez fuera mi última oportunidad.

—Quisiera pedirle un favor al teniente —manifesté—. Necesitamos que nos garantice las reuniones para el culto en Oleiros.

—¿Y por qué no? —se encogió de hombros el aludido, como si no hubiese razón en contra.

—Lo quiero por escrito, si no le importa.

Entre aquellos hombres hubo un cruce de miradas muy rápido.

—Tráeme papel y pluma —me ordenó el teniente, con una sonrisa desafiante.

En un minuto los tenía a su disposición; y, en el mármol caliente que rodeaba al hierro de la cocina, escribió que daba permisos para reunión y culto en tal lugar y a cualquier momento. Lo leyó, delante de testigos, y me lo entregó.

—Vámonos, rapaz —mi abuelo se levantó con agilidad de viejo bien dispuesto—. Y dame ese permiso, que se lo voy a llevar a Puente, para que esté tranquilo.

—Una cosa más —me resistía a marcharme—. ¿Qué fue de Feliciano?

—Está detenido en el cuartel —respondió el guardia civil, apartando de mi cara su mirar—. No te preocupes.

MI REFUGIO FUE LA CASA DE A CAPELA, junto a la iglesia pequeña, casi capilla, de san Benito: un lugar alto, donde se juntaban los ritos de antiguos paganos y de modernos cristianos idólatras. Aquel conciliábulo de Casa Valeriano había acordado hacerme desaparecer, vigilado por mi abuelo y por la tía Filomena, solterona permanente en la casa paterna. Querían protegerme con la ausencia, porque entreverían las atrocidades que iban a comenzar.

—Vino ahí un grupo de falangistas de Vigo que son el demonio —anunció el abuelo—. Los mandan los hermanos Núñez, que andan rabiosos contra todo lo que se les figure antifascista, sin hacer distingos.

La primera hazaña de los vigueses fue matar a Aurelio, un concejal comunista analfabeto que cruzó el río, como el alcalde Mariño y tantos más; pero no se valió como ellos. Por no rellenar bien unos papeles, la policía portuguesa lo devolvió y entregó en Tui.

Amaneció muerto a golpes en una finca del Notario. Un jornalero trajo el aviso. Allá fue el viejo a «reconocer el cadáver» y enseguida bajaba al pueblo, horrorizado, a dar noticia del descubrimiento.

A la hora de la comida, el señor Xaquín da Capela no levantaba los ojos del plato y su hija Filomena insistía con preguntas; hasta que el anciano respondió:

—Dicen que a los de Núñez les quemaron un chalé que tenían en Cabral, y buscan venganza en la gente obrera… Aquello de Cabral es… bueno: le llaman «la Rusia pequeña». Pero no hay derecho a lo que hicieron con el bobo del Aurelio, que seguro que a ellos no les

había hecho nada: le debieron de dar mucho tormento, porque tenía la lengua fuera, toda clavada de banderitas de esas que van pegadas a un alfiler. Eran banderas comunistas, de las de ponerse en la solapa.

Mi tía se persignó, y sobre la mesa cayó un silencio pesado. Por una ventana abierta entraba el frescor oloroso de la parra. Inocentes, allí piaban unos pajaritos.

El abuelo sabía que yo quería tener noticia de mi gente, en particular de Maruxa y Feliciano. Pero no hablaba. Prendió un cigarro mientras aguardaba por el café. Se pasó la mano varias veces por la barba, como indeciso.

—Están llevándose a los mozos de tu quinta —por fin se manifestaba, sin mirarme—. Van para el frente de Asturias. Le llaman frente de Asturias y debe de ser una línea donde los mineros se resisten… Ha de pasar como en el 34. Pero tú, tranquilo, que no van a venir a buscarte… Les prometen trabajo a los rapaces, buenos puestos para todos cuando se restaure el orden. Pero tú, nada, que no tienes necesidad de trabajar.

Fumó, bebió café, hizo lista de los voluntarios para Asturias. Yo saqué valor de donde no tenía y le pedí información directamente.

—Abuelo, dígame lo que sepa del pastor de Oleiros, y de mis amigos, y… —sentí una gran necesidad de saber— y del capitán Marcelino.

—A Puente le comuniqué que tenéis permiso para vuestros cultos —el abuelo ahora clavó en mí su mirar de hombre justo, lleno de confidencias de los demás.

—¿Y el papel del teniente?

—Se lo dejé ver, pero lo guardé yo. Aquí está más seguro que en su casa… No te preocupes por vuestro pastor, hombre, que su mujer es súbdita británica —se calló, porque debía de tener miedo de seguir; y, cuando lo hizo, noté que medía las palabras—: En estos días está faltando mucha gente. Esos de Núñez y los suyos son una plaga exterminadora, como las de la Biblia. Pero, de los que no vemos por la calle, no todo son muertes confirmadas, Manuel. Por ejemplo, Feliciano está detenido en Vigo, y lo van a mandar a un penal. No sabemos nada ni del practicante ni del capitán, que también los prendieron…

Corrieron los días y mi consuelo, que era la radio, me tenía desconsolado, porque emisiones españolas y portuguesas solo servían para confundir al dar cada una los datos según convenía en

el bando que servía. Yo oraba; leía los Textos Sagrados, me detenía en pasajes sin relevancia como las instrucciones de moral y culto referentes a Moisés en el Levítico; y escribía cartas a mi novia, poco convencido de que las fuera a recibir.

Mi abuelo aseguraba que los empleados del ferrocarril cumplían con el deber de amistad de llevar misivas a compañeros y allegados mas, con todo, ya sería mediado agosto cuando mi padre vino a entregar la única carta de Carmiña que llegaría al refugio de la Capela.

«… y no temas por nosotros —decía— porque la Providencia escuchó nuestras plegarias y nos fuimos a librar de un castigo injusto gracias a la más peregrina de las combinaciones.

Verás. La cosa es que el jefe de los militares, don Felipe Sánchez, tiene mucha joroba, como ya me había dicho mi patrona, que trata a su señora. Y su sastre es el anciano de nuestra congregación que tú conoces, hombre muy habilidoso para ocultar con las chaquetas defectos de espalda.

Pues bien, Maneliño, el jefe militar está tan satisfecho de los trabajos del sastre que consintió en llegar a un acuerdo con él, en contra de curas y beatas, que exigían el cierre de nuestra iglesia. Podemos (alabado sea Dios) seguir con el culto, aunque a puerta cerrada, lo cual ya es mucho para el momento que se vive…»

Leí y releí la carta en mi encierro; olí el papel en busca de los perfumes que me recordaban a su autora. Le respondí. El abuelo llevó la respuesta a mi padre. Pasaron días y semanas sin misivas de mi amor y entendí que ella no me escribía por miedo; o porque alguien interceptaba el correo.

Yo apenas salía de casa y, desocupado, acababa siempre cavilando sobre nuestro alejamiento. Cuando me atrevía a salir, conmigo llevaba esa inquietud a los recorridos por los montes próximos, siempre en busca de paisajes que indujesen a la paz; y de nuevas que ayudasen a entender lo que no cabía en mente humana.

Pocos eran los paisanos que me topaba, y, de ellos, difícil sacar noticia coherente, pues vivían con el alma en un puño, confusos. Pero en algo coincidían: aparecían hombres muertos a la vera de cualquier camino. Y nadie los reclamaba.

El atrio de la capilla de san Benito se fue llenando de tumbas, por lo que tía Filomena vivía en un continuo ay Jesús, echándose las manos a la cabeza.

—Los recogen los vecinos —relató— y los llevan al atrio, y allí los

entierran como vienen, sin una manta siquiera para envolverlos. Y el cura todavía les echa un responso de mala gana, por si les sirve de algo, como dice él. Ni que todos fuesen renegados como los de la FAI…

Una mañana, de paseo por los alrededores como era costumbre, observé movimientos de gente dentro de la cerca de la iglesita. Me parecieron propios de entierro y, curioso, me acerqué. Completando el cortejo fúnebre, mínimo y anónimo, había una pareja de la Guardia civil. El muerto, con el rostro muy deformado, cubierto de sangre, con un orificio de tiro de gracia por el que se le salían los sesos, me pareció don Olegario el practicante, padre de Maruxa. Mi corazón dio un traspié, pero disimulé. Uno de los guardias civiles, buen feligrés de Casa Valeriano, se aproximó.

—Hola, rapaz —saludó con sonrisa amable—. Tengo un recado para los que os juntabais en Oleiros: que le devolváis el permiso de reunión al teniente.

Entendí que el papel firmado en la cocina de la fonda comprometía a quien lo había escrito; que los nuevos poderes eran los más antiguos y hasta se imponían sobre la Guardia Civil. Por un momento pensé en el maestro Caetano, y lamenté que en nuestro pueblo no se diera una coincidencia como la de Vigo, entre sastre y autoridad armada. El amigo portugués nos habría de ayudar, porque él, secretamente, también era evangélico. Pero no se daba tal casualidad, y nada nos protegía.

No respondí al guardia civil, que me observaba como se observa a un loco y cruzaba miradas rápidas, de inteligencia, con su compañero. El enterrador golpeó el montecito de tierra de la sepultura con los pies y con la azada, y me fui, agobiado por lo que había visto y por lo que sospechaba.

Imposibilitado de bajar al pueblo para intentar encontrarme con Maruxa, seguí mi paseo por una vereda alfombrada de hojas. Me acompañaba una percepción de peligro total, de enemigos al acecho tras cada árbol. De nuevo sentí aquella necesidad de emigrar a tierras de respeto para las creencias religiosas; y di vuelta, caminando a paso fuerte, dispuesto a escribirle a Carmiña sobre la idea obsesiva: casarnos y marcharnos de misioneros al Uruguay o a la Argentina…

A la puerta de casa estaba la pareja de la Guardia Civil hablando con el abuelo, quien, al verme, expuso la situación:

—Manuel: vuestro pastor tiene que marcharse, por orden del

gobierno militar. Estos señores ya le llevan el permiso al teniente… —cuando se fueron los guardias, nuevamente el abuelo me habló sin querer mirarme a los ojos, como todos los mayores me hablaban en ese momento de tan grandes zozobras—: Puente y su mujer van desterrados, y al que acaban de enterrar es el practicante. No tiene familia aquí, su mujer está presa y a su hija la metieron sus parientes de Lugo en un colegio de monjas —ya se callaba, pero, como vería el gesto angustioso de mi cara, añadió—: Hijo, yo tampoco lo sabía. Me lo acaban de decir ellos.

—¿Y el capitán Marcelino? —quise asaltar su conciencia honrada.

—Ya hace días que los fusilaron, a él y a seis carabineros, que eran todos de las izquierdas.

MARCELINO Y LOS CARABINEROS MÁS FIRMES DE IDEAS murieron en Tui dando vivas a la República. Guardia Civil y Ejército dejaron actuar a la Falange. Las beatas apuntaron con el dedo a los obreros que les habían hecho mofa. Los curas, a hombres y mujeres que combatían las doctrinas de Roma. Cualquier resentido denunciaba como «enemigo del orden» a quien le hubiera hecho algún mal, verdadero o imaginado. El terror se extendió, penetró como las ondas de la radio, por todos los rincones.

La gente no podía contar tantos muertos, ni los desaparecidos. Y se silenciaban las palizas. Avanzaba el otoño, con aromas golosos de vendimia, pero toda alegría se volvía desazón. Los vecinos de la Capela resumían la situación:

—Aquí en el término del ayuntamiento solo matan a gente de fuera, para que nos quede duda de por qué los mataron. Siendo desconocidos, váyanse a ver sus delitos…

—Y a los de nuestras parroquias y a los del pueblo los llevan a matar a donde no se sepa quienes son, para así asustar a los vecinos de otros lugares.

Mataban o apaleaban, molían a golpes a quien querían dejar sumiso, tullido pero agradecido por haberle respetado la vida. En esos primeros meses de turbación general nada tanto hizo encoger mi alma como los gemidos de una moza de Oleiros, Julia, que los de la camisa azul apalearon cuanto les dio la gana. Fue de noche. La trajeron junto a la casa del señor Joaquín, porque sabían que allí estaba escondido su nieto el hereje. Avisaron al viejo, y el viejo avisó a su hija, y los dos se pusieron en las puertas, de guardia.

—¡Puta!, que sois todas unas putas, que os acostáis con los herejes

de los ingleses! —oí a los verdugos gritar. Pero la tía y el abuelo esperaban con los brazos abiertos para impedirme el paso.

—No salgas, Manuel, que te matan —me decían, y sus labios temblaban, la voz se les quebraba.

Impotente, me callé, caí de rodillas, oyendo golpes romos, sobre tela y carne mientras la criatura clamaba al Cielo.

—¡Ay, Señor… Ay, Dios mío… Ay, Señor, ay! —los gritos se fueron debilitando, apagando.

Golpeaban el cuerpo de una hija del pueblo adquirido por Dios. Consternado, le pedí a su Hijo Salvador que no nos abandonase; se lo pedí y pedí, y prometí dedicarle hasta mi último aliento a mantener viva la creencia que nos querían arrancar.

Cuando se hizo el silencio, el abuelo salió a la noche y retornó arrastrando a Julia de espaldas, cogida por debajo de los brazos. La infeliz parecía un Ecce Homo, los cabellos claros cubriéndole la cara, ensangrentados como el pecho y los brazos. Tía Filomena me impidió entrar en el cuarto a donde la llevaron.

Me quedé pendiente de sus quejidos. Oí un grito y me alarmé.

—Fue el abuelo, que le colocó el hueso de la nariz —explicó la tía, que salía con toallas manchadas de sangre.

Pasó la noche. Cogí el sueño con dificultad, mezclando el ansia de saber de los míos con la quimera de que alguien, un adalid poderoso, condujera al pueblo creyente hacia un nuevo país, tierra Prometida donde levantaríamos un Tabernáculo desnudo de imágenes. Con la luz del día, Filomena llevó a Oleiros nuevas de que la muchacha estaba viva; y volvió amargada por la catástrofe que había descubierto en su visita a la aldea de los evangélicos.

Después, cuando pudo hablar, Julia detalló lo visto y oído por la tía Filomena: el cura no había olvidado «la ofensa de los protestantes», y hasta pidió que los insurrectos de Vigo hiciesen «algo contra el pastor inglés».

—Se lo contó todo al cartero —puntualizó la moza—. Decía que don Tomás le había contestado con una blasfemia aquella noche, cuando él le iba llevar el viático a un moribundo. Y que los creyentes le habíamos cortado el paso para que no llegara a tiempo de darle los sacramentos a su feligrés. Y fue al pueblo con el sacristán y con el monaguillo de testigos contra nosotros todos.

Llamados por el párroco, de madrugada habían entrado los falangistas en la aldea. Pero había gente vigilando y los mozos se escaparon al monte; y algún hombre, también. Los falangistas

fueron a buscar a Celestino Puente, se lo llevaron a la era del señor Leandro y lo doblaron a patadas. Celestino no abrió la boca, no se quejó. Era todo sangre y harapos cuando se lo devolvieron a su mujer. Después rompieron la puerta de la iglesia y deshicieron cuanto había dentro, el mobiliario escaso y los libros sagrados. Entonces se marcharon, sin decir nada, tan callados y tan fríos como habían entrado a castigar.

La gente se juntó. Había muchas caras de miedo; pero hombres viejos y muchachas intentaron convencer a los demás de que todavía eran iglesia, de que la oración todavía los podía salvar.

Se juntaron en la capilla profanada. Arreglaron lo que pudieron. Leyeron las Escrituras. Cantaron.

Eso fue lo que los perdió. Alguien los debía de acechar, porque al poco ya se presentaban los falangistas y comenzaban a llevarse gente, que devolvían con la cara deshecha y el cuerpo lacerado. Todos los días se llevaban a algún vecino, de los que no consiguieron huir. Las víctimas más fáciles de los criminales eran las mujeres que no podían dejar hijos o mayores, como Julia y su hermana, que cuidaban de su madre encamada de por vida…

Julia estuvo con nosotros hasta que el dolor de sus costillas fisuradas bajó al punto de permitirle respirar debidamente. Salió de la casa de la Capela manchada de cardenales por la cara, el cuello, las manos y las piernas, por cuanta piel dejaba ver su ropa; pero a pesar de aquella tristeza de golpes y heridas seguía siendo moza linda, y muy mujer, dueña de sí. Cuando se iba —y bajo la mirada de mi abuelo, que aguardaba para acompañarla— se acercó a mí y me cantó a la oreja:

Confianza y viva fe
tenga tu alma.
El creyente que espera,
todo alcanza…

Celestino Puente fue expulsado de Oleiros.

—Lo destierran a la Guardia —cualquier noche informó el Notario, a la vuelta del pueblo. Y explicó—: No le dejan ir a Vigo, para que no le dé cobijo vuestra gente.

Días después, el viejo traía más nuevas: Celestino sobrevivía malamente confinado en el pueblo marinero, condenado a la inactividad, a la inanición. Solo la caridad de unos vecinos pescadores, que no entendían de diferencias de religión, salvaría a

su familia de perecer de hambre. Se lo dijeron a mi padre los compañeros. Todo se sabía por medio de los ferroviarios, cofradía de viajantes con clientes viajeros, a la que pertenecían buen número de evangélicos.

POR NUESTRO ANTIGUO CONDADO solo se oían tiros de armas menores, y ayes de agonía de personas aisladas, acorraladas por los fascistas. Mas en otras tierras de España atronaban los cañones y los hombres se ensordecían en el fragor de la lucha. La revuelta de los militares había encontrado contestación.

El abuelo armó en el desván un caseto de palos y mantas. Consiguió baterías eléctricas y subió para allí un aparato de radio bueno, de los que venían de Inglaterra por mano de contrabandista. Bajo vigas y tejas pasábamos las horas, escuchando lo que entendíamos, en español y en portugués. Era un conflicto con intervención extranjera, de proporciones que no se imaginarían seis meses antes.

—Los viejos hablaban de las carlistadas —comentó el abuelo Xaquín—, pero nada como esto. Cualquier día se nos mete en España medio mundo, cada cual para ayudar al lado que más le encaje.

Había estallado la guerra y, pasada la primera recluta de voluntarios con promesa de trabajo, mozos sin ficha política, muchos de mis compañeros en las barricadas, se alistaron para salvarse de los «paseos» sin retorno. Pasaron por Vigo, encuadrados en aquella Falange que veían como gran enemigo de sus ideales. Recibieron la mínima instrucción de armas y aprisa fueron enviados al frente de Asturias. Para el permiso de Navidad ya faltaban muchos. En los meses siguientes caerían casi todos, con la mirada puesta en las montañas verdes, grises y negras de la región vecina, casi gallega.

Mientras tanto, a mí me ignoraban reclutadores y asesinos, alguno de los cuales ejercía de lo primero por el día y de lo segundo por la noche. Tenían orden de dejarme vivir, y se contentaban con avisos como el de la cara rota de Julia.

Lo ordenaba así la Guardia Civil, satisfecha con el funcionamiento del ferrocarril, por el que salían hombres, armas y provisiones para las primeras líneas de fuego. El teniente, ahora nombrado «comandante militar de zona», honraba lo pactado con mi padre, quien todavía gobernaba en nuestra estación, secretamente, el

Sindicato Nacional de Ferroviarios «disuelto por mandato de la Autoridad».

Pero, con todo, mi situación llegó a hacerse insostenible.

Una mañana fría desayunábamos en la casa de la Capela y el señor Joaquín comentaba que las diversiones del carnaval iban a quedar prohibidas, como cualquier cosa popular que no fuera procesión o arenga. Entonces llamaron a la puerta y dirigimos vista y oído a la parra, esqueleto leñoso, bañado de rocío, brillando con un sol débil tras los cristales de la ventana. Porque bajo los sarmientos andaba el perro, para dar aviso saltando y ladrando al tiempo.

Mas apenas ladró, con cuidado. Sería gente de confianza, entonces.

Con todo, yo no debía abrir.

Fue a hacerlo la tía; y enseguida se sintió por el corredor la voz del señor Valeriano.

Papá me pareció desvencijado, canoso, como avejentado de más durante las dos semanas que podrían haber pasado desde su última visita. En la chimenea se conservaba calor de brasas de la noche, que él agradeció. Nos sentamos junto a las piedras altas, renegridas.

—Esto no es como dicen los de Franco —avanzó el delegado sindical, con los ojos en el suelo, restregándose las manos rojas—. Nada de que enseguida se acaba la juerga y todos los rojos al paredón. Hay muchos rojos y Madrid resiste… *Neno* —ahora clavó la vista en mí, con el ceño arrugado—, mira: van a llamar a los mozos de tu reemplazo, y te vas a tener que presentar. Nada de marcharte a Portugal.

Se hizo otro silencio. Bien sabíamos que Portugal no era lo mismo para cuantos pasaban el río. A las garras de la policía política de Oliveira Salazar solo habían escapado el alcalde Mariño y algunos concejales, a los que amigos poderosos daban refugio. Pero quien no tenía protector en la banda de allá cruzaba de vuelta por el puente de Tui, esposado, sintiendo la punta de un cañón en los riñones.

El final les llegaría al pié de la cepa española del puente. Allí quedaban. Por algún carabinero sabrían las familias que un cuerpo sin vida, maltrecho y ensangrentado, esperaba sepultura junto al río que seguía fluyendo imperturbable.

—Te vas a presentar, Manuel —siguió mi padre—. Tenemos que ver cómo una criatura en tus condiciones pasa los menores trabajos: lo de que salgas para Portugal tiene mucho riesgo. Los ferroviarios de allá no se atreven a esconderte. Y, si tardas en presentarte para

la recluta, puede haber juicio y batallón de castigo.

«Batallón de castigo»: la tía se persignó. El abuelo aspiró el humo de su tabaco duro. Callamos porque ya habíamos oído de carnicerías descritas por soldados que volvían desmembrados o ciegos al hospital de Tui, donde sus familiares iban a recogerlos. Del atronar de los bombardeos se hablaba con temor, como si fueran ecos reales, espeluznantes, censuradores de las gloriosas batallas relatadas en la radio.

Un vecino de la aldea, que había vuelto de Asturias sin un brazo y con una raja mal cosida cruzándole la cara, contaba que de las trincheras venían reatas de mulas cargadas de muertos; muertos y muertos. A él le habían hecho tirar cadáveres de moros al mar. Los marroquíes morían a montones, como si la guerra fuera suya. Les habían prometido que mandarían sus cuerpos a Marruecos pero el dispendio era de más. Tiraban a los moros infieles para pasto de los peces; a los soldados cristianos les daban sepultura donde se podía; a los oficiales que caían intentaban enviarlos a sus tierras, si no eran de zona republicana. El rapaz siempre hablaba de muertos, y del obús que lo había dejado manco, enterrado al borde de un cráter con otros compañeros. Hablaba, bebía; y lloraba…

—La verdad es que nuestro Manuel no tiene significación grave por nada —intervino por fin el Notario, tocándose la barbita—. ¿Y qué dice el teniente?

—Ya hemos hablado a más altura —pronunció Valeriano con un toque de presunción—. Hay garantías de palabra sobre la vida del chico —me apuntaba con el índice, y lo levantó para concluir—: hasta siendo protestante.

Convinimos en que me vendría a buscar con una pareja de la Guardia Civil tan pronto estuviera todo listo para mi incorporación al ejército, como si de algo sencillo y natural se tratase.

Pero, en aquel día radiante de invierno, mis ánimos se venían abajo. Según los habitantes de la casa acompañábamos a mi padre por la huerta, despidiéndolo, percibí en toda su dimensión la atrocidad a que me abocaba para salvar la vida de momento. Siendo evangélico, hombre de paz por principio, iba a tomar las armas al servicio de quien parecía dispuesto a acabar con la libertad de credo.

Ese había sido el destino cruel de los mozos de Oleiros que no se habían dado a la fuga: con las armas en la mano, resistir a la intemperie de los frentes de batalla comportándose como papistas

bajo amenaza de muerte, siempre pensando que en las trincheras del otro bando podrían ser considerados personas. Pensando eso porque los disidentes queríamos creer que la República aún existía, y que nos iba a garantizar la libertad de conciencia.

De tal modo cavilaba yo mientras mi padre y mi abuelo, ya en la carretera, se demoraban en una conversación de tono bajo observados por la tía Filomena. Y hasta consideré como un absurdo —otro más— que Feliciano se fuera a librar de tan dura prueba de guerra porque en él había podido más el fervor republicano que la moral evangélica. Se había empeñado en andar con aquella escopeta tan poco válida frente a los fusiles de los sublevados y su arranque le había valido las privaciones de una cárcel, donde, al menos, podría orar en paz.

Salí de las reflexiones al oír lo que papá le susurraba al abuelo:

—…y tenga usted cuidado con lo de la radio, que a unos ferroviarios de Vigo los pillaron los falangistas escuchando la BBC y los pasearon a todos.

Costaba dar crédito a tamaña canallada, pero vi como el señor Xaquín asentía con la cabeza, gravemente. Porque sería cierta. Y con esa no acabarían las informaciones del terror imperante que me llegaban en tal mañana de quietos humos y río fulgente.

—Manuel —mi padre hizo señas para que me acercase a él mientras el abuelo y la tía se daban vuelta hacia casa—. *Neno* —el viejo me puso las manos en los hombros—, tengo algo feo que decirte… —cejas y bigotes caídos marcaban un gesto de tristeza en su cara—. A tu amigo Feli se lo llevaron a la Isla de San Simón, allí en la ría de Vigo, donde hubo el lazareto. Dicen que es mal sitio.

—¿Lo van a matar entonces? —junté fuerzas para indagar.

—No sé, no sé pero los presos llegan allí muy mal, por lo visto. Los llevan en lancha y los marineros dicen que a muchos ya los tiran por la borda, de lo deshechos que están de tanta tortura.

Respiré hondo y aun me atreví con la última pregunta:

—¿Y Maruxa?

—Eso es peor, hijo mío —me apretó más en los hombros con aquellas manos poderosas, que habían levantado fusiles por el cañón—. Don Santiago anda pregonando desde el púlpito que la hija del masón va muy bien en el internado de Lugo; que ya es otra, después de que se librara de las influencias de sus padres… Me lo dijo tu madre.

Se desprendió de mí y se marchaba deprisa, como huyendo, por el

camino de la capilla de san Benito.

Mas paró.

—*Neno* —me llamó. Corrí hacia él.

—Manueliño… —ahora me puso una mano en el cuello, levantó su rostro aquilino para mirarme con ternura—. Mira, cuando llegues a casa, no discutas con tu madre nada de religión. Nada, porque está convencida de que todo esto va a acabar en como estábamos antes del 31, y hasta de que los ateos y los protestantes van a desaparecer, como por magia… Prométeme que no la vas a contradecir, ¿de acuerdo?

Yo asentí, cuando ya las lágrimas no se aguantaban más en mis ojos.

MI PADRE ME VINO A BUSCAR, con los guardias civiles, en una mañana de niebla. Y, así escoltado, fui al ayuntamiento, donde pasé los trámites de la recluta. Siempre protegido, atravesé el pueblo, que parecía un sueño, desdibujado en la llovizna; y llegué a Casa Valeriano, donde mis hermanos me miraban con susto, silenciando lo mucho que sospechaban, los terrores que atacaban sus almas jóvenes, conocedoras de violencias y crueldades antes de tiempo.

Mamá quiso ser seca y dura conmigo pues no olvidaba mi desvío de la «religión verdadera» de don Santiago; pero no pudo evitar las lágrimas cuando se habló de lo que me esperaba: rigores de instrucción militar, miserias del frente de batalla, dolores de heridas, muerte al acecho. Me vinieron a ver don Ramón Afonso, el señor Caetano y el sargento de la Guardia Civil. Con ellos fue la conversación sobre mi inmediato futuro. Transcurrió en la mesa de la cocina, en un momento de calma, a la tarde, entre horas de atención al público del restaurante. Cuando la señora Minia se levantó para ocultar el llanto, su marido dio una explicación:

—Esta noche tuvo una pesadilla, la pobre: veía como a Manuel, siendo hombre ya, se lo comía un perro rabioso, pequeño, el que lo atacó cuando era un crío.

Don Ramón y Caetano, conocedores del episodio, callaron. Al sargento hubo que explicárselo. Y yo pasé el resto de ese día rumiando el sueño ruin de mi madre, pensando en los raros vínculos del espíritu que denotaba.

Por la noche, como quien espera su ajusticiamiento, intenté poner el alma a bien con Dios y con las personas queridas. Hasta hice una carta para mi Carmela, de quien nada sabía. En ella volvía a

declararle mi amor y le pedía oraciones para que el Señor tuviera a bien mantenerme con vida. Si yo viviese para contar la guerra a que me llevaban, podríamos casarnos y formar una familia verdaderamente cristiana. Siendo matrimonio, entre los dos no íbamos a sumar fuerzas sino a multiplicarlas para propagar la Palabra a nuestro alrededor.

Dormí poco. Me desperté con los sonidos del ferrocarril, como si no estuviera acostumbrado a ellos de toda mi vida. Desayuné y me puse una ropa vieja que fui a rebuscar con mi madre en el arca del cuarto de costura, de la que salía un olor que me trajo la memoria de aquella Benedicta, niña costurera a quien yo adorara juvenilmente y había enseñado a leer. Me pregunté qué habría sido de ella; si seguiría en Madrid, y qué vida llevaría en la ciudad atacada por los ejércitos de África.

Vestido de pobre, con la carta que le había escrito a Carmiña en un bolsillo y la Biblia en otro, salí para el tren de Vigo. Me acompañó mi padre. Nos sentamos junto a unos guardias civiles que él buscó por el vagón. Se saludaron como si ya supiesen del encuentro; pero no hablamos más, ni entre nosotros ni con los guardias. En el silencio yo intentaba orar, y miraba a la gente que se movía por el corredor. Un falangista uniformado de azul, con gorrito y borla roja, correajes, pistola y machete, me devolvió la mirada con detención, tal vez disimulando el gesto del cazador que se ve imposibilitado de disparar a la pieza.

Llegamos a un Vigo muy diferente del que yo había visto por última vez hacía meses. Lo atravesamos a pie, con prisa, mas dio tiempo para ver cómo había desaparecido todos los símbolos y las referencias al pasado político. Estaban sustituidos por manchones de yugo y flechas, vivas a Franco y mueras a la República. Por los poros del granito de las fachadas había entrado la pintura de la nueva fe política con intenciones de quedarse.

—Estos carajos de falangistas parece que pintan para siempre —comentó mi viejo, mientras me acercaba a las puertas de un cine convertido en cuartel con guardia armada.

Allí le pedí que fuera a llevar mi carta a Carmela, y él me dio un abrazo tan fuerte como su pecho, mientras dejaba caer unos duros en el bolsillo de mi chaqueta.

—Suerte, rapaz, suerte —me deseó—. Suerte, mucha suerte —se iba y repetía la palabra, tal vez porque, como pensé de leve, no estaba muy convencido de que su deseo pudiera cumplirse.

Se iba con prisa, posiblemente para que yo no lo viese flaquear; para evitar transmitirme su miedo. Y motivos de grave temor tenía aquel hombre recio y bigotudo, padre de un proscrito.

Como en el pueblo se me había advertido, antes de tan siquiera inscribirme en el batallón al que iba a pertenecer, los militares me hicieron entregar la ropa.

—A la lumbre, que mata los piojos —indicó un sargento viejo y tambaleante, con vara en la mano y pistola al cinto.

Para sustituir los harapos me dieron un uniforme que era apenas traje de faena, de una talla única, que a unos compañeros hacía más pequeños de lo que eran y a otros dejaba medio desnudos.

Lo que debíamos llamar cuartel carecía de instalaciones propias para alojar a una tropa grande. No tenía otro sitio para descansar que las butacas y los corredores entre ellas; ni calefacción en tiempo de invierno; ni más retretes que los justos para aprietos durante sesión de cine.

No juntamos allí muchos mozos, con esos rostros confiados de quienes no habían aprendido todavía cuánta maldad puede haber por detrás de cada persona que uno se va encontrando, poderosa o nimia, agradable o asquerosa.

La mayoría armaba una algarabía de juegos y gritos, mucho beber, más fumar, y continuo discurso lleno de blasfemias que demostraba el poco efecto de las predicaciones de los curas. Inconscientes del peligro a que nos abocaban, algunos se mostraban inclinados a la pendencia, como en las fiestas de sus aldeas. Y los había muy chulos.

Entre los más arrojados destacaban los lalinenses, que, uno a uno, por turnos gritaban «¡Vivan los de Lalín!»; a lo que los paisanos respondían «¡Con razón o sin ella!» a modo de protección para la tribu, quizá con la esperanza de que un grito los acercase y los protegiese a todos juntos.

Eran raros los compañeros que se mostraban meditabundos; y yo, llegado de la reclusión aldeana, entre tanta juventud tendía a mirar las cosas con alegría.

Aun así, para aminorar tal contento no me faltaban sospechas, la más próxima de las cuales nacería conversando con un muchacho que vagaba como yo por el encierro del cine en espera de que el ejército «nacional» dispusiera de nosotros. Nos contamos nuestras vidas. Primeramente fue la suya (era estudiante de Derecho, y galleguista, miembro del partido). Después la mía. Cuando terminé,

él arrugaba el entrecejo.

—Es extraño tu caso, Manuel —comentó—. Siendo meritorio de los ferrocarriles y telegrafista, no te mandan a un destacamento ferroviario sino a infantería. Tienes unos conocimientos que se precisan para la intendencia pero te destinan a carne de cañón…

Bien. Éramos cientos de reclutas, y para atendernos solo estaba con nosotros, permanentemente, aquel sargento metido en años y coñac, tal vez recogido de la jubilación por necesidades del ejército que intentaban formar los facciosos. El primer personaje de mi privada galería de retratos de la guerra gastaba bigote de rabo de burro, a tenor de las cejas y el flequillo, todo gris. Tenía arrugas hondísimas en la frente y alrededor de la boca, y una voz de caverna en la que rugía su aliento de alcohol y tabaco. Sus manos huesudas y enrojecidas, de labriego que no había cavado, manejaban con desesperante lentitud las fichas de los reclutas.

Se había instalado en el *hall* del cine con una mesa, pluma, tintero y tarjetas para rellenar. Para él (deduje y comuniqué al compañero estudiante, quien mostró acuerdo en la apreciación) la tarea que le habían asignado era un calvario.

Yo lo observaba calladamente, distrayéndome con la mezcla de olores a cuerpos y pies sudados junto con el de ropa y botas nuevas, limpias. Miraba también a mis compañeros e intentaba un hilo de esperanza, la de encontrar entre ellos alguno de los creyentes que había ido conociendo a lo largo de los últimos años. Volvía a contemplar los esfuerzos de aquel militar casi analfabeto, que preguntaba la ortografía de los apellidos a hijos de labradores y marineros aun más iletrados que él; y enseguida se me iba la mente a otros lugares, a caras que me hacían vivir en continua pregunta, en el deseo de verlas, de oír las voces que de ellas surgían.

Hasta que una mañana de aburrir los minutos, pasadas horas —quizá tres— y viendo como no adelantaba la faena de nuestro recepcionista, respiré hondo, di un paso hacia la mesa y me ofrecí:

—Mi sargento, mire: si quiere, lo ayudo con eso.

Me clavó unos ojos verdosos, inyectados de sangre, irritados de fijarse en la letra insegura que hacía.

—¿Y tú vas a ser capaz de rellenar las fichas? — preguntó descansando la vista en la distancia.

—Si quiere, podemos probar —arriesgué.

El sargento se levantó con parsimonia, se dio un estirón a la guerrera, me cedió lugar e instrumentos.

—¡El siguiente! —atronó con su vozarrón espeso.

Avanzó mi primer cliente, un muchachote de Hío, que me cantó los datos con la tonada de su tierra. Apunté y coloqué la ficha en el montón correspondiente. Siguió otro, redondelano. Lo manejé con ligereza. Otro… Los chicos me miraban divertidos, y el sargento fumaba y carraspeaba: reclutas y suboficial estaban viendo como escribía un meritorio de los Ferrocarriles, telegrafista de Morse. Yo hacía volar la pluma, con la cursiva uniforme de nuestro oficio, y repicaba con los dedos en la mesa mientras cada compañero se acercaba a mí. Después de tantos meses de zozobra, de tantas horas de oración en el escondrijo de la casa del abuelo, ahí estaba mi primera diversión, la prueba de ser yo válido para algo más que esconderme y dirigirme en plegaria al Salvador.

Después de que unas docenas de fichas hubieran mudado de sitio y condición, el sargento comenzó a mirar las rellenas, con mirada escrutadora, como buscando errores en ella. Mas nada debió de hallar para crítica.

—Muy bien, rapaz. Déjalo ahí —mandó—. Toma un descanso —y se fue para el interior del cuartel.

Los compañeros se me acercaron y miraban mi trabajo, preguntando si era maestro, o estudiante al menos.

Yo a todos respondía, lleno de orgullo, que era ferroviario e hijo de ferroviario. Y no tuve tiempo de contarles mi vida, su discurrir en paralelo a las líneas sobre las que se movían máquinas y vagones; una vida de hierro, carbón, agua y humo, de energía y tesón para avanzar.

No tardaría diez minutos en volver el viejo greñudo; y, delante de todos, me impuso una distinción sobre el pecho. Con un imperdible aseguró a la tela basta del uniforme caqui los galones rojos de cabo. Entonces me preguntó:

—¿Cómo carajo te llamas?

—Manuel Liñares Couto, mi sargento.

—Bien, pues a partir de ahora… —hizo una pausa, miró a los reclutas retozones y levantó la voz—: A partir de ahora eres cabo furriel, *el cabo Liñares* —acentuó.

Y de tal forma, a principios del «Segundo Año Triunfal», 1937, entré al servicio de Franco, Generalísimo de los Ejércitos Azules de Tierra, Mar y Aire, directamente como cabo, veterano de inmediato. Por ese absurdo nunca tuve que jurar bandera ni hacer instrucción. Sin duda Dios quiso alejarme del perjurio.

Ya inscritos, los reclutas pasamos a la Aduana, convertida en cuartel de conveniencia en la retaguardia, donde se preparaba «una potente ofensiva contra los rojos». En el cine nos anunciaron que pertenecíamos a un batallón de nueva creación, como si tal fuera de especial honra; y recorrimos la ciudad imitando una columna militar, con poco garbo y muchas ganas de abrirnos y perdernos por las calles.

Los amplios espacios de la aduana fueron ocupados por una grey de mozos que, en el transcurso de pocos días, comenzaban a asustarse con la perspectiva de la guerra real, próxima a decir de los militares que nos instruían. De todos nosotros, los incorporados, gran parte ya había visto muertos de bala por obra de los falangistas, y oído relatos en boca de los que retornaban del frente. El miedo corría por el suelo del edificio sin mobiliario, entre dados y naipes. Saltaba sobre las mantas que hacían de tapete de juego por el día y de cama por la noche.

El piso era de cemento. Para dormir solo se recibía una manta, mitad de la cual aislaba el cuerpo de la dureza fría en que tenía que descansar mientras la otra mitad servía para abrigarlo por encima. Pero yo me libré de ese sufrimiento, y enseguida aprendí las diferencias que se hacen con la tropa. Me excusó el sargento Yáñez, un tipo pequeñajo, de pecho, ojos y pómulos rehundidos, mentón y nariz como proa de galera romana.

—Liñares, tú eres cabo —pregonó en público—. Así que te corresponde cama.

Vi los rostros infelices que me rodeaban, sentí que desertaba pero no supe cómo argumentar la deserción. Por la condición de furriel, descaradamente, pasaba a dormir en cama con sábanas, podía quitarme la ropa de todo el día. Y, para más agravio de mis iguales, empecé a marcarles las imaginarias: paseos aburridores entre ronquidos y ventosidades en la oscuridad, desde la que contemplaban el privilegio de los acomodados, cada cual sobre su colchón. Mi cuarto, bien visible, era el cuerpo de guardia, donde cerca de mí cabeceaba un oficial, lo que me impediría ceder la cama a cualquier compañero necesitado, quizá con fiebre. La caridad —aprendí enseguida— era enemiga de la disciplina, primero objetivo de un ejército…

Esto sería cuestión del carácter militar, general. Pero nada tenía que ver con el carácter particular de nuestros jefes, de los cuales era superior un hombre joven y afable, comandante del Tercio de

Regulares.

Tenía nuestro comandante un porte caballeroso, a pesar de la cojera que intentaba llevar con dignidad. Decíase en el cuartel que lo habían herido en combate y estaba en recuperación, lo que no le impedía cumplir con las obligaciones del uniforme. Se llamaba don Eliseo Díaz del Río y era de Ferrol, como los hermanos Franco y tantos otros sublevados, «Pero casado aquí, con una señora de familia de banqueros», según informó Carducho, el estudiante galleguista. Militar de condición desde casi su infancia (contaban que lo habían enviado a la academia «de crío»), sin embargo trataba a los subordinados con tanta más consideración cuanto más desfavorecidos fuesen.

Cuando yo ya no podía soportar el encierro cuartelero, necesitado de tener las manos de Carmela entre las mías y mirar sus ojos y oír su voz sin tener que imaginarla, el comandante se vino a encontrar conmigo de manera que pareció fortuita, al pasar por el pasillo de entrada al dormitorio.

—Liñares —me dijo en un tono de suave advertencia—, espero que sepas disimular, y que no busques dentro del batallón compañeros de tu creencia —debía de esperar el asombro en mi cara, que comprobó al sesgo, para proseguir, cojeando—: Mientras estés a mis órdenes no tienes de qué temer, si no te señalas, claro, lo que me comprometería… Ya sé que hay tradición socialista en tu familia, pero sois gente de orden. Lo peor —bajó la voz a un susurro— es lo de la religión, aunque los protestantes tenéis fama de honrados. Pero el clero no perdona, rapaz… Sé prudente y no nos comprometas a tus superiores.

Tanto me inquietó lo escuchado, viniendo de quien venía, que no pude evitar murmurárselo enseguida a mi compañero estudiante, quien me miró con ojos de extrema preocupación.

—Conmigo también habló don Eliseo, como quien no hablaba —explicó Carducho—. El SIM ya le debió de entregar nuestras fichas, y a ver lo que ponía en ellas porque para esos tipos son comunistas todos los que no son falangistas… En fin, Maneliño: cuando veas a quien mandan a primera línea de fuego, sabrás los que tenemos ficha de mérito.

El terrible SIM, el servicio de información militar del que se hablaba como de un espectro sutil, omnipresente, no había tardado en informar a Díaz del Río sobre mi personalidad. Pero él, bien conectado con la sociedad civil, contrastaría el informe. No era

verosímil que un evangélico perteneciera a partidos ateos. Por eso me protegió. Mientras tuvo poder para hacerlo.

La protección de don Eliseo llegó a lo impensable.

Cuando nos dieron suelta, los reclutas que tenían casa en Vigo o alrededores consiguieron permiso para salir a comer con su familia si no estaban de servicio. Por tal razón sobraban bollos de la dotación diaria de cada soldado, que se enviaban al cuartel de San Sebastián, donde se criaban cerdos para los militares.

Las órdenes sobre tales envíos de sobras eran estrictas, y graves los castigos anunciados para los infractores porque las autoridades no podían permitir relajaciones en un lugar lleno de castigados a pasar hambre. Vigo era considerado por los franquistas un punto seguro de la retaguardia, al que enviaban a «sujetos peligrosos» que se habían librado de ser pasados por las armas en las «zonas liberadas». Vivos, todos sufrían el rigor de la falta de comida. Aunque unos tenían quien se lo aliviase y otros no.

Entre los primeros estaban los evangélicos desterrados, que acogía nuestra hermandad viguesa; entre los segundos, los mineros asturianos, de los que, indirecta y secretamente, también se ocupaban los protestantes.

Confinado en la Ciudad del Olivo estaba un pastor con señorial presencia y voz de armonía profunda que me sorprendió en el reencuentro con los míos. La tarde de sábado en que el sargento Yáñez me dejó salir por primera vez, la iglesia de Pi i Margall tenía las puertas cerradas; pero, acercando la oreja a la madera, desde la calle se podía oír una disertación en el inconfundible tono de los predicadores ingleses. Giré el picaporte emocionadamente, la mano temblorosa, y entré. Varias miradas se dirigieron a mí, y en el rostro deseado de Carmiña apareció una sonrisa que no dejaba atender a lo que decía aquel hombre elegante, de cabello y ojos claros. Bobo de amor, me costó seguir su discurso mientras procuraba acomodo entre los que iban a ser mis cuñados.

—Este pueblo —leía del nuevo Testamento el predicador— hónrame con los labios, mas su corazón está lejos de mí. En vano, sin embargo, me honran, enseñando doctrinas que son mandamientos de los hombres…

Me sentí entre los seres más queridos y oré, en agradecimiento por estar allí, en cuanto aquel varón justo lanzaba avisos evangélicos contra la barbarie de los seguidores de Franco.

—Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, lo contamine… —seguía leyendo del evangelio— ¿No comprendéis que todo lo que de fuera entra en el hombre no lo puede contaminar, porque no entra en su corazón sino en su vientre…? Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque del interior del corazón de los hombres salen los malos pensamientos, los adulterios, las prostituciones, los homicidios, los hurtos, la avaricia, las maldades, el engaño, la disolución, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la locura…

El pastor no se atrevió a comentar los pecados de los revoltosos de julio. Desvió el discurso a un aparente reproche de las culpas de la congregación a la que se dirigía. A mi alrededor todo eran miradas de inteligencia. Seguidamente hubo otra lectura sugestiva, de un hermano vigués, sobre Getsemaní. Después los cánticos, y fuimos saliendo.

Al entrar en el mundo hostil de la calle y encontrarnos las miradas de los transeúntes, que consideraban la iglesia evangélica un antro, en mi mente hacían eco las frases de la lectura del Segundo Libro de Moisés con que nos habíamos despedido: «Cuando, pues, la nube se levantaba sobre el tabernáculo, los hijos de Israel caminaban en todas sus jornadas».

Se disolvía el grupo de los creyentes y procuré acercarme a mi novia; pero un hermano distinguido supo pararse a hablar conmigo de manera que Carmiña viese el movimiento y se quedase quieta, esperando. Era el sastre que ocultaba la joroba del comandante militar de la plaza. Su mensaje fue rápido, lanzado con cara de estar diciendo cualquier amabilidad banal:

—Maneliño, vi tu ficha: «Protestante, comunista y masón». Vino de tu pueblo. Pero ya nos hemos ocupado de ti. Hicimos todo lo posible.

Comprendí, y cavilé todavía con más rapidez: en las mentes locas de los que vestían hábitos y uniformes, ser creyente mas no obediente a Roma obligaba a renegar de la fe en Cristo, a atacarla, y hasta a pertenecer a logias. Por si eso fuera poco, la ficha —sambenito de la nueva Inquisición— de cualquiera de nosotros podría incluir la condición de «judaizante», inadmisible a los ojos de quien se arrodillaba delante de la bestia militar alemana, vigorosamente representada por la Legión Cóndor en la «España libre». Por fortuna, yo me libraba de ser, también, adicto a las sinagogas.

—Carmiña… —apreté su mano tierna y firme en un espacio poco iluminado—. Atiende: esto de la guerra puede acabar de cualquier manera, pero creo que no va a ser buena para los creyentes. Así que, tan pronto podamos, nos casamos y nos marchamos a la Argentina.

Carmiña me respondió cerrando la boca; y, como si estuviera en otro asunto, de camino a su casa pasó a hablarme del predicador de esa tarde.

—Se llama don Federico Gray —me explicaba— y lo han mandado de Valladolid, que allí era profesor de inglés y dirigía una iglesia, que se la clausuraron los falangistas, aunque no se la incautaron porque ya sabes que todas las nuestras son propiedad de sociedades inglesas.

—Todas menos la de Oleiros —recordé.

Hubo un lapso silencioso largo de más para enamorados, necesitados de hablar tras seis eternos meses de separación. Temí alguna fealdad del mundo cruel a que nos precipitaba la guerra declarada a la República. Y no me confundía en el presentimiento:

—Escucha, Manuel —surgió la voz de Carmiña muy queda, a punto de que solo la oyese yo—. Escucha y prepárate para la oración… Murió Feliciano, en la cárcel de la isla. Por el patrón de la lancha de San Simón miramos que nos lo dejasen traer a enterrar junto a los nuestros… No imaginas lo que fue… Pobre de Dios… —se cortó la voz de la muchachita valiente. Una catarata de lágrimas la obligó a parar y sacar un pañuelo del bolso—. El pobre dicen que estaba en los huesos, y lleno de heridas. Murió tuberculoso, que allí los matan a palos y de hambre —apretó mi mano—. Con todo, aún tenemos que orar y dar gracias al Señor, porque Feli ha de estar con Él… El patrón de la lancha está enfermo, su mujer dice que vomita todas las noches cuando recuerda lo que le hacen ver, y que no deja el trabajo porque no se lo permiten dejar los falangistas… Nos contó que Feli nunca había dicho palabra contra ninguno de los creyentes, sabiendo cosas que nos podían comprometer, que hoy todo vale para que te maten.

—¿Y está enterrado en nuestro terreno? —pregunté con ansia.

Carmiña no respondía. Le miré a la cara y ella miró al suelo.

—No conseguimos nada —respondió por fin—. El patrón dice que lo debieron de tirar a la ría.

Callamos según nos acercábamos al barrio de los ferroviarios. Por suerte la luz no abundaba en una tarde de fines de invierno; porque

raro espectáculo debía de ser el de un cabo del Ejército Nacional, fardado de paseo, con una moza linda y vestida de modista, ambos en la flor de la vida y los dos llorando sin poder ocultar su llanto.

—Esto es terrible, Maneliño —Carmela acabó de tragar lágrimas—. Nosotros nos vamos valiendo de que nos protege el sastre Cartea a través del gobernador. Aquí en el centro de Vigo todavía estamos bien, pero llega con salir a Teis para ver lo que pasa… Pregúntale a mi padre: andamos como locos viendo de recuperar a los hijos de Pepe y Ángela. ¿Te acuerdas de ellos?

Asentí y ella hizo un esfuerzo. Inspiró con ganas y pronunció la frase terrible:

—Los fusilaron.

—¿Por creyentes? —no pude reprimir el acento de asombro y miedo.

—A lo mejor no por eso, aunque ayudaría. Por ser evangélicos se llevaron a los pequeños, y no les quieren decir a los parientes a dónde. A los abuelos les dijeron que a un sitio donde los iban a hacer «españoles de veras».

Entrábamos en la casa y Carme le pidió a su padre que me relatase lo acontecido. Aquel hombre bueno, de expresión pacífica entre arrugas que se le iban ahondando día a día, me informó:

—Los militares sacaron bando de que todo aquel que tenga gente huida en casa debe echarla porque, si no, incurre en el mismo delito de los que cobije… De ese bando vino la perdición de nuestros hermanos. Del bando y de la codicia de los falangistas, y del odio que nos tienen otros que también dicen que siguen las doctrinas de Cristo.

El caso, según Adelino, mi futuro suegro, era que un médico de la zona y otro vecino republicano se habían acogido a la caridad de Pepe y Ángela, que los ocultaron en su casa. Pero a un tendero se le ocurrió pensar que aumentaba mucho la compra de la familia y transmitió la observación a los sabuesos de Falange. Así que un día se presentaron falangistas y guardias civiles en casa de los creyentes. Allí estaban ellos y, al darse cuenta de lo que pasaba, tardaron en abrir la puerta principal, para permitir que los acogidos huyesen por la trasera; y para intentar ocultar las evidencias de la ocultación. Pero no lo consiguieron. Fue fácil para los verdugos encontrar detalles indisimulables.

Entonces arrastraron al matrimonio y a los dos chiquillos hasta delante de la casa, donde hicieron dos montones con sus cosas: a un

lado las de valor material, como la máquina de coser y la bicicleta; a otro las más queridas por los dueños de todo, como libros sagrados y fotos. Metieron en una camioneta lo que iban a robar y prendieron fuego a lo que no querían. Delante del pueblo que se juntaba, arrancaron a los niños de los brazos de los padres para terror y escarmiento de cuantos contemplaban la escena sin dar crédito a lo que veían, y se dirigieron con el matrimonio al monte.

Pepe pedía clemencia para su Angeliña, que estaba embarazada de siete meses. Pero los falangistas no hicieron caso. Ella decía «Ay, Pepiño del alma, no temas que enseguida nos vamos a juntar para siempre, que el Señor está con nosotros». Y, mientras le mataban al hombre, ella cantaba el himno de Santa Teresa:

A Jesucristo sigue.
Ven, no desmayes;
y, venga lo que venga,
nada te espante…

—Así lo contó un guardia civil que estuvo en el fusilamiento —concluyó el padre de Carmela—. Tiene un hermano creyente y por él sabe de nuestras canciones. El hombre se espantó de lo que vio, después de haber visto casos terribles, y pasó aviso a su hermano para que nos hiciésemos cargo de los cuerpos.

A este relato conmovedor siguieron silencios de oración, con un barullo amable a lo lejos, en la cocina, y un glorioso olor a unto de caldo.

Durante la cena supe que el pastor Gray había venido en compañía de otros evangélicos de alta formación intelectual. Estos señores, aunque destituidos, se iban manteniendo.

—Los ayudamos nosotros, claro —explicó el señor Adelino—. Y tienen economías de las familias de ellos, que, donde hubo, algo puede quedar.

—Lo malo son los deportados de Asturias —intervino Plácida, la señora de la casa, bajando los ojos tristemente sobre el plato.

—No les dejan hacer nada —aclaró José, el hijo mayor—. No pueden trabajar y por eso no tienen para comer. Así que, como sigan las cosas de esa manera, limpian Vigo de perros y gatos, que son un batallón los asturianos.

Por afinidad de ideas, aquellos mineros pronto habían entrado en contacto con los ferroviarios, que organizaron un sistema de socorro. La familia de Adelino vivía al lado, muro con muro, de otra

familia evangélica, la de don Hilario, jefe de tren, quien había pasado aviso de lo que estaba sucediendo. Su mujer y sus hijos enseguida empezaron a participar en la busca de alimentos para los mineros. Chicha, la hija, discurría con Carmiña maneras sutiles, femeninas, de alimentar a los hambrientos.

—Estamos dejando el barrio sin pan viejo para rallar —se alegró la voz de mi novia según lo decía.

—Así no hay quien haga una croqueta —acabó por reír su madre…

Pensando en la bondad de aquellas almas volví al cuartel, revivido, lleno de razones por las que entregar mi existencia al servicio de Cristo.

Pasaron los días. Anduve rumiando cómo echar una mano para matar hambres y así fue como me vino al magín ir sacando pan a escondidas de la Aduana, en una operación secreta que se ajustaría a las sutilezas de las mozas protestantes.

El caso fue que los militares portugueses, muy compadecidos de los fríos que sus colegas del ejército de Franco pasaban en los frentes serranos durante el primer invierno de la campaña, habían enviado a esta banda del Miño remesas de excelentes capotes que se repartieron entre oficiales y sargentos, llegando hasta cabos que gozasen de la confianza de sus superiores o a los que estos debieran más de un favor. Mis habilidades de oficinista me facilitaron tan abundante prenda, capa y sobrecapa, que me permitiría el atrevimiento de salir cuantas veces necesitase hacerlo ocultando pan que era obligación humanitaria librar de las bocas de los cerdos.

Ya se estaba poniendo bueno el tiempo, de primavera, pero las ordenanzas no prohibían el uso del capote. Entonces, me atreví. Insistí. Con aguja e hilo me cosía bollos a la guerrera y al cinto y, bien cubierto, me acercaba a las casas de los ferroviarios, donde los depositaba. Pasé miedo pero no tuve inconveniente. Viéndome arropado de más, el sargento Yáñez me miraba con los ojillos rehundidos y callaba; quizá porque él, a veces e innecesariamente, también salía con capote del edificio aduanero.

Siguió pasando el tiempo. La facilidad del arbitrio me dio confianzas excesivas, hasta que la ambición de servir a quien sufría la crueldad de los enemigos comunes me hizo caer en un peligro extraordinario. Porque, no contento con los panes que llevaba cosidos bajo la capa, me dispuse a salir con varios debajo de los brazos, que cubría la sobrecapa. No me pasó por la mente lo que

podía acontecer.

Lo que aconteció: a los pocos pasos de la puerta de la Aduana me topé con un oficial.

Al verlo reaccioné con un taconazo, dispuesto a levantar el brazo derecho llevándome la punta de los dedos a la sien. Pero en un instante comprendí que sería mi perdición y me quedé firme, sin saludar, lo cual era tan sospechoso como mi capote, que hacía sudar nada más echárselo por los hombros.

Tuve suerte. Porque el oficial que me encontró era don Eliseo.

—Anda, Liñares, vete, vete… —me despidió el comandante, mirándome como quien no quisiera ver lo que estaba contemplando.

Y me fui, seguro de que nunca me tendría en cuenta el desacato.

A PESAR DEL PELIGRO A QUE ME EXPONÍA (informe del SIM, consejo de guerra y —siendo «comunista y masón»— a las balas del piquete), los bollos robados en el cuartel no solo alimentaron a los mineros asturianos. Llegaron también a otros personajes de los muchos que pululaban, fugitivos, por la ciudad.

Tras ellos andaban hombres cargados de odio y necesidad de hacer daño: los de uniforme azul y gorrito militar del mismo color, chulescamente torcido y con borla roja. Su obsesión loca era limpiar la Piel de Toro de cuanto no entrase en la ortodoxia de la «Unidad de Destino», y la llevaron a extremos inconcebibles, como en el caso de dos extranjeros que andaban por las calles de Vigo vendiendo corbatas. Cualquier madrugada aquellos infelices «rusos» cayeron a tiros en la cuneta de una carretera de monte; o contra el muro de un cementerio con fosa común para suicidas y vagabundos sin derecho a lápida. No los matarían por pertenecer a una organización de izquierdas, o por ser correspondidos por una mujer deseada, sino por judíos, comunistas, masones y Dios supiera si hasta por protestantes…

Poco después de conocido este nuevo desatino, llegaba yo a casa de mi novia, a la tarde y con aquel capote sospechoso. Me abrió doña Plácida, y me dio una noticia sorprendente cuando ya íbamos perdiendo la capacidad de sorpresa para todo.

—En la casa de al lado —susurró— hay un hombre que dicen que debe de ser ruso, y judío, y que lo pueden fusilar como lo pillen; así que, de momento, lo tenemos que mantener escondido, para que no lo descubran y para que no nos maten a nosotros también. Parece

que vino buscando un hermano, pero al hermano ya lo mataron los falangistas, y él no lo sabe… El caso es que… —la buena señora se pasó la mano por el pelo ondulado, que se le estaba poniendo gris, en un gesto de preocupación—. Hay que apartar algo de ese pan para él. Y tenemos que explicarle lo que pasa.

Descargué los bollos y me puse a pensar rápidamente en quien podría entenderse con el hombre, en ruso si no hablaba otro idioma más accesible que el suyo; y pensé en el grupo de los profesores evangélicos desterrados que se juntaban con don Federico Gray. Pero antes de irles a pedir el favor, haría una comprobación.

Como si fuéramos a dar la vuelta de costumbre, salí muy jaleante con mi rapaza, y Carmela muy risueña conmigo. Llamamos a la puerta de al lado. Tras ella nos demoramos más de media hora; y al fin de ese tiempo reaparecí en la calle con Carmela y la vecina Chicha, como el más divertido de los cabos del ejército, espléndidamente flanqueado por una morena y una rubia en la flor de la juventud. Aparentábamos alegría de muchachos para quien nos viera, pero veníamos de una penosa función.

Don Hilario, el vecino, nos había franqueado la puerta con cautela y, sin preguntar la razón de la visita, enseguida entraba en la peripecia del refugiado.

—Me vinieron a buscar los compañeros de la estación —contó—. Decían que había por allí un mozo rubio hablando con lengua de trapo, que apenas sabía decir «corbata» y «hermano», y daba del hermano un nombre dificilísimo, que nadie conocía. Hasta que el Pericocho cayó en la cuenta y dijo que el mozo preguntaba por el ruso que andaba vendiendo corbatas en la estación.

Por fortuna, aquel despistado había aparecido al anochecer, lo que facilitaría ocultarlo por el recinto ferroviario. En rápido conciliábulo de hombres con linternas y martillos, con olor de carbón y grasa, se determinó que se debía proteger al extraño, quien venía a buscar a un hermano quizá de veras, ya traspasado por las balas de los fascistas según se decía por Vigo.

Con prontitud y mil ojos en todos los vigilantes que andaban alrededor, policías de paisano, uniformados y militares, fueron llevando al tipo de habla rara a un almacén con servicio higiénico, donde podría aliviar los humores en caso de necesidad. No sabían como hablarle; y, por signos, era duro de más indicarle que su hermano, o lo que fuera suyo, era cadáver. Pero con gestos de persona, y con muestras indudables de pan y latas de sardinas, lo

dejaron a buen recato sobre paja y manta detrás de una barrera de cajones. En el almacén pasó la primera noche.

—A la mañana siguiente —continuó don Hilario— el hombre entendió lo que le queríamos decir cuando le llevamos café y tabaco al escondrijo. Le indicamos con las palmas de las manos que había que esperar y él le daba a la cabeza para decir que sí.

Asintió y esperó, hasta la noche. Con la oscuridad se le presentaron los ferroviarios y de nuevo por señales le enseñaron cómo tenía que hacer: seguir a uno de ellos a cierta distancia, y meterse donde él se metiera.

El cielo ayudó en el traslado. Un calabobos de primavera tristona desanimaba a andar por la calle y debilitaba los haces de luz de las lámparas en las esquinas. El extranjero seguía al empleado de los ferrocarriles, y a él lo seguía un chico, que avisaría a los camaradas de la estación en caso de que se provocara una situación en que el guía no pudiese intervenir.

Sin contratiempo se consiguió el objetivo de ocultar a aquella criatura desnortada en la casa de don Hilario, y ahora el anfitrión a la fuerza me pidió intervenir:

—Háblale tú en francés, Manuel, que, a lo mejor, entiende.

Me encogí de hombros y, tentado por la curiosidad, me dejé llevar hacia un cuarto trastero, que daba a la huerta de la casa, rodeada de otras viviendas, y que, por tanto, valdría para una escapada nocturna. Al sentir que llamaban a su puerta, el huésped se debió de levantar porque esperaba por mí en pie, iluminado por una luz de tarde que filtraba la cortina. Era joven todavía, alto, delgado y encorvado, con la marca del hambre en la cara de facciones suaves, ojos claros y buenos, que incitaban a compadecerse de él, barba roja y rizada como su pelo color de zanahoria: nada tan lejos de la imagen de los judíos «deicidas» de rostro corvino que nos enseñaban en la escuela.

Le tendí la mano y dije:

—Yo soy Manuel.

Él respondió apuntándose con la mano larga al pecho:

—*Mi, Herberto*.

Después, me la tendió y estrechó la mía. Al hacerlo, me di cuenta de que en las yemas de los dedos tenía los callos típicos de los intérpretes de instrumentos de cuerda.

Lo siguiente era intentar la intelección.

—*Parlez-vous francais*? —me atreví. Con buen resultado:

—*Oui. Je parle francais et allemand, et un peu d'anglais*.

Bien, ahora venía el trago difícil de pasar:

—*Asseyez vous s'il vous plaît* —le indiqué su propia cama, y yo me senté en un baúl. Contra la ventana, un canario enjaulado y compañero cantó. Oyéndolo cantar busqué las palabras en mi archivo del francés brevemente estudiado en el colegio Mezquita. Pregunté a Herberto de dónde era, y cómo había llegado hasta aquí.

Provenía de la parte alemana de Polonia y había conseguido escapar a Francia de la persecución de los hitlerianos, que habían deshecho su familia por ser judía. En Francia se enteró de que su hermano estaba en Vigo, a la espera de tramitar documentos y pasaje para la Argentina. Por eso había venido. Había viajado lentamente, a falta de dinero, pasando infinitas dificultades por todas las zonas en que ya mandaban los franquistas. Pero siempre lo protegía el Altísimo, siempre encontraba personas que le daban comida e indicaciones para seguir viaje.

Lo dejé explayarse y, por fin, le expuse la situación: había que sacarlo de España cuanto antes, hasta, si fuera preciso, de polizón en un barco. Porque, sabiendo lo que había hecho la policía de Salazar con los españoles huidos, no se podía pensar en Portugal como destino seguro. Pero con la ayuda del Dios de todos, judíos y cristianos, ya encontraríamos solución.

Callamos. Planeaba sobre nosotros una pregunta, que él no se atrevía a hacer y yo no quería provocar. Me levanté. Me estiré el uniforme a modo de despedida. Se levantó él, y yo decidí no prolongar más la agonía de la duda:

—*Je suis desolé*… —cogí su mano callosa con las mías—. *Mais je crois que vôtre frère est mort* —y le volví la espalda, para dejarlo llorar a solas, si tenía intención de hacerlo.

AL DÍA SIGUIENTE, EN EL CUARTEL IMPROVISADO se recibió orden de que nuestro batallón marchara a uno mejor preparado, en Tui. Se organizaron los últimos permisos y los fuimos gozando con alegría aparente, ocultando la tristeza que nos producía saber que, tal vez, las personas queridas que íbamos a ver ahora ya nunca más nos verían. Porque la guerra, en vez de mostrar síntomas de fin próximo, se recrudecía.

A falta de tiempo para despedidas, yo tomé una decisión dura: entre la familia y los hermanos de fe, opté por los segundos. Con mi novia y su madre me acerqué hasta la iglesia de la calle Pi i

Margall, donde ya se había reunido la asamblea de creyentes. Oré con ellos y ellos oraron por mí, muchos pensando que yo iba a luchar al lado de los que nos maltrataban.

Acabado el encuentro comunal, en un aparte que respetó la congregación, informé a los pastores Berkley y Gray del caso del judío en peligro.

A la hora de recogida en el cuartel todavía el sol doraba las fachadas de piedra de un Vigo aterrorizado, vivaz solo en apariencia. Carmela me acompañó, como tantas mozas acompañaron a sus novios, hasta la Aduana. En tales tiempos y circunstancias las efusiones estaban prohibidas, de manera que consumimos los minutos que nos quedaban hablando poco, de cosas vagas, mi vista clavada en el óvalo armonioso, trigueño, de la cara de Carmiña, en el azabache de sus rizos y de las niñas de los ojos que me miraban: tenía necesidad de llevarme conmigo lo que veía a donde fuese, a donde me arrastrase el tumulto de la guerra.

Cuando ya no podíamos esperar más, nos besamos como hermanos, con las manos cogidas.

—No me olvides, Carmiña —me atreví a pedirle. A lo que ella respondió con su voz firme:

—Quiera el Señor que vivamos la vida juntos en este mundo. Pero, si no lo quiere, en el otro hemos de vivirla con las manos dadas.

Esa noche no quise dormir. Dejé que la tropa se fuera rindiendo al sueño y al peso del alcohol del adiós. Desde mi cama de privilegio escuché apagarse los ruidos de los cuerpos de unas criaturas que, como yo, iban destinadas a los azares y a la muerte en acecho. Oré. Yo sabía del poder de la oración y me dije que, orando, conseguiría volver de los infiernos en los campos de batalla. Para compartir la vida, cuanto el cuerpo aguantase, con la mujer de mi pasión.

La vigilia acabó porque una paz densa se adueñaba de mí. Me entregué dulcemente y, no sé si en las profundidades del sueño o ya a principio de él, tuve una visión premonitoria. En ella, don Federico Gray leía el Éxodo a la luz alba de nuestra iglesia, para después declarar que el pueblo de Israel era el escogido por Dios, y Moisés su guía. Mientras lo declaraba, aquel judío escondido, el tal Herberto, salía para alta mar en un barco poderosísimo, siempre protegido por una nube que mandaba el Todopoderoso. El barco era un tabernáculo, y el mar un desierto, no de agua sino de arena, al fin del cual estaba la tierra prometida de la Argentina…

Con la claridad de la mañana siguiente me vino a la memoria, en

detalle, lo soñado. En ese momento de lucidez no pude imaginar las circunstancias en que se iba a verificar tamaña visión.

Antesalas del infierno

Siendo yo protestante, no debería hablar del Purgatorio; mas he de admitir que en el verano de 1937 se abrió para mí un tiempo de suplicio como el imaginado en las predicaciones de los curas. Aquello iba a ser un purgatorio en vida, quizá por el pago de faltas que yo había cometido y mi memoria no conservaba.

Yendo a las escalas de sufrimiento que habían creado las mentes enemigas de mi credo, puedo calificar la primera etapa de la guerra, según la viví, con el nombre dado: purgatorio. Porque fue un paseo por las antesalas del infierno. Del infierno que vendría a continuación.

Nuestro batallón salió de Vigo para Tui con los rostros calientes de besos y los cuerpos tibios de abrazos. Sabíamos que aquel viaje breve suponía un pequeño paso hacia los escenarios de la muerte; pero los paisajes del trayecto son una sucesión de bellezas, y la vanidad de los uniformes y las armas ayudaba a que olvidásemos pensamientos que amargaban los corazones.

Tiempo lindo de verdores y flores, cantigas y bromas entre los camaradas, caras de admiración de los paisanos que observaban nuestro avance, en el convoy o marcando el paso… Así fuimos llegando a un convento que se había convertido por arte de guerra en cuartel.

Nos instalamos en sus espacios amplios que resonaban con la algarabía de los muchachos, y nos dispusimos a disfrutar de un lujo de camas para todos, cuando casi todos venían de dormir en el suelo. Tui, la villa episcopal y acastillada, con una catedral que

sirve de fortaleza y mira desafiante al recinto amurallado de Valença, nos valió para distraernos en recorridos a pie; y con vicios, pues muchos serían los compañeros que no supieron aprovechar el recreo fuera de las tabernas, sin la compañía de los naipes.

Nuestros superiores nos dejaban holgar en espera de que saliéramos hacia el frente de guerra. Nos daban buena comida, cama blanda y libertad de movimiento. No nos apretaban en la instrucción e intentaban ganar voluntades con su simpatía. Solo alguno de nosotros rumiaba lo observado y se atrevía a comentarlo secretamente, siempre con recelo del SIM.

Así hizo el cada día más amigo Ricardo Pedre, estudiante galleguista que había sembrado en mi espíritu la sospecha de porqué yo había sido destinado a un grupo de primera línea de infantería, siendo ferroviario de oficinas.

—Bien que les gustaría narcotizarnos —dijo, mientras subíamos desde la orilla del río al convento. Yo me callé, sintiendo el sudor en la frente, y él, entendiendo que precisaba explicación, me la dio —: Mira a don Eduardo Castro, con esa cara de padre de todos… Pues, si pudiera, nos daba un narcótico para lanzarnos contra los republicanos. Y si no nos lo da es porque sabe que, si nos lanzase narcotizados, no íbamos a matar tantos rojos como con las fuerzas de nuestro propio miedo.

Se refería al teniente coronel sustituto de Díaz del Río en el mando, un sujeto alborotador que me producía sensaciones de asco insoportable a pesar de su aparente simpatía.

Era alto y garboso, rubio y con ojos claros como agua que azulea. Visto de lejos, agradaba; pero de cerca, asustaba; porque tenía la piel cubierta de escamas. Sobre el collarín duro y cerrado de la guerrera, la piel de su cuello surgía en disimulada llaga. Debía de andar desesperado por el escozor, y se le iban los dedos a los puntos de mayor sufrimiento. Los sargentos, con la boca pequeña, le llamaban «el follador».

EL TENIENTE CORONEL CASTRO iba a protagonizar un capítulo ignominioso de mis peripecias, que se abrió a los pocos días de estancia en el convento de Tui.

—¡Liñares! —me llamó el sargento Yáñez—. Liñares: retirada de permiso de calle. Quedas acuartelado.

Confuso todavía, le pregunté la razón de mi encierro.

—Son órdenes superiores —respondió Yáñez, torciendo la cara

esmirriada, evitando mirarme.

Me quedé sin compañía, sin los amigos de la ocasión, vagando por el patio del convento que dejaba ver el cielo limpio. Las estrofas del himno de nuestra iglesia volvieron a resonar, coreadas, en mis adentros:

No tengo temor, no tengo temor.
Jesús nos lo repite:
Siempre con vosotros estoy.

Él estaba con nosotros. Sentí el calor de la fe de toda la gente querida de Vigo y Oleiros, y pasé a orar como el lugar convidaba a hacerlo, imitando a tantos hombres de Dios que le habrían entregado la vida entre aquellas piedras monásticas.

Por la noche Pedre y un rapaz de mi pueblo vinieron a hablar en secreto de ingeniosa manera, como si estuvieran contando chistes y haciendo chanzas conmigo. Hasta parecían cómicos, siendo ellos muy semejantes, de caras anchas, coloradas, ojos grandes y castaños, el pelo negro, con ondas. Pero su mensaje fue serio, directo:

—Te van a hacer consejo de guerra y tienes que buscarte valedores. Así que dinos cómo avisamos a los tuyos, para que miren quien te valga.

En igual tono falso de broma les respondí que era necesario hacérselo saber a mi padre y a mi abuelo, que ya ellos sabrían cómo actuar. Y me retiré al catre convencido de que la acusación loca de «protestante, masón y comunista» había empezado a surtir efecto tras perder yo los amparos de la Guardia Civil de mi pueblo y del comandante Díaz del Río. Los falangistas eran insidiosos. No se dejaban hurtar las víctimas.

Quedaba preso aunque sin estar en la cárcel, y sometido a voluntades que solo podía vencer el Altísimo. Lo acepté y, en la tranquilidad profunda que produce la entrega sin dudas al Salvador del mundo, caí en el más dulce de los sueños…

Al día siguiente fui apartado de toda obligación, de nuevo «por órdenes superiores». Libre para hacer lo que me apeteciera, me concentré en la lectura del Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles. Leyendo estuve a solas hasta la hora del rancho, que el vecino de mi pueblo aprovechó para hablarme sin perder bocado.

—Pasó por aquí mi hermana —dijo—. Traía un paquete de ropa y chorizos de casa, y ya le expliqué lo que había contigo… Lo

entendió bien, y va a ir a Casa Valeriano como quien va a la tienda, pero a dar aviso.

Yo seguí orando. Pasaron dos días más, durante los cuales noté como los superiores me evitaban y raramente los compañeros se acercaban a mí. Perseveré en la oración y en la lectura de los textos sagrados. Al tercer día, Carducho Pedre me dio un dato grave, siempre con apariencia de hablar banalidades:

—La denuncia contra ti vino del obispo, por instigación de un cura de tu pueblo. Se lo escuché a los cabos.

No quise cavilar sobre lo que imaginaba y de nuevo entré en oración, que duró hasta las altas horas de la noche. Apenas dormí. Cuando la diana rompió el piar de los pájaros, ya estaba despierto, seguro de que en ese día me iba a enfrentar con algo definitivo.

Desayuné con los demás, observando sus miradas, que esquivaban la mía. Después Yáñez se acercó a mí.

—Acompáñame —ordenó.

Lo seguí. A mi espalda se pusieron dos cabos.

Subimos al despacho del teniente coronel. Entró el sargento.

Me mandó pasar.

Don Eduardo Castro estaba en pie, los ojos claros echando chispas, una mano sobre el alféizar de la ventana amplia, que dejaba ver la claridad de la primavera avanzada.

—Acércate aquí —me ordenó—. Mira —indicó para abajo con la otra mano.

Miré y vi: claramente, un pelotón de fusilamiento, los soldados en descanso, apoyados sobre los mosquetones, a la espera. El cuello escamado de aquel hombre parecía más rojo, como el de un gallo, cuando se dirigió a mí.

—A ver, *carallán*, ¿estás dispuesto a retractarte de tus ideas? —me preguntó con voz firme.

Pensé en preguntarle qué ideas, mas comprendí que sería perder el tiempo, y respondí con una pregunta que era aseveración:

—¿Cómo lo voy estar?

Aquella cara bermeja dio muestras de desconcierto, aquellos ojos tan claros me recorrieron de la cabeza a los pies.

—Pero, hostia, tú… —don Eduardo se pasó las uñas con cuidado por el pescuezo en llaga—: ¿Pero no ves que está formado el piquete?

Hubo otro silencio. Pensé con tristeza que ni consejo de guerra me iban a hacer. Yáñez me miró arrugando los ojillos rehundidos, como

queriendo perforar mis pensamientos.

Entonces, inflamado del Espíritu Santo, hablé serenamente:

—Mi teniente coronel, usted se equivoca.

—¡¿Cómo?!

—Que se equivoca, porque las balas de ese pelotón van a atravesar mi cuerpo, pero no mi alma. Y para mí, como para san Pablo, el vivir es Cristo y el morir, ganancia —me cuadré, saludé y, como concediendo permiso, pronuncié la frase fatal—: Cuando usted quiera.

Mi rostro debió de mostrar la alegría de quien, de verdad, no teme a la muerte. El del sargento era una viva imagen del asombro: boca abierta, mandíbula caída como la de un bobo. El teniente coronel se quedó inexpresivo, mirándome fijamente.

—¡Retírese! —gritó, e intentó parecer indiferente, sentándose a la mesa, de la que recogió unos papeles a manotazos—. Yáñez, usted espere.

Los cabos y yo salimos. La puerta del escritorio se cerró.

Grande era mi júbilo, en la penumbra del corredor del convento. Quizá la vida, con todas sus bellezas, se me fuera a terminar enseguida; pero yo me iba a encontrar con Dios dignamente, en la dignidad que da la firmeza…

Pasaba el tiempo y se oía el gorjeo de los pajarillos por el patio. Una y otra vez venían a mi memoria los ojos de Carmiña, oía su voz, percibía con escalofríos el calor próximo y casto de sus formas de mujer… Era duro irse, pero glorioso hacerlo por convicción.

Chirrió la cerradura de la puerta. Apareció el sargento.

—Vamos para abajo —ordenó, y lo seguí, preguntándome cómo serían las sensaciones de la muerte: el dolor del plomo rompiendo la entraña, el estruendo de los disparos, la postrera angustia de desfallecer sin sangre.

Tan sumido en mi cavilar iba que no me di cuenta de adonde me estaban conduciendo. Solo me hizo volver a la realidad una orden, que provenía de la trasera del convento.

—¡Rompan filas! —mandaban al pelotón de fusilamiento.

Y me vi en el dormitorio, entre los compañeros, que me miraban como si no se creyeran lo que veían. Ricardo vino ligero hasta mí, discurriendo cómo comunicar a mi familia que había pasado el peligro…

De nuevo la Providencia ayudó, en forma de visita de los padres de Amancio, el de mi pueblo. Les transmití el suceso y la señora

confirmó con lágrimas en los ojos lo que yo no querría haber oído, porque no quería creer que hubiera tanta maldad:

—Ay, hijo mío, menos mal que te salvaste. No sabes cómo le pidió tu madre a don Santiago, lo que le rogó, cómo le porfió… y nada. Cuitada de la Minia, más le valió lo que rezó por ti.

Yo callé que quizá hiciesen falta más plegarias de mi madre; hasta gestiones de altura del abuelo Notario, al que los curas temían por su ascendencia sobre los feligreses. Me despedí de aquella buena gente. Y, acabando la despedida, recibí una comunicación que me hizo acusarme de hombre de poca fe.

—Puedes salir de paseo —vino Yáñez a decirme, con una sonrisa que parecía sincera…

Con todo Carducho y Amancio fueron partidarios de extremar las precauciones. Pedre recelaba de que tal vez me dieran permiso para poderme aplicar «la ley de fugas». Mi vecino propuso que yo solamente saliese codo con codo entre amigos seguros.

Volví así a los paseos por la plaza fuerte de frontera, ahora con guardaespaldas, seis ojos escrutando uniformes de falangistas descaradamente armados; y rostros insidiosos, de los canallas que ocultaban pistolas bajo su chaqueta de civil. Me reincorporé a la vida plácida de furriel de la plana mayor de un batallón en retaguardia, sabiendo ya que la condición de militar al servicio del «Caudillo de todos» no podía librarme completamente de odios. El uniforme no era escudo suficiente contra la insidia de los que vestían sotana.

Mas poco duró aquel buen pasar relativo, receloso. En una noche de inicios de julio nos embarcaban en un tren hacia «el frente», lugar indefinido y temido; y con emoción como nunca antes había sentido fui adivinando los lugares del trayecto hasta mi pueblo, los del mismo pueblo, la Casa Valeriano… A lo largo de la estación el convoy aminoró la marcha. Las luces del andén me mostraron a la familia toda, y al señor Caetano. Me asomé por la ventanilla cuanto el equilibrio me permitía y respondí a mis hermanos, que corrían al lado del vagón gritando mi nombre.

Una cascada de lágrimas me nubló la vista mientras el tren retomaba velocidad. Me limpié los ojos y contemplé la plata nocturna del río, sobre la cual querían fundirse mil imágenes del pasado como si todas pertenecieran al mismo instante. ¡Ay, el Miño!, los cañaverales, los prados, mantelones sobre la hierba, empanadas domingueras con la familia, correrías, huertas, el gusto

de la fruta robada, el hidroplano, ¡el hidroplano!, los salmones, los baños en aguas compartidas con los vecinos portugueses… Pobre de mi madre: al verme desde el andén, había levantado los brazos hacia mí para después juntarlos doblados contra su pecho, remedando una abrazo. A pesar de nuestras diferencias, yo era su hijo, el primogénito, el que la Parca le había querido arrebatar por medio de un perrillo rabioso cuando Minia de la Capela todavía no tenía otro pequeño al que dar besos. ¿Y la cara triste de mi padre? Ni siquiera había un gesto de adiós para mí. ¿Y el abuelo Xaquín, y la tía Filomena? En los instantes que duró la visión de ellos, me parecieron sombras decaídas de los viejos recios que había dejado meses atrás…

Perforábamos la noche. Se perdía la vista del río y cantaban los compañeros. Bebían, fumaban y jugaban a las cartas. Seguí arrimado a la ventanilla del corredor, perseguido por los recuerdos, hasta que un cansancio pesado me vino a aflojar las piernas y tuve que buscar sitio en el hedor del departamento compartido con otros cabos.

Aun con la peste y los movimientos de los que ya dormían hombro con hombro, fui cayendo en el sueño. Dormitando, entresoñando, Feliciano y Maruxa me acompañaban a Oleiros, y escuchábamos predicaciones desde el carro, en medio de la era. Con susto de pesadilla vi que no predicaba don Tomás Berkley sino don Santiago. No era un rostro fino, inglés, del que salían las frases evangélicas sino una carota basta, marcada por la barba.

Abrí los ojos, para asegurarme del absurdo. Con los ojos abiertos en la penumbra, entre ronquidos, repasé la realidad: Feli era barro devuelto al fango en un fondo de ría, y alma juzgada en el cielo por su Hacedor. Maruxa, una incógnita; don Tomás, un espíritu dispuesto a proclamar la Palabra por siempre; y don Santiago, si algo humano anidaba en su íntimo…

Lo último que pasó por mi magín antes de que la consciencia me abandonase fue escribirle una carta a don Santiago. Escribírsela con la seguridad de que lo hacía en nombre del Señor.

El verano del año 37 había estallado por todas las tierras de España que atravesamos camino del frente de batalla. La naturaleza recibía esplendorosa soldaditos sumidos en la confusión, deslumbrados por bellezas nuevas, con miedo de conocer más. En Ávila dejamos el tren. Sobre el calor de la tierra corría un viento fresco y fino con olor a paja de trigo.

Fuimos acogidos en un cuartel y al poco pudimos pasear por la ciudad de piedras austeras y claras, dejándonos llevar por el espíritu de los turistas, que todo miran y comentan. Delante de una portada románica Carducho me comentó que cuanto más lejos estuviéramos de Galicia menos enemigos de nuestras ideas nos podrían identificar.

—A lo mejor —concluyó— estamos más seguros en la trinchera que en la retaguardia —conclusión que nos pareció correcta en ese momento, porque todavía nos faltaba descubrir los límites de la vesania de nuestros perseguidores…

En Ávila escribí tres cartas, y las eché al correo con la satisfacción de los deberes cumplidos, sin inconveniente de nuestro censor, que dejó caer el sello sobre las hojas y permitió cerrar los sobres.

La primera carta fue para mis padres. En ella relataba mi visión de adiós al paso del tren por nuestro pueblo y les agradecía «las gestiones hechas para resolver mi caso; y vuestras plegarias, que el Todopoderoso ha sabido escuchar». La segunda iba dirigida a Carmiña, con una declaración de amor exageradísima, suficiente —calculé— para que el censor no concediera importancia a asuntos menores, como, por ejemplo, «la situación de aquel muchacho que hablaba francés» en alusión a Herberto, el judío polaco, del que nunca más había sabido.

La tercera era para don Santiago, el párroco.

De original propio esta solo tenía un encabezamiento de fecha y lugar, porque el texto era del Libro Sagrado que no abandonaba el bolsillo de mi guerrera: «Y llamando a sí a la muchedumbre con sus discípulos, les dijo: Si alguien quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque cualquiera que quisiere salvar su vida, ha de perderla; mas cualquiera que perdiere su vida por amor de mí y del Evangelio, ese se ha de salvar. Pues, ¿qué aprovecharía al hombre ganar todo el mundo y perder su alma? ¿O que daría el hombre por el rescate de su alma?» Lo repasé, convencido de que el cura iba a entender el mensaje, y firmé a pie de la cita. Nunca con tanta firmeza había puesto mi firma al final de unas líneas…

De Ávila partimos en camiones hacia Navalcarnero. El paisaje de la destrucción abríase a nuestros ojos poco a poco, bajo un sol que aplastaba las mesetas al sur de la cordillera. Como espectros desnortados, vagaban gente vieja vestida de negro y animales domésticos, criaturas que habitarían cuartos y cuadras entre los

muros ennegrecidos, bajo las vigas carbonizadas de casas que algo debieron de significar en los mapas de una batalla mientras la lucha duró. Y, como telón de fondo, contra los horizontes abiertos, la artillería ensuciaba de humo el cielo, atronadoramente.

A cada parada de la columna de camiones, las preguntas se repetían: dónde y cuándo íbamos a entrar en combate.

En Navalcarnero pusimos pie a tierra y se ordenó la marcha, con una referencia de lugar que todavía hoy reverbera en mi mente con temblor de huesos sacudidos: Brunete.

La de Brunete fue una batalla mayor, de la que nuestro regimiento se libró por la necesidad de concentrar fuerzas en otro lugar histórico, Azaña (renombrado como Numancia de la Sagra en los tiempos de silencio y acatamiento que siguieron a la contienda). En Brunete se desgastaron los dos ejércitos hasta los límites de sus fuerzas. No sé lo que allí sentirían quienes murieron matando, lugar por lugar, casa por casa. A nosotros, que pasamos cerca de ellos, que respiramos humos de pólvora y madera, que dormimos en abierto a la distancia justa para salvarnos del castigo de la artillería, nos quedó el recuerdo de un explotar continuo de bombas de cañón y mortero, día y noche.

—Parece una olla hirviendo, rapaces —con esas palabras sencillas acertó mi paisano Amancio a definir aquellos campos de batalla.

Porque de día hervía la tierra, reventada en burbujas como el agua. Con cada explosión, parecía que toda ella se levantase para volver de inmediato a su forma. Allá donde caían obuses, se abría en surtidores de polvo. Y lo que con sol había sido opaco, polvoriento, humeante, se convertía en estallos de luz, en infernal cohetería.

Los que esperábamos entrar en combate cogimos un miedo que nos arrugaba el vientre, y marchamos hacia Azaña en silencio, malamente cruzando un par de palabras en el trato de pedir y agradecer fuego para los cigarros. Casco, macuto, cantimplora, manta y fusil dificultaban la caminata. Vencidos por el peso del equipo, dábamos zancadas sin saber si eran las propias botas las que nos arrastraban. El sol apretaba, inclemente desde la mañana temprano. El camino era un sufrimiento de polvo y sudor, el ojo codiciaba las escasas sombras de encinas y olivos que nos contemplaban al pasar.

Con las cantimploras secas llegamos a Azaña, población evacuada, en la que solo habían quedado perros hambrientos por las calles y

lagartijas en los muros. En ella entramos derrengados, casi dispuestos a olvidar la sed, pensando solo en un rincón donde dejar caer bultos y cuerpo, que era otro bulto a la espera de no tener ánima que lo moviese.

—A ver cuánto tiempo nos dejan quedarnos aquí —fue todo el comentario de Pedre, según intentaba sentarse en el suelo apoyándose en el mosquetón como si fuera un cayado.

Me tendió la cantimplora y lo dejé, más colorado de lo que en él era propio, cuidando de mis cosas en la esperanza de que yo volviese con agua. Los soldados de intendencia indicaban la posición de un camión cisterna hacia el que avanzaban otros compañeros, atolondrados como yo, cada cual con varias cantimploras. En un esfuerzo final encontramos la cisterna, y junto a ella, las cocinas de campaña, que desprendían un olor a guisote capaz de devolvernos las ganas de vivir.

El hecho de que las cocinas estuviesen listas indicaba que en el mando había intención de mantener al batallón en ese lugar durante algún tiempo, según se comentó a la hora del rancho, compartido ya como sería costumbre a lo largo de toda la guerra: de dos en dos, con un plato y dos cucharas.

Repuestos de líquido los organismos, recuperados del esfuerzo los músculos, los espíritus se elevaron sobre las sombras de la tarde y pareció que el ruido lejano de los obuses en Brunete y Sevilla la Nueva nada tuviera que ver con nosotros. Nuestros superiores también se mostraban contentos. Don Eduardo Castro sonreía repartiendo chanzas entre la tropa, con una alegría a la que quizá lo ayudase el traje de campaña, porque la camisa, bien abierta, no le castigaba la piel enferma del cuello.

Para acomodarnos, Amancio usó mañas de ocupar lugares con macutos y mantas en una iglesia «quemada por las hordas rojas» como dirían los periódicos; y esa tarde me sentí feliz en la pobreza de la vagabunda existencia que veníamos estrenando: el vecino de mi pueblo me había apañado un banco para cama.

Yo era cabo, pero, aun siéndolo, miré alrededor, por si había alguien lastimado, más necesitado que yo. Al no verlo, practiqué la caridad comenzando por mí mismo. Me acosté cuando la sombra del muro cubrió el banco y miré al cielo entre las cerchas de madera del templo destejado. Por la noche, que tardaba en llegar, las estrellas me harían compañía.

Me pregunté cuánta de mi gente estaría como yo en esa noche

deseada, mirando estrellas en la bóveda negra, viendo lo mismo que yo viese. Le pedí al Señor por los seres queridos y, dándome cuenta de mi egoísmo, el de querer el bien solo para unos pocos, volví a pedir, mas ahora por la Humanidad entera, que se desangraba en mil conflictos.

Después de eso me invadió una tibia sensación de paz y me quedé dormido, ajeno al estruendo de la batalla, recordando los tomos lindos de la biblioteca del cacique de mi pueblo, don Ramón Afonso, con sus letras doradas…

Poco debía de haber gozado la siesta nocturna cuando sentí como una mano me sacudía por el hombro.

—Liñares, Liñares —era el sargento Yáñez—. Levántate y forma a tu gente, que hay que salir zumbando.

Atontado, imaginé alguna amenaza grave en las órdenes cargadas de miedo que repetían nuestros superiores. Como ellos, me costó hacerme obedecer: costaba que el ansia de vivir se sobrepusiera al cansancio, al sueño de los muchachos.

Había avanzado la tarde pero el sol aún lucía sobre un horizonte con quiebros cuando, por fin, iniciamos una andada a prisa. Con los oficiales al frente, huíamos a campo abierto, evitando caminos. Tan pronto distinguí al sargento, por su andar encorvado en medio de la tropa en desorden, me acerqué a él y le pregunté los motivos de aquel apuro.

—Parece que hubo un soplo al SIM —respondió, jadeante—. Va a haber bombardeo en Azaña, ¡hijos de puta de los rojos! Menos mal que tenemos buenos espías.

Corrimos en silencio mientras la tierra que se teñía de naranja y cárdeno. Solo se oía arrastrar los pies en los rastrojos de los que fueran trigales. La tropa de vez en cuando miraba para atrás, atemorizada.

El sol era ya un círculo de fuego sobre la estepa cuando a nuestras espaldas surgió el runrún de la aviación, que aumentaba por segundos, haciéndose zumbido poderoso. Con miedo de quedarme convertido en estatua de sal, paré y contemplé el espectáculo siniestro, breve: la luz baja tocó las alas y los morros de los bombarderos en formación, que soltaron su carga precisamente. Explotaron las bombas y en los incendios que levantaban se veían saltar techos de casas.

—¡Cuerpo a tierra! ¡Cuerpo a tierra! —el grito se repetía, e intentamos encontrar elementos opacos tras los que ocultarnos a la

vista de pilotos y artilleros de los aviones.

Yo compartí con otros camaradas un regato seco entre dos campos. Los aviones pasaban sobre nosotros girando, en busca de su aeródromo. Fascinantes husos metálicos, alados, provistos de motores y hélices, evolucionaban en la libertad del aire como si no fueran máquinas sino aves gigantescas.

Completando la función, ya aparecían otros aeroplanos menores, que zumbaban como demonios rabiosos en acrobacias de circo, virando e guiñando, disparando contra el material abandonado en nuestra huída. Eran «Ratas rusos», al decir de un compañero, que por fortuna no nos descubrieron y se fueron sin ametrallarnos.

Cuando los vimos como puntos en el cielo empezamos a incorporarnos, poco a poco, recelosos de que una nueva escuadrilla cayera sobre los restos de Azaña y viniese a barrernos en abierto. Así, con cautelas, contemplamos la devastación que había producido la primera oleada: el pueblo era una ruina chata y humeante. Nuestros camiones ardían. Con ellos, las provisiones.

—De esta nos hemos librado, Liñares —me dijo Carducho, refregándose los ojos grandes y mansos—. Pero por poco, *carallo*. Oye… –apoyó su mano en mi hombro—. Si muero y tú vives, cuando acabe la guerra quiero que vayas a mi aldea y mires aquellos montes por mí. No hace falta que le digas a mi gente que me conociste y que fui un buen rapaz, y todas esas cosas. Solo te pido que mires con tus ojos lo que quisieran ver los míos, y que me mandes la visión con ayuda de la fe que te sobra.

CAYÓ LA NOCHE SOBRE LAS TIERRAS ABRASADAS de Castilla la Nueva y caminamos acompañados de las cigarras y los grillos; yo, mirando las estrellas, de nuevo pensando que los míos las vieran, imaginando a Carmela al fresco de la calle con sus amigas, en una de esas noches en que el mar de Vigo es un espejo puro del cielo… Pobre Carmiña: sin guerra, yo podía ser empleado del ferrocarril y estar preparando nuestra boda, quizá ya destinado en un lugar tranquilo, con bellezas de mar y cielo que ofrecerle a mi novia. Pero allí estaba, caminando, mal repuesto de la caminata anterior, batiendo las botas en tierra calcinada, aplastando terrones todavía calientes hacia un lugar llamado Seseña, del que tenía solo vagas referencias por mi sargento.

—Queda cerca de la Cuesta de la Reina, sobre Aranjuez —había informado.

Aranjuez era retiro de príncipes, precioso según postales y fotos de revista. Creí, confuso en la noche de retirada, que Seseña fuera como un arrabal del sitio de sueño y lujo de los jardines reales. Mas al día siguiente teníamos frente a nosotros un villorrio áspero como todos los de aquellas tierras, lugarejo que nunca olvidaré por la peculiaridad de nuestra vida de soldados; y porque mi verdugo, el hombre de piel enferma y ojos centelleantes, allí se disponía a cumplir órdenes, aunque fuese dejando la tarea para las balas republicanas…

Tras la experiencia de Azaña, el mando decidió no alojar a la tropa en casas que pudieran ser bombardeadas.

—Los republicanos también tienen su SIM —me informó Carducho, sin poder ocultar el tono de orgullo con que lo hacía—. Y ese servicio es el que dirige los bombardeos aéreos contra nosotros.

Hacía falta entonces ocultarse, buscar protección; que fuimos a encontrar en unos lugares tan impensables como las cuevas. Al llegar a Seseña descubrimos espacios horadados en un monte con indicios de haber sido habitados por gente. Eran cavernas amplias, posiblemente abandonadas hacía poco por la limpieza en que se conservaban, como si las alimañas no las hubieran descubierto todavía.

Nos fuimos trasladando a ellas; en ellas pusimos las implementas y, cuando nos llegaron, las benditas cocinas de campaña, muy visibles para los observadores aéreos.

Las cocinas, milagrosamente salvadas del bombardeo de Azaña, vinieron de allá en una caravana de camiones y fueron recibidas con júbilo cuando el hambre comenzaba a roer los cuerpos, que se mantenían sin protesta vencidos por el sopor. Hicieron el milagro de espabilarnos. Fuimos capaces de discurrir cómo colocarlas para que el humo saliese sin escándalo de las cavidades.

Manifiesta, pues, la necesidad de la tropa, los cocineros se metieron en faena, dirigidos por un cabo experto, profesional de restaurante en la vida civil, al que descaradamente llamaban Maruja por su condición de invertido. Y aquello sirvió para que Natura mostrase los poderes que Dios le entrega porque, según surgían olores de comestible, se inició el zumbar de las habitantes secretas de las cuevas, moscas que se precipitaban contra la carne y las legumbres e iban a morir en masa en la capa de sebo que flotaba en los peroles.

Morían hervidas, por recomendación del Maruja:

—Dejadlas, dejadlas, chavalillos, que cociditas no hacen mal.

Aquellos enjambres de parásitos, despertados por la presencia humana, nos acompañarían durante los meses de verano que pasamos en tan primitivos lugares. Eran legiones infinitas, inagotables e insaciables. Comida tras comida, se lanzaban a las cacerolas como los cerdos del Evangelio al precipicio, hasta formar un manto oscuro en la superficie del guiso que los cocineros retiraban con las espumaderas.

Aunque fuera mucho el cuidado de los camaradas de la cocina, las moscas aparecían en la escudilla de aluminio en que compartíamos la comida; y allá era una diversión entre los pares de comensales (dale para aquí, dale para ahí, con la cuchara), a ver quien acababa tragándose el bicho asqueroso.

—Compañero, esta es una guerra troglodítica —me decía Ricardo Pedre—, el regreso al Paleolítico, *o carallo mingarallo*, Maneliño. Lo de las moscas había que contarlo en las cartas para matar de risa a los censores…

Nos quejábamos de las grutas de las moscas pero nunca entró en ellas una bomba: apenas el son de los disparos a lo lejos. En aquellos agujeros del monte gozábamos los verdaderos descansos, tranquilamente dedicados al menester de matar el hambre que, de paso, ayudaban a matar el tiempo. Eran refectorio y refugio en los altos de la pelea.

Nuestra vida se reducía a pelear; o a comer y dormir cuando no peleábamos. Ni tiempo había para juegos o lecturas. Era necesario reponer fuerzas, mantener al cuerpo en forma para defenderse en los ataques, y para atacar.

Día y noche estábamos en las trincheras, corriendo turnos, alerta, temiendo el grito de generala para lanzarse con mosquetón y bayoneta calada contra los que esperaban del mismo modo y con el mismo miedo, con la íntima intriga sobre la sensación final de quien recibe plomo y acero en su carne.

—Que no sea en la barriga —deseaban todos los que salían a combatir, con una lata de curas en el macuto, solo vendas para aplicar torniquete en el miembro por el que se le escapase la sangre y con ella la vida…

La gente temía la orden de ataque, el tener que saltar del foso cavado en la tierra protectora empuñando el fusil, hacia delante; pero aun temía más a tener que hacerlo hacia atrás y sin armas, cuando las armas no servían más que de estorbo.

Eso fue lo primero que oímos de los veteranos que venía a reemplazar nuestro batallón; a los que nos encontramos, barbudos, en las zanjas inmundas, llenas de desperdicios, aletrinadas. Recogimos sus advertencias y enseguida verificamos cuanto nos habían dicho.

—Delante de todo está la trinchera de irás y no volverás. Es allí —apuntaban para el fin de la cuesta de tierra parda en la que se dibujaban excavaciones como terrazas—. Esa es la más próxima a la avanzadilla de los rojos. Así que, muchachos, a esperar que caiga la noche y, entonces, mucho oído, porque esos cabrones atacan con sigilo… Al que no lo pillan, tiene que salir corriendo para arriba como un galgo, y dando aviso a los centinelas de las trincheras. Pero pocos vuelven. A algunos les da tiempo a gritar, y lo jodido es escucharlos como gritan en la agonía. Esa es la alarma que pasan la mayoría de ellos.

TRAS EL RELEVO DE LAS TROPAS EXHAUSTAS, fantasmas desarrapados que desfilaron por delante de nosotros gritando chanzas macabras, supe que era obligación del cabo furriel escoger compañeros para hacer guardia en la trinchera sin retorno.

Sobre mi conciencia cayó un gran peso. Aquello era algo más serio que marcar imaginarias. Y maldecía la hora en que un pobre viejo borrachuzo me puso galones en un cine de Vigo cuando me llegó el alivio de la manera más inesperada.

Fue en una mañana de agosto, «frío en rostro», como dicen los castellanos. Era agosto y fue al alba destemplada cuando formó nuestro batallón por orden del oficial superior, don Eduardo Castro. En las mentes aturdidas por el sueño surgió un interrogante que enseguida despejaba la voz de mando:

—¡Cabo Liñares, tres pasos al frente!

Perplejo, con el corazón latiendo como alas de pajarillo enjaulado, obedecí.

—¡Cabo Liñares, media vuelta, ar!

Volví a obedecer. Quedé mirando a mis compañeros.

El teniente coronel avanzó hacia mí y, conteniendo el aliento podrido de coñac, echó a mis galones una mano llena de escamas.

Tiró de ellos. Aguanté el tirón, y la repugnancia de que el enfermo me tocase.

Me volvió la espalda sin decir palabra, ni a mí ni a la tropa, tirando al suelo aquellos pedacitos de tela que me habían hecho ser

diferente de los otros soldados.

En los semblantes de los compañeros observé los efectos del asombro. Abrían los ojos forzando los músculos de los párpados y la frente. Todos me observaban. Pedre se clavaba los dientes en el labio superior.

—¡Rompan filas! —fue la siguiente orden, de un capitán.

Entonces me agaché, recogí la insignia de mando mínimo y me la guardé en el bolsillo de la guerrera…

Después de ser degradado, y liberado de responsabilidades sobre los demás, comprendí que poco podría ya esperar de la condición a que me reducía la afronta sufrida. De nuevo los compañeros me miraban de soslayo, como me habían mirado en el convento de Tui cuando se preparaba mi fusilamiento. Ricardo me cogió del brazo y no hablaba. Amancio no sabía a donde dirigir la vista. Todos temíamos lo peor, que no tardó en verificarse.

—¡Liñares! —me llamó Yáñez.

—A sus órdenes —respondí, receloso.

—A tomar por el culo, chaval —el sargento se quitó el gorro y se alisó el pelo, en su gesto de preocupación—: Vas de enlace a la compañía de castigo.

Ser enlace significaba estar con la muerte a los ojos continuamente, llevando comunicaciones por zonas de fuego batido, en la furia de los silbidos de bala y metralla, cuando no hubiese que montar guardia en la propia trinchera de irás y no volverás.

Al saberlo, me retiré a dar gracias al Altísimo porque, aun en tan dura situación, me concedía dos bienes: el de andar desarmado, con lo que no sería causante de ninguna muerte a los republicanos; y el de alejarme de los compañeros, que me permitiría orar, leer la Biblia y escribir cartas.

Así, con el espíritu dispuesto a lo que viniera, pasé a las órdenes del sargento Gimeno, quien tenía fama de «legionario» sin serlo. Extendida entre la tropa la novedad de mi destino, todos los camaradas coincidieron en la advertencia.

—Vas a la avanzadilla de la muerte —decían, con gestos de compasión, en la cara y en las manos que palmeaban mis hombros.

—Dicen que no vuelve ninguno de los que caen en las manos del Legionario, Maneliño —explicó Amancio—. No se sabe si los matan o los hacen prisioneros, pero no se encuentran los cuerpos… Había que mirar por librarte de eso.

Allá fui, de la mano de Dios. La última línea de trincheras era

como todas, una zanja con la profundidad justa para que un hombre bajo librase la cabeza del plomo enemigo, y para hacerlo con dificultad un hombre alto. La tierra cortada a pico y pala me recordaba la de mi patria miñota, roja y mezclada con los cantos redondos de lo que habría sido un cauce de río en otras eras.

Un cabo me indicó un puesto con sacos terreros y ametralladora, desde el cual se podían vigilar ampliamente las posiciones del enemigo. Entre los árboles y el matorral de la otra banda de la vaguada se veían las fosas en que defendían su vida los republicanos. A veces brillaba al sol algo de metal que movían, quizá una bayoneta, y se distinguían claramente los cascos.

—Pena de un rifle de precisión —se lamentaba el sargento Gimeno, que parecía un macaco de mirar agudísimo—. Yo, con uno de esos rifles italianos con mira, no dejaba un rojo vivo. A esta distancia, con un buen rifle, los cazaba como si fueran patos.

El asco me aplastaba el pecho al oír como un hombre hablaba de cazar a sus semejantes; pero no podía replicarle porque mi obligación cristiana era permitir a Dios salvarme del trance en que estaba, dependiendo de la voluntad de aquel sujeto atroz.

Gimeno tenía mucho de los simios gigantes del cine: moreno, peludo, bajo, la cabeza pequeña y los brazos exageradamente largos. Su pasión era encontrar achaques o defectos de cada cual, para echárselos a la cara convertidos en mote. Odiaba a los moros, que a su juicio no valían «más que pa' tomar po'l culo y pa' que los maten»; y hacía burla de los gallegos.

Cuando nos veía juntos, imitaba una letanía triste, repitiendo:

—*Eu, eu, eu… Mías vaquiñas, meu dineriño*.

Pero tampoco daba muestras de afición por los muchachos de otras tierras.

Todos los soldados a sus órdenes estábamos allí por castigo; y para cada cual tenía un nombre ofensivo:

—Degradao —el mío—, Desertorcillo —el de un burgalés que se había adelantado de más en zona contraria—, Vinatero cagón —el de un riojano que había caído de bruces en una avanzada y se había quedado atrás…

Dos meses de calor y sed pasé bajo su bota, sometido a sus arbitrariedades, amenazado siempre por su pistola («Como mires pa'trás, te limpio, hijoputa»), temiendo que por algún camino llegase al conocimiento de aquel gorila desalmado la ficha de protestante, comunista y masón que justificaría para él apretar el

gatillo. Me pareció un lapso inacabable, durante el cual me convertí en reptil: con todas las potencias del alma concentradas en sobrevivir, aprendí a avanzar bajo el fuego cruzado como los lagartos, con la panza a ras de suelo, apoyando antebrazos y puntas de pies. Llevaba órdenes, en papel y de palabra, y sobre mí volaban proyectiles, silbando, reventando la corteza del suelo reseco, golpeando las piedras. Más de una vez me cegó la tierra levantada por los impactos. Pero, milagrosamente, ninguna bala me alcanzó.

Cuando conseguía descansar en las cuevas de las moscas me sentía en el propio cielo, aun no estando lejos del tumulto de ametralladoras y fusiles, de ráfagas brutas, al azar, y disparos aislados, precisos, que recordaban esfuerzos de puntería con saña. Esos descansos efímeros apenas compensaban los riesgos en la avanzadilla; y se vieron turbados con noticias del fin de muchos compañeros. Entre ellos, mi vecino Amancio, que solo tenía un agujero en la cara, al lado de la nariz…

Precisamente me encontraba recordándolo, rememorando como le habíamos hecho una tumba limpia, con cruz y nombre en el monte de nuestra vida troglodita, cuando me llegó la orden de traslado. Fue en la trinchera, en momento de calma, cuando el aire descansaba de olor a pólvora. Sentado en el suelo, escribía yo una nota de consuelo a los padres del infeliz y apenas oí unos pasos. Pero vi delante de mis ojos un sobre, con letra que me llenó de alegría; por lo que hice poco caso a cuanto escuchaba:

—Vete, Liñares, venga, que te mandan a Calera y Chozas, a las emboscadas. Yo vengo a tu sitio.

Aquel compañero me había traído una carta de Carmiña.

Musité un agradecimiento vago. Con los papeles en el bolsillo, abandoné a mi sustituto y seguí por el laberinto de las zanjas en busca de salida. Gimeno y Yáñez, un mono y un monigote, esperaban a los que nos íbamos a librar de las posiciones de castigo. Gimeno no se privó de despedirnos a su manera. A mí con frases como para helarme la sangre.

—Adiós, hereje. Que te den por saco… —gruñó—. Ala, que a un ferroviario como tú no está mal que lo maten los rojos en la vía del tren.

Por lo oído, el tipo sabía mi historia, y había actuado como el teniente coronel, facilitando que otros —los de enfrente— realizasen la tarea de liquidarme. No se había rebajado a hacerlo él por su cuenta, lo cual todavía le concedía cierta dignidad.

Con todo, en la despedida mostraba sus sentimientos sobre mi persona.

Y un deseo, que poco había de faltar para que se cumpliera.

LA MARCHA A CALERA Y CHOZAS fue otra peripecia de sed, cansancio y miedo, de pies arrastrados bajo el peso de armamento y pertenencias. Pero la veteranía nos serviría para distinguir peligros por la intensidad de los sonidos, ya fueran explosiones de carga, zumbidos de bala o rugidos de motor. Como animalillos bravos que temen a los cazadores, al mínimo recelo rodábamos por tierra y enseguida nos encontrábamos agachados, protegidos por piedra o tronco; o besando el suelo en la esperanza de que el casco nos diese amparo contra proyectiles.

Marchando veteranamente, en los momentos de calma me distraje leyendo y releyendo la carta de Carmela, tan exagerada en expresión de amores como las mías, y en la que indicaba algo intrigante. Me juraba eterna fidelidad, aseguraba no pasar un minuto sin pensar en mí y me pedía «calentar la carta con todo el calor de tu corazón para que así llegues a saber, al completo, cuanto quiero decirte». Acababa comunicando que «nuestros amigos y huéspedes» (en referencia a los pastores protestantes desterrados a Vigo) se hallaban bien, «aunque un poco morriñosos»; y se despedía con tanto «calor» que ya fastidiaba.

Llegando a destino, caí en la cuenta de lo que mi Carmeliña me quería indicar y calculé la ocasión para llevarlo a cabo, en la más absoluta de las soledades. Necesitaba secreto; y me preocupaba el que no fuéramos fumadores ni yo ni mi fiel Carducho, por lo que me costaría trabajo explicar a otros camaradas (cualquiera de ellos informante del SIM) mi ansia de conseguir un mechero…

Los «*nenos*» del sargento Yáñez pasamos de las trincheras de Seseña a las de Calera y Chozas, también en pagos toledanos. Cambiamos la seguridad de los refugios bajo tierra por la promesa de lugares donde podernos gastar la peseta de plata del sueldo diario, dinero que mudaba de manos a fuerza de hastío y naipe.

Nos recibió un capitán con uniforme raído y barba de días. En un puesto de mando con sacos terreros y cubierta de ramas le enseñó un mapa a Yáñez.

—Debajo de nosotros tenemos la línea del ferrocarril y el río —le explicó—; y, tras el río, el enemigo. El objetivo es poner esa línea a nuestro servicio. Los rojos la tienen muy castigada. Andan cruzando

el río para colocar bombas en los raíles y tenemos órdenes de mantener una guerra de desgaste, tendiéndoles emboscadas constantemente —hizo un silencio y miró a los que acabábamos de llegar para reemplazar a los hombres que le habían matado en aquel intento. Su mirada franca mostró satisfacción—. Estos no creerán en fantasmas… —y se dirigió a nosotros—: El que tenga miedo de los fantasmas aquí lo va a pasar muy mal. Porque hay que salir de noche y dar golpes a las patrullas contrarias que se atrevan a moverse por tierra de nadie, entre la vía y sus trincheras.

Así haríamos. Nuestro grupo quedó a las órdenes de un teniente muy delgado y muy ágil, que cuidaba con primor su bigotillo típico de la moda fascista, y como guía recibimos a un guardia civil panzudo, metido en años, al que enseguida pusimos apodo: el Tripero.

Anocheciendo terminaba la «jornada laboral», a decir de Carducho Pedre. Sonaban los últimos tiros del día y cada ejército iba a arrimar la escudilla al perol. Entonces venía hasta nosotros aquel número de la Benemérita, conocedor del terreno. Comía de nuestro rancho, fumaba, tomaba café; y jugando a las cartas esperaba la orden de salir, dispuesto a pagar con riesgo de muerte el festín soldadesco, magro pero necesario para quien no había de andar en el pueblo con muchos posibles de llenarse la barriga voluminosa.

Ya noche cerrada, el sargento nos buscaba con su linterna por los quiebros de la trinchera:

—Venga, chicos, de paseo.

Saltábamos a la oscuridad desprotegida, a certificarnos de que nadie andaba por el espacio entre los dos ejércitos. Era un caminar sigiloso, con el fusil dispuesto, el oído al acecho, la vista buscando cuanto reflejase los resplandores de la luna. El respiro se llenaba de olores agrestes y los pies se movían con tiento, difícilmente porque las botas rudas no daban para finezas en el andar.

En nuestro silencio cabía entero el pavor del mundo. Callábamos, cada cual en sus cavilaciones, yo repitiéndome «Dios, que te escucha en secreto, te ha de recompensar en público». Iba seguro de la fuerza que me daba la intimidad con el Salvador, y apenado por el alejamiento de la Verdad a que voluntariamente se conducían los milicianos de la otra banda, tan perdidos como yo: como yo tan temerosos de ser descubiertos entre matojos y árboles que se adivinaban en la oscuridad. Para ellos y para nosotros, en cualquier momento, tras las siluetas de piedra o leño que mal se dibujaban en

la retina, podía surgir un fogonazo, la visión última en este valle de lágrimas.

Los milicianos ateos y mis compañeros, cristianos desorientados, andarían rumiando pensamientos, degustando recuerdos, mientras yo vivía intentando unirme a Cristo a cada paso que daba, pidiéndole continuamente que me concediese sobrevivir a tamañas angustias para que pudiese llevar su Palabra a tantos como estaban necesitados de ella.

Y, como Dios siempre acompaña a quien acepta su promesa de compañía, todavía puedo contar lo que aconteció en la más apagada de las noches, postrera para mí en aquel frente:

Estábamos llegando a la vía del ferrocarril cuando oímos el grito claro:

—¡A por ellos, camaradas!

De inmediato me aturdía la primera explosión; y sentí un calor extraño en la pierna izquierda, que al instante me hacía recordar el mordisco del perro rabioso, perdido en el fondo de la memoria.

Se oyó otra explosión y me vi de bruces en el suelo, rodando hacia un canal de recogida de las aguas pluviales provenientes del otero de nuestra posición, que atravesaba por debajo de la vía. Un frío de sudor me recorría el cuello. Entendí que estaba herido. Me había alcanzado una bomba de mano de los republicanos, de las de metralla.

Sonaron disparos, blasfemias e insultos. Recelé lo peor: que, inefectivos fusiles y pistolas, se armase pelea con granadas. Yo temía más a las bombas de mis compañeros que a las del enemigo. Porque, escondido en el fondo del ribazo, difícilmente me podía tocar la metralla; pero las Lafitte de los míos eran de onda expansiva, penetrante hasta donde el aire pasase.

En estos cálculos rápidos explotó la primera Lafitte y mis manos buscaron en desespero un palo que meterme en la boca, para que no me reventasen los oídos. No encontraba palo pero me valió una piedra plana. Seguro de quedar con la boca abierta, lamiendo la piedra, me agarré la cabeza bajo el casco y esperé sin querer pensar en las consecuencias de la escaramuza.

Seguían explotando granadas. El aire se llenó con el hedor agudo de los explosivos. Se oían tiros de fusil y pistola, y ayes. Toda la Corte Celestial era ultrajada por las dos facciones, y tampoco paraban los calificativos de «rojos» y «fascistas», gratuitos en el momento de matarse unos a otros. Yo no podía gritar para anunciar

mi posición pues era el «nacional» más próximo a los republicanos, que acabarían conmigo al momento; y tampoco podía moverme de la posición en que seguía, de bruces en el suelo, para intentar la cura mínima de un torniquete en la pierna.

Debía de perder sangre y me fallaban las fuerzas. La lucha se ensañaba a mi alrededor. Los segundos se me hacían pedazos de eternidad. La piedra sabía a tierra y tuve miedo de que me rompiera los dientes con la energía de una explosión próxima.

Hasta la oscuridad del escondrijo solo me alcanzaba la luz breve de los estallidos. Y seguía la barahúnda. Sobre tiros y explosiones de granada yo intentaba distinguir, por las voces, las situaciones relativas de un bando y otro. Llegué a comprender que a los gritos de mi patrulla se unían otros procedentes del mismo lado: recibíamos refuerzos.

Aumentó el fuego de fusil de los que bajaban del otero y se reducía el de los que provenían de más allá del río. De ese lado una voz autoritaria ordenaba cubrir la retirada y preguntaba nombres, unos que tenían respuesta con su «¡Aquí!» y otros que no la tenían. Se marchaban, abandonando a los que callaban, los muertos. Los seguían disparos envalentonados de mis compañeros. El combate parecía acabar.

Escupí la piedra. Rodé por el suelo y me toqué la pierna. Sentí la sangre, tibia, pegajosa. Entonces oí como Yáñez cantaba nombres y como se los iban respondiendo. Faltaba alguno.

—¡Liñares!

—¡Aquí!

—Ven para aquí.

—No puedo moverme, estoy herido en una pierna —expliqué con el hilo de voz que me quedaba.

Entonces oí que se acercaban varios compañeros, y que el sargento buscaba con la linterna. Me incorporé y levanté una mano.

Me levantaron entre Pedre y el propio Yáñez.

—La pierna izquierda, Ricardo. Hazme el torniquete —le pedí.

El sargento apuntó la linterna contra la extremidad sangrante y, bajando la voz, dejó en el aire frío de la noche una grave interrogante:

—Liñares, ¿no estarías tratando de escapar?

No le respondí. Mientras me apretaban la pierna con las vendas por debajo de la rodilla callamos los tres: yo porque no tenía fuerzas para hablar; Carducho porque, como cualquiera de los

miembros de un batallón de castigo, no superaba la tentación de cruzar las líneas. Yáñez porque entendería nuestros sentimientos.

Fuimos retornando a cobijo, con chanzas: los rojos se habían llevado una paliza del carajo. Por otra no volvían, que ni les habíamos dejado tiempo para recoger los fiambres. Nadie hablaba de los dos cadáveres que venían con nosotros. Uno era el del Tripero, que no importaba (porque ninguno de nosotros, hijos del pueblo, tendría simpatías por el verde y el charol que siempre habían protegido a los poderosos, en la monarquía maldita y hasta en la República de todos); pero otro era de un camarada, Pepito el Ché, que cantaba tangos con voz de aguardiente y tabaco, y maldecía la hora en que había venido «de paseo a Galicia» desde Buenos Aires, donde llevaba años emigrado: regresó justo a tiempo de que los falangistas lo pusieran entre el fusilamiento y la recluta… Retornábamos como banda de chicos que se recogen con jirones en la ropa y los nudillos sangrando después de una pelea contra los del barrio vecino y todavía se vanaglorian de haber inferido a los contrincantes daño mayor. La cantidad del mal ajeno nos hacía olvidar la importancia del propio.

Pensé que tenía la pierna perdida. Pero di gracias a Dios porque de este encuentro aun me había dejado salir con vida. Tras la oración abrigué la esperanza —bien ingenua— de que el mal de la herida viniese por el bien de que la guerra hubiera terminado para mí.

YÁÑEZ CONSINTIÓ EN QUE RICARDO PEDRE me acompañara en la ambulancia hasta el hospital de campaña donde me iban a operar.

Estaba instalado en una casa de campo de estancias amplias, con restos de ornamento que hacían imaginar un sitio de diversión otrora, ahora convertido en asilo de miserias, todo gritos de dolor y maldiciones haciendo eco en las paredes y en los techos altos.

Allí los hombres —o, mejor dicho, lo que de ellos quedaba— eran separados como el ganado, dependiendo del cálculo de médicos y enfermeros. Pasaban delante los que, graves, todavía tenían posibilidad de vivir; quedaban para la muerte sin intervención los de caso difícil, y aguardaban los que, como yo, en apariencia traían heridas leves. Confiarían los técnicos de la medicina en su ojo clínico, que no siempre les había de servir, como pudimos comprobar Carducho y yo.

Al lado de mi camilla estaba la de un mozo con el torso desnudo y vendado, que parecía atender al relato de sucesos pícaros de la

aldea de mi compañero, como si entendiera nuestra habla gallega; o hasta como si procurara distraerse intentando entenderla. Yo, acostado, vuelto de forma que el dolor fuese más llevadero, miraba hacia él. Y así fue como me llamó la atención que aumentase la mancha de sangre de sus vendas.

Estuve por advertírselo, pero no me dio tiempo.

—¡Que me muero! ¡Que me muero! —anunció de súbito con el espanto pintado en los ojos; y a través de la gasa le saltaba sangre a borbotones que disminuían con cada pulso.

Pedre fue a apretar la palma de la mano en la herida abierta y juntamos las voces para que nos atendiese un enfermero.

Ya era tarde. Nada tardaría el desgraciado en abrir labios y párpados en la palidez de su cara insensible.

Se lo llevaron, Ricardo se fue a lavar las manos; y a su vuelta nos quedamos callados, sin querer exteriorizar nuestros temores: a que el atraso en atenderme permitiese a la gangrena actuar.

Yo saqué fuerzas del fondo del zurrón del alma y, retomando el hilo de una parte de la conversación de varias horas, le fui contando al compañero las bromas que hacía el señor Caetano. Estábamos en la de aquella vez en que me había mandado pueblo adelante a buscar un afilador de agujas de sastre, nos reíamos de la travesura, cuando llegó el momento.

—Vamos, cojitranco —dijo un sanitario, empujando ya mi camilla al quirófano.

Era el adiós. Pedre me cogió la mano con las suyas y repitió el pedido:

—Vete a mi tierra y mira aquello, y mándame lo que veas como tú bien puedas.

Aún con el tacto de su piel en la mía, comencé a orar, por él y por mí; y orando me entregué a los olores del desinfectante, a la luz poderosa, a las mascarillas y a las batas. En el devaneo de la anestesia venía a mí la cara redonda, colorada y sonriente de Carducho, que repetía «Tranquilo, rapaz, que te van a operar la pata, que no te la van a confundir con la pirola». Mientras el cloroformo me vencía, no pude evitar la risa…

Me operaron, me sacaron la metralla y cosieron. A continuación me metieron en un tren de heridos, con vagones de carga, paja en el suelo, camillas y orinales, que nos llevaría al frente de Teruel en la esperanza de una rápida recuperación, y de nuestra inmediata incorporación a las líneas de fuego.

En el empalme donde nos embarcaron, un cura recorrió aquel muestrario de cuerpos maltrechos, vendados y enyesados. Traía estola y libro de oraciones. Se ofrecía para confesar, con poco éxito.

De mi vagón se despidió dándonos ánimos:

—A elevar esos corazones a Dios, muchachos, que en esta cruzada queda todavía mucha alimaña por eliminar.

Salimos en un coro de quejidos. El viaje iba a ser largo, porque, aunque se anunciara todos los días la caída de Madrid, Madrid aguantaba firme y había que contornearlo por el norte.

Largo fue el viaje. Y cruel. En los siguientes empalmes de vías, donde nos esperaban con las comidas, los sanitarios bajaban a los muertos. Mi vagón se vaciaba…

En el otoño del 37 conocí tierras aragonesas, de raros nombres como Castel de Cabra o Camín Real, que parecen de un habla antigua. Por la cuenca del río Jalón la otoñada sazonaba un sueño de frutas, sin salida a los mercados por falta de brazos. Los hombres estaban en la guerra, los chicos estropeaban el producto de tan ricas huertas, los viejos se lamentaban del desastre y las mujeres trataban a los extraños con todo el mimo que su naturaleza les mandaba dar.

De esos paisajes y de aquellos personajes nos quedaría a los convalecientes el recuerdo de ropas limpias, que las mozas nos lavaban en el río, y el sabor de las tortas de aceite con que nos agasajaban las señoras de las casas mientras fuimos sus huéspedes forzosos. Y, más allá de tal recuerdo, a mí me queda el de los sentimientos encontrados en relación a mi herida: preocupación porque el dolor interno aumentaba a pesar de que mejorasen las suturas de las rajas hechas por la metralla; y esperanza de que ese empeoramiento me permitiera permanecer lejos de las batallas de una guerra que me condenaba a matar para evitar que me matasen.

De nuevo examinado por los médicos que evaluaban los progresos de los heridos para su reincorporación a la lucha, fui seleccionado para envío a un hospital. Las distensiones musculares, la tendinitis y un derrame sinovial que no se reducía fueron la causa de la selección.

Mi destino sería Daroca, villa fuerte, amurallada. En ella me acogieron unas monjas afanosamente beatas, consagradas a rezar por los franquistas, tan amigos del papa y del Duce, príncipes de Roma. Hacían ellas caridad a hombres incompletos: sin ojos, sin orejas, sin boca, sin brazos o sin piernas, a los que no negaban un buen vino de la tierra, como medicamento barato para gente joven.

Ese vino me dejó nostalgias de su aroma desde el día en que supe que estaba para marcharme.

—El español fino termina la comida con vino —le dije ese día a la hermana que nos sirvió la comida, y me retiré con un vaso a saborearlo en una mesa limpia del refectorio.

Apoyé la muleta, coloqué el vaso y saqué de la guerrera una nota a Carmiña, dispuesto a repasarla en el silencio que se hacía según salían de la sala los compañeros. Era nota importante y no podía errar en nuestras claves.

La hermana se acercó a mí y rellenó el vaso.

—Para que te ayude a echar la siesta —sonrió—. Y para que recuerdes esta tierra, ahora que vuelves para la tuya —debió de observar la perplejidad en mi rostro y aclaró—: Te mandan para el hospital militar de Teis, provincia de Pontevedra… Seguro, Liñares. He visto la lista de traslados.

Dejé de escribir. Aquello sonaba a divina intervención, pues ya me veía a un paso de mi familia y de los hermanos en la fe. Me levanté, cojeando, perseguí a los sanitarios que me podían confirmar la nueva.

Un soldado puso el dedo sobre mi nombre en la lista de pasaportes. Era cierto: «Liñares Couto… Teis (Vigo). Pontevedra»…

Rompí la nota y le escribí a Carmiña la primicia en un telegrama, al que añadí una frase que solo ella había de entender: «Buen resultado papel caliente».

En esa sentencia sin verbos ni pronombres los censores podrían entrever algún remedio casero, propuesto al soldado por su novia; mas venía a significar que, por fin, después de mucho tiempo, ya había conseguido arrimar calor a la carta en que ella me lo recomendaba tan apasionadamente. Con ayuda de una estufa del hospital había surgido la letra de Carmela dando respuesta a mi pregunta sobre el polaco escondido por los ferroviarios de Vigo. «El muchacho aquel salió por mar» había escrito ella con tinta invisible. Ahora solo quedaba llegar a saber cómo habría salido el judío del infierno falangista.

NADA HAY EN LA VIDA MÁS DULCE Y MÁS TIERNO que el retorno a la patria desde un frente de guerra. Es como cuando, de niño, se vuelve a los brazos de la madre después de un tropezón: cierra uno los ojos y recuerda el sitio ruin del accidente, el ansia por librarse de las fuerzas que lo arrastraban, el miedo de ser vencido por ellas;

pero delante de los ojos abiertos ya tiene la cara buena de quien lo acarició desde la primera consciencia…

Supongo que todos los hombres gozan con rever su tierra, pero los gallegos fuimos elegidos por el Creador para disfrutar un paraíso de lomas suaves como el regazo materno que los varones todos llevamos con nosotros en el recuerdo, aunque no todos lleguemos a compartirlo con otro, el de una mujer amada.

Galicia se anuncia desde paisajes adustos, leoneses, rojos, con un verdor de leña oscura, de urces y tojos que cubren los montes, que después de las vueltas y revueltas del camino de hierro se convierte en ese verde claro que nos hace gritar *«¡Ei, miña terra!»* todavía lejos de los campos familiares.

En un vagón de tren de pasajeros, la pierna herida en el asiento de enfrente, recostado en el mío y con las muletas por fiel compaña, miré entre lágrimas el panorama de nuestro país único en el mundo; y empecé a maldecir los instintos de bestia que nos habían conducido a la guerra.

Guerra. Guerra que no llevaba trazas de acabar.

Nadie cedía, según el comentario general de los que, como yo, habían confluido en el convoy desde las líneas de fuego. Había lucha en muchos frentes, donde la necesidad de salvar el pellejo no dejaba tiempo ni para odiar, y el rencor se extendía por las retaguardias, empapadas con la sangre de los que se oponían a quien mandaba en ellas. Se consumía España en los fuegos de las batallas cotidianas y, ganase quien ganara, fuera uno u otro bando el que venciese, ya todo sería diferente: lo que mis ojos contemplaban al paso rápido y humeante del tren no era lo que habrían contemplado antes de declararse una guerra total, aunque lo pareciese; ni lo iba a ser después de concluida la última operación bélica.

Como si hubiera leído mi pensamiento, intervino un alférez que volvía ciego, vendado como una momia, hablando y fumando por un agujero entre las vendas:

—Los que lo podáis ver, los que lo veáis, veréis que a toda España le va a suceder como a la finca en que se cavan trincheras. Ya nunca más será campo para labrar…

Alegre por reencontrarme con los míos, y triste por los temores que traía, paré en mi pueblo y me vi envuelto en los abrazos ahogadores de la familia. Era mediodía con sol, ya débil, otoñal; la estación aparecía llena de gente que había venido a curiosear la

llegada de los soldados, y en ella abundaban los uniformes bien estirados y limpios: de los ferroviarios militarizados, de los guardias civiles y de los falangistas gordos, viejos, que no tenían que ir a demostrar su fervor guerrero delante de bayonetas caladas, ametralladoras, cañones, tanques y aeroplanos.

Flanqueado por mis padres, con escolta de mis hermanos que me traían macuto y manta, avancé entre vecinos y ajenos que se apartaban para dejarme paso. Saludaban tímidamente, mientras yo me preguntaba si la condición honrosa de herido —con uniforme e insignia de batallón de choque— me podría librar del sambenito de masón y comunista.

Cerca de Casa Valeriano, en un silencio que mis padres y los chicos respetaban, cavilaba sobre lo que yo sería para los demás, teniendo en cuenta que uno no es como cree ser sino como lo consideran los compañeros de existencia, los de siempre, los vecinos.

De todos ellos, el primero que me vino a saludar fue el sastre Caetano, alma buena. Vi que estaba tratando con un cliente, marcándole el pantalón con jaboncillo, y que dejaba la faena para acercarse a mí.

—*Ó povo, mas que fizeram esses bárbaros com o nosso Manuel? Mas que lhe fizeram, meu filho*? —decía, los ojos claros en mi pierna vendada, los brazos abiertos, con los que me envolvió en un tierno abrazo…

Fueron tres días de permiso en el pueblo, en los que recibí saludos calurosos de las criadas de la casa, del abuelo y de los tíos, de las familias de la Capela y de Ponte Tea, que, gracias a mí, ya contaban entre los suyos con un sobreviviente de las carnicerías mal ocultas por periódicos y emisoras de radio «adictas a Burgos».

Por los parientes me enteré de lo que confirmaba mis miedos: los falangistas seguían ejerciendo el terror.

—No hay día que no aparezca algún muerto, gente que no es del pueblo —decían unos.

—Los guardias civiles les consienten a los falangistas porque están asustados —consideraban otros.

Querían hablar y que les hablase. Por cocinas y fogones, a todos conté los pocos episodios risueños de la vida en guerra, entre los que fue muy aplaudido el de las moscas de las cuevas de Seseña, con el Maruja y su espumadera. A los que se sentían libres para interpretar las Escrituras, como mi padre, Caetano, o el mismo don Ramón Afonso, les aseguré lo que hoy mantengo: que hasta el

momento me había venido salvando por la oración, por pedir a diario que se me reservase para el sacrificio de luchar con el discurso y ganar almas para la Verdad.

Eso, no obstante, fue punto que eludí en presencia de mi madre papista, quien andaba callada, de mirar bajo, sumida en la duda que eludía mostrar. En unos meses se le habían marcado arrugas en la barbilla, e hilos blancos sobre las sienes.

—Lo de don Santiago fue un golpe muy duro para ella —aclaró mi padre en secreto—. La pobre creía que las enseñanzas de la religión eran para cumplirlas, pero ya estamos viendo lo que hay. Y don Santiago fue como todos los fascistas, uno más, sin religión que valiera —mi viejo se tocó las puntas de los bigotes, se pasó la mano por la frente y echó su perfil agudo hacia mí—. Yo fui el que le dijo a tu madre que fuera a pedirle al párroco por ti, que era cosa de vida o muerte, que te iban a fusilar solo por ser protestante, no por haber cometido delito de sangre, o por pertenecer a un partido revolucionario. Y ella le fue a rogar que hablase con el obispo pero él hizo algo que no se puede creer: ¡le ofreció cinco duros! —Valeriano hizo con los dedos indicación de tocar moneda—. Después de que entre ella y tú lo hubiéseis salvado de que lo envenenaran los comunistas, ¡cinco duros!, ¡manda nabo! Entonces a Minia le salió de dentro el orgullo de los de la Capela y le dijo a don Santiago «Mire, yo no vine a por limosna, sino a pedirle por la vida de un hijo», y le dio la espalda… Tú no sabes cómo lloró esta mujer que parece de hierro. Vivía en un tormento, *neno*, pensando que a ti te pudiesen matar por no haberse arrastrado ante los curas. Pero, bueno, tampoco tardamos en enterarnos de que te habías librado… En fin: muy bien se portó contigo el pobre del Amancio; y su familia con nosotros…

Algo que llamó poderosamente mi atención fue que los guardias civiles siguieran amigos de mi padre, a pesar de su pasado de militancia sindicalista, socialista, cuando se imponía la «depuración». Tan amigos se mostraban como para no dejar de venir las tres noches que pasé en la casa, en busca de una tertulia con coñac en la que me pedían repetirles episodios de mi bautismo de fuego. Insistían en que les aclarase detalles de posiciones y movimientos de tropas, en describirles la realidad de los bombardeos con todos sus espantos, así fueran terrestres o aéreos.

En cuanto a mi herida, les relataba el caso poco a poco, cada noche dando más concreciones para mantenerlos interesados;

diciéndoles que me había salvado porque, acostado y sangrando bajo una lluvia de bombas de mano, oraba en el canal que iba a dar a la vía. Quería que sufriesen pensando que la oración de un hereje también era válida. Y los compensaba con una mentira piadosa en referencia a su colega Tripero, muerto en la emboscada.

—Murió como un valiente, a tiros —les decía, cuando en verdad había caído sin disparar, gritando «¡A cubierto, a cubierto!» mientras trataba de parapetarse detrás de una encina, momento en que la bala mortal lo alcanzó en una sien…

Rápidamente pasaron las jornadas de reencuentro con el pueblo, con las caras de los vivos y los recuerdos de rostros desaparecidos. De Maruxa tuve vaga noticia de que se había vuelto «normal», o sea, papista; y de los creyentes de Oleiros oí que, después de palizas y tiros, destierros y alistamientos a punta de pistola, los que quedaban habían sido reconducidos al rebaño del párroco, quien no perdonaba el desafío de un pastor protestante.

Sentí mucho que la cojera no me permitiese subir a la Picada, para, desde allí, ver el río y el mundo nuestro; y llenar de fuerzas mi espíritu.

Apenado, me fui. En la estación paró otro tren de heridos, con las ventanillas abiertas y en ellas la misma galería de cabezas vendadas y ojos ocultos, de brazos en cabestrillo, de muletas, caras mal afeitadas, cansancio en las miradas, cigarros abandonados entre los labios. Mis hermanos me ayudaron a subir al coche que mejor me quedaba en el acceso a la plataforma y me marché con aquella tropa de cojos y mancos hacia Vigo, con una alegría grande, que no me cogía en el pecho y me hacía callar, no responder a las chanzas de los compañeros, todas lujuriosas, sobre como irían a satisfacer las respectivas necesidades de varón en las condiciones de inutilidad en que venían.

Cuando la ría se abrió a nuestros ojos se apagaron las agitaciones de los que traían el alma llena de rojo y negro, de sangre y fuego. Con el sol alto del mediodía, el mar de los poetas era un espejo azulado en el que se replicaban los montes verdes y las playas blancas. Del fondo de la entraña de algún cantor nació la necesidad y se oyó por el vagón la cántiga más oportuna:

Vexo Vigo, vexo Cangas;
tamén vexo Redondela…

Llegamos. Fuimos recogidos en camiones y ambulancias,

dependiendo de nuestro «grado de estropeo», como dijo el teniente al mando de la operación. A mí me tocó en suerte ambulancia, por la imposibilidad de trepar a la caja alta del camión; y me dejaron en Teis, en un «hospital de los jesuitas» que me hizo sentir como en un colegio al que le faltasen las aulas.

Enseguida fui atendido por los médicos, que estudiaron mi caso y dispusieron tratamiento:

—Todo leve, muchacho, porque nada, salvo tiempo y reposo, puede reconstruir la descompostura de esa pierna. Tienes un buen desastre en músculos, tendones y huesos… Reposo, ¿entendido?

Con todos los respetos y distancias, les pregunté a los doctores si habría alguien en el hospital que se trasladase a diario al barrio de la estación, para yo darle una nota dirigida a mis «familiares». Respondieron amablemente. Esa misma tarde se la entregué a un enfermero. Al día siguiente, en la hora de visitas, mi corazón explotaba en espera de confirmación de un deseo loco:

—¡Liñares Couto, visita!

Me levanté de la cama, me vestí y me peiné, cogí la muleta y fui al recibidor…

Era ella, con un traje de estampado blanco y azul y un sombrerito de los que le regalaba su jefa, inclinado con gracia sobre la ceja derecha. Sus ojos, como el carbón que más fuego promete, se abrieron de espanto al descubrirme impedido, maltrecho; y avanzó hacia mí dispuesta a abrazarme como le pedía el alma, aunque no lo hiciese para evitar un escándalo, y difícilmente me besara en la mejilla, dejándome con deseos de su piel y su perfume.

Nos sentamos en un banco, mirándonos. Carmela se puso a llorar calladamente. Yo callaba y la miraba, allí, tan linda, los hombros altos, el pecho lleno de promesas, la seda de su pelo negro, corto y rizado pidiendo que se la acariciasen con la yema de los dedos.

—Ay, Maneliño… —se limpió las lágrimas—. Ay, Manuel, tenía tanta necesidad de contarte lo que no se puede poner en las cartas…

—Yo también, Carmiña —y le cogí las manos, con las que ella apretaba al pañuelo sobre su bolsito—. Pero vamos a tener muchos días para conversar.

—Si nos dejan —miró alrededor, dudosa—. Espían a todo el mundo, y, por la mínima, desaparecen los hombres. Y las mujeres.

—¿Nos cerraron la iglesia? —fue la pregunta que me salió de inmediato.

—No. Todo sigue igual, como cuando te fuiste: podemos celebrar culto a puerta cerrada —acercó la cabeza a la mía como si fuera un movimiento amoroso. Bajó la voz—: Pero cada día tenemos más miedo, porque todo les vale como disculpa. ¿Recuerdas a Hipólito, el de la imprenta? —asentí con la cabeza y ella tornó a preguntar—: ¿Y a Sanfiz?

—También, claro.

—¿Y a…? —Carmela hizo lista de paseados con los que yo había tenido alguna relación, o al menos había conocido por nombres y referencias.

Me dejó horripilado. De lo que contaba deduje que Vigo era un matadero de gente indefensa. Nada había cambiado. Nada. Ella se dio cuenta de mi desasosiego e hizo girar la conversación hacia asuntos domésticos, a mis necesidades de ropa interior, de comida; y enseguida daba nuevas felices de la iglesia evangélica. No me dejaba preguntarle sobre la peripecia final de Herberto, el judío. Y no le pregunté, imaginando que alguna razón tendría para huir del tema…

Esa noche no cené. El enfermero que atendía mi mesa se alarmó. Me excusé con ardores, que él se empeñó en apagar a fuerza de bicarbonato, y me fui a la cama pronto, con un calmante, que necesitaba porque hasta las heridas me dolían más de lo acostumbrado.

Acostado, oré, pidiendo por que la gente entrase en razón; para que acabase tanta canallada. Pero percibí falsedad en mi oración, y busqué la Biblia, siempre maestra. En la poca luz de la habitación busqué el Evangelio de san Marcos, fui al pasaje de la higuera seca, a las palabras precisas del Redentor:

«Por eso os digo que todo lo que pidiéreis, orando, creed que lo recibiréis y habéis de tenerlo.

Y, cuando estuviéreis orando, perdonad, si tenéis alguna cosa contra alguien, para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas».

Comprendí, y quise pedirle misericordia al Señor, mas ya no podía con el peso de los ojos, que la droga me cerraba. Entonces le rogué que me dejase llegar al día siguiente para hacer el necesario esfuerzo de fe y de perdón, en su Santo Nombre, a los que nada perdonaban.

Del hospital de Teis no guardo grata memoria. El edificio era una residencia de estudiantes y convento de jesuitas, que, expulsados

por la República, se habían retirado a Valença do Minho. Teniendo Teis tan grandes vistas a la ría y tan magna visión del monte Domaio, sin embargo el antiguo convento no dejaba recrear los ojos, y mi cuarto daba a un paso de tranvías con chirriar continuo de ruedas y barullos de gente. Ni la vista ni el ruido ayudaban a la oración en mis momentos de soledad.

Me costaba orar, y tenía una continua sensación de desagrado por culpa de los moros que convalecían junto a nosotros.

Vigo se había convertido en lugar de reposo de aquellos seres extraños, sospechosos, que habían venido a matar españoles, cristianos de piel más clara que la suya. La tarea de los marroquíes era ayudar a que los españoles fueran menos, más débiles, mejor dispuestos a aceptar el yugo con que unos militares soberbios querían uncirlos a la miseria de una nación sin poder. España no era Francia. Los moros temían a los franceses, despreciaban a los españoles y, a su manera, los humillaban cuando podían.

Franco había mandado hacerles una mezquita en el cementerio civil de Pereiró, a donde iban a adorar a su Dios, que identificaban falsamente con el nuestro cuando les convenía, diciendo ser el único, el mismo que el pueblo elegido transmitiera a los cristianos. Mas (el Dios común, verdadero, me perdone este juicio) nunca vi limpieza en la mirada de aquellos sujetos. Y los compañeros españoles, tan heridos como los marroquíes de Franco, recordando lo que habían visto en las trincheras imploraban ayuda de los sanitarios que los atendían, con recelo de ser violados por los africanos más salvajes.

El ambiente del hospital de Teis era tenso, de duda, de sospecha sobre quien sería informante del SIM. El SIM tenía que amordazarnos. Los que veníamos de los frentes sabíamos de más, y el mando no podía impedir las visitas, ni nuestros relatos a los que nos visitaban. Mi vecino de litera no tardó en dar, con sigilo, una exacta definición:

—Liñares, nosotros somos la antipropaganda de Burgos.

En esa circunstancia Carmiña actuó prudentemente. Repitió las visitas y fue librando de tonos dramáticos la conversación. Actuaba como en el teatro, con sonrisas falsas, para seguirme comunicando el horror en que vivía.

Tras varios encuentros, por fin, relató el segundo capítulo de la historia del judío; y su epílogo brutal:

Herberto, o como en verdad se llamase, quedaba oculto cuando mi

salida para el frente lo dejó sin el pan del ejército que iba destinado a los cerdos. Ausente yo, se habían agravado las necesidades de los mineros asturianos y del vagabundo polaco. Mas, como si un rayo de luz viniera a quebrar las tinieblas del momento, al poco se conocía la llegada de un acorazado inglés a Vigo.

Esto hizo a los creyentes concebir para Herberto una esperanza de huida. Las mujeres de la casa de don Hilario, donde se ocultaba, hablaron con don Federico Gray en la iglesia:

—Don Federico, tenemos refugiado en casa a un judío. E imagine la situación, que no sabemos cuánto tiempo lo podremos esconder; y, si nos pillan, para él es la muerte y para nosotros quién sabe… Estamos pensando si se lo podrían llevar los ingleses.

Míster Gray pidió calma. Mandó a las emisarias marcharse, y al día siguiente se presentó en la casa de don Hilario.

—Denme las medidas de ropa de ese joven —solicitó—. No olviden las del calzado —y todavía insistió en tono misterioso—: No se preocupen de dármelas en metro y centímetros, que ya las traduciré a pies y pulgadas.

Malamente, como se entendían con el huésped secreto, las creyentes consiguieron medirlo, y llevaron a casa del pastor una nota con los resultados. Míster Gray no estaba. Había ido al barco inglés —indicó su esposa— pero enseguida volvería. Se fueron las samaritanas a sus labores y por la tarde recibieron la visita de don Federico con un envoltorio de ropa de inocentísima apariencia.

—Esto es para ese muchacho —dijo—. Que se lo ponga y esté preparado a la tarde. Yo voy a pasar por aquí con un grupo de marinos ingleses y pararé a saludarlas a ustedes. Entonces Herberto tiene que juntarse a nosotros.

Costó hacer comprender al pobre Herberto lo que se tenía que poner, y tampoco le fue fácil a él hacerlo, por lo que solicitó ayuda: era un uniforme de marinero, con sus peculiaridades. Hubo que fiarse de la intuición propia de criaturas que tanto tiempo pasan delante del espejo. Gracias a ella, madre e hija de la casa dejaron al huésped a la fuerza hecho un gentil representante de la Royal Navy.

A media tarde se vio pasar por la calle a un señor de edad con un grupo de marinos británicos. El señor hablaba inglés y hacía gestos dirigidos a menudeces de las construcciones del barrio a las que ningún vecino concedería importancia, como si allí se encontrasen las siete maravillas del mundo. Se detuvo frente a la casa de don Hilario para, con mucha ceremonia, llamar, saludar y entrar con

algunos de sus acompañantes.

A puerta abierta hubo intercambio de frases amables; y el grupo siguió camino llevando una jaula con un canario, evidente regalo de los visitados.

Ninguno de los curiosos que se asomaran al oír tanto palique con los extranjeros se fijó en un detalle: de la casa visitada había salido un hombre más de los que habían entrado.

Un niño, como cosa de chicos a la que nadie da importancia, tomó rumbo en pos de los turistas con uniforme dirigidos por el pastor, que siguieron recorriendo la ciudad hasta la iglesia protestante, donde ya estaban más marinos ingleses.

Allí hubo oraciones que al chico le parecieron prodigiosas, por lo mucho que duraban sin que cambiase el habla de pastor y marinos.

Después se formó una tropa que bajó al puerto.

Nadie molestó a aquellos hombres que tenían por casa un barco enorme, surto con las luces encendidas, enfarolado ya en la puesta de sol, su silueta de torres y cañones remarcada en el espejo de la ría.

Una falúa recogió al grupo de los marinos cumplidores con la religión.

El niño —hermano menor de Carmiña— dio noticia en su casa de que aquel hombre delgado y alto que le habían mandado mirar también había bajado, «con la jaula del canario», por las escaleras del muelle entre los demás. Había embarcado en una lancha que se acercó al buque, y después se le había visto subir a bordo…

Esa noche varias familias de los creyentes respiraron aliviadas, dando gracias a Dios por lo que consideraban desenlace feliz de una aventura peligrosa.

No podrían imaginar el siguiente acto de la tragedia a que las iba a arrastrar su caridad:

A cuatro días de levar anclas el acorazado, los vecinos madrugadores del barrio donde Herberto había tenido refugio se vieron sorprendidos por los preparativos militares con que los detenían.

—Vengan para aquí y no levanten la voz —en cualquier esquina los paraba un oficial al mando de un grupo de soldados que montaban ametralladoras y cañones pequeños en las bocas de las calles.

Al romper del día eran ya muchos los que, retenidos camino del trabajo, miraban con angustia sus casas, a donde la tropa no los

dejaba regresar. Y comenzó el asalto: falangistas con fusil y pistola llamaban a las puertas de las viviendas, entraban en ellas, echaban a la gente fuera, revolvían todo, mandaban entrar a los moradores, los amenazaban, les destrozaban el mobiliario, rompían loza y cristales y provocaban una barahúnda patética, mezcla de gritos de hombres y chillidos de mujeres y pequeños.

De cuando en cuando, los asaltantes salían de las casas e informaban a sus mandos:

—¡Nada!

—En esa, nada.

—¡Ahí no está el cabrón!

—Hijo de puta, se lo ha debido de tragar el demonio.

Y los mandos insistían:

—Tiene que estar. Seguidlos apretando. Hacedles cantar.

Al mediodía radiante la calle tenía un aspecto insólito, con personas de todas las edades en sus trapos leves de dormir, despeinadas, asombradas. Los niños lloraban cogidos a las faldas de sus madres en desespero, y las mujeres pedían que las dejasen volver a sus cocinas, a preparar algo de comida para pequeños y viejos.

Hubo conciliábulo de mandos de la Falange y a continuación los falangistas empezaban a arrear a la gente como ganado para sus casas, en las que los infelices pensaban que los dejarían en paz.

Mas no tardó en oírse la voz malvada que, ayudada por una bocina, advertía:

—Si no aparece el judío que está oculto en esta calle, el ejército empieza a bombardear las casas con los cañones. Tienen cinco minutos para que salga a la luz.

Entonces don Hilario comprendió que era llegado el momento de su sacrificio y decidió despedirse de los suyos.

—Me voy a entregar —les dijo—. Les cuento yo todo, y que llamen al cónsul inglés para comprobar que se marchó el rapaz.

Pero no hizo falta. Tan sigilosamente como habían llegado, los militares retiraron el material de ataque, ametralladoras y cañones. Los falangistas se quedaron solos, desconcertados. Alguno, por despecho, disparó tiros contra las casas próximas, pero al momento aparecía un oficial con uniforme caqui a llamarle la atención.

Viendo como la columna militar se alejaba del barrio y como detrás de ella se iban los torturadores de azul, los vecinos se mantuvieron quietos todavía un rato, temiendo una celada. Mas

pasaba el tiempo y los amores fueron llevando a cada cual a su lar. Se recomponían las familias, en silencio. Los adultos no daban crédito a lo vivido, no sabían qué decir a los pequeños salvo que debían callar. Aquel era un episodio para ocultar en la memoria por siempre jamás.

MIS HERIDAS IBAN A MEJOR, con dolores que poco a poco se aliviaban en la pierna. Mejorando en lo físico, atribulado por los ecos de la barbarie y consolado con la compañía tierna del amor, fue como recibí la orden de marchar a un hospital para heridos de lenta recuperación.

—Voy a Tui, mujer —le dije a Carmeliña, tras asustarla un poco para ver qué cara ponía.

Intercambiamos besos castísimos como era rigor (pero no voluntad de nuestros cuerpos mozos) e hicimos acuerdos de viajes y visitas, sabiendo ambos que el tiempo no era propio para los desplazamientos; ni para las cartas, sujetas a censura.

Tui no era Teis, al lado de Vigo, pero quedaba entre la ciudad y mi pueblo; y muy lejos de los frentes donde se prolongaba una lucha en la que yo no debía participar porque tenía el alma dividida en relación a los contendientes: los republicanos contaban con apoyo internacional, principalmente comunista, y los «nacionales» (¿qué nación era la de ellos, distinta de la nuestra?) tenían ayudas ostentosas de alemanes e italianos. Los soviéticos creían posible anular la humana necesidad de relacionarse con Dios; y los franquistas, que la fomentaban, nunca admitirían discrepancias con la Roma del Sumo Pontífice.

Yo no quería volver a la lucha, y llegué a creer que no volvería, pues en el hospital de Tui tuve un recibimiento que anunciaba inesperada solución a mi problema moral.

Ese centro había sido asilo de ancianos, de construcción noble, en piedra, con espacios luminosos. A él llegué en un fin de otoño en que la fronda del Bajo Miño mezclaba verdes con ocres y amarillos. Así comenzaba mi segunda estadía tudense en tiempos de guerra, con un gozo de vistas al río caudaloso y calmo, el puente que desafiaba la vena de agua, la villa de Valença encaramada, fortificada… Me sentí en mis pagos, agradablemente a pesar de los recuerdos torturadores del anterior paso por tan hermosa población; y mi agrado todavía aumentaría con la deferencia de trato que me dieron el alférez médico y el sargento enfermero responsables de mi

cura.

El alférez, muy joven, era de los que llamaban «estampillados» por el cuño con que los hacían militares sin más trámite. El sargento debía de llevar toda la vida con uniforme. Uno era rubio y delgado; el otro, moreno y corpulento. Como pareja, en bata blanca, evocaban personajes chuscos, payasos de circo.

En la primera revista de clínica les relaté los horrores nocturnos de las emboscadas en Calera y Chozas para mejor explicar como había sido herido. Ellos indagaron mi procedencia, mis relaciones.

Al saberlas en detalle, el médico opinó sin recelos:

—El capitán Marcelino Rodríguez, huésped vuestro… El fusilamiento de los carabineros fue una canallada propia de esos hijos de puta.

El enfermero, atento a los vendajes de mi pierna, asintió en silencio, con la cabeza.

Yo callé, porque no podía creer lo oído, y por sospechar que me estuviesen provocando para yo abrirme y así ellos poder dar aviso al SIM de mis puntos de vista.

Entonces el alférez provisional rompió el silencio con la autoridad de su estrella única:

—A mi padre —dijo— lo mataron los de la camisa azul, que algún día van a saber lo que les pasa, cuando no haga falta mandarlos a demostrar valentías en los frentes. Y a los tíos de este señor —apuntaba al enfermero— les hicieron la vida imposible por republicanos, ¿o no?

El sargento asintió, de nuevo con la cabeza, y parecía que no fuera a hablar pero lo hizo:

—Pobres viejos, no los dejaban respirar los canallas; y no hablemos de los cuartos que les habrán robado a fuerza de amenazas…

Con todo, el instinto de supervivencia me mantuvo en silencio, sin mover un solo músculo de la cara aparte de los de la boca, ya quietos, relajados. Aquellos hombres recogieron su instrumental y se quitaron las batas apretadas en el cuello, hablando el uno con el otro, mientras yo me recolocaba la ropa como si ellos no existieran. Cuando acabamos todos, el sargento abrió la puerta y se echó a un lado para que saliera el alférez; pero este a su vez se puso al otro lado de la puerta y me convidó a salir con un gesto. Cuando pasé entre los dos, el doctor dijo con voz asordinada:

—Eso de la pierna va bien, rapaz, pero tú no dejes de cojear: que

maten a otros.

Tanta confianza me desconcertó, pero pronto me vería obligado a ponerla a prueba, porque tuve que dar una explicación para evitar las misas, que supuse salpimentadas con homilías en forma de diatribas contra rojos, masones, judíos y (si el cura llegaba a acordarse) protestantes.

—Mi sargento, mire… —me atreví—. Yo soy evangélico, ¿sabe?, y quería tener dispensa de obligaciones religiosas.

Fui dispensado de misas y demás cultos, que incluían las sabatinas, con ensalzamiento de la «siempre virgen» María, madre de Cristo, único y unigénito Hijo. Y se intensificó el trato con mis espontáneos valedores hasta convertirse en amistad…

Entré en el hospital en otoño del 37 y lo dejaría ya en el 38, tras unos meses que pasaron en una exhalación. Durante ese trecho del largo túnel de la guerra fui mejorando, a punto de poder pasear por Tui sin mayor trabajo. Sargento y alférez sabían bien de los progresos de mi curación; pero cuando venía un inspector médico a la caza de recuperados no dudaban en darme la orden:

—Liñares, a la cama.

Así fue como me mantuvieron hasta que su amistoso proceder corrió peligro de convertirse en ocultación punible. Con un gesto de pena, me lo dijo el alférez.

—Liñares, te voy a tener que dar el alta, rapaz —y levantó las manos al cielo, como si lo pusiera por testigo de que se veía obligado a actuar contra su voluntad—. No podemos mantener la farsa más tiempo. Tenemos un inspector nuevo que es muy de aldea y dice que cojos como tú los hay a montones delante del carro y detrás del arado.

Comprendí. Sabía que iba a llegar el momento, que era un divino agasajo tanta holganza en el hospital, mientras muchachos que yo quería seguían saliendo hacia los mataderos de los frentes: entre ellos, mi hermano Alfredo y José, hermano de Carmiña, del que su familia no tenía noticias. Aunque una parte del alma me dijese que debía ayudar a Dios en mi preservación, otra me incitaba a compartir desventura con una infinitud de batalladores a contracorriente.

TUI EN AQUELLOS MOMENTOS ERA UN RINCÓN DE SOSIEGO y silencio, quietud de camposanto donde callaban para siempre los avasallados. Allí compartí retiro con una galería de figuras

lastimosas, rotas, faltas de miembros y órganos, que hablaban apagadamente de combates, de la vida en las trincheras, eludiendo opiniones por recelar de los que, como ellos, sufrían en propia carne los resultados de la vorágine. En esa desconfianza no intenté explicar mi credo, cuando sobraba tiempo y ocasión para hacerlo. Pero pude leer e interpretar los textos sagrados; y orar, convencido de que «siempre hay alguien que te escucha y te protege». Tuve la compañía del Salvador, aunque me faltase la de las personas más próximas.

Solo mi padre me vino a ver alguna vez, y de Vigo nunca llegaban los que me podrían devolver la sensación de no estar solo en el mundo. No me visitaban porque a esa altura del conflicto la gente no se podía mover fuera de su municipio sin salvoconducto de la Guardia Civil, expedido de la manera más arbitraria. Paquetes con comida y ropa interior vinieron a mostrar el cariño de todos. Y les correspondí por teléfono, en conversaciones crípticas…

De esta vez no encontré en Tui almas fieles como las de Carducho y Amancio. Solo me abrí, y guardando distancias, al alférez, al sargento y a un personaje peculiar en aquel escenario, quien cierra capítulo.

En los paseos con bastón, que el doctor había prescrito, llegué a conocer a un caballero que se acercaba al río con timidez y observaba mis pausas silenciosas frente a un pilar del puente internacional.

Yo bajaba hasta aquel punto por ser allí donde los falangistas fusilaban a los escapados a la otra banda cuando eran devueltos por la policía política portuguesa. Mirando la firmeza granítica del pilar recordaba a los compañeros en las barricadas del pueblo, los imaginaba enfrentando a la muerte con las manos atadas a la espalda, me ponía en su lugar:

Los movimientos de los que preparan el mosquetón, apoyan el rostro en él, cierran un ojo en espera de la orden. Entonces «¡Fuego!», el estruendo, un dolor profundo que obliga a vencerse en un charco de la propia sangre caliente sobre el suelo frío… y el fin, que viene con unos pasos, un sonido de cerrojo de pistola y el golpe brutal del tiro de gracia.

Fin. Así sucedería. Y yo, que había visto el asombro de fuegos reventando el mundo, que me había arrastrado bajo los zumbidos de las balas, que había sido herido en un ataque a ciegas, que ya había sentido miedo suficiente como para olvidar el temor a

cualquier violencia, no dejaba de recordar lo que había corrido por mi magín cuando aguardaba a ser entregado al pelotón, en Tui precisamente…

Aquel señor, sesentón, muy hidalgo en el vestir, por rutina contemplaba el río, sacaba el reloj del chaleco, lo consultaba y se iba marchando, como si lo reclamara un compromiso de hora fija.

Tras varias coincidencias, empezamos a saludarnos:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Después:

—Usted siga bien.

—Hasta luego, rapaz.

Un día cualquiera se interesó por mi cojera.

—Fue en las emboscadas allá por Toledo —expliqué.

Nos abrimos uno al otro, despacio, tanteando el terreno. Y, cuando él supo que yo era protestante y los trabajos y sustos que había pasado por esa condición, ya no esperó más para convidarme a su casa.

Fui. Era pazo pequeño en la parte alta, rica vivienda en una de las calles que cuentan, nombre a nombre, la historia de la villa fronteriza.

Me ofreció té y confesó que quería saber la verdad de lo que se vivía en los frentes.

—Yo soy rentista —me explicó—. Vivo del capital, de lo que hice en Puerto Rico, y pueda ser que tenga mucho que perder si gana la República y se impone algo más duro que el socialismo. Pero no puedo soportar a los fascistas. Son unos chulos, todo es chulería en ellos. Viven de la chulería oficial —levantaba la voz, enardecido—. A esa mierda de destructor que tienen bombardeando lugares indefensos por la costa norte le llaman «El chulo del Cantábrico». Chulería…

Quería que ganase la República; pero yo, apenadamente, le presenté la desconfianza que en mí había nacido de observar y conversar:

—Mire, no les voy a negar valentía a los que luchan por defender lo que usted y yo creemos que es lo legal. Pero es que les falta la disciplina que el ejército de los nacionales les mete a sus hombres. Créamelo… —él me oía quieto, recostado en un butacón de terciopelo con flores, mostrando preocupación en su rostro redondo, colorado, de ojos verdosos, vivaces, y mucho pelo blanco—. Mal

podrán mandar los oficiales republicanos cuando los locos de la CNT andan por el medio, montando desórdenes; y cuando los comunistas se dedican a indoctrinar gente que no quiere saber de sus doctrinas —resumí informaciones y sensaciones recogidas en mi periplo por zonas de guerra.

—Pero —levantaba el dedo, cándidamente— no hay quien venza la resistencia del ejército popular. Y cuentan con el apoyo de las democracias verdaderas.

—Perdóneme, pero veo muy difícil que el ejército de Franco no gane, con tanta ayuda de alemanes e italianos —mantuve mi posición aunque aventurase una posibilidad decente—: Y si gana, entonces, cuando se vuelva a la vida normal, ya se verá como los militares ponen a los chulos de los falangistas en su sitio.

—No sé, no sé —paró como para razonar—. A lo mejor estás en lo cierto. Los militares les van a quitar las armas a los fascistas, para que no puedan volverse contra el gobierno que pongan ellos. Y todo el sistema tendrá que aflojar; porque no se puede vivir eternamente ahogando a los pueblos, haciendo callar las ideas, pero… Pero no puedo resistir la voz de maricona que tiene el Franquito.

Los convites se repitieron, y yo los acepté, sabedor de que se los aceptaba a una persona influyente, abogado que no necesitaba ejercer, dueño de casas y tierras, allí y en Puerto Rico, respetadísimo por el clero. En mis visitas pasamos de la discreción a la reserva. Desde las charlas de gabinete a solas, sin que nos molestasen ni la señora ni las criadas de la casa, nos introdujimos en el mayor de los secretos: las audiciones de radio en el desván.

Allí tenía el indiano una invención de antenas bajo techo, que se conectaban a un poderoso receptor alemán, con auriculares para que nada se escuchase fuera de aquel rincón oscuro.

Oíamos las emisiones de Madrid y de Barcelona, la BBC y Radio París, desde la cual hablaba para España un obispo, de apellido Olarte, que arremetía contra el franquismo, al que llamaba «paramimismo».

—*Para mí mismo*, en castellano claro —mi peculiar anfitrión se emocionaba al oírlo, reía, aplaudía, seguro de que nadie lo escuchaba—. Hay fisuras en la iglesia, Manuel. Hay fisuras —insistía—. Estoy seguro.

Y yo no le quería quitar la ilusión; mas para mí tenía que el tal obispo Olarte era un actor. Porque toda la iglesia romana era partidaria del general gordito, con bigotito y gorrito, tan poco

varón, tan poco militar. Todas las curias estaban por él; y la unión de uniformes y sotanas formaba un ejército ampliado, invencible.

Fuego, humo y azufre

Al llegar a este punto del relato no puedo evitar el recuerdo de un intenso olor a pólvora, junto con los de sudor y tierra, mezcla que engañaría por su parecido con el propio de las fiestas si no fuera porque tras él vienen vahos de muerte. Tal recuerdo me lleva a los pasajes del Apocalipsis, y no sé si escoger el de la apertura del cuarto sello o repasar el del toque de la sexta trompeta. Veo la muerte cabalgando en un rocín amarillo —como la muerte es, cérea donde la sangre no la tiñe— mas enseguida reparo en otros caballos de quimera, con cabezas de león y bocas de las que salen fuego, humo y azufre. Recuerdo después momentos vividos que no consigo creer, identifico plagas bélicas por las que fue aniquilada la tercera parte de los hombres y pienso que Dios concedió a san Juan una iluminación más que profética para escribir ese trecho de los Libros Sagrados. Porque nada hay más próximo, en sustancia, a lo que fuimos a vivir los encerrados en las trincheras del Ebro.

Resignadamente, pero con la ilusión de ver a mi novia, salí de Tui para Vigo en un transporte militar. Era día de hálitos congelados, de campos en los que humeaba el estiércol. Mis compañeros traían gestos sombríos, cada cual metido en sus cavilares, sin palabra en la caja del camión que nos transportaba al cuartel del Castro. Guardaban silencio. Callaban su mala suerte. Nos la callábamos, porque cada uno de nosotros, cuando se vio herido, tuvo la esperanza de que la guerra concluyese antes de tener que volver a ella.

Yo aproveché la mañana para orar. Le pedí al Señor que el mal —

siendo tanto como era— fuera el mínimo posible para que los españoles llegaran a un acuerdo de acabar con la lucha cainita en que se habían enredado…

La mañana en que retorné a Vigo, la ciudad grande y abierta al mundo era un teatro lleno de luz donde los creyentes todavía podían vivir como personas (no como bichos destinados a ser aplastados con la puntera del zueco). Di gracias a Dios por la visión de aquel mundo bienquerido y entré cojeando por la puerta del cuartel, allá en el alto dominador de todos los paisajes. Me acomodaron decentemente. Enseguida me presenté a un sanitario que leyó los papeles del expediente emitido por el hospital.

—Tienes que pasear, rapaz. Mucho paseo, para que esa pierna llegue a funcionar bien —prescribió, y acabó recomendando—: Esfuérzate por que te funcione, que no te libras de volver al frente; y allí, *o carallo*: si no te funciona la pata, igual te meten cuatro tiros los rojos como no corras.

Lo miré intentando no expresar nada. Era un hombre joven, rubicundo, seguro en el hablar. Me sostuvo la mirada y, no contento con su recomendación cruel, aun me hirió un poco más:

—El comandante Sánchez no quiere aquí maulas. Y tú, Liñares, no eres trigo limpio, que debes de ser de los que hacen misas negras.

Entonces, forzando la falta de expresión que mantenía, pregunté:

—¿Me puedo retirar?

El sujeto levantó una mano en horizontal, palma arriba, indicando marcha.

Cuando cruzaba la puerta, oí que me hablaba:

—No te asustes con los tiros que se escuchan por la mañana: es que en el muro de abajo se fusila a los comunistas y a los masones que se van pillando…

Seguí hasta mi litera. A acostarme y orar, a pedir fuerzas para continuar navegando en aquel mar con más escollos que olas. Oído lo que me había dicho un simple sanitario, no tenía duda de que la información sobre mí hubiera corrido rápidamente entre los que mandaban en el cuartel. Y de nuevo temí por lo que tan fácilmente se perdía en tiempos de revolución, la vida.

Una vez más sentí la amargura de luchar a favor de quien no quería que yo existiese y contra quien aún podría admitirme como yo era. Por un momento vi al ejército de los milicianos atacando como en Teruel, ciudad vieja, de frío y odio, reconquistada por Franco con tan enorme sangría. Despierto, soñé que toda la gente

de bien que creía en el régimen político legal juntaba fuerzas para detener el avance de las tropas de «la Nueva España» contra el Mediterráneo. Que el ímpetu de los voluntarios extranjeros valía más que la doctrina de los comisarios políticos. Que tal firmeza llegaba a convencer a los generales africanistas de que la paz pactada era lo mejor para todos. Mirando nacer la primavera en el Castro de Vigo a través de las ventanas del dormitorio, quise creer que pudiésemos volver a la convivencia; quizá a una forzada convivencia. Y hasta pensé que todas las partes fueran a ceder para que la concordia mandase…

Todo eso cavilé. Pero no me atreví a pedírselo al Altísimo.

NO TARDÉ EN TENER PASATIEMPO EN EL CUARTEL. Sonoramente, llamaron mi atención los ensayos de corneta que hacían unos pocos soldados.

—¡Me cago en los artistas del carajo de lata y en la puta que los parió! —juraba mi vecino de litera cuando oía el son agudo de los toques.

Pero yo, escuchando tales gorjeos, concebí una esperanza: vivíamos lejos de los frentes, en un distanciamiento que podía acabarse cualquier día. Entonces, por aprovechar el tiempo de regalo, debía aprender a tocar el instrumento bélico ya que siendo «turuta» tendría excusa para no andar armado cuando volviera a la guerra. Sin más arma que el instrumento musical, superaría el escrúpulo de ser actor directo de posibles muertes.

Un recuerdo me dio ánimos para probar suerte, el de las clases que a hurto, entre trabajos de acción apostólica, había recibido yo de Minguiños, maestro de música de mi pueblo. Y no me costó ser admitido como aprendiz de corneta. Al sargento que negociaba ese oficio le dije que yo tocaba la bandurria y que había aprendido por el segundo método de don Hilarión Eslava; pero esas razones de peso musical no parecieron conmoverlo tanto como la desgana de mis compañeros. De manera que pronto me envió al centro militarizado de los Salesianos, donde, practicando con ahínco, llegué a dominar los toques de avance, retirada, reconocimiento, oración e izada de bandera. Fueron semanas felices, de práctica por la mañana y todo el resto del día paseando. Viví una felicidad aparente, guardando ascos y miedos en los adentros.

Durante ese tiempo musical, el señor Adelino, padre de Carmiña, me avisó de que iba a haber exámenes para factores de la compañía

del ferrocarril. Allá fui a tramitar los papeles, con uniforme y bastón de herido en combate. Todo fue facilidad para un veterano de «la fiel infantería», e hijo de Valerio el del sindicato que todavía anidaba en los corazones de los hombres con uniforme de paño de Béjar. Me examinaron y me dieron el aprobado. Con júbilo mandé telegrama a Casa Valeriano. Recibí felicitaciones de los que me querían o aparentaban quererme. Cuantos conocían la seriedad de la empresa que me concedía aptitud para trabajar imaginaban un porvenir sólido para mí tan pronto acabase la guerra. Estábamos en la primavera del Segundo Año Triunfal…

Aquella bonanza acabó como el Carnaval, de repente y con sabor de cenizas: HEMOS ALCANZADO EL MAR fue el titular del periódico que cayó en mis manos el día en que por el Castro se empezaron a oír noticias sobre próximos destinos. Efectivamente, el ejército de Franco, tan apoyado por las fuerzas expedicionarias de Mussolini y Hitler, había llegado al Mediterráneo por un punto de nombre sonoro, Vinaroz.

—Cataluña está aislada —repetían con júbilo los oficiales en el cuartel.

—Que se preparen esos hijos de puta de los catalanes —repetían los suboficiales restregándose las manos, como si fueran a emplearlas en alguna labor concreta, inmediata.

En la cantina corrió más coñac del que era costumbre entre aquellos hombres de alma encallecida, y, según se iban soltando las lenguas, se empezaron a oír detalles de nuestra vuelta al campo de batalla:

—Para Aragón.

—A un batallón de montaña.

—Un batallón de choque, ¡de choque!

—El que tiene el mando es don Camilo Alonso Vega.

—Es de Ferrol, como Franco, y le llaman el Carnicero…

A partir de aquel momento, mi atención se centró en adquirir noticias que pudieran ayudarme e imaginar lo que nos esperaba a los condenados a la lucha, porque se oían rumores de una nueva Guerra Europea, hasta se decía que la gente con posibles estaba abandonando París por miedo a un ataque alemán. Y los pastores ingleses confirmaban el temor de conflagración con palabras sencillas:

—Gran Bretaña toma medidas mientras Hitler ensaya tácticas y armas aquí en España.

Eso era evidente. Los fascistas alardeaban del apoyo recibido. Acusaban a los republicanos de dilapidar el Tesoro de España pagando armas rusas, y por la boca pequeña la gente de Vigo se preguntaba cómo diablos iba a pagar Franco las cuentas que el Führer y el Duce le fueran a presentar.

—Algo ayudarán los curas con lo que recogen en misa —insinuaba el padre de Carmiña…

Pasaron días de calor, el cuco cantaba por los montes. Nuestros instructores nos apretaban con maniobras, a las que me hacían ir, con bastón. Las armas de estreno venían a confirmar el negocio alemán con Franco. El único elemento español de mi equipo de infante debía de ser la corneta, una poca cosa de lata.

Por fin nos confirmaron que nos íbamos a integrar en un batallón de primera línea, en Aragón. Entonces, como quien se siente incapaz de gobernar la propia vida y así se entrega en las manos del Altísimo, caminé por un Vigo de semblantes alegres y mustios, cargados de explosiva alegría los de quienes se consideraban vencedores, y los de los otros, sumidos en la tristeza prudente de quienes temen que aun les hagan mayor mal si manifiestan su estado de ánimo.

Larga era la tarde de un anuncio de verano que no valía lo mismo para todos; que me había aliviado el dolor de la pierna herida a punto de hacerme sentir dispuesto a la carrera. Tras un buen paseo, llegué a la iglesia de Pi i Margall y en ella entré, uniformado, sin preocuparme por lo que conocían perfectamente los infinitos ojos y oídos del SIM. Don Federico Gray leía para la asamblea de cristianos un trecho capital del Evangelio de San Marcos, «El primero de todos los mandamientos». Su voz hecha para resonar en los templos agudizó el tono en varias frases mientras buscaba con la vista los rostros de siempre, y los que pudiese sospechar ajenos a la congregación, de los espías que informaban de nuestros actos. Toda su capacidad de orador sagrado afloró mientras reproducía el discurso del escriba, «Amar al prójimo como a sí mismo es más que todos los holocaustos y sacrificios», y la respuesta del Redentor al escriba que había entendido la Palabra, «No estás lejos del Reino de los Cielos».

Don Federico nos hizo meditar sobre la frase siguiente en el capítulo 12 de San Marcos.

—«Y como ya nadie más osaba preguntarle nada» —repitió—. Porque, hermanos queridos, nada se puede preguntar después de

que Él nos enseñase la ley principal de la existencia humana, lo que nos la justifica: amar a Dios, que nos dio el existir, y amar como a nosotros mismos a los que con nosotros existen, porque su existencia tiene tanto valor como la nuestra, ni más ni menos…

Fuera, en la calle, mientras la congregación se disolvía rápidamente, hablamos del inolvidable don Tomás Berkley, muy enfermo en Inglaterra; y le adelanté a Carmela la inminencia de nuestra salida al frente del este, en el que pronto iba a haber actividad según indicios.

Anocheciendo, todavía pude distinguir la pasión linda y firme de su rostro. Parecía como si no le importase mi marcha hacia los mataderos de bayoneta y metralla.

—Vas a volver —dijo, segura—. Yo sé que vas a volver —me cogió una mano entre las suyas y siguió, con voz que parecía venir de otro ser, de otra esfera del Universo—: Y yo te voy a esperar, aunque tardes media vida en venirme a buscar; y nos vamos a casar, Manueliño, y vamos a tener muchos hijos.

Me saltó en el pecho el corazón enamorado. Deseé locamente estrechar en mis brazos a aquella criatura increíble porque, siendo tan bella de cuerpo y alma, no era un sueño quimérico sino una realidad. Mas estábamos en público, en la acera; y nos quedamos quietos, callados, cogidos de la mano, mirándonos.

Pasaba la gente y escuchamos murmullos sobre «tortolitos», «cariños», «besitos»… Dos caraduras vestidos de azul con correaje nos cantaron el popular «*Amoriños collín á beiriña do mar*». Comieron a Carmiña con los ojos y levantaron en mí furias de varón al que le tocan su sagrada prenda.

Entonces ella soltó mi mano.

—Vete yendo —me ordenó—. Y no dejes la oración, que yo estaré orando y aguardando.

Dio media vuelta. Se fue. Yo habría salido atrás de ella, pero temí el ridículo: Carmeliña era mucha mujer a pesar de su juventud, y siguió sin mirar para atrás. Se perdió por una cuesta abajo con sus formas armónicas coronadas por un sombrero de señora dama, iluminada intermitentemente con la pobreza de los faroles del barrio.

Una carrada enorme de tristeza me hizo ir cojeando hasta el cuartel del Castro. Allí, a la entrada, el oficial de guardia me dio un anuncio de mal presagio:

—Liñares, el comandante está venga a esperar por ti y llegas justo

al límite de la hora, ¡hostia!. Y ahora me vas a decir que vienes de echar un polvo, cuando no sois capaces ni de meneárosla.

Aguanté la grosería, militarmente. Subí hasta el despacho del comandante con miedo, recordando la ira de don Eduardo Castro. Yo no había renunciado a mi credo ante él y eso, el desaire a un oficial, era lo que los militares no me perdonaban, lo que daba más valor a la ficha de comunista y masón. Don Eduardo no había tenido entrañas para fusilarme ni contando con la petición del obispo de Tui, pero me había degradado y difundiría un informe especial que en cualquier momento, aumentado con cualquier denuncia, podría hacer de mí el blanco de un piquete. Razón tenía Carducho Pedre cuando decía que lejos de nuestra tierra íbamos a estar mejor que entre los nuestros…

Ante la puerta barnizada del comandante mi esperanza ya flaqueaba. Estuve seguro de que Carmela decía tonterías, engañada por el cariño, confundiendo deseo con posibilidad. Porque nada justificaba que yo fuera a superar con vida la insidia de los fascistas, ni las balas de los republicanos, que, a distancia, no podían distinguir ideas en el bando contrario.

Llamé.

—¡Pase!

Entré:

—Con su permiso, mi comandante.

Aquel tipo de bigotillo estrecho levantó apenas la mirada de un montón de planos de campaña que iluminaba una lámpara de mesa.

—¿Qué cojones quieres? —me preguntó, ofensivo tal vez porque yo le hubiera interrumpido un ejercicio de táctica.

—Me manda venir el oficial de guardia —respondí.

—¡Ahá, entonces tú eres el corneta! —ahora me miró con una sonrisa abierta.

—Yo… —dudé, pero pensé que la verdad siempre triunfa—. Yo estoy aprendiendo con el cabo de los Salesianos.

—El cabo dijo que eras el mejor.

Me callé.

—Bien. A partir de ahora serás corneta de plaza. Hazte cargo. Han llegado órdenes de que salgamos mañana para Caspe. ¿Sabes dónde es Caspe?

—Provincia de Zaragoza, si no me equivoco.

—No te equivocas, no, que los ferroviarios sabéis mucha geografía —me miró de arriba abajo—. Mandan cada fulano a este batallón…

—su rostro mostraba duda, quizá sobre el destino en un cuerpo de asalto de un sujeto como yo, aprovechable en puestos de más inteligencia. Pero luego pareció despejarla—: En el Ebro te vas a quemar los labios de tanto tocar al ataque… A ver si acabamos de una puta vez con toda esa gentuza roja… Ala, retírate.

Me retiré, respiré hondo, el corazón latiéndome suavemente. No se había repetido la escena del cuartel de Tui, no había pelotón dispuesto a pasar por las armas a un hereje que se negaba a abjurar. Dios seguía dándome crédito. Mi Carmela acertaría.

A LOS NUEVOS ESCENARIOS DE LA GUERRA llevamos desde el cuartel del Castro en Vigo la sensación de continuo escalofrío que reinaba en la retaguardia. Desde la fortaleza el mando militar mantenía la sumisión absoluta de un pueblo amedrentado. El Castro era el reducto del poder con armas; y un lugar de muerte para los que osaran seguir vivos con ideas distintas a las de los sublevados.

El sanitario que vigilaba los progresos de mi pierna llevaba la cuenta:

—Esta mañana fueron ocho.

Y lo decía con la satisfacción del barrendero que acaba con las ratas en la calle a su cargo.

Ocho, o seis, o tres: todas las mañanas sonaban las descargas; y los gritos últimos de los que ya nada tenían que perder delante del pelotón. Después se escuchaban las camionetas bajando los cuerpos martirizados desde el Castro al cementerio de Pereiró. Y quedaban los rastros de sangre, regueros continuos entre el murallón y la carretera, interrumpidos más abajo según los botes de los vehículos hiciesen vaciar las venas rotas.

Tanta muerte de civiles indefensos era un escándalo para los que habíamos vivido el fragor de la batalla, el caos de todos los aparatos de matar juntos. Escandalizados, hasta sentíamos nostalgia de aquella forma de morir caótica, ejército contra ejército, de la barahúnda de explosiones que no dejaba pensar.

—Esto no hay quien lo aguante, Manuel —repetía mi compañero de litera después de cada fusilamiento. Porque con cada una de esas ceremonias asesinas teníamos ocasión de pensar como se había iniciado la contienda y, peor aun, de cavilar en su fin y en el futuro que a cada cual le esperaba.

Por eso recogimos el equipo aliviados, y salimos hacia el tren cantando, riéndonos de la ridiculez suprema del cuartel que

destacaba sobre Vigo: la del mástil.

En la demencia de las cosas militares, a un mástil le habían hecho consejo de guerra por haber provocado la muerte de un soldado cuando erguía en él la «insignia nacional». Se había caído el quinto accidentalmente desde la muralla y el palo se llevó las culpas; por lo que permanecía allí, en una airosa esquina de la fortificación siempre desnudo, sin bandera.

Nos fuimos del Castro malhadado. Según nos alejábamos entre cantares y chanzas, un compañero miró para atrás, hizo la higa, y expresó el sentimiento de todos:

—Ojalá te metan un bombazo…

Así llegamos a la estación del ferrocarril, donde algunos miembros de la expedición al Ebro eran esperados por sus familiares.

A mí me vinieron a ver Carmiña y Plácida, su madre. Carmiña se mantuvo firme. Me dio un beso en la cara; permitió que mis labios tocasen los suyos en un disimulo rápido; y repitió su idea fija:

—Vas a volver y nos vamos a casar.

Plácida no aguantó los bufidos de la máquina que anunciaban el adiós. Bajó la cabeza, sin sacar el pañuelo del bolso, y abrió las cuitas de su corazón a la audiencia de las familias que habían venido a despedir a los mozos:

—No sabemos nada, no sabemos nada, nada, nada…

Sin que nadie le hubiera preguntado, se refería a su Joseíño, el «pequeño» que se le habían llevado a la guerra. Solo tenía cartas de él diciendo que estaba agregado a una unidad italiana; y en las canciones de los dos bandos de españoles azuzados corría que los italianos eran unos cobardes, que se llevaban palizas suficientes como para no abrir más la boca.

Le prometí hacer «lo posible y lo imposible» por saber del chico. Subí al vagón, busqué ventanilla libre y vi disminuir aquellas dos figuras queridísimas según otras muchas disminuían sobre el andén. El tren aceleraba, se aproximaban en el tiempo los golpes de las ruedas en las juntas de los raíles. La madre apoyó la cabeza en el hombro de su hija. Así fue como las dejé de ver.

El convoy no paró en la estación de mi pueblo. Pasó por ella despacio. Los Liñares Couto formaban en el andén, firmes para revista, forzando la sonrisa, agitando la mano. Fueron visiones de amplios segundos, con el Miño de fondo y Portugal en paz, que dejaron estela de recuerdos en un recorrido hacia atrás en el tiempo, desde el discurso del pastor inglés sobre el carro en Oleiros

hasta los besos de Carmen de los Cachenos y la mordedura del perro rabioso que se hundía en mi niñez.

Después pasó el día, vino la noche, y volvió a pasar otro día. Cruzábamos España, mirábamos los paisajes diversos de unas regiones asoladas por guerras desde el tiempo de los romanos, ahora destruidas por la que más técnica había aportado. Cambiamos de tren. En los empalmes nos dieron comida de soldados: a veces latas, y otras guiso del que era mejor no hacer preguntas.

De tal manera, sobre carriles y ruedas, fuimos llegando a donde ya alcanzaban temblores de explosión traídos por el viento de una mañana caliente, en tierras rugosas y pardas. A partir de allí tendríamos que seguir a pie hasta el lugar de incorporación a nuestra unidad, desplegada sobre una línea roja de los mapas.

Andaba yo recordando los sufrimientos de las marchas bajo el sol de verano, revivía en la memoria las angustias de Brunete y Azaña mientras se organizaba nuestra columna, cuando surgió delante de mí una figura de suboficial que me alegraba distinguir entre cientos de hombres uniformados, sin más diferencias que los galones y las insignias de la unidad a la que pertenecían.

Frágil, patizambo, avanzaba curvado como de costumbre, y ahora cojeaba apoyado en un bastón, como yo.

Me acerqué a él.

—A sus órdenes, mi sargento.

—¡Hombre, Liñares! —me reconoció, miró mi bastón, chispearon sus ojos rehundidos— ¿Qué tal esa pata, paisaniño?

—Ya casi buena, ¿y a usted qué le pasó?

—Metralla de obús… Un estropicio, por culpa de los putos italianos. Nunca tantos maricas con plumas vi juntos —y, de repente, como si se acordase de algo, su rostro afilado se ensombreció—. Fue en Padilla. Allí cayeron un montón de los nuestros. También tu amigo, el galleguista.

Carducho… Lo oí como si ya lo esperase. Apenas me distraje del discurso de Yáñez: venía de recuperarse y se incorporaba a un nuevo batallón. La borla del gorro penduleaba sobre su frente mientras movía la cabeza con gestos preocupados.

—Esto está durando demasiado, Liñares, demasiado —insistió— y nos están llegando unas quintas de chiquillos que se echan a llorar cuando les mandas saltar del parapeto.

Al hilo de ese comentario, le conté que ya se habían incorporado mi hermano Alfredo y José, hermano de mi novia, del que nada se

sabía, salvo que andaba con los italianos. Yáñez recogió la promesa que yo le había hecho a la señora Plácida y me pidió la dirección de la familia para mandarle una nota con lo que indagase. Cansados de apoyarnos en una pierna débil, acabamos sentándonos en bultos para seguir la conversación. Le expliqué mi destino.

—Alguien te sigue queriendo mal, Liñares —concluyó—, porque te mandan al infierno. El Carnicero de Ferrol no repara en nada. Tiene fama en todo el ejército… No hace más que pedir que le cubran las bajas. En el hospital coincidí con un sargento que había estado con él y me dijo que lo habían herido en una toma de posición, y que entonces solo bajaron ilesos dos docenas, de los ochocientos hombres de su batallón… En fin, tú mira por tu zurrón, chico, que me parece que no eres de los que poco importa que los maten. Hay gente que te espera —sus ojillos se arrugaron, con tristeza—. Fue una pena lo de tu amigo, porque decía cosas con mucha razón: a ver si, cuando acabe la guerra, Franco es capaz de compensar a Galicia con todo lo que le estamos dando. Pedre decía que bien nos llegaba con que diera trabajo y parase la emigración.

Me quedé asombrado por lo que estaba oyendo, y entendí que la convivencia en las trincheras podía llevar a tales grados de confianza, hasta a una predicación de ideas como la que hacía Carducho con su galleguismo.

Me sentí mal conmigo mismo. Me acusé de cobarde, por haber vivido ocultando mi condición de protestante, en vez de pregonarla con prudencia: podría haber hablado para hombres receptivos como el que ahora tenía delante con las manos apoyadas en el mango del bastón. Pero también me dije que a Carducho nunca lo habían amenazado con el pelotón de fusilamiento; que el rigor del clero aliado de los militares nunca sería tanto para galleguistas como para disidentes de Roma; que los partidarios de la autonomía podían ser fervientes católicos romanos.

Por desviar la conversación sin dejar de que tuviera tonos íntimos conté mis peripecias a Yáñez, incluido el examen de factor y la nueva habilidad de corneta.

—Siendo turuta, vas para la plana mayor —echó una mirada a mis compañeros, que ya formaban—. Ala, vete yendo, Liñares, que se te va a cabrear el sargento.

Me puse en pie y saludé a Yáñez. Él me devolvió el saludo apenas levantando una mano del mango del bastón. Estaba sentado en un fardo verde, con las piernas separadas, el cuerpo inclinado sobre su

apoyo de palo, la cabeza caída y la borla roja del gorro danzando por delante de su nariz.

Así lo recordaré para siempre, pues nunca más lo vi de otra manera. Yáñez iba hacia el averno del que pocos conseguiríamos regresar.

Agua en la cantimplora, lata de sardinas y pedazo de pan: ese fue nuestro viático, el de costumbre. Formamos y comenzamos la marcha por una carretera que reflejaba en su negror de alquitrán reblandecido toda la potencia del sol aragonés.

Era un alivio no llevar fusil ni munición. Ni granadas.

Pasaban vehículos. Muchos de ellos a velocidades imprudentes. Los coches que trasladaban oficiales y las ambulancias con heridos pitaban e intentaban avasallar a los camiones, orillaban y levantaban una polvareda ardiente, irrespirable, que cegaba. Los soldados a pie como nosotros parecían no contar a la vista de los conductores. Esa fue la causa del accidente.

Desde la caja de un camión en sentido contrario al de nuestra marcha, un grupo de veteranos cubiertos de yeso y vendas nos dio la bienvenida a su manera:

—¡Que os follen, que nos vamos a casa!

—¡Ya veréis por donde os la meten los rojos!

—¡Y los moros!

Entonces fue cuando el coche que venía detrás del camión aceleró. En ese momento se juntaron los bocinazos del coche con los de una ambulancia que nos seguía y el estruendo de tres motores. Recibí el golpe de una cabeza contra la mía, me vi rodando por la cuneta y sentí por todo el cuerpo tropiezos con piedras agudas.

De nuevo quejidos y sangre. Gritos y órdenes. Juramentos. Blasfemias. Maldiciones…

En las guerras también hay heridos sin bala ni metralla, que son enviados al hospital, donde algunos escriben a sus novias.

«En un lugar del frente, a día… —encabecé nota según mandaba la censura—. Queridísima Carmiña de mi corazón: Estoy nuevamente hospitalizado, no pienses que por culpa de los marxistas sino por la mala suerte de un accidente de circulación. Y, no te rías, pero tengo apariencia de máscara chusca de carnaval, con la cabeza metida en un turbante de gasa y el brazo izquierdo pegado también con vendas al pecho. Para poderte escribir, un enfermero tuvo que atarme un cuaderno de tapas duras a la pierna…»

En los días tórridos de julio del 38 me acompañó la Biblia bajo las

lonas del hospital de campaña. Una lesión en las costillas me obligaba a dormir sentado, y la lectura me ayudaba a coger el sueño. La historia bélica del pueblo de Israel me dio materia para fantasías, con las que llegué a soñar. En un sueño, el capitán Marcelino era David; y Goliat no sé quien era, pero tenía barba espesa, negra, mal afeitada, y ojos claros; como don Santiago.

Los gallegos del hospital, dirigidos por un capitán médico, preparamos para el día 25 una fiesta con gaitas incluidas. Pero no hubo ocasión para ella.

Con el alba surgió un fragor que anunciaba lo que en las horas de luz se verificaría desde el hospital. Llegaban continuamente ambulancias, heridos y sanitarios con noticias frescas:

—Esos hijos de perra están cruzando el Ebro.

—Los de la 50 no consiguen rechazarlos.

—Han armado puentes y no paran de cruzar tanques rusos.

—No hay Dios que aguante esa avalancha.

—La 50 se ha ido a tomar por el culo…

Había caído una división franquista, la mencionada 50. El paso de las horas hacía sombríos los rostros de los que debían administrar medicina, según aumentaba el número de los que les traían para atender. Los aparatos de matar de los republicanos no respetaban graduaciones: por delante de mi cama los enfermeros llevaban hombres maltrechos, quemados, sucios de sangre y tierra, con uniforme de oficial y de soldado; unos chillando, otros apenas lanzando quejidos sin fuerzas. Los operaban y los devolvían del quirófano. Bajo la carpa les hacían sitio en las camas libres.

Hasta que ya no hubo más lugar para aquella avalancha de tullidos y moribundos, y vino lo que era de esperar:

—Liñares, deja la cama.

Recogí las cosas que guardaba debajo de ella. Un compañero que solo estaba cojo me echó la camisa por los hombros; y salí de las lonas como una momia con bastón.

Esa noche dormí en una camilla bajo un almendro; y, como cuerpo y alma se hacen a todo, no me molestó el percutir de explosiones que un vientecito leve traía desde la cuenca del Ebro. Pasé el día siguiente a la sombra del árbol. Me reclamaron también la camilla y, a partir de ese momento, dormí en tierra, con una manta. Miraba mucho al cielo. Una semana después ya era experto en aviación, observador capaz de distinguir por los sones los aparatos de cada bando…

—Liñares, a reconocimiento.

Me reconocieron y me dieron el alta, con una recomendación:

—No apoyes ese hombro contra nada.

No debía cargar la coyuntura del hombro izquierdo, el que me había dislocado en el accidente. Por lo demás, los cortes de mi cabeza nada importaban. Mis costillas fisuradas tampoco. Había que reponer bajas y me mandaban al frente.

Avanzábamos hacia allí ligeros, desarmados, en las camionetas que nos iban a dejar «entre Curbera y Gandesa». En un descanso de viaje, mientras nos aliviábamos la vejiga, un muchacho le dijo a otro:

—En tiempo de guerra no se limpia el fusil.

Y su compañero respondió:

—Ni siquiera el que te van a dar cuando llegues, que será de un muerto.

Yo escuché esta broma siniestra y discurrí que no merecía la pena cargar tropa de refresco con armas que la estaban esperando, las de las bajas que venía a sustituir en las trincheras. La idea era perfectamente lógica y válida, aceptable con ayuda de mi ingenuidad…

Según nos fuimos acercando al teatro de operaciones, como se dice en términos militares, aumentaba el fresco y parecía que el cielo bajase, cuando era que nosotros ascendíamos hacia las nubes apelotonadas y grises, tormentosas, preñadas de lluvia. La artillería se dejaba sentir y, hasta a la luz del día, resplandores tenues daban aviso de la batalla. Trabajaban los cañones, y por la mente de todos los que avanzábamos callados pasaría que los aviones no iban a faltar al festival de las bombas.

Se detuvieron las camionetas.

—¡Pie a tierra!

Los cabos formaron a la tropa y formados entramos al vestíbulo de aquel teatro en que íbamos a ser espectadores y actores al tiempo, una explanada con ambulancias, tiendas de campaña señaladas con la cruz roja y mulas con cuerpos atravesados, de los combatientes que ya no precisaban socorro.

Un camillero se nos acercó chupando una lata de leche condensada. Había creído reconocer a un amigo entre nosotros, se dio cuenta de la confusión pero entró en conversación con todos.

—Aquí tampoco estamos completamente a salvo —informó relamiéndose los labios—. De vez en cuando corrigen tiro y no les

importa perder un obús de balde. Aunque estemos mejor que por ahí adelante —indicó las alturas secas de donde provenía un coro de ráfagas de ametralladora y respuestas de fusil—. Y no hablemos de los torneos aéreos… ¿Y a dónde carajo os llevan?

—A la cota 496 —respondimos varios al unísono.

—¡A la 496! —trazó un gesto de asombro al conocer nuestro destino, y aseveró preguntando—: Os harán esperar a la noche, ¿no?

No dio tiempo a respondérselo porque ya nos llegaba la orden de ponernos en marcha. El camillero se fue calladamente, chupando su lata, recolocándose el gorro y rascándose la nuca. Nosotros iniciamos camino mirándolo con envidia, subiendo una cuesta tras la que comprendimos los recelos de ese mozo cansado de recoger heridos y muertos. Frente a nosotros, entre una lluvia que ganaba fuerza por minutos, se veían las trincheras de la posición franquista; pero también se distinguían a lo lejos las de los milicianos de la República. Para llegar a unas o a las otras era necesario atravesar tierra de nadie barrida por el fuego de los dos bandos. Solo la oscuridad y los caminos que bajasen por el monte a espaldas de los atrincherados permitirían alcanzar sitio en los fosos con mínima seguridad.

El sargento que nos guiaba levantó la mano. Detuvimos la marcha mientras, nerviosos, nos mirábamos esperando recibir orden de dispersión en busca de cobijo. La orden no venía y las balas, aisladamente, rebotaban en las piedras y se enterraban en el suelo delante de nosotros. Llovía groseramente. Sonaban, asustadoras, las dum-dum revientahombres. De cuando en cuando también caían obuses levantando surtidores de tierra. Solo aliviaba pensar que los aviadores no se arriesgarían a salir de sus aeródromos con tiempo tan malo.

Se vaciaban las nubes con rabia de tormenta y las mantas, con las que nos cubrimos, recogían agua como toallas. Me acordé de algo oído en el hospital de Tui, de un sargento que había sufrido inclemencias de temporal en Asturias: «Los generales nunca calculan que pueda llover»…

Cuando ya nos cansábamos de aquel plantón, se vislumbró bajo el diluvio un piquete de soldados al mando de un alférez. El sargento y los cabos de nuestra tropa se acercaron a ellos y estalló una discusión.

—¡Eso es ir a la muerte! ¡A la puta muerte! —eran frases repetidas,

que provocaron pánico y rotura de disciplina.

Descompusimos la formación y cada uno de nosotros fue a buscar amparo tras los tocones de árboles que por allí se veían, y entre restos de vallas de lo que debían de haber sido fincas labradas.

Entonces avanzó en la lluvia el piquete, que cargó armas.

—¡Apunten! —ordenó el alférez que había transmitido a nuestro sargento la orden de salir hacia la posición. Y se dirigió a todos nosotros—: ¡O salís para arriba u os quedáis aquí para siempre!

Salimos. Lo que allí se quedó fue mi bastón, compañero de larga convalecencia. Lo dejé clavado en la tierra arcillosa que se hacía lodo, y me tiré a ella, seguro de que Dios me acompañaría desde aquel punto hasta las líneas borrosas de las trincheras. Con la manta enrollada y atada, avancé sobre codos y puntas de pies, temiendo por lo que ese esfuerzo me fuera a repercutir en el hombro mal curado, cantando a pleno pulmón en la barahúnda de tiros y explosiones lo que ningún papista podría impedirme cantar:

Santo, Santo, Santo, Señor Omnipotente:
en mis labios alabanzas tú siempre has de tener.
Santo, Santo, Santo, adoro reverente
a Dios en tres Personas: benditas han de ser.

Nuestra ascensión en ese momento hacia la «cota inexpugnable» (como pasó a la historia militar) parecía una locura a los ojos de quienes nos vimos obligados a hacerla; pero, desde el punto de vista de los jefes de la guerra, tenía justificación.

—Precisan refuerzos. Quieren tenernos… allí arriba… antes de que los rojos… manden otro… ataque —fue lo que me dijo nuestro sargento, jadeando, acostado en un charco mientras la lluvia confundía las cosas en la poca luz del fin de tarde.

Entrábamos en la noche y, si no fuésemos veteranos, nos habríamos vencido a la tentación de correr, seguros de que ningún tirador sería ya capaz de hacer blanco en nosotros. Pero sabíamos bien que nunca falta una bala en el camino de quien anda derecho, y seguimos reptando, embarrándonos, hocicando en el lodazal que quizá hubiera sido quinta de árboles cultivados, dispuestos regularmente, ahora sombras fantasmales, esqueléticas. Por los jadeos que se escuchaban sabíamos que aún teníamos compañeros vivos alrededor, y los cabos iban cantando nombres, que se les respondían según avanzábamos, a cada brazada con más dificultad, porque, como maldición que se cebase en nosotros, el azote de los

cielos aumentaba: llovía a Dios dar, con ansia de ahogarnos.

Los tiros de arma ligera cesaban, comenzaba un cañoneo ordenado, que se intensificó, dirigido a la parte baja de la posición franquista. Truenos y rayos, estruendo y lucerío de las explosiones apagaban los gritos de los jefes y descubrían instantáneamente nuestras figuras cargadas con el peso del agua en las mantas amarradas a la espalda.

—Preparación artillera —oí decir a un cabo—. Venga, muchachos, que esos hijos de puta van a atacar. Ala, al menos que nos pillen dentro.

Derrengados, ya caminábamos cercanos a las trincheras cuando los que nos dirigían mandaron juntarse, para entrar a donde nos esperaban con santo y seña. El cansancio de la subida aturdía, quitaba las ganas de hablar con los compañeros. En silencio, tal vez no fuera yo el único que se imaginaba una recepción con algo de comer, lumbre y un toldo para protegernos de la cascada en que se deshacían las nubes. Pero solo encontramos desconcierto.

En el punto por el que entramos a las trincheras no quedaban más que los centinelas, criaturas ateridas, quietas y mojadas, sin más amparo contra el diluvio que su casco. Tanto castañeteaban los dientes que no conseguían hablar. De sus bocas salían sones vagos:

—Con… concen… trados abajo.

—Un alfé… fé… férez, po… or allí, a la de… derecha.

—En el pu… pues… to de mando.

Avanzamos por el laberinto de las zanjas, un fangal que por trechos se hacía regato. Ahora, al castigo que venía de arriba se juntaba el martirio de los pies, que nada defendían las botas, deshechas en vencer la cuesta llena de cantos por la que nos habíamos arrastrado.

La oscuridad era absoluta. No había luces encendidas, para evitar que los contrarios pudiesen fijar el tiro, y solo llegaba entre las gotas algún haz de linterna, prendida y apagada al momento. Las voces cayeron al susurro según pasamos entre tipos pasmados en su miedo, agarrados al fusil. Ese hablar bajito fue el que nos hizo dividirnos, y el que justificaría que cada cual de los que acabábamos de llegar fuera resolviendo su vida como le coincidió.

Al clarón de un rayo mis ojos descubrieron lo que semejaba tienda de campaña y, pensando encontrar allí algún oficial al que presentarme, dirigí mis pasos por el corredor excavado que conducía a su entrada. Separé la lona gruesa que hacía de puerta.

Me extrañó no ver dentro ni siquiera una lucecita de guardia; di con los pies en lo que me pareció una tarima y a tientas descubrí que estaba en un almacén lleno de cajas ordenadas, cubiertas de lonas que se retiraban fácilmente.

Eso me hizo concebir la idea de quitarme la ropa y descalzarme para tomar un descanso envuelto en las piezas de tela rústica y seca, antes de echarme de nuevo a la oscuridad en busca de quien me diese instrucciones.

Así procedí. Junté varias lonas para colchón y me envolví en otra. Un calorcillo amable se hizo conmigo. El cansancio pudo más que el hambre, que ya había dado alarma hacía tiempo; con el cuerpo molido y el estómago vacío caí en un devaneo apenas molesto por el vibrar de explosiones próximas, o de la tormenta que se alejaba. Llegué a discurrir que me estaba arriesgando a un consejo de guerra por faltar a mis deberes durante un ataque, pero me faltaban las fuerzas. Y dormí, dormí como hundido en un pozo de mercurio, aplastado por un peso imposible de vencer.

TOQUES DE CORNETA ME HICIERON ENTRESOÑAR que estaba en el cuartel vigués del Castro, mostrando mis habilidades al comandante. Pero, después de incorporarme y restregarme los ojos, la realidad inmediata hizo saltar mi corazón, aterrado: una luz débil ayudaba a definir una tienda de campaña. Estaba en la cota 496 del frente del Ebro y tenía que inventar enseguida una excusa para no haberme presentado cuando, probablemente, mis compañeros ya hubieran entrado en combate.

Amanecía, la luz me hacía despertar, ayudada por un dolor insoportable en el hombro dislocado; y otro menos intenso en la pierna herida. Aquellos dolores remozados por el esfuerzo de la subida hasta la posición —pensé— iban a servir de pretexto para mi ausencia. Pero, aun siendo creíble, no me pareció suficientemente convincente, y me quedé rumiando argumentos, dando gracias a Dios por seguir vivo.

Con los ojos abiertos y el cuerpo confortablemente templado dentro de mi envoltorio de lonas, recorrí de vista el entorno y me maravillé de la suerte de haber encontrado aquella tienda llena de cajones, que quizá ninguno de mis compañeros habría conseguido ver en el diluvio de la noche pasada.

De cualquier manera era bien raro que tanto espacio de almacén no fuera aprovechado por nadie en una noche de tormenta…

El zumbido de un obús me alarmó, me cortó las cavilaciones; y miré cómo salir de la tienda amplia y baja. Desenrollé las piezas de lona y me puse de cuclillas sobre el cajón largo que había dado soporte a mi sueño. Entonces una ametralladora inició el día con su cantar histérico y a continuación los cañones se manifestaban con poderosa pachorra.

Bien, tendría que buscar a mi sargento antes de que él me viniese a buscar de malos modos. Saqué del macuto unas medias secas y, con poca fe en su servicio, me puse las botas rajadas. Me vestí con la ropa húmeda. Bajé del cajón al suelo y empecé a percibir la razón de mi soledad en tan cómodo dormitorio: estaba lleno de embalajes de madera con letreros en tres idiomas. Aunque solo entendiera completamente el castellano, y en parte el italiano, no me hacía falta comprender el alemán para saber que había pasado la noche en un polvorín, con municiones de todo calibre.

Por la puerta asomé la cara y miré: me hallaba tras la loma en la que se originaban los disparos. Supuse que las trincheras estarían en ella. Miré para un lado y vi el humear peligroso —indicador para artillería y aviación— de las cocinas de campaña. Hacia el otro quedaba el terreno batido, lleno de cráteres, que habíamos tenido que pasar en la tarde anterior.

Llovía sin fuerza. Me miré antes de salir al desamparo del monte. Tenía las perneras y los codos de la guerrera cubiertos de una pasta de lodo y ceniza de las plantas quemadas en las explosiones: había sido mucho arrastrarse el de aquella tarde aciaga… Pero eso no importaba. Solo importaban el frío y la humedad, y los dolores; y el hambre.

Desde el polvorín a las cocinas fui cojeando, mientras oraba, agradeciendo al Altísimo que me hubiera preservado de mayores males en su escribir recto con líneas torcidas. Junto a una olla de café saqué del macuto el vaso de aluminio. Lo extendí. Me lo llenó un cocinero sin mirarme, me indicó la lata de leche condensada; y me dio un pedazo de pan, siempre como si no me viera.

Maté el hambre y, mientras comía y bebía, según revivía, volvió a entrarme miedo de que me fueran a juzgar por abandono de mis deberes. Me di cuenta de que podían andar en mi busca, quizá pensando que me hubiera pasado a los republicanos.

—¿Dónde queda el puesto de mando? —pregunté al cocinero, que solo se preocupaba por la fabada que guisaba.

Él escupió en el suelo y levantó un brazo para marcar el camino.

En esa dirección iba yo cuando se intensificó el bombardeo. En un momento comprendí que para las bombas no había refugio mejor que las trincheras o el puesto de mando, siempre que no le acertase de lleno un obús. Corrí cuanto me daban las piernas, la buena y la mala, que en cierto modo se aliviaba con la carrera. Las trincheras de la cota 496 zigzagueaban desde la cumbre hacía abajo y el puesto de mando superaba el paisaje de la destrucción: una loma martirizada por el enemigo, el cual, a su vez, se enterraba para resistir en las alturas de otra loma castigada por nuestro ejército.

Aclaraba el cielo y yo corría. Pero, de repente, todo fue oscuridad.

Tardé en reaccionar, en comprender que estaba atontado, sordo, enterrado. De nuevo la mano de Dios había trazado mi camino: por unos pasos no me había alcanzado el obús…

Fui saliendo del montón de tierra húmeda y vi como se movían los camilleros retirando cuerpos sangrantes hacia los lados del monte que se libraban del acierto de los artilleros republicanos. En un esfuerzo de pensamiento decidí usar el resto de mi energía en zancadas hacia el destino inmediato, donde no me iba a faltar protección de sacos terreros.

Aun ensordecido, llegué al puesto. Los primeros oficiales que vi miraban con los prismáticos sobre la línea de los sacos y no se fijaron en mi. Otros discutían encima de mapas, y me di cuenta de que uno de ellos llamaba la atención sobre mi presencia.

Saludé. Grité mi nombre, sin oír el propio grito. Y caí al suelo, vencido en un desmayo…

Algo frío por el rostro y un olor penetrante me devolvieron a la realidad. Dos sanitarios me miraban. Estaba yo sentado en el suelo, arrimado contra la pared de un ensanche de trinchera cubierto con un toldito. A mi lado, sentados como yo, otros muchachos miraban de maneras extrañas, sin vista, ya muertos. Los sanitarios hablaban entre ellos.

—Lo raro es que continúen arreando, los cabrones —decía uno.

—Porque saben que nuestra aviación no puede intervenir con este tiempo del demonio —le razonó el otro.

—Sí, pero yo no lo digo por eso sino porque las preparaciones artilleras siempre son para hacernos un asalto después, y nunca nos han asaltado de día.

—A lo mejor es que tienen tantos refuerzos que esta vez nos van a venir a reventar a plena luz… Y decían que en verano a casa: ¡hostias! Cuando acabe el verano aquí no queda vivo ni Cristo.

—Chsss… Calla —aquel mozo con la cruz roja sobre el brazo hizo un gesto de ojos hacia mí.

—Que le den morcilla si lo es —despreció a su colega—. A los del SIM también los matan. Acuérdate de aquel mamón que pedía morfina porque era del SIM. Murió como cualquiera, queriendo meterse para dentro las tripas.

Callaron. El destemido sacó un cigarro del bolsillo y me miró.

—¿Fumas? —me lo ofrecía.

—No, gracias.

En su cara se dibujaba una sonrisa que el compañero recogió.

—Este ya no se nos muere —comentó el fumador. Y se me dirigió —: Tú quieto, que a los otros ya los matan por ti y, cuanto antes te pongas bien, antes te llevan al matadero.

Descansando en que mis jefes ya sabrían de mí, me dejé estar en el lugar seco a donde me habían llevado los enfermeros. Allí, alto ya el sol de la mañana —que se adivinaba tras las nubes— deduje que había una tregua en el bombardeo. Un sargento que recorría la trinchera comentó:

—Descanso para el vermú.

Y un soldado arrimado contra la pared frontal del foso retrucó:

—Creo que es para el ángelus, mi sargento, que lo manda el Campesino.

Después de la carcajada general, hubo otra intervención:

—Si paran es porque se han quedado sin cohetes; o porque se van a lanzar contra nosotros… Hoy alguien no llega a las habichuelas.

—Menos pedos, entonces.

Corrió otra carcajada, nerviosa, expectante. Me levanté. Desentumecí el cuerpo con unos movimientos de fricción. Los dolores parecían ceder, y el sol calentaba. El sargento que me había traído desde el hospital de retaguardia apareció buscando a su tropa.

—Liñares, ¿dónde andabas, muchacho? —me preguntó; y yo, aprovechando la vaguedad de la pregunta, respondí vagamente:

—Aquí, ya ve —con lo que ahorraba cometer pecado de mentira.

No me preguntó más, y respiré aliviado. Me dijo que se nos iban a asignar funciones «a los supervivientes», de lo que colegí que ya le faltaría alguno de los chicos que habían venido con nosotros. Nos fue juntando. Parecíamos desenterrados, algunos como yo porque los había cubierto el suelo deshecho por una bomba, otros porque habían tropezado y caído en el barro del fondo de las zanjas. Nos

formó a espaldas del monte, no lejos de las cocinas. Allí, soldados de intendencia dirigidos por un teniente activo y burócrata nos entregaron el armamento, y nos indicaron lugares de descanso, ranchos de comida y modos de aprovisionamiento de ropa y calzado.

A mí me cayó en suerte un casco horadado a la altura de la sien derecha, de lo cual me advirtió el compañero que formaba a ese lado, con un comentario:

—No te hará falta preguntar cómo jodieron al que te lo dejó en herencia…

Después vino hasta nosotros un comandante alto y seco, de pelo corvino, con la gorra caída de más sobre unos ojos claros cargados de bolsas. Pasó revista con un cuaderno en que se indicaban nuestros conocimientos particulares.

—Liñares Couto, turuta —el comandante me miró de arriba abajo como si no coincidiera lo que veía con lo que tenía pensado de mí —. Bien, tú ya fuiste enlace; y sabes tocar la corneta —miró para los lados y se decidió, bajando la voz—: A ver, portugués, en la ficha te pusieron cosas raras, pero me pareces un tipo aprovechable —se pasó los dedos por las bolsas arrugadas de los ojos—. Vas a ser maestro de banda de cornetas y tambores… cuando no haya diversión; o sea, cuando nos dejen tranquilos los muchachitos de enfrente —agradecí con una sonrisa el gesto cordial de este desconocido, gallego sin duda por el acento, y esperé a que acabase de informarme—: No te va a faltar faena. Quedas adscrito a la plana mayor, porque un ferroviario ingresado como tú ha de tener buena letra, y aire para redactar.

Había dejado de llover y el cielo de Cataluña (que en esa tierra estábamos) se iba abriendo en claros desde el Mediterráneo, imaginado más allá de las montañas fronteras. También se había detenido la guerra y se oía el cantar de los pájaros que querían anunciar mejoría en el tiempo. Con ojo fino se apreciaba que los árboles martirizados monte abajo eran almendros.

Confirmé esto último con el soldado que me recibió en la tienda de la plana mayor.

—Muchas almendras comimos de este año: nos hartamos de comerlas. Lo malo es que, como esto siga así, no queda nadie para paparse las del 39 —auguró como los sanitarios que habían atendido mi desmayo; pero sonriendo, en tono de broma a pesar de la crudeza del pronóstico, y con un acento que lo declaraba gallego.

Era un tipo bajo y jovial. Andaba muy repeinado y cantaba por los ojos con una alegría contagiosa. En seguida nos encontramos en la complicidad del habla, que era la misma, a pesar de ser yo rayano miñoto y él nativo del Golfo Ártabro. En gallego se manifestó barbero y peluquero, y se identificó:

—Me llamo Tomás Calviño, que es apellido ruin para oficio de andar con cabelleras, pero aquí me pusieron mote acertado, Rapabarbas, y no me parece mal —aclaró mientras me ayudaba a quitarme la ropa sucia y me pasaba un uniforme, con comentarios sobre higiene—: Este no debe de tener piojos porque el dueño hace mucho que está bajo tierra.

Me lo puse con dificultad. El barbero me volvió a inmovilizar el hombro con vendas y, como un torrente, vertió sobre mí conocimientos útiles y curiosidades de la prisión a que nos había arrojado el tumulto de la batalla por la margen derecha del Ebro:

—El que reparte el tabaco es de Ferrol; el del calzado es de Malpica, y tú tienes esas botas en la más puta miseria… El comandante Solla, ese que os revisó, es de Coruña y trata muy bien a los gallegos. El otro, Arteche, es más malo que el pan de maíz. Cuidado con él, ¡cuidado, rapaz!, que estos son batallones de castigo y hay gente que se pasa a los rojos… Se pasan, ¿sabes? Y ya verás lo que tienes que hacer tú para que no se pasen los compañeros cuando nos ataquen los cabritos de allá, que es cuando aprovechan para pasarse, en medio del revoltijo que se forma… O cuando los ataquemos nosotros, que siempre es de noche y no valen toques sino consignas, porque hay que pillarlos en el primer sueño, que así no se revuelven… Ya verás lo que es trepar por aquellas lomas y cortarles el alambre de púas, ya verás.

Las referencias épicas de Tomás Calviño en la cota 496 iban entre el general Alonso Vega y un «alferezuco» apodado Maromo:

—El Carnicero dice «A coger esa posición» y el que tiene que cogerla le dice «Pero, mi general…». Pero el cabrón, nada, venga, «Tienes que ir a cogerla tú», y no hay más razones. Como te hace el Maromo: «Venga, Calviño, que no tienes cojones a venir conmigo». Y vas, y así es como me metieron a mí el tiro en las cachas, que no es ninguna coña andar con el culo agujereado… Yo pienso que fue por culpa del cabrón del saltaparapetos.

—¿Del qué? —me sorprendió tal nombre— ¿Del saltaparapetos? —imaginé cualquier aparato de guerra.

—Es coñac recién hecho —Calviño despejó la incógnita—. Te pone

loco, ¡puf! Aquí lo dan siempre, que, si no, ni el más chulo salía de la trinchera… Pero tú no lo bebas. Hazme caso, no lo bebas si quieres llegar vivo al final de toda esta *carallada*.

En la apresurada revisión de personajes y circunstancias sentí que me situaba, que quedaba advertido de los detalles de aquella locura apocalíptica; pero todavía me faltaba por saber lo más absurdo de ella:

—Si no fuera porque pasaron el Ebro, esto era otra cosa, *chachiño*, qué carajo —siguió el peluquero—. Donde estábamos antes bajábamos al pueblo a hacer chalaneos con los rojos. Nos llamaban «hijos de curas» y nosotros a ellos «hijos de Stalin» y todo eso, pero nos encontrábamos allí y hasta hicimos un armisticio y una fiesta, con un piano que les mangamos en Guadalajara a los maricas de los italianos… De aquellos amaños salió el que tuviéramos de todo, los rojos y nosotros: jabón, tabaco y papel de fumar, y chocolate… ¡*O carallo*! De todo. Pero ya se jodió. Ahora solo hostias, y esto no se acaba. Ahora, venga: bayoneta calada. Vete tú a saber cuántos habremos matado de los que hicieron la fiesta y los tratos con nosotros.

Callé. Tomás debió de pensar que yo fuese tonto, o que el temor al SIM me dejase mudo. Pero callaba para cavilar. Mientras él me introducía en las particularidades de la plana mayor, yo redactaba en mente una carta a Carmela que, sin necesidad de tinta secreta, sirviera para que ella entendiese lo que la censura no dejaría llegar a sus manos.

Ya tenía armado el fingimiento, por combinación de citas bíblicas aptas para católicos romanos, cuentos populares modificados e inocentes reproducciones de lo real, cuando me di cuenta de que un teniente con gafas y sonrisa amplia se dirigía a mí.

—A ver, ferroviario: este es el diario de campaña —dejó el cuaderno en una mesita—. A partir de ahora, ya sabes… —me tendió papel pautado, pluma y tintero—. Venga, hazme una prueba de caligrafía.

«Adorada Carmiña de mi corazón —escribí—, espero en Dios nuestro Señor que, al recibo de la presente, todos os halléis en la mejor de las saludes de cuerpo y espíritu.

Yo por aquí estoy de nuevo en el frente de guerra, a las órdenes del glorioso general don Camilo Alonso Vega, tan generoso para sus hombres como caballero para un enemigo que, con insidia marxista, no para de bombardear y atacar a bayoneta calada nuestras líneas.

Antes de nada, te diré que, gracias a la benevolencia de mis superiores y a los estudios que había hecho durante mi convalecencia en Vigo, tengo encargos que me libran de lo más duro de la guerra. Voy para maestro de cornetas y escribano en el libro en que se cuenta la historia de las acciones de nuestros batallones de valientes.»

Paré. Aquello era solo prueba, de caligrafía y de la dificultad de poner sobre el papel los disimulos que pasaban por mi cabeza.

—Magnífico, Liñares —juzgó el teniente.

Yo agradecí la calificación con una sonrisa y me quedé según venía de estar, callado, calculando cómo hacer para que llegase a saberse a mil kilómetros de allí la verdad asquerosa que me envolvía.

LLEGUÉ A LA COTA 496 EN EL VERANO. En ella pasé verano entero y parte del otoño. Solo la dejé de ver, para siempre, cuando un nuevo invierno se anunciaba en las cumbres próximas y, con él, el fin de la lucha que ya no podían soportar ni perdedores ni ganadores.

Como me había anunciado el comandante Solla, mi empleo —pagado con pesetas de plata— era múltiple y carecía de horarios. Tenía puesto de trabajo fijo en la tienda de la plana mayor, con mesa y libro en que mi mano continuaba un diario (fuera del cual tuve que dejar muchas verdades: rostros sonrientes, colorados, y después rígidos, pálidos; cantares y risas de quien quemaba descansos olvidando la muerte próxima; quejidos y gritos últimos de los que se iban de la vida maldiciendo dejarla).

Estaba en el acomodo de la plana mayor mientras no se me reclamase para otros menesteres, como el de dar avisos con la agudeza de la corneta, el de llevarlos de viva voz o por escrito, o el de transmitirlos a distancia por código de banderas, que tanto me gustaba.

Fui maestro de banda, y enlace. Enseñé a tocar para avances y retiradas; y me excedí en mis deberes de hurón y reptil, a punto de tentar a Dios: porque mientras horadaba y reptaba no tenía que encañonar a nadie, ni enemigo ni camarada. Eran muchos los compañeros que temblaban como mimbres al recibir orden de entregar mensaje en la cegazón de las balas, las bayonetas y la metralla de las bombas de mano, unos por padres de familia y otros por ser de la «quinta del biberón» que el sargento Yáñez despreciaba, la de mi hermano y el hermano de Carmiña, a los que imaginaba paralizados por el miedo en cualquier frente. Entonces,

viendo el pánico en sus caras, yo me ofrecía a sustituirlos, en compañía de Aquel que nunca abandona a los que quieren tenerlo a su lado.

Y aun me quedaba otro oficio, el más fácil porque solo exigía apretar el gatillo, pero el más duro para quien tenía sentimientos encontrados: durante los ataques vigilaba desde el extremo de la trinchera que nadie se agachase cuando tenía que saltar, y que nadie pasase al otro bando cuando le correspondía mantenerse enterrado en la propia zanja.

—Tiro al que se cague y al que se pase —me recomendaba Tomás —. Tiro, porque el que se arruga no aguanta las andas que llevamos entre todos. Y el que se vaya, ¡hostias!, que mañana te mete un tiro a ti desde el otro lado…

En esos negocios de guerra siempre me vi con la misma ropa, día y noche, casco y fusil al lado, todo listo para la acción porque en cualquier momento llegaba la orden de «¡Arriba, a sus puestos!». La voz de mando interrumpía conversaciones, juegos, lecturas del Libro Sagrado, momentos de oración, de recogimiento para escribir cartas. O cortaba el sueño entre las mantas, compartidas con un camarada en un pedazo del suelo que juzgásemos a resguardo de cañones y morteros: compartidas porque, teniendo cada cual asignada la suya, sin embargo resultaba difícil dormir envuelto en ella. Era más fácil poner en el suelo la manta de uno y cubrirnos con la manta de otro.

MI COMPAÑERO DE MANTA fue un mozo de complexión delicada, con mirar dulce, de alma buena, repeinado como mi paisano Tomás, con quien se llevaba bien.

Lo vi acercarse a mí al final de uno de esos cafés con leche y pedazo de pan que me sabían a gloria matinal. Sentado en una piedra, miraba yo el mundo alrededor y pensaba que aquellos montes secos y serenos, crestados de roca, no valían la sangre que venían costando. Como vi que el muchacho me miraba, le reproduje en voz alta mi reflexión.

—A cada cual lo pone Dios en la vida en su momento —me respondió—, y Él sabrá por qué nos puso a nosotros a tal hora. De haber nacido en otra época, a lo mejor nunca habríamos visto guerra como esta.

Guardamos silencio. Él se sentó a mi lado y, con una sonrisa de grandes ojos negros sobre la tez pálida, habló:

—Me dijo Calviño que la noche del diluvio dormiste en el polvorín.

—Así fue —confesé—. Con tanta lluvia, no sabía dónde me metía. Palpaba más que veía y creí que era una tienda de campaña grande… Total, para morir, lo mismo da un morterazo como que estalle toda la munición de un polvorín debajo de ti.

Entramos en conversación. Los dos habíamos sido heridos; él, menos que yo; solo de tiro, que le había hecho fisura en un húmero. Me dijo su nombre, Vicente, y que era de tierras de Valencia donde se habla castellano.

Me dejó boquiabierto cuando me comunicó su profesión:

—Soy novicio franciscano —y prosiguió al darse cuenta de mi asombro—: Me reclutaron en Burgos, no cogí el fusil por gusto —ahí bajó la voz, como temiendo que el viento de la montaña llevase su palabra a los oídos del SIM—. Solo disparo cuando me mira el sargento, y apunto para no dar. Dios ha de perdonar eso mejor que si apuntase a quien me puede matar.

—Dios va a tener que perdonar muchas cosas, Vicente —le tendí la mano, que él cogió—. Yo hago cuanto puedo por no matar, como tú, porque también soy religioso. Cuando estalló la guerra me estaba formando en las Escrituras, porque soy evangélico y muy pocos de los nuestros pueden hacer predicación, y necesitamos obreros del Señor.

Tuvo un gesto de simpatía y, sin soltar mi mano, se pronunció:

—Creo que tú y yo tenemos mucho que compartir… De momento, te voy a proponer que compartamos las mantas.

Supimos dividir a partes iguales nuestras miserias, que no acababan en la cama común: también teníamos en sociedad el plato y los parásitos. De las ollas recibíamos el rancho en un plato de aluminio que se lavaba como se podía, en la poca agua de la cisterna que administraban los cocineros; y comíamos metiendo la cuchara sin asco de nuestras babas, como ya habíamos hecho Ricardo Pedre y yo (muchas veces, comiendo así con Vicente, me acordé de Carducho, y hasta de las moscas de Seseña, con las que los dos nos divertíamos. Vicente observó mi vista perdida, lejana, y se interesó por su causa. Se la expuse y, una vez la conoció, para siempre respetaría mis momentos de *saudade*). Sabíamos por nuestra cultura general que nos estábamos pasando cuantos gérmenes tuviéramos. Pero vivíamos al aire libre de la montaña, éramos jóvenes y temerosos de Dios, conocedores de las

consecuencias de los pecados que llevaban tanto militar a los padecimientos más inmundos. Estábamos sanos y de nuestra salud gozaron los piojos, que continuamente nos acompañaban al no tener nosotros forma de que coincidiese la limpieza del cuerpo con la de la ropa.

—De nada vale que nos cuezan las prendas, qué carajo —protestaba Tomás—. Te las dan limpias de año en año, y gracias que estamos en la plana mayor. Pero aguantas tanto con la puta ropa sucia que, cuando te mudas, tienes las huevas de los malditos pegadas a la piel y al vello de los sobacos y de los cojones.

Ciertamente. Además, cuando conseguíamos lavarnos con agua y jabón suficientes, ya la ropa estaba plagada de nuevas generaciones de sangradores. Solo la cabeza se nos libraba de ellos a fuerza de mucho catarlos…

Tomás fue quien discurrió como aprovechar a «nuestros fieles acompañantes». Durante meses había practicado y, seguro de su experimento, nos convocó para que matáramos el hastío entre «sesiones de cohetes». Malamente podíamos gastar la peseta de plata de todos los días y la gente quería jugársela a algo más ágil y divertido que los naipes, deseo que aprovechó el Rapabarbas para poner de moda las carreras de piojos.

Se colocaba por turno una peseta brillante en medio de un plato gris, plata pulida sobre aluminio rugoso; en el borde del recipiente cada jugador situaba su piojo saltón; un árbitro daba orden de soltarlos hacia la peseta y el que primero llegaba le concedía a su dueño el derecho de quedarse con la moneda… Era diversión que enviciaba; que algún ganador tomaba tan en serio como para hacer caso de las recomendaciones de Calviño.

—Guarda tu bicho —decía el inventor—, guárdalo, que mañana va a haber más carreras. Métetelo en la raja del culo, que de ahí no se te escapa…

Nuestros superiores pronto tuvieron noticias sobre esta modalidad de juego. El comandante Solla nos lo dejó saber a sus paisanos de la plana mayor.

—Los oficiales no jugamos con ellos para que penséis que no los tenemos —concedió por lo bajo, aguantándose la risa.

Todos teníamos piojos, y todos sufríamos la pestilencia de los muertos que se descomponían al sol delante de nosotros, carroña que roían gusanos y aves. Quedaban en tierra de nadie, entre líneas de alambre de púas: los de nuestro bando vestidos de caqui; los de

ellos con uniforme verde; todos sobre manchas negras de lo que fuera el rojo de su sangre. Cada salida de las trincheras dejaba el campo cubierto de cadáveres. Los asaltos ocurrían de noche, con relampagueo de fusil y gritos desesperados; y el amanecer mostraba los restos de los que no habían podido recoger ni camaradas ni camilleros. Recuperar a un herido era inexcusable, pero nada justificaba arrastrar a un muerto como un saco. Y quedaba donde había caído. Porque muerto ya no se era nada. Un muerto valía para hacer parapeto. Valían las botas de los muertos, y el casco. Nada más.

Los enterrábamos para que no apestasen, para que su fetidez no nos volviese locos. Enterrábamos juntos a rojos y nacionales, cuantos podíamos arrastrar a las trincheras, y a los que quedaban encajados en ellas tras la lucha cuerpo a cuerpo. Inhumábamos cuerpos enteros, y miembros que arrancaban las explosiones, manos y pies, brazos y piernas que aparecían lejos de sus troncos; o que los compañeros acabábamos de separar con la navaja después de hacerles el torniquete con las vendas de la lata para urgencias.

A veces los desperdicios humanos iban a parar a fosos en los que ya se pudrían otras capas de cadáveres, de los que se había perdido memoria con tanto morir. Cortábamos con las palas la pudrición que se vertía hacia el agujero abierto en tierra. Entonces, como mineros que buscan veta, cambiábamos rumbo en la excavación, en busca de suelo que admitiese seguir inhumando.

Vicente me acompañaba en el cometido de dar tumba digna a lo que fuera sustento de almas. Lo hacíamos voluntariamente, aprovechando esos momentos para orar; y para hablar de los asuntos de credo que nos unían frente a los trabajos de la Muerte. Pero el amigo Tomás huía de tareas funerarias.

—Aquí había que hacer lumbre y al carajo, como en Villanueva: fuego y al carajo —insistía en referencia a Villanueva del Castillo, paisaje de fuerte impresión para los espíritus de mis dos nuevos amigos.

Ambos recordaban una carretera llena de cadáveres, tantos que impedían a los camiones pasar. El mando había dado orden de recogerlos, amontonarlos, regarlos con gasolina y prenderles fuego. Ardieron toda la noche, con un tufo que llegaba en los recuerdos de Vicente y Tomás hasta la cota 496 del frente del Ebro, entre Curbera y Gandesa, nuestra cárcel a cielo abierto.

NUNCA LLEGUÉ A SABER CÓMO ADOCTRINABAN los comisarios políticos a los chicos del otro lado; cómo los convencían para seguir matando. Pero en el bando franquista sí vi como se ocupaban de justificar la carnicería los curas castrenses, uno por batallón: por las trincheras que zigzagueaban sobre muertos insepultos corrían unas cartillas que explicaban el «No matarás» a su manera. Acomodado a las circunstancias por la Santa iglesia Católica Española, con permiso del papa de Roma, proclamaban «No matarás sin justicia», matiz justiciero que los curas se encargaban de explicar a la tropa.

—Puede ser justo matar —enseñaba el pater más próximo a nosotros—. Porque es justo matar al enemigo cuando también es enemigo de Dios, como esos condenados de ahí enfrente. Si los rojos no atienden a las razones de la fe, y si intentan acabar con los que creemos, no queda otro remedio que apretar el gatillo, y hacerlo con la conciencia tranquila… No hace falta absolución, porque no hay pecado para vosotros, muchachos. Porque sois los soldados de la España verdadera, la que adora a Cristo Rey.

Vasco, como tantos de su tierra parloteaba fácilmente y llevaba nombre compuesto en que intervenía el de la madre de Cristo. Don Juan María Arregui era hijo menor de una familia vastísima con clérigos en todas las generaciones; y en los momentos de mayor sinceridad —por obra del coñac que Calviño recomendaba evitar— venía a decir que, siendo chico, «de repente» se había hallado «solito en el seminario». También, que consideraba «un oficio» el ministerio religioso; y que de la soltería de los curas sacaban beneficio sus padres ancianos.

—A los curas, los hermanos siempre nos largan a los viejos… Pero quién pudiera ahora estar con *aita*, viendo llover junto a la lumbre.

Hablando de sus padres se ablandaba aquel hombre duro, de piedra y hierro, pelo rapado, gris, ojos grises de furia bajo las cejas negras, melenudas. Tanta devoción filial hacía callar a los que lo escuchábamos. Provocaba lapsos en la conversación durante los cuales cada uno de nosotros pensaba en sus mayores: yo en el señor Valerio y la señora Minia, el abuelo y la tía Filomena; y hasta en el sastre Caetano.

Pero las blanduras del castrense acababan en esa referencia familiar, y luego volvía a la carga contra todo lo que no cupiera en su cerrazón.

Con frecuencia andaba por la tienda de la plana mayor, comentando acontecimientos de la guerra a los oficiales, con una

deriva que conducía a la teocracia, pasando por el cardenal primado de España y llegando al papa.

—¡Ha! Ahora hablan los marxistas de soluciones humanitarias, y quieren tocar en el corazón sensible de su Santidad ¡Ha! —discurseaba con un vasito de coñac en la mano—. Lo que quieren es ganar tiempo, por si la crisis europea llega a la conflagración. Piensan que el clero español va a permitir que en Roma se olviden los sacrilegios, las profanaciones, los martirios de los religiosos. Y, a lo mejor, creen que el ejército francés va a entrar en España a ayudarlos… Por muy ateos que sean los que mandan en Francia, bien saben lo que son hordas de bolcheviques.

Solo el comandante Solla le echaba piedras a su camino del sermón de Dios y Patria, queriendo separar esas entidades:

—Cada cual a lo suyo, don Juan: curas y religiosos a enseñar doctrina y ya está. Políticos a gobernar y militares a defender el país y el orden. Punto.

Los demás oficiales callaban, tal vez con esperanza de que el cura se fuese, aburrido de la falta de oyentes. Pero don Juan María no se marchaba ni se callaba, hasta que las bombas le metían el susto en el cuerpo.

En una de sus visitas a los que no lo convidaban fue cuando Solla habló de mí, con ánimo de provocarlo:

—Mire, pater, no tendrá que ser católico todo el mundo para ser buena gente. Yo tengo un vecino médico en Coruña que es la mejor persona del mundo, el médico más abnegado, y se declara ateo convencido… Y ahí está Liñares, que se permite el lujo de ser evangélico y mire qué buen rapaz es, y qué patriota, que ya vertió su sangre por la patria y sigue exponiéndose como nadie, que siempre se presenta de voluntario para enlace cuando los de enfrente se nos ponen más pesados con el tiro al blanco.

Yo no levanté la vista del diario de operaciones pero adivinaba el chispear en los ojos menudos del cura, y las miradas curiosas del resto de oficiales y soldados que repartían acomodo dentro de nuestros confines de sacos terreros y lona.

—Sí señor —siguió provocando el coruñés—, ahí tiene a un hereje, pater, y tan buena persona como todos los correligionarios de él, que nunca se vio gente de orden como los evangélicos. ¡Un lujo!

Miré la escena. El cura, vestido de militar, se rascaba la cabeza con la misma mano con que sostenía la gorra roja, carlista. Y callaba…

Un enlace de centinelas subió a dar aviso de movimientos del

enemigo, que pusieron en alarma a los oficiales. Entonces don Juan María salió corriendo por el pasillo excavado que llevaba a la trasera del monte.

Así acabó ese trecho de la historia, con una preocupación para mí: la de que el comandante destemido, que proclamaba la condición herética de un soldado, no pudiera defender al hereje en un momento grave por falta de influencias.

Corrieron días y pasaron ataques, por tierra y por el aire. La necesidad de salvarme de la mano del Señor no me dejó pensar en lo que pudiese andar por el magín del cura castrense; mas, con todo, en un momento de tranquilidad entre dos avalanchas de bombas tuve noticias al respecto.

El olor de la pólvora se disolvía en el aire fino de la noche y los combatientes descansábamos sentados en el fondo de la zanja, la espalda contra la pared de tierra, el fusil entre los brazos, mirando la nube de «polvo estelar» de que hablaba el profesor Adrio en las aulas del colegio Mezquita. Yo redactaba in mente una carta para Carmiña, en que le describía la celestial inmensidad que solo la existencia de Dios puede justificar, cuando el codo de Vicente tocó en el mío.

—Dime —le pedí.

—El pater no comprende que yo pueda ser tu amigo —respondió —. Dice que me puedes envolver con palabrería bíblica. Que teme por mi vocación si seguimos tan unidos.

Callé y rumié lo que acababa de escuchar; pero algo sin relación en apariencia me hizo lanzar una pregunta:

—¿Y tú piensas volver al seminario franciscano cuando acabe la guerra?

—No. Si Dios nos da opción de llegar al fin, pienso que va a haber mucho que hacer por la calle…

Don Juan María mantenía una actitud reservada hacia mí, cuando para todo el mundo tenía frases amables, dichas quizá en el afán de hacerse simpático al estilo falsamente atractivo de los curas. No me dirigía la palabra, salvo los saludos que imponía la urbanidad reducida al mínimo en tiempo de guerra, pero tampoco huía del apestado que yo debía de ser para él. A mi lado guardaba los silencios más largos de que era capaz, el cuerpo arrimado a la pared de sacos del puesto de mando, el mirar ido, quizá prendido en alguna de las alegrías de vivir a que renunciara entrando en el seminario.

Una vez que lo vi así, ausente, decidí arriesgarme a hablarle con la ayuda del Espíritu Santo. Me acerqué a él y le ofrecí unos prismáticos para que viera un águila que sobrevolaba el campo de batalla.

Me los aceptó, miró demoradamente.

—Qué perfección —comentó—. Está claro que Dios sabe hacer aeroplanos mejores que los de los hombres… Tú y yo tenemos que hablar —dijo en tono de mando—. Pero aparte, para no conducir a tus camaradas a escándalo.

Esa misma tarde, de rara quietud en el frente, llegamos a hablar de María como virgen. El padre Arregui mostraba asombro oyéndome recorrer, cita a cita, los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. Entre el surgir del lucero y la salida de la luna me reconoció que la virginidad perpetua de María solo se podía aceptar como dogma, «por imposición sobre lo razonable».

Aquel triunfo dialéctico me trajo recuerdos de personas que se batían a favor y en contra de los dogmas. Recordé a don Santiago, nuestro párroco, y a Maruxa, nuestra compañera creyente desde la aventura inicial de Oleiros. Al poco mandé mensaje a mi novia en el código de falsedades que ya habíamos experimentado. «No imaginas, Carmeliña —escribí—, qué persona tan extraordinaria es nuestro capellán, don Juan María; qué gran cultura tiene, cómo conoce los Evangelios, con qué propiedad los interpreta, siguiendo con exactitud máxima las líneas de los Padres de la Iglesia. Es un gusto pasar con él los momentos de paz que nos conceden las hordas obedientes a la Rusia bolchevique. Hace unos días, mientras la canalla marxista se emborrachaba de alcohol y doctrinas contra Cristo, estuvimos don Juan María y yo hablando del dogma de la Santísima Virgen, su inmaculada patrona, y me emocioné al ver como él ilustraba las razones del pensamiento que yo nunca sabré explicar como un sacerdote. Puedes creer que coincidimos plenamente. Imagina mi satisfacción…»

En esa carta le pedía noticias de nuestros «amigos comunes de Vigo», y si había sabido algo de su hermano José por medio de Yáñez. También, muy veladamente, se las pedía de Maruxa Gómez y de los creyentes de Oleiros.

Y tuve respuesta, que sería la última antes de salir para siempre del cementerio de vivos de la cota 496. La mujer de labios de miel y ojos de carbón respondía:

«Comprendo, queridísimo Maneliño, tu emoción al coincidir con

los pensamientos de vuestro capellán. En mi entender de chica con poco estudio bien veo que Dios siembra dudas para que, después, los creyentes incrementen su fe. Y, en cuanto a nuestra amiga tan interesada en el dogma de la virginidad de María, te diré que al parecer volvió al pueblo, donde vive bajo la tutela de don Santiago, el párroco, pues, como sabrás, le faltan su padre y su madre. Allí fue vista en la procesión de agosto, muy recatada y devotísima.

Para tu contento, te diré que me trajo esas noticias tu hermano Alfredo, que andaba de permiso, entre el pueblo y esta ciudad, y que ya salió para el frente de Madrid. Por él también sé que nuestros amigos de la aldea andan muy dispersos, como tanta gente en este tiempo de guerra. Finalmente, mandó carta mi hermano José, metiendo muchas palabras italianas, hablando con entusiasmo del buen trato que en todos los aspectos le dan sus superiores y de los grandes avances de la guerra contra los rojos por su sector…»

Si alguien me hubiera mirado al leer esta carta, quizá viese en mi faz la expresión de pena y resignación con que los heridos miraban el miembro amputado por la bomba: Maruxa la protestante, la combativa, había vuelto al rebaño de los que se creían católicos en exclusiva, y era pastoreada por don Santiago, aquel Judas sui generis, capaz de entregar a los fusiladores a quien lo había salvado del veneno. Yo sabía que a Maruxa le «faltaba» su padre (a quien yo no podía olvidar muerto, asesinado, en la capilla de san Benito), pero ahora el eufemismo de la falta se extendía a su madre en el informe de mi novia. Y supuse que la habrían fusilado en la cárcel. La muchacha estaba huérfana, sola. Tal vez abandonada por sus parientes de Lugo, había decidido continuar viva fingiendo obediencia al Vaticano; como estarían haciendo los creyentes de Oleiros que andaban «dispersos».

Menos mal que los italianos con los que servía mi futuro cuñado respetaban su condición de evangélico, lo cual tampoco era de extrañar porque en la línea de fuego todos éramos un poco legionarios. Siendo fieles al mando, las desviaciones de idea y creencia se perdonaban; o eso parecía. En el frente se olvidaba el pasado de los que luchaban. El supremo horror de la guerra que nos arrastraba era que seguía en la retaguardia, con revisiones de conducta para todos. Era una guerra doble…

Fue en la modorra de una tarde de calor y calma cuando leí —y releí— esta carta de Carmiña. Con tristeza de amputado, oré; pedí a Dios que le diese a Maruxa una segunda oportunidad.

LA COTA 496 ERA NUESTRO LUGAR EN EL MUNDO, que el mundo entero podía ignorar por ser apenas una faja de tierra, línea en los mapas militares, punto indistinguible en un atlas.

A veces imaginaba yo políticos de las potencias mirando el globo terráqueo, apuntando con el dedo a una forma casi cuadrada, un extremo de Europa llamado España, que Portugal acompaña «de pendura» como dicen los portugueses. Los dedos se apoyarían sobre nosotros sin que las mentes que los regían llegasen a concebir de cuántas formas podía cada ciudadano vivir la desgracia general de un país que no había sabido gobernarse según las leyes propias. En sus discusiones tocarían y volverían a tocar sobre el espacio en que se habían desatado furias hasta el momento desconocidas. Discutirían quizá sabiendo que nunca en el mundo se había usado maquinaria de matar tan compleja, que nunca tanto habían pesado la propaganda y las ideas que la propaganda inducía en las mentes de quienes se lanzaban a la lucha.

Mas nada resolvió la política internacional. A lo largo de más de medio año las formas de los montes de la «gran curva del Ebro» se fueron grabando en nuestras retinas; los sones de la pelea se repitieron tantas veces que nos llegaron a parecer necesarios; los odores de pólvora, tierra, vísceras y sangre, en mezcla, nos resultaban tan familiares como los de la grasa y las alubias con que nos mantenían en régimen de flatulenta subsistencia.

Durante meses hubo acciones continuas, iniciadas por ambos ejércitos. En la Historia quedó que no nos dimos tregua, y así lo apuntaría yo en el diario, a veces repitiendo en una jornada lo de las anteriores, rutina hecha de pánico. En el cobijo de la plana mayor también puse por escrito grandezas militares. Fueron muchas páginas que, a lo mejor, se podrían suprimir en las de un día cualquiera sin situar en el calendario.

Si yo tuviera que relatar una jornada en la cota 496, comenzaría con el rayar del alba y las voces quedas, cansadas, de los supervivientes a los asaltos de la noche pasada. Quizá se iniciase el día con un bombardeo de las baterías contrarias: zumbidos de obuses, o silbidos de bombas voladoras, explosiones, masas de tierra levantadas por los aires para venir a caer sobre los que buscaban refugio en el zigzag de los fosos, un retemblar de entrañas sacudidas por la onda que transmitía el propio suelo, esquirlas ardientes que se esparcían en todas las direcciones y, de cuando en cuando, pedazos de carne por el aire; carne viva todavía, o descompuesta,

desenterrada con la energía de los estallidos.

El ambiente se llenaba de hedores; de quejas en grito; de gritos con el aliento último. Un bombardeo está lleno de lamentos, de alaridos que intentan superar el estruendo de las bombas, en medio de los cuales un enlace recibe órdenes gritadas que ha de transmitir en cualquier punto del frente:

—¡Liñares! ¡Lleva esto al teniente Raimúndez de la cuarta! ¡Rápido!

Y el enlace avanza por la ruta angulosa de la excavación, donde cada soldado es una víctima del sudor frío que nace de las sienes y la nuca y se pierde por la barba y el cuello.

En la trinchera quedan hombres con el rostro fijo en la pared de tierra contraria a la que les sirve de respaldo, ensordecidos por las explosiones, tiesos en su pánico, aguardando a que pare la lluvia de explosivos y metralla y el centinela confirme lo temido: un nuevo avance de los enemigos a bayoneta calada contra la posición que defienden, que mantienen solo para que no los maten. Porque, al que no se queda en su sitio, lo matan.

—Liñares, ven, mira —ese «alferezuco» que Calviño temía fue claro desde el primer encuentro—: Cuando yo te mande colocarte en el extremo de la trinchera, tanto al que recule como al que intente fugarse, ¡plomo! Ni compañero ni Dios que lo hizo, que, si no lo liquidas tú, lo hago yo. Y a continuación vas tú. ¿Entendido?

—Entendido, mi alférez.

Entre misiones, un enlace tenía que «ayudar a mantener la disciplina». Hasta que le ordenaban saltar de la trinchera y serpentear bajo el silbido constante de las balas, arañando en la tierra, juntando la cara a ella, oliéndola; parando a veces tras una roca o un resto de árbol cercenado por la artillería, tratando de interpretar un croquis con las indicaciones del mando, decidiendo cuando seguir con pavor de un mal paso, del error que no tuviera reparación…

Jornadas hubo de sol espléndido y fresco, propio de las alturas secas de nuestra cota en tierra del interior; mañanas y tardes en que la visibilidad era buena y los pilotos de la aviación se atrevían a hacer incursiones sobre el frente.

Entonces mandaba el rugir de los motores sobre el estruendo de los cañones.

Venían unos aviones pequeños y rápidos, armados con ametralladoras, lanzando plomo del que nos protegían tierra, piedra

y hasta madera. Otros, los más temibles, soltaban bombas con aletas, que seguirían las leyes de la gravedad y de la aerodinámica con cálculo de artillero volador. Navegadores aéreos de cada bando conocían el mapa de nuestro rincón como la palma de su mano. Las sierras les marcaban las posiciones del ejército contrario. La curva del río con los puentes de los republicanos era objetivo principal, a batir por unos y defender por otros.

Una batalla aérea es juego de acróbatas, fantasía que hace perder la noción del estupor que se contempla: surgen los bombarderos y contra ellos salen los cazas defensores de las fuerzas bombardeadas en tierra; los cazas se precipitan como halcones contra gansos y obligan a los bombarderos a romper sus formaciones. Entonces intervienen los cazas del bando de los bombarderos y la lucha pasa a igualarse en agilidad. Se persiguen por el cielo, suben y bajan, hacen círculos de vértigo y se disparan con saña. De cuando en cuando las balas alcanzan una máquina voladora y a veces el piloto tiene la suerte de poder saltar con el paracaídas. El avión cae girando, como una lengüeta de piñón que se soltara de su piña, toca el suelo y explota con furia de queroseno y bombas; y, mientras tanto, el piloto desciende suavemente, sin saber hacia dónde lo llevan los vientos, en terreno de cuál bando va a caer.

Cierta mañana de azul purísimo por el naciente, mientras se libraba sobre nosotros una pelea de escuadrillas azuzadas, Vicente me apretó el brazo con la mano y me dijo:

—Dios nos perdone por estarnos divirtiendo con tamaña desgracia, pero tiene mucho de tauromaquia.

De hecho, tan pronto pasaban los aviones descargando fuego y luchando como perros, caía sobre nuestras cabezas una tristeza pesada, porque volvíamos al hábito del silencio expectante, los disparos de los fusileros de precisión, el cantar repentino de las ametralladoras; y el despiojarse. Sin más distracciones que la comida y la esperanza del correo.

«Querido Manuel…». La letra de mi Carmela era bien rejunta, económica según le habían enseñado a hacer todo; y escribía como ninguna de las novias de mis compañeros (las pocas que sabían escribir y no dictaban a cualquiera) porque había aprendido a expresarse con muchas lecturas del mejor estilo, el que infunden los Libros Sagrados.

Podía yo, en ese día típico sin fecha, gozar de la prosa llena de cariño de mi moza, dormir, hablar con Vicente y con Tomás,

consumir así las horas a la espera de la nueva refección, la última de la jornada (y la última de la vida para alguno de los que me rodeaban, porque los que nos disputaban la cota 496 asaltarían de noche si no lo hubieran hecho de día). Posiblemente, también, hablase con el pater de los Hechos de los Apóstoles, de la peripecia de Saulo de Tarso. Y hasta trataría negocios de escribir con los moros.

Porque en los descansos aparecía la otra legión de moros que había invadido España con el beneplácito de Franco, la de los desarmados, vendedores de todo que aprendían enseguida los gustos de los clientes y a mí siempre me ofrecían papel de escribir y sobres.

Misteriosamente cruzaban el espacio batido por el fuego enemigo e iban llegando hasta nosotros con su mercachiflería, parte de ella, nueva; otra parte, usada, de dudosa procedencia.

Vendían toda porque, cuando se esperaba vivir poco, todo se compraba. No había tiempo para reclamaciones, lo de un muerto pasaba a un vivo que luego sería difunto y nada iba a sufrir con que sus pertenencias parasen en manos ajenas. Los moros, vestidos con ropaje africano, hacían de intermediarios, despojadores de cadáveres y ladrones de vivos. En un cajoncito traían al hombro los productos presentables, comprados por ellos. Bajo las chilabas, dentro de los pantalones abultados como globos, guardaban cuanto hubiesen arramplado de manera inconfesable.

A veces se veían descubiertos en su latrocinio. Entonces devolvían lo robado con premios en especie y metálico, temerosos de unos críos hechos hombres en el constante matar para vivir. «Yo devuelve, paisa, yo devuelve» decían, de rodillas, curvando los lomos mientras erguían cabeza y manos, en súplica. Mas los actos de contrición no los libraban de la puntera de la bota ni de la culata del mosquetón; ni, a veces, del saqueo cruel de la mercancía con una punta de bayoneta al pescuezo.

Desde su colonial desprecio, los oficiales se mantenían al margen de castigos tan desproporcionados. Solo almas buenas como la de Vicente se apenaban de los marroquíes pacíficos y trajinantes, a punto de meterse entre ellos y los que intentaban reventarlos a patadas o que amenazaban con degollarlos.

—No seáis brutos, por Cristo bendito —reprendía—. Venga, a ver cómo arreglamos esto —y de su bolsillo salían las pesetas de plata, inútiles para quien, como él, ni siquiera pensaba en que jugárselas.

Ponía paz con cuartos. El moro le besaba la mano y los compañeros callaban, con un asombrado respeto…

La noche era el momento mejor para el cuerpo a cuerpo. La noche más oscura, sin luna, el óptimo. Sigilosamente salían los republicanos de sus trincheras y avanzaban por tierra de nadie sorteando los cadáveres del último asalto. Nuestros centinelas traían aviso a la plana mayor y se disponía la defensa.

Entonces el tiempo empezaba a pasar de otra manera, como explican los que cayeron de una gran altura y vivieron para contarlo: los segundos se hacen horas durante la caída. Así se agranda el tiempo en la oscuridad de la zanja, y el corazón se enloquece con estrépito, el paladar y la lengua se secan, las manos sudan sobre el frío del fusil que sostienen.

Quien ha de repeler al enemigo solo puede disparar contra la oscuridad, esperando que los alaridos de muerte próximos sean producto de sus balas ciegas. Tiene que disparar y calcular bien la munición que le queda, y procurar que no se le quede el cargador vacío antes de que ya sea inevitable usar el fusil como lanza, con la bayoneta en ristre, esperando ensartar un cuerpo que lo proteja del alud de los que vienen atrás.

Nada hay tan brutal como una lucha dentro de un foso, pecho contra pecho, aliento contra aliento. Hasta mi extremo en la trinchera llegaba el vaho de las bocas de los milicianos, que, ya cerca de nosotros, chillaban con intención de amedrentarnos y nos caían encima con un vocerío diabólico. Olían a éter, a un brebaje que les suministraban para hacerles vencer el miedo a la noche, a los alambres de púas y la fosa donde iban entregar la vida, si a ella consiguiesen llegar.

Nos aplastaban oleadas de hombres indistinguibles, cuerpos sin rostro, gargantas que exhalaban aquel tufo peculiar.

Éter y pólvora. Las trincheras de la cota 496 aguantaban un diluvio de balas y bombas de mano, y de cuerpos. Se iban llenando de muertos y heridos, propios y ajenos; se amontonaban unos sobre otros en la estrechez de la excavación. Del montón no paraban de salir quejidos y juramentos. Los infelices pedían socorro en la agonía. Yo oraba y dejaba el fusil descansar, por convicción y porque, aun queriendo, tampoco sabría el alférez Maromo que me vigilaba.

En el amanecer lechoso recogería mi arma por miedo al castigo. No me movería. Porque no sentía el frío: la espalda contra el corte

de la tierra, las posaderas en el suelo enlodado, las piernas encogidas… Todo era sangre a las primeras luces. Yo tenía las perneras manchadas de sangre; y los brazos; y el casco. Las paredes de la trinchera estaban teñidas de rojo y sobre el fondo se apozaba sangre hecha coágulos.

Era triste reconocer caras en el silencio de la madrugada. Una mañana distinguí dos rostros semejantes en el revoltijo de cuerpos cruzados, caídos, entrelazados, vueltos para el cielo o el suelo, y recordé que horas atrás, en el fragor de la lucha, entre tiros e imprecaciones, dos voces repetían la pregunta alternando el nombre del interlocutor:

—¿Dónde estás, Xelo?

—¿Dónde estás, Chemín?

Eran hermanos, de Lugo por más señal. Y ahora estaban los dos allí, con los mismos ojos que heredarían quizá de un abuelo. Unos ojos color de miel, redondos, redondamente abiertos al espanto de la acabación.

Un equipo de sanitarios recorría la trinchera separando muertos de vivos.

—Liñares, qué cabrón, también te libraste de esta —reconocí la voz de Corgo, que era de Monforte, hijo de ferroviario—. Venga, echa una mano, que puede quedar alguno con vida.

Me di cuenta de que mi paisano tenía razón; y ayudé. Solo quedaban cuerpos fríos. Entre ellos, el del turuta del batallón atacante. El músico avisador de los rojos cerraba la mano sobre una corneta con mandililo de cuero negro y estrella comunista. La recogí del barro sanguinolento, la limpié en las ropas del colega enemigo y me la guardé.

Todavía la conservo.

La corneta republicana, convertida en trofeo, sirvió para dar órdenes de victoria a mi batallón. Bien entrado el otoño, un cansancio aplastante se abatió sobre los campos que contra el horizonte perfilaban las sierras de Pandols y Cavalls, crestas y cantiles sobre matorral y arboleda. En la plana mayor se escuchaban conversaciones de todo tipo, unas que unían nuestro destino a algo que ajustaban en Munich las grandes potencias, otras que tratarían de lo que todos estábamos viendo:

—Si nosotros llevamos enterrados cincuenta mil, ellos llevan otros tantos; o más. Aparte de los que les mata la aviación a la vera del

río, que los tiran a los peces…

—Aquí nos quedamos hasta la primavera, señores. Ni ellos ni nosotros damos un paso. No podemos con los huevos…

Pero el día 30 de octubre, domingo, todas las baterías del ejército de Franco empezaron a vomitar fuego contra las posiciones republicanas.

La respuesta desde las posiciones enemigas no tardó.

Seguidamente aparecieron los aviones con la escarapela roja y gualda y el aspa en el timón de la cola.

Tras ellos llegaron los de la insignia tricolor.

Estábamos, una vez más, en la función de guerra a que nos habían acostumbrado. Con dos diferencias: la intensidad del castigo a los milicianos, y la salida en masa de tropas franquistas que al principio parecía suicidio con ordenanza militar.

Durante esa jornada y las inmediatas nos sumimos en un infierno de terrones, tocones, carrascos, cantos, piedras, rocas, matojos…, arrastrando el cuerpo, disparando, lanzando bombas de mano, siempre en pos de los obuses propios, escuchando la orquesta de motores de los aviones y sus ametralladoras. Todo ocurría al tiempo. Cuando llegamos a las trincheras que durante meses habían enfrentado las de la cota 496, en ellas solo quedaban vivos unos chiquillos de pelo cortado al cero, con la tela de los uniformes sin rajar, que se entregaban levantando las manos, evitando expresar nada con el rostro.

Atrás quedaban nuestros muertos, y los compañeros traían en el cuerpo rabia de más para respetar a nadie. Pero aquellos reclutas bisoños fueron respetados, como los habían cuidado los milicianos que yacían en la zanja agarrados a sus armas; o que se retiraban a mejores posiciones.

—No los toquéis, que no somos moros —era la consigna entre nosotros…

A los pocos días desaparecieron del cielo los aviones de la República, y los hombres que la defendían en tierra daban muestras de saber que iban a morir, desamparados, y querían hacerlo matando.

—Son bravos como jabalíes, esos carajos —explicaba Calviño—. Aguantan hasta que se quedan sin munición y, entonces, mucho ojo, que te tiran una granada o te meten la navaja como te arrimes de más. Hay que joderlos a tiros, desde lejos.

Cada nido en que se habían refugiado los veteranos del ejército de

Cataluña acababa orlado de cadáveres franquistas. La mortandad asustaba. Cualquier noche de frío intenso, mientras intentábamos cabecear detrás de una roca, Vicente emitió opinión:

—A lo mejor llegamos al río; pero va a ser una victoria pírrica.

Pasada una semana de la ofensiva que habían preparado los estrategas de Burgos, los restos de nuestro batallón se recomponían en las alturas que permiten ver el Ebro, brillando entre pinares y campos de frutales. Era una vena ancha, a trechos dividida en brazos que separaban bancos de arena.

Cuando se juntó la plana mayor, el comandante Solla puso una mano en mi hombro según miraba al gran río del Mediterráneo.

—Qué lejos llegamos, portugués —me dijo, cariñoso—. Aunque no hay paisajes como los de nuestra tierra —en sus ojos temblaba un agua que no pudo disimular. Pero se sobrepuso a la emoción—: Ala, a escribir en el diario, que hoy te dicto yo…

Mediado noviembre, exhaustos, lacerados por el frío, hambrientos, manos y orejas comidas de sabañones, mal escondidos en zanjas sin profundidad, comprendimos que se venían abajo nuestros contrincantes en el duelo de ejércitos. Los imaginábamos compartiendo miserias con nosotros y disparaban con menos ganas que las nuestras, esporádicamente, derrotadamente. Tomás, que adecentaba caras de oficiales en los descansos y aprovechaba la faena para recoger informes, comunicó a los íntimos algo importante:

—El SIM ya sabe que los rojos se quieren retirar a la otra margen; y enemigo que huye, puente de plata. Así que hay órdenes a los aviadores de que les dejen pasar el río.

A esta información siguió una noche extraña, de barullos en el campo contrario que no se concretaron en un asalto. Al amanecer todo era allí síntoma de huida aprisa. Los prismáticos mostraban el terreno cubierto de material de intendencia.

Con el sol comenzó a surgir de la tierra un vapor tenue, y recibimos la orden:

—Liñares, Jara, Luque, Arias…, id a ver qué ocurre.

Los más expertos en pasar desapercibidos hicimos la exploración. Comprobamos que en aquellos campos de almendros no quedaba alma viva. Solo había cajas, sacos, casquillos, botellas, latas… Costaba creerlo. Confundía imaginar posiciones fortificadas sin gente. Los exploradores fuimos los primeros en sentirnos como prisioneros que, de súbito, se ven libres a las puertas de la prisión y

no saben hacia dónde caminar. Transmitimos ese sentimiento a nuestros camaradas, pero nuestros superiores no dieron opción a ideas raras en la tropa. Tan pronto pasaron los aviones «nacionales» de reconocimiento, recibimos instrucciones de avance. Que mi corneta marxista reprodujo.

—A partir de aquí, va a ser un paseo militar —comentó, jubiloso, un capitán.

—O una puta trampa —advirtió el comandante Solla—: Ya veremos cómo nos reciben en la otra banda del río…

Un sol flojo saltaba en las olas del Ebro cuando alcanzamos su barranca. Con temor a francotiradores, muy a escondidas, clavamos el hasta de una bandera bicolor. El viento levantó el trapo.

En ese momento acababa un capítulo de nuestras vidas, de las de todos los que habían llegado a la frontera del Ebro. Había sido un capítulo asqueroso, pero inolvidable, y la nostalgia de lo vivido se adueñaba de nosotros. Miré alrededor y solo vi caras pensativas entre el humo de los cigarros.

Victoriosos todos, ninguno de los que contemplábamos el flamear de la bandera tenía humor para cantos de victoria.

Retorno a las catacumbas

«Querida Carmiña de mi corazón: Desde esta ribera del Ebro no dejo de recordar la del Miño, donde Dios me hizo nacer sabiendo el regalo de belleza que recibimos todos los hijos de aquellas tierras; y, cuando tan cerca me hallo del mar Mediterráneo, mi deseo se alza a los cielos como gaviota en busca de la ría que tus ojos contemplan.

La voluntad y la inteligencia de nuestros jefes nos han traído hasta aquí, y el Altísimo ha permitido que llegásemos con salud. Ahora, de nuevo ha de ser la estrategia de nuestro mando la que nos indique el camino de avance contra las hordas marxistas, que ya huyen de nosotros asustadas, perseguidas por la propia conciencia de sus crímenes.

Aquí nos tienes, en un campamento, a cubierto entre pinos, reponiendo fuerzas de cuerpo y alma. Ya metidos en diciembre, el tiempo es frío, con aguanieves que hacen pensar frecuentemente en las Navidades…»

Llovía y la vida era mísera. Los días pasaban cenicientos y la gente tosía; los pechos se quebraban mal envueltos en mantas y capotes calados. Se habían montado unos toldos de lona bajo los que corrían los vicios de siempre: cartas, saltaparapetos y tabaco. Había pasado la moda de las carreras de piojos, parte de un capítulo anterior en aquella historia de soldados.

Fuera de guardias, Vicente y yo leíamos el mismo Libro, en diferentes versiones. Discutíamos las diferencias sabiendo que Jesucristo era el mismo. Ansiábamos conocer más de su Verdad por nuestros propios medios… En un descanso de la lectura evangélica, con la mirada sobre la bruma casi sólida del río y contra el paisaje pardo y negro de la otra ribera, concebí una idea, que le expresaría con entusiasmo a mi socio de escudilla mientras compartíamos el potaje:

—Tenemos que ir a Tierra Santa, Vicente. Esta guerra tiene que

acabar y, si llegamos al fin, hemos de ir juntos allá, y mirar, y contrastar… El pastor Berkley siempre decía que la grandeza de Tierra Santa acaba de llenar los espacios que tenemos en el alma reservados para la fe.

Pero la respuesta del franciscano fue tan fría como el ambiente del campamento:

—Primero tiene que acabar la guerra, y nosotros ver el final. Después hace falta que se mantenga la paz entre las potencias, Manuel. Y, cuando lleguemos a Palestina, no nos vamos a encontrar ninguna grandeza porque aquello es un sitio lleno de moros pobres, con unos monumentos pequeños y sin gracia, que no se parecen nada a los que levantaron los cristianos en Europa.

Me dejó callado de momento. Pero reaccioné de inmediato pasando a otro dominio de las ideas, retransmitiéndole lo que me había dicho mi informador privado:

—El Rapabarbas oyó que Franco anda molesto porque no se avanza. Parece que no le importan las dificultades, ni con este tiempo. Así que, a lo mejor, no nos vamos a quedar quietos hasta Navidad, como decían.

—Eso dalo por seguro. Está todo tramado, Manuel —me respondió Vicente encogiéndose de hombros bajo la manta—. Todo está preparado. Todo: pillé al pater diciéndole al alférez que, tratándose de limpiar el mundo de enemigos de Cristo, no hay mejor villancico que el tabletear de las ametralladoras. Y Dios no parece dispuesto a evitar que nos sigamos matando.

CUANDO YA LOS ALIENTOS eran tan densos que ocultaban los rostros, los catarros, epidemia y los sabañones, picazón de locura, un cambio de tiempo vino a arruinarnos la ilusión de pasar la nochebuena en el pinar. La tierra mojada se heló, se endureció, y recibimos la orden:

—¡A por ellos!

Fue el 23 de diciembre del 38.

Las barcazas salvaron el flujo barroso del Ebro y pusimos pie en un territorio del que todo se temía:

—Los rojos han tenido un mes para recomponerse, y les sobran las armas.

—Tienen fábricas de armas en toda la zona industrial de Barcelona.

—Hay líneas de fortificación que nuestros aviones no distinguen.

—Alrededor de Barcelona hay un cinturón de hierro que no lo salva ni Dios…

Avanzamos separados y alerta, desconfiando hasta del aire que respirábamos. Médicos y sanitarios venían con nosotros, dispuestos a intervenir de inmediato, condenados como nosotros a una escasa manutención, porque la intendencia quedaba atrás. En el cansancio de marchar acechando, los militares profesionales caían en grave incumplimiento de ordenanzas pues compadreaban con la tropa de recluta; o, al menos, con la tropa asignada a la plana mayor. Decían que no iba a ser fácil el «paseo militar» que aquel capitán le había augurado al comandante Solla. Porque los republicanos tenían pocas alternativas:

—Resistir o escapar para Francia —según la mayoría de los oficiales.

—O resistir mientras no empiece la guerra entre Francia y Alemania, porque no hay que fiarse de Munich —en la advertencia de Solla sobre el acuerdo diplomático del que tanto hablaban nuestros superiores.

Y no tardamos en encontrar resistencia organizada. Por medio de los enlaces con otras unidades de nuestro ejército llegaba el clamor de los encuentros, y noticia de muchas bajas. El enemigo retrocedía, forzado por tanques y aviación; pero vendía caro cada palmo de terreno que considerase suyo. Desde el primer día de choque aprendimos que era dueño del país, que conocía sus rincones. Experimentamos en propia carne los efectos de una táctica guerrillera con armas precisas.

—¡Hijos de puta! Tiran con fusil cada vez que revienta un obús. Así no hay quien hostias sepa de dónde viene el tiro —los oficiales se echaban las manos a la cabeza, y parecían indecisos.

Ese fuego selectivo andaba metiéndole miedo a la tropa, que se lanzaba al suelo de barro helado y temblaba pensando en seguir adelante. La tragedia de las muertes de los compañeros ahora se vivía en directo, caso por caso, a plena luz. La gente ya no moría en un revoltijo anónimo, apelotonado y nocturno, en el que todas las blasfemias se sumaban y confundían, como en la cota 496 del frente del Ebro. En la toma de Cataluña una bala alcanzaba claramente al muchacho que a nuestro lado daba zancadas con el torso casi horizontal, intentando evitar todos los proyectiles; y allá caía, en silencio para siempre; o soltando gritos, pidiendo un auxilio que nadie le daba porque los tiradores republicanos no hacían distingos

entre infantes con fusil y sanitarios con camilla.

Nunca en la vida pasaríamos una nochebuena tan triste, arrimando la espalda a las paredes de las ruinas, ateridos, sin hacer lumbre para que no nos localizaran los milicianos que dominaban cada camino y cada construcción de los lugares por donde atravesábamos.

Sardinas, silencio y coñac. Conversaciones quedas en vez de cantares. Piojos y pulgas royendo nuestros cuerpos. La helada penetrando, dejando tiesas las mantas húmedas de barro y vaho. Estornudos, tosidos de caverna.

Vicente dijo lo que yo estaba temiendo:

—Va a ser difícil que visitemos Palestina —y dejó caer la cabeza en mi hombro.

Yo miré al cielo, cuajado de estrellas. Rogué a Dios por mi hermano Alfredo, y por José, el hermano de Carmiña; y por que Carmiña se acordase en sus oraciones de todos nosotros. Me costó dormir, por culpa de una rabia profunda, nacida de lo más caliente de las entrañas, que me mandaba vivir, contando con Dios o sin contar con Él.

¡Contando con Dios o sin contar con Él! De repente comprendí el pecado de soberbia que estaba cometiendo y mi alma se arrugó. Imploré perdón, perdón, perdón… Supliqué a Cristo que apartase de mí la voz del demonio, que a la oreja me sugería lo inaceptable.

La cabeza del amigo pesaba, el frío penetraba en las coyunturas del cuerpo, la vieja herida de mi pierna se hacía sentir. No sé cuánto dormí, pero sí que soñé un deseo. La quimera hacía posible que yo viajara desde los campos de muerte de la cota 496 hasta las alturas lindísimas de Oleiros. Desde el Ebro iba en tren con la familia hasta nuestro pueblo, mis hermanos todos uniformados de caqui. Llegaba muy atrasado a la estación, que se convertía en la era del señor Leandro, y Carmiña me echaba una reprimenda porque, sobre el carro hecho púlpito, con el Libro abierto, don Tomás Berkley aguardaba por mí para iniciar la predicación.

En el Oleiros onírico ya no estaban los Liñares Couto, ni nadie más. Sobre las losas de la era solo nos mirábamos el pastor, Carmiña y yo… Aquello me parecía muy extraño cuando me hizo despertar un barullo, mezcla de voces y pistoneo de motores. Abrí los párpados y frente a mí, a distintas alturas, encima de dos cuerpos distintos, sendas caras risueñas me ofrecían lo mismo:

—Café calentito.

—Toma café, que acaba de llegar la intendencia.

Vicente y Tomás me miraban con preocupación. Pero respiré hondo el aire cortante del amanecer, les devolví la sonrisa, me levanté olvidando el dolor de la pierna y con un «Dios os lo pague, rapaces» me puse a la par de los demás.

El día de Navidad continuamos sin tregua, sin preguntarle al Niño Dios qué le parecían nuestras cantigas de mosquetón y granada de mano. En un escenario de campos llenos de frutales, con masías aisladas y pueblecitos del color de la tierra, proseguíamos para el nordeste mientras alrededor fenecían compañeros, fulminados, perforados desde lejos.

Tomás Calviño encontraba buenos apoyos para el fusil y se concentraba en los disparos como dispuesto a matar enemigos con la misma precisión que ellos.

—¡Te la voy a meter entre los ojos, hijo de puta! —mascullaba—. Mueve la cabeza y verás.

Yo ganaba espacio buscando quedar a cubierto. Inútil la corneta para tal ocasión, el mando me obligaba a ser uno más, fusil por delante: apuntaba por miedo a la pistola de mi alférez, quien no perdonaba a «los dudosos en un batallón de élite», y tiraba a herir, en las extremidades, preguntándome cómo haría Vicente. Porque los hombres de religión algo teníamos que hacer para que no nos matasen, ni soldados contrarios ni jefes propios.

A tiros acabó la jornada de «paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad» y en las siguientes continuamos palmo a palmo, paso a paso. Cada lugar que se tomaba era un triunfo, aunque fuese una caseta perdida en medio de las huertas…

Como ese pasaron otros días, siempre esperando al Caudillo de España.

—La nevada no permite que el generalísimo llegue a Cataluña —informaba Tomás.

Hasta que a fin de año supimos que Franco estaba «con nosotros», oculto en el castillo de Raimat. Para entonces sus divisiones de infantes habían comido mucho territorio enemigo ayudadas por la artillería, los carros de combate y la aviación. Caía Cataluña, y asustaba entrar en un pueblo «liberado», recuerdo deforme de lo que podía haber sido, o una imagen de pesadilla: casas medio rotas por los bombardeos aéreos, el mobiliario dentro en posiciones absurdas; edificios enteros pero vacíos, las puertas abiertas sin cuidado de tener nada que defender. Entre escombros se repetía el

espectáculo de milicianos inanimados en la descompostura fea del fin con nuestros camaradas hurgándoles en la ropa, rapiñando el último paquete de tabaco, y paisanos insensibles, desconcertados, impedidos de seguir el repliegue de su ejército, caras famélicas y saludo fascista sin entusiasmo.

Yo, porque me lo mandara la caridad y porque me impulsaba la condición de curioso, les tendía un pedazo de pan o una lata con que esas almas se abrían a la conversación. Acudían viejos y niños. Faltaba gente joven, hasta mujeres mozas para cuidar a los pequeños, y del ruego repetido de las ancianas deduje el porqué de que sus hijas se arriesgasen a las penurias de la retirada: «Que no nos toquen los moros, que somos muy viejas», reiteraban temiendo aun por sus cuerpos arrugados.

—Ese es el sarcasmo de los africanistas, Manuel —comentó Vicente, mientras llenábamos cantimploras en una fuente con carámbanos—. Hay que ver para creer: los generales que ascendieron en el escalafón con las guerras de África primero sometieron a los marroquíes y ahora se han traído de apoyo a los hijos de los moros que ellos habían sometido.

Los oficiales de África sabían azuzar a aquellos cabileños atroces, y mandarlos contra otros españoles. Aprovechaban su intransigencia religiosa, su odio a cuanto fuese cristiano o se lo pareciera. Viendo el terror pintado en los rostros de las abuelas catalanas, nuestro pater se pronunció.

—Esto va a haber que contarlo, Solla —oímos como le decía al comandante—. A los moros les parece cristiano cualquiera que no crea en Mahoma, hasta los rojos más canallas. Y se piensan que han venido a conquistar España a sangre y fuego. No sé quien les daría esa idea.

ALGUNOS VIEJOS, QUE SE MANTENÍAN EN EL LUGAR donde siempre habían vivido y tenían por suyo «hasta la muerte», no mostraban tanto miedo como sus mujeres, ni de los españoles ni de los marroquíes; ni de los legionarios, hijos de Dios supiese qué gente. Solo querían saber si tras los soldados les iba a llegar algún socorro con que hurtarse a una muerte fea, de hambre. Preguntaban sobre eso, aceptaban tabaco; y contaban la vida pasada en manos de los rojos que los habían intentado adoctrinar cuando en sus cabezas solo cabía esperar un buen lugar en el cementerio.

Un mayor con gorra descolorida y mirar de resignación repitió el

dicho de la zona que veníamos arrebatando a los milicianos:

—Los tres enemigos del hombre son el SIM, el CRIM y Negrín.

El SIM para ellos y para nosotros era lo mismo; el CRIM era el Centro de Reclutamiento e Instrucción Militar de la República; y Negrín, el presidente del gobierno que mandaba resistir.

A ese viejo, entre unos y otros, lo habían dejado sin varón de la familia en que apoyarse.

—Nuestro Joanet iba a hacer los diecisiete —explicó, arrugando el ceño—. Cayó en Pandols.

Con ese nieto acababa todo. No le había quedado *hereu* a quien entregar campos que indicaba con un dedo cansado, caído en la punta…

Según ganábamos latitud en el mapa, siempre a pie, aumentaban las necesidades de comer y beber algo distinto de pan, sardinas y agua; crecían el cansancio y el miedo a las líneas de fuego cruzado que surgían por sorpresa.

—Se van a reagrupar para dar batalla —arriesgaba a veces Vicente con una sombra de esperanza en los ojos oscuros y pensadores, revelando su temor a las consecuencias de un triunfo de los fascistas que nos obligaban a luchar en su bando.

Pero todo seguía igual: aquí y allá francotiradores y nidos de ametralladoras, que acertaban en unos cuantos de nuestro batallón, hasta que el resto empezaba a devolver fuego desde puntos resguardados. En alguna ocasión ese fuego abatía a los milicianos que se sacrificaban por el grueso de su ejército; pero casi siempre nuestros grupos de asalto solo llegaban a recoger casquillos de las balas con que nos habían barrido desde la posición de resistencia.

Y pasábamos a la siguiente población, donde nada impedía actos de barbarie estúpidos. Los conquistadores se juntaban allí por bandadas que los oficiales difícilmente mantenían en orden. Se entreveraban las unidades, surgían las chanzas, aparecía el coñac y con él venían peleas y coros. Borrachos, los soldados entraban en las viviendas, recorrían los interiores con ojos de codicia y se lanzaban a romper vidrios y espejos con las culatas de los fusiles, rajaban ropas y cortinas con las bayonetas, prendían fuego al mobiliario.

—Que se jodan los catalanes, que no tenemos como llevarnos nada —explicaban, furiosos por la falta de animales y vehículos para transportar cuanto abultaba y ellos querían pillar.

Aunque derrengados, los hombres de Franco venían llenos de

coraje, exasperados por la guerrilla, y dispuestos a saquear las pertenencias de los que, villa a villa, contemplaban nuestra marcha esbozando un saludo ridículo, de brazo estirado y mano abierta, como antes habrían erguido brazo doblado y puño cerrado al paso de los milicianos.

—Mira tú lo que hace la puta guerra —comentaba Tomás Calviño mirando los desmanes—. Quién de nosotros por las buenas se atrevería a hacer tanto estrago como les estamos haciendo a estos paisanos.

Y el comandante Solla de vez en cuando pasaba una recomendación:

—Chicos, no hagáis muchas burradas que no vais a dejar nada para los hijos de Alá…

Aproximándonos a Barcelona hubo novedad en nuestras jornadas de caminar y aguantar frío: por las carreteras comenzaban a aparecer los más diversos artefactos abandonados. Una máquina de escribir nueva llamó mi atención desde las zarzas y me dio para imaginar la amargura con que su dueño la habría perdido de vista. Mientras yo filosofaba, la cogió un compañero zamorano, pastor de oficio, analfabeto, que poco tardaría en cansarse de llevarla al hombro y destrozarla contra un tronco de olivo.

Se sucedían maltratos a instrumentos de cultura como ese, muestras de odio del ignorante a lo que ignora. Y toda la tropa piojosa se unía en una competición por el vino.

Rapiña y borrachera mandaban sobre nosotros. En una casa hidalga con viñedos ordenados nos topamos con una partida de navarros ya ebrios que golpeaban las culatas de los mosquetones contra la puerta de madera barnizada y claveteada en bronce.

—¡Abre, cabrón, que te la echamos abajo! —insistían los borrachos.

Tomás, quien tenía cuentas pendientes con los «requetés meapilas» por asuntos de naipes, se metió entre ellos y los dispersó a patadas amenazando con avisar al comandante Solla. Vicente y yo reforzamos la acción del amigo con empujones y más advertencias sobre el trato a civiles, y los navarros se fueron prometiendo darnos «plomo por el saco».

Entonces se abrió la puerta. Un señor delgado, con barba y pelo blancos, largos de más, nos hizo indicación de que pasáramos. Nos llevó a una cocina amplia con mesa para muchos criados, sobre la que puso vasos y una botella de tinto. Con un acento cargado de

angustia, preguntó:

—¿Es cierto que los moros matan por las piezas de oro de la boca?

De nuevo surgían los marroquíes, los herederos de Abdelkrim. Este hidalguete se habría librado de África, de la guerra miserable en que los españoles con cuartos se zafaban y los pobres no; pero oiría de gumias afiladísimas, genitales en la boca del cristiano degollado, dedos cercenados, sin anillos, dentaduras arrancadas; y ahora reflejaba en un temblor de labios el miedo general de Cataluña a los ejércitos de Franco, que incluían moros.

No fuimos capaces de tranquilizarlo con la idea carca de que el Generalísimo pretendía poner orden (tras humillar a los vencidos con la brutalidad de cientos de miles de soldados en tromba). Bebimos su vino excelente y, reconfortados, lo dejamos sollozando, musitando en su habla catalana algo sobre el fin de la autonomía, el Estatut y la Generalitat…

Los únicos que parecían dar la bienvenida a las tropas franquistas eran los curas de los lugares donde hacíamos alto, lo cual me sirvió para comprobar en qué consideración se me tenía en el batallón.

Por donde fuimos paseando en triunfo, los párrocos acordaban con don Juan María alguna ceremonia en los templos que habían sufrido «ataques de las masas ciegas de odio contra las casas de Dios, que osaban llamar almacenes de opio para el pueblo». La tropa tenía que asistir a los ritos romanos. Pero yo, que dirigía la banda de cornetas, contaba con dispensa de asistencia por orden de mi comandante.

Cuando llegábamos a la iglesia, me apartaba de los músicos, saludaba a los superiores y dejaba el mando. Los oficiales entraban en compañía de las nuevas autoridades civiles con camisa azul, que a veces se fijaban en mi separación; pero los militares obviaban comentarios; y muchos compañeros me miraban con envidia.

—Mamón, qué suerte tienes —refunfuñaban, cariñosamente.

Entre ellos habría agnósticos, ateos y hasta protestantes; pero no pedían dispensa porque el miedo era mucho.

—Mucho, Manuel —aseguraba Vicente—. Van a misa porque a todos se nos hace insoportable tanto miedo al SIM.

ENTRE PAISAJES DESNUDOS, DE INVIERNO, con cielos limpios y pálidos, íbamos en persecución de un ejército que ya no presentaba batalla en ninguna zona del frente, cada día más reducido.

Las escaramuzas, sin embargo, se intensificaban. Venía el disparo

fatal, caía uno de los nuestros, el batallón buscaba abrigo, un oficial dirigía el contraataque al punto desde el que nos batían, los camilleros intentaban recoger al herido…

Estábamos llegando al límite de nuestra paciencia y quedaban cientos de kilómetros hasta el destino final, Francia.

—¡Francia, soldados de Franco! —nos arengaban— Bajo las órdenes de los gloriosos generales Solchaga y Alonso Vega, la frontera de Francia es el objetivo. No pararemos hasta confrontar nuestra bandera de sangre y oro con la de la nación que a lo largo de la Historia mayor mal hizo a la nuestra…

En aquel hastío de golpes de guerrilla y arengas en las concentraciones de tropas, ya deseábamos algo diferente cuando se presentó la ocasión de vivirlo.

Atravesábamos campos plantados de frutales en Vilafranca del Penedès. Un error de cálculo de la intendencia nos hacía sufrir de sed.

—Soy capaz de beber meos de caballo —exageraba Tomás, los ojos ligeros en busca de indicios de agua mientras escrutaba posibles nidos de tiradores.

Entonces se repitió la escena de costumbre. Los milicianos acertaron en los tres camaradas que avanzaban a mi derecha. De reojo los vi caer doblados sobre las rodillas, hasta dar de bruces en el suelo; oí sus quejidos y, antes de mirar el modo de socorrerlos, me lancé a la cobertura, como todos, en un acto reflejo.

Para la mayoría de nosotros sirvió de parapeto la valla de piedra de la heredad por la que atajábamos. Detrás de la valla discurría la carretera y al otro lado del asfalto se levantaba la cerca de una masía con casa grande y torreón. Mi sargento fue encargado de formar el grupo que limpiase el reducto de tiradores, situado en la torre; voceó los nombres de los destinados a la tarea de héroes, los juntó y les dio instrucciones para superar los dos muros mientras los protegía una barrera de fuego sostenido de todo el batallón.

Pero no siguieron adelante. Porque sobre la carretera avanzaba un ruido inconfundible de orugas de tanques.

—Esto se nos complica, Manuel —dijo Vicente con cara preocupada. Se calló pero detecté en la expresión de sus ojos que se preguntaba lo mismo que yo: cómo iríamos a salir de tan mal paso.

Solla dio una orden:

—¡Preparen bombas de gasolina!

Seguía el tiroteo desde el caserón rústico rodeado de árboles.

Suspendida de momento la toma de la torre, nuestros mejores tiradores se dispusieron a castigarla desde lejos mientras el batallón era dividido en trozos de asalto. Uno de ellos lanzó una lluvia de bombas incendiarias contra las máquinas de guerra que se nos aproximaban, un tanque y una columna de tanquetas. La táctica fue sencilla: lanzar y agacharse detrás de la valla.

Distraídos los carros, el grupo que intentaba acabar con el hostigamiento desde la masía superó la primera cerca, la carretera, la segunda cerca… Los asaltantes se protegieron cada uno tras un árbol y enseguida hacían fuego nutrido contra la torre.

Yo permanecí quieto, de cuclillas, atento a mi deber de transmitir órdenes si fuere preciso. Por una brecha entre las piedras del muro miraba el escenario sin miedo de que me alcanzasen las balas y así fue como vi surgir a los tripulantes de los blindados, tipos con zamarra de cuero negro y gorro marrón con tapaorejas. Salían por las portezuelas entre llamas, disparando con armas cortas, e intentaban cubrirse con el blindaje de las máquinas. Su objetivo sería superar el cerco del lado de la carretera contrario al nuestro y escapar hacia la masía.

Pero no contaban con los nacionales que ya andaban por allí. Los rojos se lanzaban por encima de las piedras y en el momento de caer en aquel campo comprenderían que estaban perdidos. Solo les quedaba morir matando. O entregarse.

Una vez más, como en tantos otros episodios de lucha, todo era fuego, disparos y gritos. Los tanquistas que habían saltado al terreno de la masía advertían a sus compañeros de lo que acababan de encontrarse.

Eso debió de inducir a alguno, en la desesperación de la entrega, a venirse hacia nosotros como un rayo. De repente sentí cómo un bulto negro pasaba por encima de mí y caía en el suelo a mi lado. Rodó y quedó tumbado mirándome, apuntándome con una pistola. Un segundo después estábamos los dos apuntándonos, uno en cuclillas, otro vientre a tierra.

—¡Suelta la pistola! —le grité—. Estás rodeado.

Giró la cara para los lados, comprobó rápidamente su situación.

—Venga. Deja la pistola —le insistí—. Déjala y vente arrimando. Arrímate contra la valla hasta que acabe esto.

Aún se resistió. Era un mozalbete con perilla lanuda, ridícula, un recluta de las quintas en que se consumían los últimos esfuerzos de la República.

Por fin abrió la mano y yo barrí su arma con la punta del mosquetón. Apuntándole, retrocedí hasta el muro y le hice señales para que me siguiera. Reptó hacia mí apoyado en los codos, rodó cuando estaba junto a las piedras y se sentó a mi lado con el hombro contra ellas.

La barahúnda fue disminuyendo. Nosotros nos mirábamos, sin hablar. Un compañero se me acercó y, mientras cargaba el fusil, dijo:

—Carajo que tienes suerte, Liñares: te cae la caza a los pies sin dar un tiro…

Al poco, de la pequeña batalla solo quedaban el humo de los blindados que ardían y el sonido de algún tiro distante, espaciado en el tiempo.

Después vino la orden:

—En marcha.

Me puse en pie y le dije al chico:

—No tengas miedo, que yo soy hombre de paz. Vete delante de mí y ya te entregaré donde me digan.

Como no me respondió, llegué a pensar que no me entendiera, que fuese extranjero. Se acercó Vicente y le pedí que me ayudara a llevar al prisionero a donde le diesen trato de tal. Y eso fue la suerte de la criatura: el batallón se recompuso en columna sobre la carretera y continuamos marcha. Cuando yo y los más próximos llegábamos a un puente sobre una torrentera, se oyeron varias descargas cerradas de fusilería y tuve una sospecha amarga.

Que se confirmó. Pasado el puente, del lecho seco surgieron grupos de los nuestros que discutían alegremente por unas zamarras y unas botas que no dejaban ya lugar a dudas. Para más, miré la vestimenta y el calzado de mi prisionero, quien me devolvió la mirada con las únicas frases que me dirigiría por siempre jamás:

—Son muy buenas. Son rusas —dijo, con acento catalán.

Cuando hicimos alto para la cena, en un punto con intendencia y cobijo de carpas, vi que había un grupo de prisioneros sentados, con miradas vagas, tristes. Mansamente, el muchacho fue hasta ellos, a juntar su vaho con los de quienes padecían a la intemperie. Nadie, ni de los suyos ni de los nuestros, le hizo caso.

A la mañana siguiente no lo volví a ver. Ni él supo mi nombre ni yo el suyo. Espero encontrarlo en el Juicio Final —como a tantos— y que me cuente qué le sucedió desde entonces.

SEMANA A SEMANA AUMENTABA LA POTENCIA de las formaciones que Franco y sus aliados fascistas concentraban hacia los restos del ejército popular de la República. Ya no caminábamos a la aventura. Había alguna organización, podíamos dormir bajo techo. Acémilas y camiones aliviaban pesos de armas, y recogían para los oficiales cuanto fuera de su interés y deseo, objetos que seguían apareciendo en las orillas de las carreteras o por los campos, o en las casas de los que huían de nosotros.

Escuadrillas de aviones daban pasadas por encima de los que marchábamos contra el viento cortante de los Pirineos; hacían guiños con las puntas de las alas, mostraban la escarapela «nacional», iban a descargar cintas de balas rumbo al norte y volvían a recargar.

—La aviación les está metiendo a los rojos una paliza de mucho nabo —comentaba el Rapabarbas con alegría de niño que ve ganar a su favorito en una pelea.

Pero gesto y tono de Vicente seguían cautivos de la inquietud, severa cuando expresaba su pensamiento sobre los triunfos del «arma aérea»:

—Seguro que no distinguen entre militares y civiles. Los pilotos italianos se están cebando. Es el trofeo que le van a presentar a su Duce…

En Sant Sadurní de Anoia fue la orgía: según nos acercábamos, la tropa pedía a gritos celebrar Navidad y año viejo, todo junto, en la villa del champaña; los sargentos se reían con los soldados; los oficiales se encogían de hombros. Entramos en masa en una bodega lóbrega, iluminada con carburo, que tantos trabajos permitía imaginar en su concierto de toneles y botellas acostadas. Cada cual cogió una botella y empezaron a volar los cuellos de vidrio a golpe de bayoneta. Se abrían las bocas y caían en ellas cascadas doradas, espumantes. Todo era risotada, eructo, salivazo. Unos se pusieron a bailar con los otros. Tiraban por el suelo las armas, los macutos, las mantas… Al poco el suelo terroso estaba regado de vino, las botas amasaban un barro sutil y carísimo.

Un disparo resonó en las bóvedas de la cava y se hizo el silencio, expectante. Cayeron botellas al suelo y las manos se dirigieron a los fusiles.

Hubo otro disparo y se escucharon carcajadas nacidas en un rincón.

El silencio de los que no entendían lo que pasaba permitió oír el

son de líquido batiendo el piso a chorros.

Vinieron enseguida más risas; y más tiros. Una locura de risas. Tiros al tiempo.

Frente a la fila de bocois a mi vista formó un pelotón, se echó el fusil al hombro, esperó órdenes de un soldado que hacía de cabo.

—Apunten. ¡Fuego!

De los barriles pasados por las armas manaron fuentes de líquido áureo con que se llenaban bocas, vasos, escudillas, hasta cascos, que servían para llenar más bocas…

Soportar a un borracho perdido, entorpecido, ya es importante sacrificio; pero aguantarlo mojado de vino, manchado de barro hecho con vino, es demasiado. Y, no obstante, nuestros superiores parecían divertirse con el espectáculo de una tropa ebria e inútil, como manada de cerdos dividida en hatajos que se amontonaban al pie de los toneles vacíos.

Yo miraba a Vicente y Vicente me miraba a mí. Éramos de los pocos soldados que quedaban en pie. También aguantaban sobrios algunos oficiales, que tomaban sorbos pequeños de cava, cada cual de su botella.

—Está todo calculado, Manuel —sentenció mi socio de manta y plato—. Nada une más a los miserables que una borrachera, y los que mandan saben bien de nuestra miseria.

En Sant Sadurní nos detuvimos hasta que las ropas se fueron secando y las cabezas volvieron a la mínima cordura. No nos faltaron cobijo ni leña; y retomamos la carretera de Barcelona con un hedor tan terrible como el de los muertos de la cota 496: a mezcla de vino seco, humo, vómitos y humores del cuerpo. Éramos una nación de apestados, llenos de barbas y parásitos, cubiertos de harapos hediondos, comidos de pulgas y sabañones. A lo largo del camino, los habitantes de la tierra que no habían seguido ruta a Francia nos observaban con espanto y se encerraban en sus casas.

—Hay que buscar por el campo, que los de la Sexta ya han encontrado muchas cosas enterradas —se corrió la voz y, aguijoneado por la codicia, el batallón de choque ponía mil ojos en la tierra removida entre matorrales, a pie de los árboles, en busca de tesoros que los huidos pudieran haber ocultado con ilusión de hallarlos a su vuelta, en mejores tiempos.

Del empeño de escarbar afloraba de cuando en cuando un olor de muerte paralizante. Pero también se consiguieron los resultados que se esperaban y los macutos se fueron llenando de cubiertos de plata,

candelabros, bandejas, marcos…

Acabando enero del «Año de la Victoria», así llegamos —cada cual con el resultado de su pillaje— a una de las ciudades más bellas que España tiene: Barcelona. Pensábamos encontrar mucha destrucción pues sabíamos que la capital de Cataluña había sufrido bombardeos de «objetivos militares». Y la había, en edificaciones civiles; pero siguiendo *carrers* ordenados y amplios impresionaba más su desolación que los estragos en las casas de vecinos.

Se veía el efecto de saqueos en las tiendas cerradas, con las lunas rotas. Y, al torcer una esquina, nuestros superiores tuvieron que sacar la pistola para mantener en línea las columnas.

—¡Quietos! ¡Alto! ¡Volved a la formación! —gritaban entre disparos al aire.

Porque un banco había sido asaltado y los asaltantes, en su prisa, habían dejado el pavimento cubierto de billetes, una estela larga, de quimera.

Los oficiales no querían que los cogiésemos. De repente se habían vuelto puritanos: después de la barrabasada de Sant Sadurní no permitirían desmanes a la vista de la gente; ni siquiera pillar dinero de dudoso valor, emitido por una república en agonía.

Bufando de rabia, los piratas con uniforme contuvieron su pasión por lo ajeno, en apariencia. No arrollaron a los oficiales ni se salieron de la formación, mas pusieron a trabajar el magín: echaban macutos al suelo, los arrastraban y, a taconazos, iban metiendo billetes en el zurrón…

Nos alojaron en un cuartel, con órdenes de utilizar todos los medios de aseo e higiene a nuestra disposición. Increíblemente para nosotros, había agua tibia y jabón. Tomás hizo una fortuna de pesetas de plata, ayudado por varios aprendices que seleccionó. Cayeron pelambreras y barbas; y, cuando la superioridad juzgó que podíamos parecer algo distinto a vagabundos, nos dejó salir.

Fue una breve visión de Barcelona, en la que vivía mucha gente, unos escondidos, otros dispuestos a levantar el brazo repitiendo los gritos oficiales de la victoria —¡Viva Franco! ¡Arriba España!— al paso de soldaditos como nosotros. Uniformes falangistas llenaban coches sospechosos, de ronda por las calles. Cuadrillas de mozos retiraban los símbolos de Cataluña y de la República, y con plantillas perforadas pintaban yugos y flechas, caras del Generalísimo y José Antonio. En los balcones de las oficinas se repetían las muestras de adhesión a lo que venía: HILATURAS

BOSCH CON FRANCO, MUNTANER Y SANCHÍS A LAS ÓRDENES DE FRANCO, ACADEMIA LAYETANA CON NUESTRO CAUDILLO…

Vicente y yo buscamos el mar ramblas abajo y nos paramos al pie de la estatua de Colón. Era un día de sol débil. Las aguas que vimos eran pálidas, tranquilas en su azul lechoso.

—España no puede funcionar, Manuel —me dijo el valenciano—. No podemos ser una nación si entre nosotros hay tantos odios. A los catalanes los van a castigar como en tiempos de Felipe V, ya verás. Va a haber revancha.

Yo me callé, porque no sabía tanto de historia como él. Miraba el brazo de Colón allá arriba. Pensaba en las Américas, en un lugar de paz y libertades, donde cada alma pudiera expresar lo que le bullía dentro sin miedo a castigos.

Algún día convencería a mi Carmela.

Barcelona invernal, de árboles desnudos, quedó a nuestras espaldas «pacificada», convertida en lugar de cacería de criaturas humanas con sentimientos e ideas. Tanto afán de suprimir oponentes nos recordó a los gallegos lo vivido en la propia tierra.

—Es preferible echarse al camino —razonaba Tomás, fusil al hombro— porque, de seguir en Barcelona, era cosa de matar a unos cuantos falangistas, hijos de la gran puta…

Marchamos hacia el nordeste, de donde llegaban rachas gélidas, por una carretera que ya había visto pasar fugitivos azotados por el plomo y el fuego de los aviones. En las cunetas habían ido quedando viejos, personas desvalidas y soldados que sangraban a través de sus vendajes. Quedaban cadáveres, de gente y de animales, que la helada mantenía tiesos. Vagaban acémilas y perros. Entre la maleza de las orillas aumentaba el número y la variedad de artefactos que llamaban la atención del observador sobre las querencias de los huidos: lo que cada cual había intentado salvar, el lastre último de su peregrinación. Ya no cabía nada más en los macutos y algún camarada consiguió un saco que llevaba al hombro como los traperos, sonando a metal y loza.

Andaba yo distraído imaginando de quién habría sido un montón de libros, álbumes de fotos, sombreros, un pisapapeles, una espingarda tunecina…, cuando oí que me llamaban:

—¡Manuel! ¡Ei, ei, Manueliño de Oleiros!

No daba crédito a lo que oía, con acentos de mi tierra, porque paralela a nosotros avanzaba una columna motorizada italiana, lentísima, sorteando bultos de ropa, ganado muerto, vehículos

inútiles por falta de combustible.

De un camión italiano saltó un soldado español, que se vino a lanzar a mis brazos.

—¡Manueliño!

—¡Joseíño! ¡Alabado sea Dios!

Era el hermano de Carmiña. Pero no era él, un chico risueño que entonaba himnos en la iglesia de Pi i Margall. Delante de mí estaba un hombre corpulento, con barbas negras y onduladas como el pelo de su hermana, la tez morena de sol y colorada por el frío, el gesto endurecido.

Hablamos. En el tono alegre de su voz había toques de cinismo:

—Suerte la de los españoles que nos metieron con los italianos. Estos carajos de *Freccie Nere* son los tipos más cagones del mundo: cuando hay que avanzar, reculan. Y nosotros, con hacer como ellos…

Seguimos juntos toda la jornada, caminamos a la par, intercambiamos pedazos de historias de nuestras familias, de los hermanos creyentes, cuanto habíamos sabido por la correspondencia. Dedujimos que los ogros de camisa azul seguían haciendo estragos en una Galicia que, de tanto haber vagado por España, ya se nos figuraba más lejos que la Argentina. Lamentamos la desaparición confirmada de varios pastores, principalmente la de don Tomás; pero nos reaseguramos el uno al otro de que nuestros hermanos en la fe al menos no sufrían martirio después de las tundas, de los asesinatos y los destierros en los primeros tiempos del alzamiento.

—Yo no tengo indicaciones de Carmela, ni con una tinta ni con la otra —concluí.

José entendió. Entre risas confirmó lo mismo:

—Ni con la de frío ni con la de caliente —y añadió—: Tampoco mi padre ha dado indicios de que los persigan; y mira que nos quisieron matar a todos por culpa de aquel judío Herberto, ¡qué canallas!

Antes de separarnos para acampar, a la caída de la noche, guardamos silencio y oramos. Cuando José se iba, cruzando la carretera, inició un cántico muy querido, muy nuestro:

Junto a Él caminaré;
en su brazo confiaré…

Repetí los versos, hicimos dúo, soñando que estábamos en Vigo.

Estábamos en nuestra iglesia, en nuestro banco y yo veía de reojo el perfil único de Carmiña… Pero una moto a marcha lenta se nos interpuso con su ruido de pistones y volvimos a la realidad. José alcanzó su camión. Mientras trepaba a la caja, levantó la voz:

—Carmiña dice que vamos a volver los dos, tú y yo. Y va a tener razón, que esta función se está acabando…

La guerra estaría para acabar, tal vez, pero todavía quedaban por llegar demasiadas muertes, que en nada modificarían el desenlace.

Esa noche nos recogimos bajo una nevada de copos mínimos, que el viento clavaba en la piel de la cara. Y nos entregamos al sueño con el calor de lumbres prendidas en los cobertizos de una casa de labranza amplia como un cuartel. Yo dormí con sobresalto; con una pesadilla que me hizo despertar: sentía que la última bala perdida de la guerra daba en mí, en alguna parte de mi cuerpo, no sabía dónde… Y me desperté aterrado, convencido de que al hacerlo descubriría la causa de mi despedida de este mundo, en el que tanto me quedaba por batallar de palabra en nombre de la Fe.

LA SIGUIENTE CIUDAD «liberada de los errores del separatismo y el marxismo» fue Girona, con sus murallas que le recuerdan a toda España cómo se supo defender del vasallaje impuesto por Napoleón. En sus calles viejas de buena piedra clara estuve paseando y mirando con mis amigos; y vi incendios, expolios y botines que daban razón a la idea de Vicente: España no era una nación si entre españoles se cometían actos de tan bárbara enemistad, si los soldados del Caudillo de la nueva España se comportaban como los del Emperador de Francia.

En Girona me atreví a preguntar por mis hermanos en la creencia. Con la mejor de las sonrisas indagué de gente vieja a cerca de los evangélicos gerundenses, mas solo obtuve gestos de ignorancia y negativas. Al parecer, nadie sabía nada de luteranos. Reinaba el silencio. Cualquier respuesta podía ser utilizada contra el informante. Yo era un soldado de Franco. Hasta podía ser del SIM…

Los últimos kilómetros de camino a la frontera trajeron a nuestros ojos, multiplicada, la inmundicia de lo que veníamos viendo desde la entrada en Cataluña: la estela de cosas, de personas y animales, inválidos o muertos, que marcaba el éxodo; los estragos de los perseguidores en las viviendas abandonadas, las muertes de compañeros por el aguante a ultranza de los milicianos; y los abusos a la población que prefería mantenerse en lo suyo, aterrada pero

agarrada a lo que tenía por seguro.

Costaba entender lo que los mandos franquistas querían de sus tropas. Por un lado daban ejemplo de rapiña escogiendo en los botines que permitían juntar. Por otro, castigaban brutalmente delitos de difícil prueba, propios de la guerra.

Tal fue el caso del ajusticiamiento de un asturiano de nuestro batallón en Llançá, ya a cuatro pasos del punto final. La proximidad de la frontera no impidió que se detuviese la marcha para el espectáculo, anunciada con una versión de hechos que no se ajustaba a la realidad aparente.

Esa realidad era que una moza del pueblo, acostumbrada a aliviar el hambre sin decencia, según llegamos fue vendiendo sus favores a los nuevos amos; y, entre ellos, a un «minero» muy galán. Quizá el camarada no hubiera compensado con latas suficiente los cariños de la infeliz. Probablemente ella lo escogió entre los favorecidos, que no podían ser cuantos la pretendiesen. Con facilidad algún oficial rechazado conocía los antecedentes familiares de su rival en amores pagados, de apellido escrito en la historia de Asturias con dinamita de la revolución del 34.

Como fuera, instigada por alguien, ella acusó al asturiano de haberla violado.

Nos hicieron asistir, en formación, al fusilamiento en la plaza del pueblo.

El piquete tomó posiciones. La ramera estaba presente, cubierta con un chal. El rapaz, que era alto y rubio, dio pecho al frío y, antes de que le callasen la boca para siempre, en un esfuerzo final hizo oír sus gritos:

—¡Carmeta, puta mentirosa! ¡Muera Franco! ¡Viva la República!

Sonó la descarga. Cayó. Una pared recogió balas y sangre. Su sargento le dio el tiro de gracia. Los camilleros se llevaron el cadáver.

Deseé que Dios hubiera perdonado las culpas de Felguerín, que así se llamaba. Vicente oraba por él. No nos dijimos nada, pero ambos sabíamos que, si nos fuesen a fusilar, de la entraña también nos saldría un viva al régimen político que había traído aire de libertades a España.

Y seguimos, arrastrando las botas entre desechos de las columnas del ejército vencido, que había conseguido entrar en Francia. A envoltorios y aparatos que dejaban atrás los civiles se unían ahora armas sin munición y vehículos militares calcinados.

Pasamos Portbou, que había ardido, desdeñando como alimañas saciadas una población más de las que se entregaban, sin reparar en las miradas atónitas que nos seguían. Solo una orden nos hizo cambiar de la marcha lenta, del arrastrar de las botas, al paso ligero de instrucción:

—¡A la frontera!

Corrimos en un esfuerzo desganado, pero ilusionado, hasta ver gendarmes y banderas francesas en desafío. El ejército francés participaba en la alerta, gorras redondas y cascos se mezclaban en la observación. Un enjambre de periodistas tomaba fotos: era día de sol, a principios de febrero; de mucha luz contra los verdes y los blancos del Pirineo. Partidas de españoles agitanados, gritones, con uniforme sucio y roto, provocaban el gesto altivo de los franceses callados, aseados, las armas prontas.

Entre nosotros corría la maldición del coñac, y coros ofendían con su desafino la solemnidad de la montaña. Todo era himnos de la Infantería, de los Requetés, de la Falange, de la Legión. Las letras oficiales dejaron paso a versiones chuscas. La Falange —despreciada por los militares y odiada por los requetés— se llevaba la peor parte, con un peculiar *Cara al sol* arreglado para loar las virtudes de la gasolina.

Tomás Calviño se acercó a mí y a Vicente sacando del capote una botella de vino.

—Mirad lo que mangué —explicó. Con mano hábil y navaja suiza de muchos usos, le quitó el tapón—. Venga, a mojar la *palleta*, rapaces, que el teniente dice que estamos entrando en la Historia y no sé qué carajo más.

Era un tinto rico, con sabor a tierra y madera. Discretamente, ocultándonos cuanto podíamos de las vistas de los camaradas, brindamos con los vasos de aluminio llenos de rayaduras:

—Por que esto se acabe de una putísima vez y podamos volver a casa.

—Que Dios te oiga, Tomasiño.

—Amén.

Esa fue nuestra privada celebración. Y a continuación hubo otra, general, que indicaba el origen del vino conseguido por el amigo barbero: se extendió la voz de que en la estación del ferrocarril había una fila prodigiosa de vagones cargados con primores de boca. Entonces la hueste ebria de triunfo se olvidó de la marca de Francia y de la ufanía de los gendarmes y, como si fuera procesión

de hormigas, se lanzó hacia donde barruntaba sustancia.

—¡Alto! ¡Quietos ahí! ¡A formar! —de nuevo sonaron las pistolas de los oficiales.

Ante el último tren de la República, el mando franquista puso orden: ordenó custodia de lo exquisito y reparto de lo vulgar. Calmados, comimos y bebimos por ranchos alrededor de la estación. Nos atiborramos, mezclando carne con leche condensada, chocolate con atún, chorizos con dulce de membrillo.

Llena de energía, la gente se envalentonaba y retornaba junto a los gendarmes. Irguiendo botellas en bruta señal de victoria, los enfrentaba para gritarles:

—Franchutes, a ver qué hacéis con tanto rojo.

—Cuidado con ellos, que hay mucho maricón…

La refección nos dio ánimos a todos; y a mí una morriña que me traspasaba como un tiro. Les pedí a unos compañeros que me dejasen entrar en el vagón que custodiaban y allí, agasajado por un aroma de café que me llevaba de vuelta a la trastienda de Casa Valeriano, formé poltrona con sacas de azúcar, saqué recado de escribir del macuto y le puse unas letras a Carmiña:

«Carmela de mi corazón: ya estoy en el otro confín de la Península. Permitió el Salvador que hasta aquí me librase de tanta bomba y tanta bala de los enemigos de Dios y de la Patria. Por los inescrutables designios del Todopoderoso tuvo que ser una guerra la que me hiciese cruzar nuestra Nación desde la frontera de Portugal a la de Francia. Y cuando miro para atrás con los ojos de la memoria me parece como si viniera de otro mundo; como si el andar tierras de España no hubiese durado un año todo junto sino toda la eternidad. Tanto vi en tan poco tiempo que necesitaría una vida para contarlo…»

ALLÍ EN PORTBOU, curioseando entre los coches que habían abandonado los republicanos, sobre el asiento de uno de ellos encontré una pistolita de mujer, niquelada y con cachas nacaradas.

Por esa pistola de fantasía, válida solo para matar a quemarropa, un compañero me dio en trueque un atlas de España con cubiertas de cuero y letras doradas que difícilmente cabía en mi macuto.

En los días de descanso que siguieron, al fresco luminoso de la cordillera revisé en detalle el país, región a región, provincia a provincia. Miré bien las líneas de ferrocarril indicadas, recompuse mis movimientos: de Galicia a Cataluña había atravesado León, las Castillas y Aragón. Con la vista en los dibujos que imitaban accidentes geográficos, en mi recuerdo veía desaparecer paisajes

lentamente, a marcha de hombre, paso a paso; o rápidamente, desde camión o tren. Hallaba los lugares en los mapas y, según ponía el dedo en ellos, se me llenaba el magín de colores, olores, sonidos. Algunos sitios estaban tan vivos dentro de mí que me hacían perder la noción de lo inmediato: Brunete, la tierra vibrando como cuero de tambor; Seseña, moscas y galones arrancados; Calera y Chozas, las bombas de mano, la herida; el infierno en la curva del Ebro; Sant Sadurní con el baño de champaña.

En Portbou, donde la bandera de Francia flameaba para anunciarnos desde tierra ajena que la guerra podía tocar a fin, me dejaba arrastrar por la memoria. Las voces de los muertos hacían eco en mi mente, me producían confusiones. Llegué a creer que las oía. En un momento de delirio hasta conversé con Carducho Pedre y con Amancio, en Seseña, antes de salir hacia la trinchera de la muerte.

—¿Andas hablando solo, portugués? —me sorprendió el comandante Solla—. ¿O es que rezas?

Me di cuenta de que mis palabras para los amigos habían sido sobre Cristo: que Cristo no me iba abandonar. No supe qué responder al comandante y él siguió de ronda por el campamento lleno de montones de basura y artefactos rapiñados a través de Cataluña…

Tanta molicie era demasiado buena para durar. A los pocos días llegaron a la tienda del puesto de mando noticias de relevo, y orden de marchar a la cabeza de puente de Toledo. El teniente de la plana mayor, bien afeitado por arte de Tomás, tenía una sonrisa radiante cuando nos hizo comentario al respecto del nuevo destino:

—Tranquilos, leones de la Cuarta, que esta puta guerra se acabó para vosotros. Ya no vais a dar más que tiros de aviso —y, como lo mirásemos con la pregunta en los ojos, aclaró—: Los rojos andan a hostias entre ellos, entre comunistas, anarquistas, socialistas y el demonio que los hizo a los muy cabrones. Lo que queda de la República es como un terrón de azúcar deshaciéndose en el café… Así que vosotros, tranquilos.

—Pero todavía puede quedar una bala perdida, mi teniente —me atreví a apostillar, con el diario de operaciones en la mano.

—Hombre, será cosa de que os pongáis el «detente» como los requetés —me respondió—. Claro que ahí te joderías tú, turuta, por hereje.

Una carcajada cerró conversación. Yo respiré hondo, alegremente,

convencido de que mi participación en el fratricidio general de los españoles al menos iba a servir para que se me respetase el derecho de no obedecer a Roma…

Levantamos campamento. Dejamos a la espalda aquella bandera encarnada, azul y blanca de la República Francesa «y antiespañola». Íbamos en vagones de carga, arrastrando con nosotros un mundo de riquezas, aparte de las que se nos habían quedado esparcidas por el lugar del campamento pues los soldados no tenían derecho a llevar tanta cosa en el convoy. Los oficiales sí acomodaron sus selectos trofeos en carruajes propios, y al cuidado de todos traíamos de regalo lo que la intendencia del ejército republicano había abandonado en la punta de carriles de la frontera.

Pasaron las horas de la primera jornada de viaje. Nos cayó la noche sobre una estación catalana adornada con el yugo y las flechas de la Falange, donde aliviamos el cuerpo y comimos rancho frío de alubias quemadas en el fondo de la olla. Después el tren se perdió hacia el Alto Aragón perforando una negrura sin estrellas. La gente se acomodó para dormir, lucieron los últimos cigarros y el sueño no venía a mí: una angustia densa aplastaba mi cuerpo contra las tablas del piso del vagón. Me angustiaba pensar en mis padres, y en don Santiago, el Judas de mi corta vida; y en el abuelo, la tía Filomena, mis hermanos, el señor Afonso, el bondadoso Caetano, la Maruxa que había renegado e iba en las procesiones del cura vengativo, los carabineros que se habían salvado del fusilamiento, los guardias civiles vecinos de la Casa Valeriano… Dudaba de llegar alguna vez a mi pueblo, y ver el de los portugueses amigos, cada villa con su fortificación, con su estación del ferrocarril paralelo al río.

Me parecía imposible, algo no destinado a mí, e intentaba luchar contra el maleficio hijo de la falta de fe repasando de memoria los Evangelios. Pero no hallaba en ellos pasaje de consuelo.

Vicente dormía mansamente junto a mí y mi corazón latía acelerado. Rogué a Jesús, en lo más íntimo, que acudiera en mi ayuda, que me diera la frase de conforto y convicción; que apartase de mí el horror a la bala postrera antes del armisticio.

No obtuve respuesta. Nada oí en el alma. Solo mis oídos captaban frases extrañas, incompletas, balbuceos, gritos entrecortados: sobresaltos que venían metidos en los sueños para siempre. Los compañeros desvariaban perseguidos por lo que habíamos vivido con tanto miedo y que, despiertos, necesitábamos convertir en

hazañas para no volvernos locos…

Las tierras toledanas nos aguardaban con helada, frío en el rostro y olor de leña ardiendo. Fue bueno comer caliente, aunque fuesen las judías cotidianas; y comprobar por nosotros mismos que ya no había resistencia de los republicanos. Aquellos hombres cansados de guerra como nosotros, viejos o jóvenes de más, entregaban las armas y se identificaban para la «depuración».

—Numancia —explicó Vicente— se suicidó en tiempo de los romanos; pero estamos en el 1939 de la Era de Cristo. Con radio y aviación no caben Numancias. Por eso se entregan.

En la cabeza de puente de Toledo raramente habría noticia de escaramuzas. Allí mis ojos solo dieron con tres muertos, los tres al pie de encinas; los tres todavía con el dedo en el gatillo de la pistola con que se habían disparado en la boca. Eran comisarios políticos, numantinos: curiosa historia la que pudieran haberse llevado para el Más Allá esas criaturas. Tal vez hubiesen hecho juramento entre ellos, y lealmente lo habrían cumplido. En su negación de Dios, matándose, también mostraban virtud. En el tránsito de las balas entre cada paladar y la bóveda del cráneo, el Juez Supremo quizá hubiera llegado a tener en cuenta la honradez equivocada de sus infelices negadores…

Desde Toledo proseguimos, errantes, perdiendo latitud en las cuadrículas de mi atlas. Ahora caminábamos por tierras a las que la barbarie pasada había dejado muestras de fuego, rotura y sangre seca en casas e iglesias. Como nosotros, vagantes, pasaban gitanos, que habían aprendido ya a levantar el brazo a la moda fascista, sin olvidarse de pedir, pedigüeñear a riesgo de violencia de soldado victorioso y piojoso.

Con derecho a lata de sardinas pisamos carreteras hasta Alcázar de San Juan, en la provincia de Ciudad Real, que es tierra yerma. La estación de Alcázar mostraba castigos de la aviación franquista y me recordó conversaciones en Casa Valeriano que la presentaban como «un nodo de comunicaciones principal para el sur de España». De allí, las tropas al mando del general Alonso Vega seguimos en un tren de ganado, en vagones con respiraderos y rejas, por Albacete y Murcia hasta dar de vista en el Mediterráneo.

La primavera cantaba en las sequedades de roca y cal de Cartagena, ciudad fortificada, cuando llegamos a ella. La guerra no había herido los edificios y entre palmeras volaban pacíficos ejércitos de gorriones. Fuimos acogidos en un cuartel de ventanas

altísimas. Dormimos en litera, destrozadamente, y, cuando la corneta me despertó, sufrí una angustia nueva: la de no saber dónde me encontraba.

La vida era descansada, pero poco nos dejaron estar en aquella ciudad que había sido «foco de rebelión marxista» y ya no necesitaba de la presencia de batallones aguerridos como el nuestro «para acabar de entregarse a la Causa Nacional». Paramos tan poco allí que fracasó una tentativa de ir a ahogar piojos y pulgas en el agua salada.

Seguimos para Murcia, que también se había librado de estragos de lucha. La ciudadanía celebraba el triunfo de los «nacionales» con públicas y magnas manifestaciones, misas e incienso. El yugo, las flechas, la *V* de la victoria, José Antonio y Franco llenaban portales y esquinas.

Nos acomodaron en un cuartel menos soleado que el cartagenero, pero, como aquel, con noticia de primavera en el pico de los pajarillos que se posaban en los alféizares.

En ese caserón castrense y macizo me aconteció un hecho notorio:

Estando de guardia, dispuesto a los toques de rigor, varias veces se me acercaron paisanos preguntando por «una autoridad» a que pudiesen dar «informaciones políticas». Los centinelas y yo pasábamos la pregunta al oficial y el oficial sugería a los informantes voluntarios ir a la comisaría. Hasta que uno de ellos pronunció, por lo bajo, el nombre del servicio más temido.

Entonces el capitán de la guardia le mandó esperar y al poco me venía a buscar el teniente de la plana mayor, con orden de acompañarlo a tomar nota de unas declaraciones.

—Nada de lo que oigas o escribas puede salir de ti —añadió—. Porque es para el SIM. Y recuerda que, si llega a saberse que soltaste algo, no sales del calabozo en el resto de tus días.

Asentí y acepté con mi silencio. Esperé en la oficina de la plana mayor, papel y pluma a mano.

Durante varios días hice de escribano para el teniente. Al primer murciano en presentarse lo siguieron otros informadores, todos con pinta de obreros, mal afeitados, agradecidos al café y el coñac que nos traían de la cantina. Eran comunistas y anarquistas, y venían a delatar a sus camaradas, atrapados como ellos en la ratonera de una ciudad por la que patrullaban ejército y Falange. Para entregarse habían escogido a los militares, que suponían «serios en los tratos». A cambio de informes pedían clemencia.

Delaciones y petición, en resumen, fue lo que apunté. Aunque quisiera recordar lo escrito para utilizarlo de alguna manera, mi falta de conocimiento de los personajes y las circunstancias tampoco me daría para mucho; pero lo escrito por mí era un puñado de historias de traición.

Eso fue lo que concluí; como, también, que acababa de hacer una labor secreta propia de hombre fiel a los partidarios del Glorioso Alzamiento. Siendo veterano de guerra, mi ficha de «comunista, masón y protestante» nada significaría ya para ellos. Me horrorizaba la deferencia, mas, sin embargo, debía entender que de nuevo Dios escribía derecho con líneas torcidas. Todo indicaba que, probada a sangre y fuego mi lealtad al franquismo, iba a quedar libre para el trato de las cosas evangélicas. Y, seguro de esa bula, me lancé en busca de compañeros de disidencia, luteranos de la inclinación que fuesen. Había iglesias protestantes cerradas. Todas estaban cerradas. Junto a una de ellas, evangélica, vi a un anciano que parecía de nuestro credo por su presencia mansamente señorial, la paz de sus ojos claros y las barbas blancas, bien cuidadas.

—Mire, señor —lo abordé—, yo soy evangélico y quisiera encontrar personas de mi creencia. No sé si usted me podría ayudar.

Me miró a la cara, escrutó mi uniforme y, entonces, decidió arriesgarse:

—Desde que entrasteis los franquistas, los creyentes hacen los cultos en sus casas… Si me das alguna señal propia, yo se la paso a un conocido y mañana te podrás encontrar con él.

—Dígale que soy Manuel Liñares, de la congregación de Vigo, que dirigió don Tomás Berkley y después don Federico Gray…

Y ese fue el comienzo de muchos encuentros con los hermanos murcianos. Entre ellos, en sus casas soleadas, volví a revivir nuestro espíritu. Del Evangelio que leíamos, codo con codo, saqué las fuerzas que me venían faltando en los últimos tiempos.

Aquellos habitantes del extremo contrario a Vigo sobre el mapa de España parecían nuestro remedo: señoras que guiaban tiernamente a los pequeños, hombres dispuestos a mostrar firmeza y ejemplo a los suyos, personas de profesiones diversas, caras arrugadas de los que habían pregonado la fe sencilla por las puertas y las ferias; y mejillas tersas, de una juventud que continuaría las tareas de sementera. Eran otra familia del «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios» de la Epístola Universal de San Pedro apóstol.

En una casa linda de suburbio, con camino de guijarros y aromas de flores, oí a un pastor leer textos de otro apóstol, el más ferviente, el que no había conocido a Cristo:

—Fuisteis escogidos, hermanos, «para anunciar las virtudes de Aquel que os llamó de las Tinieblas a su luz admirable».

Oímos esa palabra paulina en un domingo y me acompañaba Vicente, quien atendió con ojos de alma grande a la predicación de los «diferentes y exigentes» —no vulgares herejes— para él. Conmigo escuchó al pastor, recio y alto, firme como figura de piedra, provocando a la acción apostólica:

—Si tú no estás dispuesto, ¿estás dispuesto a que Yo te haga dispuesto?

De vuelta al cuartel nos acompañó un mecánico del parque de automóviles del ejército. El muchacho, de nombre Pedro Pintó, era murciano, criado en la fe evangélica que los suyos habían pregonado libremente mientras duró la República, «hasta en tiempos de la locura comunista».

Con él nos detuvimos a contemplar la fachada de la catedral.

—Aquí tenéis el gran templo de la idolatría —nos indicó con gesto malicioso en su rostro alegre—. Este es el templo grande, porque los pequeños andan por cuanta aldea hay en la Huerta… De nada valió que los moros enseñasen en Murcia que Dios no tiene cara, y que solo vale adorarlo a Él. De nada. El anciano que leyó hoy la parábola de los talentos, don Eladio, siempre dice que los romanos tienen la culpa de todo, y que la iglesia de Roma es listísima, que la gente quiere pan, circo e ídolos, y que para ganar paganos para el cristianismo no hubo nada mejor que convertir en santo cada idolillo que se veneraba en un monte o en una cueva. Hay tanto santo y tanta virgen que ni los curas consiguen acordarse de todos… Por lo visto, los moros mandaban, pero siempre hubo mucho idólatra bajo su mando, con esas adoraciones; y eran cristianos.

—Estáis perdidos los evangélicos —Vicente le cortó el discurso con la frase contundente, como salida de un contraste de pensamientos que hubiera llegado a conclusión. Pedro Pintó y yo nos quedamos desconcertados, mirando la portada de la catedral. En nuestras caras afloraba la pregunta que el franciscano novicio, vestido de militar curtido por mil fríos y mil soles, aclaró—: Estáis perdidos los partidarios de acabar con los ídolos, porque ha llegado el gran momento de la idolatría. Quizá lo que os digo os va a sonar a discurso de filósofo, pero no es más que lo que me sale de dentro —

arrugó los ojos grandes, oscuros, inspiró para concluir—. Mirad: estamos en tiempo de ídolos. Si Hitler fuese católico, ya tendría un altar. Y no digamos de Mussolini, mandando en Roma. Pero esos os quedan lejos. Lo peor para vosotros es que Franco es católico, y devotísimo y, con tanta devoción, tiene alfombrado de rosas el camino al altar. Ya lo veréis.

Callamos. Estaba fino el aire de la larga tarde murciana. Donde se pudiese colgar o escribir algo, aparecían letreros fervorosos y efigies, las de un dios y un santo mártir: el Caudillo de la Victoria y el Falangista Ausente.

«Queridísima Carmeliña de mi corazón: Ya ves, por aquí estoy, en la otra punta de España, en esta tierra de flores y frutas, tan diferente de la nuestra en el exterior y tan parecida a ella en las cosas del alma. Y mira mis progresos, pues te escribo a máquina y no por mala letra, que de ella me vanaglorio como ferroviario, sino porque estoy practicando, impulsado por mi teniente, quien me puso un maestro de dactilografía.

Pasado el terror rojo, Murcia ha vuelto a ser lo que era, una capital más de las que dan ejemplo de fervor patriótico, llena de inscripciones e imágenes referentes a la nueva España del Generalísimo. Por aquí ando en paz, por fin, agradecido a los aciertos del glorioso general Alonso Vega y a la voluntad del Señor. Paseo siempre que puedo y ya hice muchos amigos, gente de nuestros principios, como la que podríamos encontrar en Vigo, que me convida a sus casas y me ofrece cuanto puede dar de lo material y de lo espiritual.

No imaginas con qué rapidez se está volviendo al orden en la ciudad, y qué curiosidades se descubren en la actuación de los mandos del nefasto régimen republicano.

La extraordinaria labor que hoy realiza el Auxilio Social antes era llevada a cabo, de manera rara, nada más ni menos que por esa secta de los cuáqueros norteamericanos, con sus aliados luteranos.

Parece ser que tenían una institución protectora de mujeres embarazadas o con hijos lactantes. De los Estados Unidos traían adelantos en materia de protección a gestantes y niños, y hay sospecha de que era aquí, en España, donde probaban sus efectos en los infelices más necesitados…»

Escribiendo así el censor no tendría inconveniente en dejar caer el cuño de «censurado» y mi novia bien podría comprender. Lo que no le pude contar fue hasta dónde avancé en busca de la sensación de hermandad religiosa de que había carecido en los campos de batalla.

El amigo Pintó sabía cómo moverse y disponía de vehículos del parque. En uno de ellos, con marca rusa —*Tres Hermanos Comunistas*— que aterraba en la nueva situación, me llevó

alegremente hasta Archena, balneario famoso de las postales. Allí había una comunidad de creyentes que nos acogió sin recelos. Hicimos lecturas y oración, formamos en grupo y sacaron foto con nosotros, Pedro y yo vestidos con el uniforme de los que servían a los nuevos ídolos terrenos de la España papista. Nadie nos puso reparo. Juzgué que vivíamos en el mismo estadio de libertad de los momentos más liberales de la República perdida…

Pasaban días y semanas. España toda ya vivía «en la paz del Caudillo». Había llegado a Murcia un calor que ayudaba a la higiene, y en el cuartel luchábamos contra piojos y liendres valiéndonos de la efectividad del jabón. Nunca habíamos estado tanto tiempo en un lugar digno de personas como aquel cuartel murciano, y la tropa, sin saber de muerte más por lo oído sobre «rebeldes marxistas pasados por las armas», vivía en un paraíso de ilusiones, con promesas de amor a las hijas del reino de la rosa del azafrán. Pero en el fondo de nuestras almas anidaba la necesidad de retornar a los olores, a los colores, a los gustos, a los sones del terruño en que habíamos aprendido a respirar y hablar.

Tomás andaba malhumorado y, más que cortar el pelo de sus víctimas, las esquilaba. Vicente pasaba mucho tiempo en ausencias, mirando a un punto fijo.

Como yo le preguntase qué andaba rumiando, fue claro:

—Parece como si esto fuera solo un descanso de guerra, y puede ser que enseguida empiece otra… Yo me muero de ganas de ir a mi pueblo, Manuel. Quiero estar en mi casa, y dormir en mi cama, y subir a un monte a pensar qué voy a hacer de mi vida para mejor servir a Dios, antes de que nos manden con el fusil a otro frente.

En esa altura llegaron los primeros avisos falsos de que nos fueran a licenciar. Falsos porque, de la noche a la mañana, sin tiempo a despedidas, nos vimos de nuevo en un convoy de carga, como bultos, atravesando la Península de Sudeste a Norte, de Murcia a Bilbao. Padecimos calor y sed, y llegamos bajo un cielo de algodón sucio a una urbe grande y oscura, donde la gente miraba a los soldados con la falta de expresión ya descubierta en Cataluña, la de quien esconde el sentimiento que le puede costar caro.

La tristeza se apoderó de todos nosotros, salvo algunos requetés de los que ganaban a las cartas al Rapabarbas, mozos que ya se veían al lado de casa.

Nos acomodaron en Sestao, en una escuela, y viajábamos en tranvía a la ciudad oscurecida. Los vinos de las tabernas no

pudieron contra el humo de los altos hornos y el *txiri-miri*. El humor de los compañeros oscilaba entre melancólico y violento. Hubo peleas por nimiedades, y arrestos severos.

Bilbao, piedra y ladrillo entre montes verdes, cerrados, entrevistos en la neblina, me dejaría una sensación perforante, como la del mordisco del perro rabioso en el inicio de mi memoria. Sucedió en día de truenos, de aire electrizado, cuando, al poner pie en el peldaño de subida al tranvía, un latigazo explosivo dio conmigo en tierra. Me quedé ciego y sordo, percibí que me golpeaba en la dureza del suelo y me invadió un calor que se expandía hacia mis extremidades.

Poco a poco volví a oír, vi caras, escuchaba carreras, palabras sueltas:

—Ambulancia… Descarga eléctrica… Electrocutado… Hospital.

Comprendí lo que me había sucedido y me dejé llevar, con una sensación de ingravidez como la de quien emerge del agua.

Me desnudaron. Me examinaron los médicos y quedé ingresado. En el hospital pasaría el resto de nuestra estadía en tierra vasca.

Cuando tuve fuerzas para incorporarme, observé que alguien, delicadamente, había dejado sobre la mesilla de luz de mi cama la Biblia que me acompañaba siempre metida en un bolsillo de la guerrera. Las monjas de toca blanca, alada, enorme, no debieron de comprobar que era un libro herético y no lo hicieron desaparecer. Un enfermero, sin embargo, sospecharía de la afición de un simple soldado a tan exquisita lectura y me vino a hablar a las claras, aprovechando el momento en que las camas vecinas quedaron vacías:

—Tú eres evangélico, ¿no?

—Sí.

Él también lo era, y se sinceró:

—Fue terrible para nosotros. Entraron aquí en Bilbao como toros en estampida… Los requetés son los peores. Los falangistas no miran las cosas de religión, pero los requetés son aun más papistas que los curas.

En Bilbao se había mantenido la libertad de cultos hasta durante la guerra. Pero con la rendición de los gudaris todo se vino abajo. Ahora, después de las depuraciones, los fusilamientos y las desapariciones en la cárcel, el pueblo vivía acobardado.

—Aquí no se mueven ni las ratas —resumió el enfermero, hombre de mediana edad, con un rostro rubicundo en el que vagamente

brillaba la luz de la fe—. Nuestros ancianos negociaron y la policía nos dio permiso para el culto restringido. Y lo celebramos sin salmos, para no llamar la atención.

—Fuera del mundo —dije, y lo sorprendí.

Se pasó la mano por el cabello agrisado, frunció los ojos para cavilar y retrucó:

—Andamos fuera del mundo, sí. Fuera de él quisieran vernos los curas y los requetés.

Cualquier tarde en que yo repasaba el Sermón de la Montaña, aparecieron en el hospital mis amigos, los dos repeinados, uno alto y otro bajo, con los uniformes limpios y gotas de sudor por la frente.

—¡Levántate, holgazán, que nos marchamos! —me gritó Tomás.

—Te tienen que dar el alta, que vamos a Pamplona —explicó Vicente.

Sería el último viaje de nuestro batallón de «leones de primera línea». La división al mando del Carnicero de Ferrol tenía sede en la capital de Navarra y allá íbamos, a un acuartelamiento desconocido para la mayoría de nosotros, ya reemplazos de veteranos —muertos e inútiles— que habían salido de Pamplona.

El viaje fue en camión, a través de paisajes verdes, más oscuros que los de mi tierra, menos alegres, faltos de sol para el vino. En el calor de san Juan la hierba olía con fuerza, y, contemplando el tránsito del Cantábrico a Navarra, una nostalgia de piedra, aplastante, hizo aflorar lágrimas a mis ojos: no me hacía falta mirar el atlas para ver que, de nuevo, me alejaba de Galicia, de la raya de Portugal. Escondí la cara entre las manos y rogué al Altísimo que me diera un nuevo crédito de paciencia y esperanza; le pedí que apartase de mí el pensamiento terrible que Vicente me había provocado, el de la calma falsa entre dos guerras. Yo quería volver junto a los míos, me moría de ansia por ver mi pueblo, por meter las manos en el agua del Miño, por escuchar pitidos y bufidos de las máquinas a una orilla y otra, por oler todos los aromas de la tienda y de la trastienda de la Casa Valeriano, por catar las cerezas tentadoras de nuestro pequeño Edén…

Llegamos a Pamplona al caer de la noche, cada cual en su silencio. Nos acomodamos. Matamos el hambre. Sonó el toque de retreta y la cama se anunció como una bendición para cuerpos baqueteados. Difícilmente oré, agradeciendo a Dios tantos días de paz, tantos, contados uno a uno, sin que la bala final de la guerra se hubiese

cruzado en mi camino.

Dormí, profundamente; hasta que, quizá en el cambio de imaginaria, me desperté con el corazón a saltos. Extendí la mano, queriendo tocar a Vicente que tantas noches había dormido conmigo en el suelo, entre las mismas mantas.

No lo sentí y empecé a llamarlo:

—Vicente, Vicente, Vicente…

—Cállate, gallego, joder, que son las cuatro —el imaginaria respondió por él. Y percibí que, de nuevo, me sumía en la angustia mayor de todas, la de no saber dónde me encontraba…

No fui feliz en una Pamplona de iglesias orgullosas, con campanas volteando de júbilo, calles de mutilados con uniforme, aun más orgullosos de sus mutilaciones que los curas intactos, triunfadores en la guerra. Las muchachas me miraban con ojos de buscar novio y en sus mirares de tórtola surgía de inmediato la interrogante de porqué no las correspondía.

Porque yo soñaba con aquella mirada de azabache que aguardaba por mí a la orilla del mar de Vigo.

Chistorra y fiesta. Vino del mejor. Cohetes. Pamplona era un triunfo.

—Esto está de *caralliño*, Manuel —decía Tomás con guiños tunantes—. Si no fueran tan beatas, había que meterse con las viuditas jóvenes, que las hay a montones, que de poco les valió el detente a los papahostias de los requetés.

La capital de Navarra, con calores de julio y festejo parecía el mundo feliz en el que se juntaban los colores de los que habían salvado a España para un Dios que solo ellos administraban: el rojo en muchas gorras; caqui, verde, azul y negro en uniformes y trajes.

—No se te pasará por la cabeza preguntar a nadie por los protestantes —Vicente me hizo la advertencia—. Estos navarros son muy brutos, criaturas, y aquí no te salva ni tu patente de corso.

«Patente de corso». Me gustó la humorada. El amigo sabía lo que decía, porque yo seguía contando con licencia especial para librarme de misas en todos los fastos papistas de nuestro batallón «retornado a su origen pamplonica con los laureles del triunfo». Tras el saludo a la bandera y a los superiores, entregaba el mando de la banda, y adiós: a vagar por las calles hasta el fin de la celebración, en la que no faltaría prédica encendida de amor a la «España católica». Fuera: si autoridades civiles y eclesiásticas miraban con malos ojos mi venia, que se amolasen, que yo había

salido de las trincheras con derecho a medalla.

Mas, a pesar de los privilegios, me encontraba mal, con una molestia como la de quien (valga la grosería) necesita aliviar la vejiga y no ve momento de hacerlo. Quería irme a mi tierra, me volvía loco por saltar al pescante. Pensé hasta en mandar telegramas y poner conferencias telefónicas para hablar con mi padre y con Carmiña.

—No puedo más, Vicente —confesé.

—Ni yo tampoco, Manuel —me confesó.

Pamplona, chillona, borracha, ya nos había hartado. Tan harto me tenía que no me atrevía a dejar por carta mis sentimientos, ni a contarlos por teléfono. Solo despaché postales con mensajes abiertos para los censores: «Aquí estamos, en Pamplona, una ciudad muy alegre. Todo bien, gracias a Dios. ¿Cómo andan las cosas por ahí?».

Las horas de cuartel se me hacían infinitas. Las rutinas, con corneta y sin ella, una barrera a vencer.

UNA MAÑANA DE JULIO, sofocante tras una noche de sudores, sucedió lo increible:

—¡…Lacalle Muñoz, Liñares Couto, López Cuenca…! —un cabo de la comandancia voceaba nombres de una lista.

Nos acercamos a él con la pregunta en el gesto.

La respuesta fue inmediata:

—Licenciados de la quinta del 37, a pasar por oficinas.

Comenzaron a volar gorros, vinieron los abrazos, saltábamos juntos, abrazados. Yo sentía que me agarraban, y que brincaba como un chaval, mientras repetía en mis adentros «Gracias, Señor, gracias, Dios mío, gracias». Nunca me había sentido tan agradecido a la vida como en ese momento. Sin notar donde apoyaba los pies, fui a las oficinas, pasé de una a otra, me inscribieron en los formularios, se documentó todo menos el pasaporte. Desde las alturas de mi gozo vagamente caí en la cuenta de que no estaban en la lista ni Vicente ni Tomás; y los fui a buscar.

Cada cual andaba a lo suyo: uno cortaba el pelo; el otro leía el periódico. Ambos estaban esperanzados:

—Dijeron que vamos en la próxima expedición. Esto va por fechas de nacimiento…

Cuando todo el trámite se acababa para mí, vi que el comandante Solla me indicaba con un gesto que lo siguiera. Me llevó hasta el teniente de la plana mayor y me indicó el diario de campaña.

—Va a quedar para la Historia tu buena letra, portugués —dijo, pasándose un dedo por las bolsas de los ojos claros—. Y ahora, entre paisanos y amigos, te vamos a dar algo que vale más que una medalla… Venga, Juan, díctale.

El teniente me pasó una hoja y apuntó a la pluma y el secante. Me senté y me preparé para copiar, como cuando me dictaba el diario entre sacos terreros.

—Ala, arrea ahí los encabezamientos de certificado hasta el de «Cuarta División de Navarra» —lo hice bajo su mirada—. Y ahora sigue: «Certifico que el corneta Manuel Liñares Couto, hijo de… y de…, natural de…». Pon los nombres de tus padres y todo eso de ayuntamiento, provincia, dirección… «Se incorporó a esta Unidad el día» tal y tal… «tomando parte en las operaciones siguientes: mantenimiento de posición en cota 496 y recuperación de espacio ocupado por el enemigo en el Ebro, ruptura de frentes en Cataluña, ocupación de Barcelona y Gerona hasta llegar a la frontera en Portbou, ruptura del frente de Toledo y ocupación de la provincia de Murcia… En todo momento observó conducta intachable, espíritu militar y ejemplar comportamiento, dando pruebas de gran amor y entusiasmo por la Causa Nacional. Y para que conste, sirva de satisfacción al interesado y surta los efectos a que hubiere lugar, expido el presente en Pamplona a tal de tal de tal, año de la Victoria»… Ahora pones el nombre del comandante y mío y dejas sitio para las rúbricas.

Concluí el escrito. Le pasé el secante. Firmaron.

—Métele el cuño —mandó el teniente.

Mojé el cuño en el tampón y lo apreté cuidadosamente contra el papel. El comandante me tendió la mano.

—Suerte, paisano, que te va a hacer falta en la vida civil, que los tiempos vienen duros.

El teniente se recolocó las gafas y me tendió la suya.

—Manda hacer copias certificadas de ese aval y guárdalas en lugar seguro —me recomendó.

Los saludé militarmente y me ofrecí:

—Si alguna vez necesitan de nosotros, ustedes o sus familias, ya saben donde encontrarnos a mí y a la mía.

—Gracias, Liñares —respondió el comandante Solla—. Quién sabe lo que dará la vida —había un tono triste en esta frase de despedida.

—Si a alguno lo destinan por allá, a Tui, o a Vigo… —insistí.

—Visitaremos la fonda de la estación —concluyó el teniente—. Y que no falte el bacalao.

Después de «empapelado» viví días sin sosiego, en la duda de anunciar mi vuelta a casa o presentarme de sorpresa, a gozar de las caras de los que me fuese topando. Y me rendí al placer de sorprender a los que me imaginasen todavía en Pamplona.

El oficial de la notaría que hizo la copia del certificado me releyó lo que había calcado con las teclas de la máquina antes de pasárselo al titular, y comentó:

—No te dan mal pago tus jefes, corneta. Con este salvoconducto no va a haber quien te dé con una puerta en las narices.

Compré sobres encerados. En ellos metí el original de la bendita acreditación de héroe, y la copia. Guardé el uno en el bolsillo de la camisa. El otro, en el macuto, avaramente, dispuesto a defenderlo con la pistola que me regaló Tomás, negociante de armas cortas capturadas a los vencidos, militares y civiles. La pistola iba a defender el papel y la corneta con la estrella comunista, mi recuerdo principal de la guerra.

También compré una libretita con pastas de hule y a los camaradas que habían compartido conmigo simpatías les pedí que me fueran escribiendo algo en ella.

Así hicieron: «Al turuta que más veces nos llevó al matadero». «Al gallego cabrón que me apuntaba con el fusil para que no me escapase de la trinchera». «Al Protestas, que se libraba de misa»…

Protestas: fue el mote cariñoso que habían inventado aquellos compañeros para el protestante declarado de su batallón. El Protestas se iba y ellos, sin recelo, le dejaban por escrito sus direcciones, de familias «correctas en la fe». Prometíamos encontrarnos, visitarnos, escribir, contar qué había sido de nuestras vidas. Gozábamos con aquel engaño, criaturas necesitadas de un algo mejor después de tanta penuria.

Así, en los calores de la paz «nacional», aguardaba yo por el pasaporte. Que llegó, firmado por el Exmº Sr. Gobernador Militar, con un ruego a las «autoridades de Tránsito» de que «no pongan ningún impedimento al portador en su viaje sino que, antes bien, faciliten los auxilios que le correspondieren».

Cogí billete «por cuenta del Estado». Hice la última ronda de despedidas:

—Adiós, Tomasiño.

Le di un abrazo fuerte, fuerte; y lo dejé haciendo dinero en la

barbería, retocándole el bigote a un oficial de los que siempre daban propina.

Me acompañó Vicente hasta un tren que se llenaba de gente como si fuese a reventar. Pero no fui a coger sitio, porque estaba junto a quien más cerca de mí pudiera estar en el mundo, tan cerca como mi Carmela, y quería seguir con él hasta el momento final.

Paseamos en un alboroto de viajeros y bultos, de gritos y zumbidos de escape de vapor. Fuimos desgranando nuestros futuros inmediatos. El mío parecía sencillo: incorporarme a la Compañía del ferrocarril, al puesto que me esperaba, con suerte, en mi tierra. El suyo era más complicado: tenía que buscar empleo, tal vez como maestro.

Cuando comprobé que la salida del convoy era inminente, juntamos pechos y caras.

—Persevera en lo tuyo, Manuel —me dijo en el abrazo—. Mantente firme, que Dios siempre estará al lado de los que lo llevan consigo y no intentan que Él actúe contra otros.

Subí al vagón. Luché con los codos por un pedazo de ventanilla. Ya en marcha el tren, cuando pasé por delante de Vicente no quise juntar los párpados para limpiar las lágrimas que me impedían verlo claramente. Preferí guardar de él una imagen nebulosa, como las que se tienen de las criaturas celestiales.

POR LA MAÑANA, YA AMANECIDO, puse pie en tierra mirando a Casa Valeriano, al balconcito en que ocho años atrás había colocado la bandera de la República por orden de mi padre. Al sentir el frescor del andén húmedo de rocío, aún a la sombra del alero de la estación, pensé en arrodillarme, porque acababa de llegar al lugar más mío de todos los lugares. Pero no lo hice. El Señor entendería que yo evitase todo escándalo, por mínimo que fuera.

Detecté que alguna mirada se fijaba en mí, y seguí adelante. Entré en la fonda por la puerta del bar, que chirrió con su ruido de costumbre. Me fui a sentar en un velador. Dejé el macuto en el suelo e hinché el pecho con los olores de siempre. El aroma del café portugués me despertó el recuerdo de los posos recocidos de la intendencia: los separaba una distancia infinita, la que media entre la guerra y la paz.

Tras la barra atendía mi hermano Fernando, el tercero de los Liñares Couto, chiquillo grandullón, alto y fornido, con una camisa blanquísima. Me vino a preguntar y le pedí «uno con leche». El

rapaz no se fijó en la cara del soldado con barba de tres días. Fue a hacer el encargo.

Me observó, sí, una pareja de guardias civiles, cada uno con su café en un extremo de la barra.

—¿De qué unidad eres? —preguntó uno de ellos.

—Del tercero de montaña de la Cuarta de Navarra —le respondí sin énfasis, como si se tratara de cualquier unidad carente de historial.

—¿Vienes de permiso? —continuó el interrogatorio.

—Estoy licenciado.

—¿Y por dónde te tocó de andar guerreando?

—Primero por las emboscadas del Tajo, pero me hirieron y, cuando íbamos para el frente de Aragón, empeoré y me mandaron a retaguardia. Después fue cuando me mandaron con Alonso Vega al Ebro. Cogí todo el Ebro y también Cataluña. Y la caída del frente de Toledo. Y, después, a danzar por ahí, a Murcia, a Bilbao…

El interés se encendió en la cara de los guardias, hombres jóvenes. El que todavía no había hablado preguntó aseverando:

—Eso del Ebro debió de ser muy duro.

—Sí que lo fue —aproveché para causar asombro—: hubo una noche en que tuvimos dieciocho ataques a nuestra posición.

—¿Y Cataluña?

—Una guerrilla de miedo, hasta la frontera.

Algunos parroquianos más empezaban a poner oído en nuestra conversación.

Mi hermano me sirvió y ya me miró, con un gesto confuso; pero yo no lo miré, como si no lo conociera.

—Y vendrás condecorado —arriesgó uno de los guardias.

—No se puede condecorar a tanta gente —me encogí de hombros —, ni hacer agravios a tantos muertos, que a lo mejor cayeron por ser más valientes que los que quedamos vivos —por encima del cansancio mortal del viaje sentí una energía como la que me llevaba a reptar entre trincheras, y hablé claro—: Y también habría que condecorar a los que nos mataban, porque nos dieron la justa medida, como decía nuestro comandante —me agaché y saqué del macuto la corneta—. Miren —la enseñé—. Se nos metían en la trinchera hasta los turutas desarmados… Esta tiene letras en ruso.

Los ojos de los presentes en el café se concentraron en la estrella roja y nefanda del faldoncillo del cuero negro que adornaba el latón. Entonces, en el silencio su pasmo, se oyó abrir la puerta con

violencia y una imprecación:

—¡Me cago en el demonio, Manuel. Y no avisas!

Solté el trofeo en el velador. Me levanté. La fortaleza madura del guardagujas fondista me aplastó. Sus bigotes canosos acariciaron mis mejillas…

La señora Minia, que me dio los besos inexcusables de madre mientras lloraba la ausencia de nuestro Alfredo, mandó a los pequeños de la casa a dar aviso a las familias de Ponte Tea y de la Capela. A mediodía todo el pueblo sabía que ya estaba en casa el Maneliño de la fonda, último de los quintos del 37 que volvía con vida. Habían salido dieciocho hacia los frentes, y solo cuatro pisarían de retorno la estación. Dos de ellos, con un solo pie.

A tal hora ya habían hecho visita a Casa Valeriano el sastre amigo, por quien no pasaba el tiempo, y don Ramón Afonso, quizá más viejo pero aun más flexible de cuerpo y maneras.

—*Ó Manuelinho, Deus seja louvado, Deus seja louvado* —repetía Caetano palmeándome los hombros.

—Las cosas han cambiado —me informó el señor cacique—, pero lo fundamental sigue en lo mismo. La gente de orden sigue teniendo posibilidades para todo… En fin, Manuel, tú eres un excombatiente y tienes el examen de factor aprobado. Ya verás que para ti todo anda sobre ruedas, como en el ferrocarril.

A la hora de las tapas (yo todavía con uniforme, pero afeitado) recibí a los jefes de guardias civiles y carabineros. Les respondí a muchas preguntas sobre mi peregrinaje guerrero. Disfrutaron con la descripción de Portbou y los almacenes que allí nos encontramos, el tesoro de alimentos que abandonaba el ejército republicano.

Antes de comer, mamá me obligó a quitarme la ropa de militar y a tomar un baño, con preparado especial contra los piojos. Recuperé de un armario ropa que había sido mía y debía de usar alguno de mis hermanos. Me sentí tan limpio y tan fresco que el cuerpo no me parecía mío.

A la comida apareció el abuelo, encogido pero galán como siempre, dispuesto a dar órdenes prácticas:

—El uniforme hay que escaldarlo, y guardarlo, que nunca se sabe. Lo que llevabas debajo, a la lumbre… Mañana te presentas a las autoridades políticas, con tus papeles de licenciado. Y te marchas a Vigo, a coger tu puesto en el ferrocarril antes de que te lo quite cualquier mierda de falangista.

Comí callos, con garbanzos mantecosos y un olor a comino capaz

de hacerme olvidar todas las fabadas y todos los potajes sufridos en la contienda. Relaté para los comensales las apuestas con los piojos y las cuatro cosas más que pudieran provocar su risa. Les conté la aventura del regreso:

—El tren venía tan abarrotado que, para dormir, muchos pasajeros se acostaban entre los pies de los que se habían encajado en los asientos. Los que venían sentados no se arriesgaban a ir al retrete. Y la verdad es que uno no se podía mover porque todo era personal derrengado por los pasillos, gente apoyada sobre los equipajes, sentada en las maletas, venga a fumar y fumar… Yo aguanté de pie desde Palencia a Ourense. Solo a veces me sentaba a descansar en la tapa de los retretes, con aquel hedor…

Saciado de comida y muestras de cariño, caí en mi cama tierna, honda, envolvente de suavidad. Cerré los ojos para una siesta sin horario.

Y una vez más me desperté con el desasosiego de no saber dónde estaba. La blandura de la cama me parecía absurda, parte de un sueño que transcurría en un cuarto lleno de sol. Me costó un gran esfuerzo comprender que las otras camas del cuarto, con colchas blancas, limpias, eran las de mis hermanos; que la luz que iluminaba todo venía de la ventana desde la que un día, perdido por los rincones de la memoria, mi padre me había enseñado el río cuando la casa aún era paredes desnudas y pisos sin encerar.

Mirando a la ventana, imaginando el Miño manso y la fortaleza de los portugueses, de súbito se me vinieron a la mente el padre Domingos y el capitán Marcelino. Hasta oí sus pasos, sus andares sobre las tablas del corredor al otro lado de la puerta del cuarto. Y me fui levantando, ya seguro de estar en mi casa, comprendiendo poco a poco que Carmiña había tenido fe suficiente como para que, cuando la mía fallaba, el complemento de la suya sirviera en las cuentas de Dios.

Carmiña: mi corazón dio un traspié mientras me lavaba la cara.

Carmela… Yo debía coger un tren y aparecer en Vigo. Ya.

Pero, no. Ella sería la primera en sugerirme lo que yo me disponía a hacer de inmediato.

Salí de la casa. Entré por un camino que me apartaba del pueblo y fui tomando las alturas de la Picada. No quería saludar a nadie. Todavía no, porque primeramente debía hacer un particular saludo.

Cuando llegué a la piedra de las contemplaciones, el sol se marchaba con el Miño hacia el mar. El mundo se curvaba a mi

alrededor, crestado de montes que oscurecían los valles con sus sombras.

Allí, sobre la rugosidad del granito plano, me arrodillé y me dirigí al Salvador:

—Gracias. Si de tantas me salvaste es porque quieres que siga aquí. Gracias, y no hace falta que me hagas dispuesto porque ya lo estoy. Mientras aliente, cada acto mío será para tu servicio.

Después me senté, abrazándome las piernas dobladas contra el pecho, y conversé con Feliciano y con Ricardo Pedre. Les dije que no penasen desde su gloria, que conmigo seguían por este mundo. Que yo sería evangélico y galleguista por ellos. Una tristeza amarga me arañó el corazón al pensar en Maruxa, quien tanta compañía nos había hecho en los tiempos de la ilusión de Oleiros y que ahora sería beata, sucumbida. La brisa de la puesta de sol me trajo un escalofrío que me sacudió por el espinazo mal cubierto con la camisa: estábamos muy metidos en agosto.

Fui bajando por las calles, ahora encontrándome gente. Crucé palabras amables con muchos, que me deseaban lo mejor de la vida moza, trabajo y amores. La madre de Amancio se abrazó a mí y se puso a sollozar en mi hombro, sin decir nada. Hasta que su marido la separó y se la llevó a casa mientras ella repetía:

—Ay Señor, ay Señor…

En la puerta de la botica, con el boticario hablaba don Santiago, bien iluminado por la lámpara del escaparate. El boticario me miró, sin saludarme. Don Santiago me volvió la espalda.

En casa, para la cena, esperaban la tía Filomena y los hermanos de mi padre, que saludaron y se despidieron, orgullosos del valiente que llevaba su apellido. Cenando, mis hermanos me bebían las palabras cuando relaté las batallas aéreas. Espantada por tales descripciones, nuestra madre dispuso rezar un rosario en familia:

—Por la vuelta de nuestro Alfrediño.

Entonces papá me llamó aparte y los dos bajamos al bar, que atendía un empleado. De ese modo su autoridad de patrón bigotudo me liberaba de las avemarías.

Hablamos hasta hartarnos, con licor café, de tres años de conflicto.

—A unos los mataron y otros nos fuimos librando —resumió—, a lo mejor porque nos metimos la lengua en el culo, pero seguiremos siendo socialistas. Tú mira bien lo que haces, y aprovecha ese aval que te dieron los militares. Y trata de seguir vivo, que vete tú a saber lo que pase. Lo que importa es que vivas para que puedas ver

si cae el fascismo. Y, si no cae, es que está de Dios nuestro castigo.

Cuando acabábamos la conversación, le pregunté una curiosidad que se me había venido a la cabeza varias veces a lo largo de la guerra:

—¿Y qué fue de los vales aquellos del ayuntamiento para pagar las comidas de los milicianos?

—Los quemamos en la chimenea del abuelo. Fue consejo del Notario, que las piensa todas. Perdimos un capital, *neno*. Pero estamos vivos… Estamos vivos. Estamos.

CON ROPA FORMAL DE PAISANO (en el bolsillo la copia de mi certificado de valeroso excombatiente y entusiasta de la Causa Nacional) cogí el primer correo de Vigo. Apenas abrieron las oficinas de su estación, entraba yo en ellas e, invocado mi nombre, me recibió el propio inspector general.

Quiso saber de la guerra como todos los que solo habían conocido de ella por lo que difundían la radio y los periódicos. Le conté de los muertos que se pudrían entre los alambres de púas, de los pedazos de compañero que caían sobre nosotros cuando estallaba una bomba, de los montones de muertos en las trincheras encharcadas de sangre, de los gritos de los moribundos… Poco a poco la cara del hombre, redonda, rosada, fresca de navaja y loción, se fue tornando blanca.

—Bien —me cortó, respirando hondo para vencer la náusea—. Bien, con el examen hecho y ese certificado que traes… Bien.

Bien. Di todos los pasos para convertirme en factor de tercera a prueba, con destino en Vigo:

—Incorporación mañana. Preséntate ya en el almacén.

El jefe de personal me entregó una pieza cuadrada de tela amarilla con la insignia del Cuerpo de Ferrocarriles del ejército.

—Todos somos soldados de Franco, Liñares —me dijo con retranca —. Estamos militarizados, pero no hay bastantes uniformes militares. Y, a falta de ellos, imperdible y ese colgajo. Préndetelo de la chaqueta.

Cuando lo fui a hacer, me di cuenta de mi graduación: cabo.

Bajando hacia el centro de la ciudad, mirando aquella gente que no parecía alegre en mañana linda de estío, sentí el peso del sarcasmo y quise gritar, sin atreverme, para llamar al sargento Yáñez, a Carducho y Amancio; y a todos los camaradas que habían visto mi degradación en Seseña a manos del teniente coronel Castro.

Sarcástico, señores: de nuevo sin instrucción, volvían a darme galones de cabo con imperdible, ahora en una oficina del ferrocarril; como me los habían dado en aquel cine hecho cuartel en que se iniciaba el capítulo que me llegó a parecer inacabable…

Por todas partes había letreros: ¡FRANCO! ¡FRANCO! ¡FRANCO!, ¡ARRIBA ESPAÑA!, JOSÉ ANTONIO ¡PRESENTE!, con las caras del Caudillo y del Ausente en negro sobre el granito. También abundaban el yugo y las flechas pintados con plantilla sobre la piedra; y unos carteles que hacían pensar en mil formas de extorsión a los perdedores: ENTREGA TU ORO A LA PATRIA.

Torciendo esquinas en la belleza de la mañana, viendo el mar limitado por los montes, llegué a la puerta de la sombrerería de la Calle del Príncipe y a través del escaparate miré a la penumbra colorida de gorras y sombreros. Sobre una mesa, de pie, mi Carmela metía un sombrerito de señora en una caja.

Dejé que levantase la vista y me viese.

Quedó hecha una estatua.

Entonces entré, dando los buenos días. En las caras de las dependientas del mostrador se abrieron sonrisas enormes y sinceras.

Carmiña seguía quieta: una armonía en tela estampada de amapolas, una cascada del pelo cuidado para probador de los primores del negocio.

Cuando me tuvo al otro lado de la mesa, me tendió las manos y dijo:

—Ayer pensé que estabas aquí. Mi madre me llamó la atención en la iglesia porque yo no paraba de mirar para atrás. Pero es que esperaba que entrases por la puerta.

Doña Amalia, la patrona, vino hasta nosotros desde el taller.

—Hola, Manuel. Ahora sí que se nos acabaron tus cartas. Qué pena.

Comprendí, y sonreí a la dama elegantona.

—Toñita —llamó a una chica—. Hazte cargo de esto —apuntó a lo que había sobre la mesa de preparaciones y se dirigió a nosotros con cara pilla—: ¡Hala! Fuera, marchaos por ahí, ¡hala!, ¡hala!

«Querido Vicente: Espero que, cuando esta recibas, las cosas de tu tierra y de tu vida ya estén, por lo menos, tan ordenadas como las de las mías. Por aquí, gracias a Dios, todo anda por buen camino. En mi familia y en la de mi novia solo queda esperar por los soldados que todavía no se han licenciado, mi hermano Alfredo y mi futuro cuñado José, el que nos encontramos en el avance por Cataluña, ¿recuerdas? Pero hay salud y trabajo, que es lo

principal.

En cuanto a mí, ya me incorporé a los ferrocarriles y resido en Vigo, en una pensión que se me come todo el sueldo, pero hay plus de producción y mis padres todavía no me han abandonado. Habrá que esperar un ascenso para que, juntando lo que gana Carmela con lo mío, podamos pensar en boda; aunque ya se sabe que la mujer, cuando se casa, difícilmente puede hacer otro trabajo que sus labores.

Por lo demás, la vida en Vigo vuelve a ser la de siempre, yo diría que como era antes de la llegada de la República, en las mismas condiciones de moral y religión, de trabajo y relación entre patrones y obreros. Debo decirte que aquellas ideas que nos diste en Murcia a Pintó y a mí son acertadas…»

Acababa agosto de 1939 cuando envié la primera carta al amigo que me había dado el calor de su cuerpo, como yo le di el mío; y ánimos de alma creyente, en Jesucristo el Salvador, hijo de un Dios Único sin efigie, transmitido por la Religión sin fetiches que nace de las Escrituras.

Habíamos vuelto al vivir de siempre, pero con menos gente; con muchísimos menos hombres, con menos mujeres, con infinitas viudas, con odios y rencores anclados en el fondo de los corazones. Vigo producía, pesca y conservas; y emigrantes en los transatlánticos ingleses y alemanes que mostraban sus perfecciones en los muelles. Las iglesias de los curas volvían a estar llenas, se armaba una procesión por la menor causa, y junto a santos y vírgenes marchaban guardias civiles y militares.

En Pi i Margall cantábamos a puerta cerrada, y teníamos que resistir burlas de mocetes con camisa azul. Don Edmundo Woodford, el nuevo pastor, repetía de diferentes maneras trechos del Evangelio que no permitían dudas sobre sus intenciones:

«Y si en alguna ciudad no os recibieren, saliendo vosotros de allí sacudid el polvo de vuestros pies, en testimonio contra ellos»… «Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome cada día su cruz y sígame»… «Grande es la verdad, y el trigal, mas los obreros son pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a ella».

En pocos días de escuchar y mirar, confirmé que habíamos dado un salto atrás, a los tiempos de Primo de Rivera, según fijaban los ancianos de nuestra comunidad, con el añadido de la chulería de los fascistas triunfadores. Pero, aun así, en los ambientes de la estación y de la iglesia, y quizá en el general de calles y fábricas, planeaba una ilusión sutil: la de que ese mundo que vivíamos fuera a cambiar, la de que algo aconteciera, catastrófico tal vez, que diese oportunidad para el equilibrio.

—Algo entre la República y este franquismo —deseaba el señor Adelino, padre de Carmiña.

EL DÍA 2 DE SEPTIEMBRE —del año de la Victoria— fue sábado y trabajé. En la cantina corría el periódico de mano en mano, los ferroviarios apuntaban con el dedo una portada alarmante y hacían comentarios recortados, casi falsos, por miedo a los informadores de la policía. A nadie asustaría ya el ENTREGA TU ORO A LA PATRIA, remedo de cartel diario con que se encabezaban las páginas de las publicaciones. Era, por debajo de él, una palabra atroz la que entraba por los ojos:

GUERRA.

Y seguían los titulares con letra menor:

Dantzig se incorpora al Reich.
Polonia pide ayuda a Inglaterra.
El avance alemán.
La ayuda inglesa…

Destacaban la foto de Hitler irguiendo la mano abierta, con los dedos tiesos y juntos, y los mapas de la maniobra alemana sobre campos de Polonia. También, la proclama del Führer: aquel cabo austriaco esperaba todo del «eterno espíritu militar de Alemania» para aplastar a los infelices de los polacos. Como si ingleses y franceses, sempiternos enemigos del «bárbaro teutón», no llevasen toda la eternidad guerreando…

En varias ocasiones pensé en retirarme a un rincón del almacén a orar, a pedirle a Dios que librara a Europa de los horrores que yo venía de sufrir. A pedírselo con la fe que no había tenido en un día de julio del 36. Pero el trabajo era mucho, se movía mucha mercancía, Madrid no conseguía aplacar sus hambres del tiempo de guerra y reclamaba cajas, cajones de comida. Todo eran bultos y movimientos de carga.

Trabajé. Tan metido en mí estaba que no me fijé en una figura femenina que, muy quieta, observaba mi actividad desde el marco de la puerta de entrada a nuestro despacho. Sería a la tercera o a la cuarta mirada cuando me di cuenta de quien me observaba y entonces pedí el favor a mi colega:

—Pásame tú este embarque, Darío…

Venía bien vestida, de verano, recatada, los lentes ocultándole un

tanto la bonitura de los ojos verdes. Me sonrió tristemente. A pesar de su juventud, por la melena castaña y lisa, recogida en moño, una mecha blanca le recorría la cabeza de la nuca a la frente.

Cara a cara, juntos, parecía que nos costase hablar.

—Hola —musité por fin.

—Hola, Manuel… Dicen que los sufrimientos hacen a la gente madura de alma y hasta de cuerpo. Estará orgullosa tu Carmiña de que volviese de la guerra su novio tan hombre y tan bien plantado.

—Tú también pareces mayor…

—Te vine a decir adiós, Maneliño de Oleiros; y también quiero que lleves un mensaje a los nuestros. Diles que sigo siendo la misma, y no hay quien me haga creer que la Madre de Cristo continuó virgen de por vida.

Callé. Ella me miró de arriba abajo.

—Me voy, pero escucha —prosiguió—: Tuve que hundirme en la miseria de parecer que renegaba para que no me matasen de hambre las monjas de Lugo. Y salí en las payasadas de las procesiones de don Santiago para aguantar viva hasta tener la mayoría de edad… Aunque mis tíos ya me hayan robado mucho, mis padres, los pobres, dejaron las cosas bien pensadas para mí. Y tengo otro tío en Buenos Aires que me reclamó y metió abogados contra los de Lugo… Mi pasaporte nos salió caro. Pero me lo dieron.

Seguí callado, observando si algún ojo se fijaba de más en nosotros. Pero, siendo sábado, se relajaba el control de los jefes.

Maruxa volvió a su hablar grave, aunque sin aquella pasión de antaño:

—Yo ya pasé por la inquisición, y ahora me escapo a la libertad, a proclamar el Evangelio en un país libre —me cogió una mano entre las suyas, finas pero recias—. Adiós, Maneliño de Oleiros. Adiós a nuestras ilusiones, Manuel: ya verías en nuestro pueblo que nada queda de los conversos. Porque los que no cazaron los falangistas quieren seguir vivos… Me voy. Que Dios te acompañe siempre. Ya os mandaré la dirección.

Se dio media vuelta y salió hacia el andén.

Mal había dado dos pasos cuando se detuvo y me encaró:

—Los que os quedéis… —respiró hondo, como para coger fuerzas. Levantó el dedo a modo de advertencia—: Los que quedéis para resistir, preparaos para vivir en las catacumbas.

Y se perdió a paso firme entre la masa de gente que se movía por la estación.